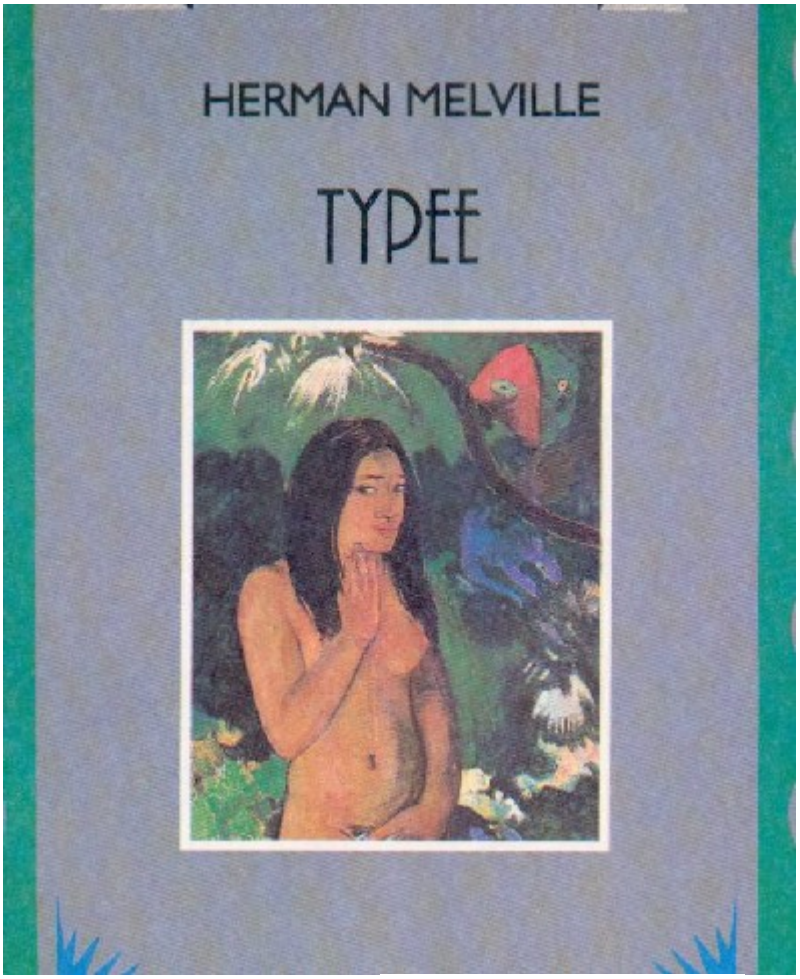
LIBROdot.com

Typee

Herman Melville



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

CAPÌTULO UNO

El mar - Los anhelos *de desembarcar* –
Un barco añorando *tierra* - El destino
de los navegantes - Las *Marquesas* –
Aventura de *la esposa de* un misionero
entre los salvajes - *Anécdota característica*
de la *reina de* Nukujíva.

¡Seis meses en el mar! Sí lector, como lo oye, seis meses sin ver tierra; navegando a la caza de la ballena bajo el ardiente sol del Ecuador y sacudidos por las olas del encrespado Pacífico... Encima, el cielo; alrededor, el mar ¡y nada más! Semanas y semanas han pasado desde que se agotaron nuestras provisiones frescas. No queda ni una batata ni un solo ñame. ¡Ay! Aquellos enormes racimos de plátano que una vez adornaron la popa y el alcázar han desaparecido; y las deliciosas naranjas que colgaban de las plataformas y los estays... ¡también desaparecieron! Sí, todo se agotó y sólo queda carne salada y galletas duras. ¡Ah, ustedes, marineros de camarote, que arman tal alboroto por un pasaje de dos semanas a través del Atlántico; que con tal patetismo narran las dificultades y penurias que se sufren en el océano, donde, después de una jornada de desayuno, comida y cena opulentos conversando, jugando naipes y bebiendo vino espumante, su triste destino es encerrarse en camarotes de roble y caoba a dormir diez horas seguidas sin algo que los perturbe, a no ser "esos inútiles marineros vociferando y holgazaneando allá arriba"... ¿Qué dirían ustedes de estos seis meses sin siquiera ver tierra?

¡Oh, cuánto diera por la refrescante mirada a una simple brizna de hierba... por saborear el aroma de un puñado de tierra! ¿No habrá algo fresco cerca? ¿No hay algo verde que admirar? Sí, el interior de la borda está pintado de verde, pero de un tono horrible y pálido, como si nada que ostente siquiera la apariencia del verde pudiera florecer tan lejos de tierra. Hasta la corteza de la madera que ahora usamos como leña fue roída y devorada por un cerdito del capitán; y de eso también hace tanto tiempo que el propio cerdito fue devorado.

En el gallinero queda un único inquilino: el otrora alegre y apuesto gallo, de intrépida conducta entre las tímidas gallinas. Mírenlo ahora; hélo ahí, todo el día abatido, sobre su incansable pata. Se aparta con repugnancia del grano enmohecido que tiene delante y del agua salobre de su cuenco. Sin duda sufre por la pérdida de sus compañeras, literalmente arrebatadas a él unas tras otra para no verlas jamás. Pero sus días de sufrimiento están contados, pues Mungo, nuestro negro cocinero, me dijo la víspera que al fin se había dictado sentencia y la suerte del pobre "Pedro" estaba echada. Su menguado cuerpo se pondría sobre la mesa el próximo domingo y mucho antes del anochecer sería sepultado con todas las ceremonias acostumbradas, dentro del estómago del capitán. ¿Quién pudiera creer que exista alguien tan cruel como para desear la muerte del infortunado Pedro? Sin embargo, nuestros marineros ruegan a cada momento -¡egoístas!- para que a la miserable ave le llegue su fin. Argumentan que el capitán no pondrá proa a puerto hasta disfrutar antes de un plato de carne fresca. Sólo esta infeliz ave puede

proporcionarla; y una vez devorada, el capitán entrará en razón. No os deseo daño, Pedro, mas como estáis condenado tarde o temprano a seguir la suerte de toda vuestra especie, y como poner punto final a vuestra existencia será la señal de nuestra liberación, ¡cuánto deseo -a decir verdad- que seáis decapitado en este mismo instante! ¡Oh, cuánto anhelo volver a ver tierra llena de vida! El propio viejo barco añora divisar tierra una vez más a través de sus escobenes, y Jack Lewis asintió el otro día cuando el capitán criticó sus maniobras.

-Pues verá, capitán Vangs -ripostó valientemente Jack- , soy tan buen timonel como el que más, pero ya ninguno de nosotros puede hacer maniobrar a esta "anciana". No podemos mantenerla bajo control, señor; nunca la he vigilado tanto, sin embargo, no responde a timón; luego, cuando la hago girar suavemente y trato de obligarla a trabajar, lo toma a mal y vuelve a salirse de rumbo; y todo porque sabe que hay tierra a babor, señor, y no quiere virar a estribor.

¿Sí? ¿Y por qué querría, Jack? ¿No crecieron en tierra cada uno de sus resistentes maderos, y no siente ella tanto como nosotros?

¡Pobre barco! Su propia apariencia refleja sus deseos; ¡en qué deplorables condiciones se encuentra! La pintura de sus costados, calcinada por el sol abrasador, está ampollada y quebrada. Vean las algas que arrastra y cuán desagradables son esos horribles crustáceos que ha agrupado en su popa; y cada vez que alza su proa, muestra sus chapas de cobre desgarradas o colgando en tiras cercenadas.

¡Pobre barco! repito; durante seis meses ha navegado y cabeceado sin descansar un instante. Pero ¡calor! señora mía, espero veros pronto a un minuto de alegre tierra, fondeada cómodamente en una verde caleta, protegida de los fuertes vientos.

-¡Viva, muchachos! Ya está resuelto: la semana entrante nos dirigimos a las Marquesas...

¡Las Marquesas! ¡Qué curiosas visiones de cosas extravagantes inspira el solo nombrarlas! Huríes desnudas... banquetes caníbales... innumerables cocoteros... arrecifes coralinos... jefes tatuados... templos de bambú; soleados valles plantados de árboles del pan... canoas talladas danzando sobre las destellantes aguas azules... bosques silvestres cuidados por ídolos horripilan*tes... ritos paganos y sacrificios humanos.*

Tales fueron los presentimientos extrañamente mezclados que me obsesionaron durante todo el trayecto desde que zarpamos. Sentía una irresistible curiosidad por ver esas islas, descritas tan ardorosamente por los viajeros de antaño.

El grupo al que nos dirigíamos ahora (aunque estaba entre los primeros descubrimientos europeos en el Mar del Sur, visitado por primera vez en 1595)[1] sigue estando habitado por seres tan extraños y salvajes como los de entonces. Los misioneros enviados en su sagrado errar habían navegado a lo largo de sus adorables costas y las habían abandonado a sus ídolos de madera y piedra. Interesantes son las circunstancias de su descubrimiento. En el rumbo de las naves de Mendaña, quien navegaba en busca de alguna región rica en oro, aparecieron estas islas como un lugar encantado, y por un momento el español pensó que su brillante sueño se había hecho realidad. En honor al marqués de Mendoza, entonces virrey del Perú, -bajo cuyos auspicios zarpó el navegante- les confirió el nombre que denota el rango de su patrono y ofreció al mundo, a su regreso, un relato ambiguo y suntuoso de su belleza. Pero estas islas, imperturbadas durante años, volvieron a caer en su anterior oscuridad y sólo recientemente se ha conocido algo respecto de

[1] Las Islas Marquesas fueron descubiertas en 1595 por Álvaro de Mendaña, que zarpara de Perú; las bautizó en honor no del virrey, sino de *su* esposa la Marquesa de Mandonca.

ellas. Cada cincuenta años, más o menos, algún explorador aventurero interrumpiría su pacífico reposo, y asombrado por el extraordinario paisaje se sentiría tentado a proclamar el mérito de un nuevo descubrimiento.

De este interesante grupo se ha hablado poco, excepto una ligera mención en los esbozos de los viajes por el Mar del Sur. Cook, en sus reiteradas circunnavegaciones del globo[2], apenas rozó sus costas; y todo lo que sabemos de ellas proviene de algunas narraciones generales. Entre estas, dos las mencionan con particularidad: el Diario de viaje *de la fragata* estadouni*dense* 'Essex' *al Pacífico, durante* la última *guerra*[3] de Porter, según se dice, contiene algunos detalles interesantes sobre los habitantes de las islas. Sin embargo, nunca me he topado con esta obra; y Stewart, el capellán de la corbeta norteamericana "Vincennes"[4], también dedicó a este mismo tema parte de su libro, titulado Una visita a los *Mares del sur*.

En los últimos años, algunos barcos ingleses y norteamericanos, enfrascados en la extensa captura de la ballena en el Pacífico, han entrado ocasionalmente, cuando escasean las pro-**visiones, en el** cómodo puerto que existe en una de las islas; pero el temor a los nativos, basado *en el* recuerdo de la horrible suerte que corrieron muchos blancos caídos en sus manos, ha desalentado a sus tripulaciones a mezclarse lo suficiente con la población para conocer bien sus peculiares costumbres.

Las Misiones Protestantes parecen haber perdido la esperanza de reclamarle estas islas al paganismo. El uso que han hecho de estas misiones los nativos ha intimidado hasta a los más osados. Ellis[5], en sus Polynesian Researches, brinda algunos relatos interesantes sobre los abortados intentos de la misión de Tahití[6] por establecer una delegación en algunas islas de este grupo. Poco antes de mi visita a las Marquesas se produjo un curioso incidente relacionado con estos empeños, el cual no puedo dejar de mencionar.

Un intrépido misionero, resuelto ante el poco éxito de los empeños anteriores por conciliar a los salvajes, y confiando en la eficacia de la influencia femenina, introdujo entre ellos a su joven y bella esposa: la primera mujer blanca que visitara estas costas. Al principio los

---

[2] En *1774 Cook* recaló brevemente en las Islas Marquesas.

[3] El título exacto del libro es Journal *of a* Cruise *Made to the Pacific Ocean* in *the U.S. Frigate "Essex"* in *1812-13-14 (2 vols*, Philadelphia, 1815). El capitán David Porter de la Marina de los Estados Unidos, autor del libro, comandó el "Essex" durante la guerra de 1812 y, luego de capturar una serie de barcos en el Atlántico, bordeó el Cabo de Hornos, acosó a los balleneros británicos, en el Pacífico Sur y en noviembre de 1813 tomó posesión de la isla de Nukujiva en nombre de *los* Estados Unidos. Aliado a otras tribus, invadió el valle de Typee y, después de una tenaz resistencia derrotó a *sus* habitantes e incendió muchas de *sus* casas. Sin embargo, no pudo someterla por completo y al abandonarla en 1814, *los* Estados Unidos no reclamaron la isla formalmente, se reanudó el estado de guerra entre *los* nativos y *los* taipis desconfiaron permanentemente de *los* extranjeros. El Diario de Porter fue una de las principales fuentes de información de Melville para escribir *Typee* y su nombre aparece a menudo en *sus* páginas

[4] [6]Stewart, el capellán *de* la *corbeta* norteamericana "Vincennes": A Visit to *the South* Seas, in the U.S. SHIP "Vincennes" during the Years 1829 and 1830 de C. S. Stewart (2 vols, New York, 1831) fue otra fuente de información importante para Melville. Comandado por el capitán William Bolton Finch, el "Vincennes" viajó a las Marquesas

[5] *Ellis:* William *Ellis*, de la Sociedad Misionera de Londres, llegó a las Islas de la Sociedad en 1817 y trabajó durante muchos años entre los polinesios. Su obra, Polynesian *Researches* (4 vols., London, 1833), fue la tercera fuente usada *por* Melville.

[6] *La* Misión de *Tahití:* Melville evidentemente se refiere a la llegada en 1834 de *los* representantes de la Sociedad Misionera de Londres, *los* señores Stallworthy y Rodgerson. Al parecer fue Rodgerson el que fuera objeto de las poco delicadas investigaciones de los marquesinos

habitantes de las islas miraron con muda admiración un prodigio tan inusitado y parecían inclinados a considerarla una nueva divinidad. Pero poco después, al familiarizarse con su encantador aspecto y recelosos de los ropajes que cubrían sus formas, se lanzaron a rasgar el sagrado velo de calicó que la divinizaba y en gratitud a su curiosidad sobrepasaron los límites de las buenas costumbres hasta el punto de ofender el sentido del decoro de la dama. Una vez cerciorados de su sexo, su idolatría se convirtió en desprecio y no hubo fin a las afrentas proferidas contra ella por los salvajes, quienes se exaltaron por el engaño de que creían haber sido objetos. Para horror de su afectuoso esposo, la despojaron de su ropa y dieron a entender que ya no continuaría con sus ofensas impunemente. La dulce dama no fue lo suficiente angelical para soportar este desmán y, temerosa de otros improperios, obligó a su esposo a abandonar su empresa y juntos regresaron a Tahití.

Menos timidez por sus encantos mostró la Reina de la isla, la bella esposa de Mowanna, rey de Nukujiva[7]. A unos dos o tres años de acaecidos estos sucesos, tuve la suerte de tocar estas islas mientras me encontraba a bordo de un buque de guerra[8]. Entonces los franceses mantenían la posesión de las Marquesas por algún tiempo y ya se enorgullecían de los benéficos efectos traídos por su jurisdicción, como podía discernirse por la deportación de los nativos. ¡Claro! en uno de sus intentos por reformarlos masacraron alrededor de ciento cincuenta en Juitijú... pero eso es historia. En la época a que me refiero, la escuadra francesa visitaba la bahía de Nukujiva y durante una entrevista entre uno de sus capitanes y nuestro respetable Comodoro, el primero sugirió que nosotros, como buque insignia de la escuadra norteamericana, debíamos recibir personalmente una visita de la pareja real. El oficial francés también manifestó, con evidente satisfacción, que bajo sus instrucciones el rey y la reina habían adquirido los conocimientos adecuados sobre su elevada posición, y en todas las ceremonias se comportaban con la debida dignidad. En consecuencia, se hicieron los preparativos para recibir a bordo a sus majestades de forma correspondiente con su rango.

En una tarde clara, una canoa alegremente engalanada con gallardetes se vio partir desde una de las fragatas francesas y se dirigió directamente hacia nosotros. En la popa estaban reclinados Mowanna y su cónyuge. A medida que se acercaban les brindamos todos los honores que merecían los miembros de la realeza: maniobramos las vergas, disparamos un saludo y les dimos la bienvenida con algarabía.

Ascendieron por la escala de visita, recibieron el saludo del Comodoro, sombrero en mano y, al pasar por el alcázar, la guardia presentó armas a la vez que la banda entonaba "El rey de las Islas Caníbales". Hasta ahí todo iba bien. Los oficiales franceses reían y gesticulaban con excesiva alegría, maravillosamente complacidos por la discreta manera en que estos distinguidos personajes se comportaban.

Su apariencia indudablemente había sido calculada para producir un efecto. Su majestad

[7] Mowanna, *rey de* Nukujiva: Moana II, jefe de la tribu Tau, era el jefe supremo de Nukujiva, con nebulosos derechos feudales sobre los demás jefes. Su reinado fue interrumpido por un viaje a Inglaterra y un período de esclavitud en las Islas del Navegante, de la cual fue rescatado y regresado a Nukujiva en 1839 por un misionero llamado Thompson. Sus derechos de "rey" son dudosos; fue ascendido a este puesto por los franceses quienes lo eligieron como un títere. Su "Reina", como Melville parece desconocer sorprendentemente, era la hija de quince años de edad de un jefe del valle del Typee.

[8] Melville se refiere a su segunda visita a Nukujiva el 6 de octubre de 1843, cuando servía en el "U. S. S. United States

Librodot

el Rey llevaba un magnífico uniforme militar, cargado de cordones y tejidos dorados, mientras que su cabeza rapada estaba cubierta por una corona de cobre con plumaje de avestruz. Sin embargo, había un ligero defecto en su apariencia: una gran mancha tatuada se extendía por todo su rostro a la altura de los ojos, semejante a un gran par de gafas; y un rey en gafas inspira ideas grotescas... Pero fue en los atuendos de la bella figura de su trigueña esposa que los modistos de la flota evidenciaron la alegría del gusto nacional. Vestía un llamativo tejido de color escarlata, adornado con seda amarilla que, al descender por debajo de sus rodillas, exponía sus piernas desnudas, embellecidas con tatuajes en espiral, asemejándose un poco a dos minúsculas columnas de Trajano[9]. Sobre la cabeza llevaba un gracioso turbante de terciopelo púrpura, adornado con espigas plateadas y coronado por un penacho de plumas diversas.

La tripulación de la nave, inclinada sobre el pasamano para poder apreciar mejor el panorama, atrajo pronto la atención de la reina. Sus ojos se clavaron en la figura de un viejo *lobo de* mar, cuyos brazos, piernas y pecho descubiertos mostraban tantas inscripciones en tinta china como la tapa de un sarcófago egipcio. Haciendo caso omiso de todas las indicaciones y reprimendas disimuladas de los oficiales franceses, se acercó de inmediato al hombre, abrió más la pechera de su jersey, subió una pierna del ancho pantalón del marino y miró con admiración el pene azul-rosáceo que quedó así a la vista de todos. Se asió al individuo acariciándolo y expresando su deleite con una serie de salvajes gestos y exclamaciones. El desconcierto de los educados galos ante suceso tan inesperado puede imaginarse fácilmente, pero figúrense su consternación cuando de pronto la dama real, deseosa de mostrar los jeroglíficos que llevaba su dulce figura, se inclinó hacia delante por un momento y dando un medio giro, se alzó la saya y reveló una escena de la cual los horrorizados franceses se apartaron precipitadamente y lanzándose en sus botes, huyeron de tan catastrófica demostración.

CAPÌTUIO DOS

La antesala de las *Marquesas* - Somnolencia a *bordo* - Visión *del Mar del Sur* - *¡Tierra a la* vista! - *La escuadra fran*cesa *fondeada en* la bahía Nukujiva - Un extraño *piloto* - *Una escolta de* canoas - *Una flotilla de cocos* - Visitantes a nado - *El "Dolly" abordado por ellas* - *Lo que* siguió *después.*

Nunca olvidaré los dieciocho o veinte días durante los cuales los ligeros vientos alisios nos empujaron suavemente hacia las islas. En busca de la ballena habíamos estado navegando por el Ecuador a unos veinte grados al oeste de las Galápagos; y toda nuestra faena, después de determinado nuestro derrotero, fue ajustar las vergas y mantenernos a favor del viento: el buen barco y la constante brisa harían el resto. El timonel nunca forzó a la "anciana" con maniobras extravagantes, sino que ajustó sus piernas cómodamente en la caña del timón y echó siestas de una hora de duración. Cumpliendo su labor, el "Dolly" no se salió de su rumbo y, como esos personajes que siempre trabajan mejor por sí solos, realizó su trayecto con ligereza como el experimentado navegante que era.

¡Qué delicioso período de lánguida ociosidad tuvimos mientras nos deslizamos con el

[9] Dos minúsculas columnas trajanas: la peculiaridad de la columna trajana es el hecho de que mostraba las campañas y victorias del emperador Trajano en un friso tallado en bajo relieve que ascendía por la columna en espiral.

viento! No había que hacer nada; circunstancia que coincidía perfectamente con nuestros deseos de trabajar. Abandonamos completamente nuestros camarotes y extendiendo un toldo sobre el castillo de proa, dormimos, comimos y holgazaneamos allí el santo día. Todos parecían estar narcotizados. Incluso los oficiales, cuyo deber les prohibía sentarse en sus guardias, casi no podían mantenerse en pie e invariablemente tenían que ceder, recostarse contra la borda y mirar absortos al mar. Era imposible leer; en cuanto se abría un libro, el sueño no se hacía esperar.

Aunque no podía evitar ceder a la generalizada languidez, en ocasiones lograba vencer el hechizo y admirar la belleza que tenía a mi alrededor. El cielo presentaba una vasta extensión del azul más nítido y delicado, excepto en el horizonte, donde se podía divisar un fino manto de nubes pálidas que nunca cambiaban de forma ni color. Las prolongadas y acompasadas ondulaciones del Pacífico llegaban a nosotros; su superficie quebrada por alguna pequeña ola que brillaba bajo el sol. De cuando en cuando un banco de peces voladores, asustados por la corriente de agua desplazada por la quilla, saltaban en el aire y caían un segundo después como una llovizna argentina sobre el mar. Entonces aparecía la soberbia albacora, con su piel destellante, saltando y a menudo describiendo un arco en su descenso, para desaparecer bajo la superficie. A lo lejos, podía observarse el altivo chorro de la ballena y más cerca, casi al alcance de la mano, el tiburón merodeador; ese villano de los mares navegaba junto a nosotros y, a una distancia prudencial, nos atisbaba con sus ojos diabólicos. En ocasiones, algún monstruo informe de las profundidades que flotaba en la superficie, cuando nos acercábamos, se hundía lentamente en las azules aguas y se perdía de vista. Pero el rasgo más impresionante de esta escena era el silencio casi imperturbable que reinaba entre cielo y mar. Escasamente se oía algún sonido, salvo la respiración ocasional de la orca y **el** murmullo del tajamar cortando el agua. A medida que nos acercábamos a tierra, saludé con agrado la aparición de innumerables aves marinas. Chillando y volando en espiral, acompañaron al barco y a menudo se posaban en sus vergas y estays. Ese sujeto piratesco, apropiadamente llamado "halcón de los mares" con su rojo pico y negro plumaje, voló sobre nosotros en círculos cada vez menores hasta poderse distinguir ese extraño destello de sus ojos; y entonces, satisfecho con lo observado, alzó su vuelo y desapareció en el aire. Pronto aparecerían otras pruebas de nuestra proximidad a tierra y no tardaría mucho en oírse el alegre anuncio de que se divisaba, dado con esa peculiar prolongación del sonido que adora el marino:

-¡Tieeerraa!

El capitán, precipitándose a cubierta desde su camarote, pidió a gritos su catalejo; el piloto con voz más alta, preguntó al vigía:

-¿Hacia dóondee?

El cocinero negro sacó su encrespada cabeza por una claraboya y "Contramaestre", el perro, saltó entre las bitas y ladró fuertemente. ¡Tierra! Sí, ahí estaba. Una apenas perceptible e irregular línea azul indicaba el escarpado contorno de las elevadas alturas de Nukujiva.

Esta isla, generalmente una de las Marquesas, es considerada por algunos navegantes como parte de un grupo aparte que comprende las islas de Rujuka, Ropo y Nukujiva, las cuales recibieron el nombre de Islas Washington. Forman un triángulo entre los 8°38' y 9°32' latitud sur y los 139°20' y 140°10' longitud oeste de Greenwich. Con qué poca exactitud se consideran un grupo aparte, se apreciará de inmediato si se tiene en cuenta que están en la vecindad inmediata de otras islas, o sea, a menos de un grado al noroeste de ellas, que sus habitantes hablan el dialecto de las Marquesas y que sus leyes, religión y costumbres generales son idénticas. El único motivo por el cual fueron apartadas tan arbitrariamente puede atribuirse al singular hecho de que su existencia se desconocía completamente hasta 1791, año en que fueron descubiertas por **el**

capitán Ingraham[10] de Boston, Masachusetts, casi dos siglos después del descubrimiento de las islas colindantes por el enviado del virrey español. A pesar de esto, seguiré el ejemplo de la mayoría de los viajeros y las trataré como parte integrante de las Marquesas.

Nukujiva es la isla más importante de este grupo, pues es la única en la que los barcos suelen parar y se conoce como el lugar en que el intrépido capitán Porter aprovisionó sus naves[11] durante la última guerra entre Inglaterra y los Estados Unidos, y desde ella saltó sobre la gran flotilla de balleneros que navegaba por esos mares bajo pabellón enemigo. Esta isla tiene unas veinte millas de largo y casi la misma cantidad de ancho. Posee tres buenos puertos en sus costas; el mayor y mejor de los cuales es llamado por los moradores "Taioji" y bautizado por el capitán Porter como Bahía Massachussets. Las diversas tribus que habitan las costas de las demás bahías, y todos los viajeros, la conocen generalmente por el nombre otorgado a la propia isla: Nukujiva. Sus habitantes se corrompieron un poco, debido al reciente comercio con los europeos, pero en cuanto a sus costumbres peculiares y modo de vida general, han mantenido su carácter primitivo original, permaneciendo casi en el mismo estado natural que el observado por los primeros hombres blancos. Los clanes hostiles que residen en las zonas más remotas de la isla y que en muy escasas ocasiones se comunican con los extranjeros, han permanecido en todos los aspectos inalterables en su conocido comportamiento de antaño.

La bahía de Nukujiva era el fondeadero que deseábamos encontrar. Observamos la penumbra de las montañas al ocaso; y después de navegar toda la noche con una brisa muy ligera, nos encontramos muy cerca de la isla a la mañana siguiente, mas como la bahía que buscábamos estaba en la parte opuesta, nos vimos obligados a seguir bordeando la costa, admirando a medida que avanzábamos breves imágenes de floridos valles, profundas cañadas, saltos de agua y ondulantes palmeras, ocultos por puntas y promontorios rocosos que en cada ocasión nos mostraban nuevos y sorprendentes paisajes de original belleza.

Los que navegan por primera vez a través del Mar del Sur por lo general se sorprenden cuando ven la isla desde el mar. De los vagos recuentos que en ocasiones nos llegan sobre su belleza, muchos se imaginan ampulosas y exaltadas planicies, matizadas por la sombra de deliciosas palmeras y provistas de las aguas de susurrantes arroyuelos, y todo el campo con pocas elevaciones con el océano en derredor. La realidad es bien distinta: escarpadas costas rocosas, con sus elevados acantilados batidos por las olas, interrumpidas en ocasiones por profundas gargantas que presentan a la vista boscosos valles, separados por estribaciones revestidas por acolchados céspedes, que se deslizan hacia el mar desde un interior elevado y agreste; estos son los rasgos característicos de estas islas.

Hacia el mediodía estuvimos frente a la entrada del puerto y por fin bordeamos lentamente el promontorio intermedio y entramos en la bahía de Nukujiva. No hay palabras que hagan justicia a su belleza... pero mis ojos no pudieron apreciarla, sólo vi la bandera tricolor de Francia ondeando en el pabellón de seis naves, cuyos negros cascos y erizados costados proclamaban su belicosidad. Ahí estaban, flotando en esa adorable bahía; las verdes eminencias de la costa las miraban quedamente como rechazando la severidad de su porte. A mis ojos nada podía desentonar más que esos barcos; pero pronto conocí el motivo de su presencia. El grupo de islas había sido tomado por el contraalmirante Du Petit Thouars, en nombre de la invencible

[10] Aunque las islas del sur de las Marquesas habían sido descubiertas por los españoles *en el* siglo XVI y habían sido visitadas por un número de barcos en los dos siglos posteriores, las islas del norte escaparon a la atención de los navegantes hasta 1791, cuando fueron descubiertas por el capitán Joseph Ingraham, al frente del mercante estadounidense "Hope".

[11] El capitán *Porter* aprovisionó sus naves: véase la nota N° 5

nación francesa [12]

Recibimos esta información del más extraordinario individuo, un genuino vagabundo de los Mares del Sur, que llegó a nuestro barco en un bote ballenero en cuanto entramos a la bahía y, con la ayuda de algunos hombres benévolos que se encontraban en la pasarela, subió a bordo, porque nuestro visitante tenía ese grado de embriaguez en que el hombre se torna demasiado amistoso e inútil. A pesar de que apenas podía mantenerse en pie o deslizar su cuerpo por cubierta, no cesó de brindar magnánimamente sus servicios para pilotear el barco hasta un fondeadero seguro. Nuestro capitán, desconfiando de sus habilidades en este sentido, se negó a reconocer el carácter que asumía el sujeto; sin embargo nuestro personaje estaba determinado a desempeñar su papel pues, a fuerza de mucho insistir, logró colarse en el bote de estribor y, sosteniéndose de un obenque, empezó a vociferar sus órdenes con sorprendente volubilidad y gestos muy característicos. Por supuesto que nadie obedeció sus voces de mando; sin poder acallarlo, pasamos por delante de los barcos de la escuadra francesa, cuyos oficiales observaron con claridad la actuación de este extraño personaje.

Luego conoceríamos que nuestro excéntrico amigo había sido teniente de la marina inglesa, pero habiendo deshonrado su bandera con alguna punible conducta en uno de los principales puertos de ultramar, abandonó su barco y vagó durante años por las islas del Pacífico hasta que estando accidentalmente en Nukujiva cuando los franceses tomaron posesión de la plaza, fue nombrado práctico del puerto por las autoridades recién constituidas.

A medida que avanzábamos lentamente por la bahía, numerosas canoas partieron de ambas orillas y pronto nos vimos en medio de una flotilla de ellas cuyos salvajes ocupantes luchaban por abordarnos, empujándose unos a los otros en su infructuoso empeño. En ocasiones las sobresalientes batangas de sus chalupas chocaban entre sí y, enredándose bajo la superficie, amenazaban con volcarlas, luego sobrevendría una escena de confusión imposible de describir. Nunca antes había presenciado gestos tan apasionados ni tamaño alboroto; Podía pensarse que los indígenas iban a degollarse entre sí, cuando en realidad trataban de desenredar cordialmente sus barcas.

Esparcidos entre las canoas pude observar una serie de cocos que flotaban muy unidos en grupos y se sumergían una y otra vez con el vaivén de las olas. Por algún motivo inexplicable los cocos se acercaban gradualmente a nuestro barco. Me incliné con curiosidad a la borda tratando de descifrar el misterio, cuando un grupo más avanzado que los demás, atrajo mi atención. En su centro pude adivinar la forma de un coco, pero de una de las especies más extraordinarias que haya visto jamás. Giraba y danzaba constantemente entre los demás de la manera más singular y a medida que se acercaba, le noté un marcado parecido con el pardo cráneo rapado de uno de los salvajes. Luego reveló un par de ojos y comprendí que lo que había tomado por un fruto era en realidad la cabeza de un indígena, quien había adoptado este peculiar modo de llevar su producto al mercado. Los cocos estaban unidos con tiras de la cáscara, parcialmente arrancada y amarradas con aspereza. Su dueño había introducido la cabeza entre ellos e impulzaba su collarín de cocos con un movimiento de piernas debajo de la superficie del agua.

Me sorprendió un poco descubrir que entre los nativos que nos rodeaban no había ni una sola mujer. Entonces desconocía el hecho de que debido a sus creencias religiosas el viajar en

[12] El grupo de islas había sido tomado por el contraalmirante Abel Du Petit Thouars quien comenzó la anexión de las Islas Marquesas en Tauata, en el grupo sur el 1ro de mayo de 1842 y la completó cuando llegó a Nukujiva el 2 de junio del mismo año. De los seis barcos que vio Melville, sólo cinco eran buques de guerra; el sexto era un mercante que trajo de Valparaíso el caballo que maravilló tanto a los marquesinos.

canoas está terminantemente prohibido a las mujeres, incluso reciben pena de muerte si se les ve saltar a una canoa cuando las remolcan a la orilla; por consiguiente, si una dama marquesina viaja sobre el agua, arriesga su propia vida.

Ya estábamos a menos de milla y media del final de la bahía cuando algunos nativos, quienes para entonces se las habían agenciado para subir a bordo a riesgo de hacer zozobrar sus canoas, nos señalaron hacia un movimiento del agua más allá de la proa. Al principio creí que era ocasionado por un banco de peces que jugueteaba en la superficie, pero nuestros salvajes amigos nos aseguraron que era un grupo de juijenis (muchachas), que, procedentes de la costa a nado, venían a darnos la bienvenida. Cuando se acercaron y pude observar el subir y bajar de sus cuerpos, con el brazo derecho en alto que sostenía sus vestidos sobre la superficie y sus largos cabellos que serpenteaban tras ellas mientras nadaban, pensé que sólo podían ser sirenas... y así se comportaron, ¡como sirenas!

Aún estábamos a cierta distancia de la playa y a lenta marcha, al pasar entre estas ninfas flotantes, nos abordaron por todos lados: unas se asieron a los eslabones de la cadena del ancla otras, a expensas de ser arrolladas por la nave, se colgaron de los barbiquejos del bauprés y enrollando sus gráciles figuras en las sogas, quedaron suspendidas en el aire. Al final todas lograron subir por la borda, donde se apoyaron drenando agua salada, brillando por el baño, sus negrísimos cabellos caían sobre los hombros, entrecubriendo las partes desnudas. Ahí estaban, reluciendo salvaje vivacidad, riendo felizmente entre sí, conversando con infinito regocijo. Lejos de toda pereza, se ayudaron mutuamente en el sencillo arte de retocar su belleza. Sus lujuriantes mechones, enrollados hacia arriba y torcidos hasta su mínima expresión, se despojaron del elemento salobre, se enjugaron cuidadosamente todo el cuerpo y, de una conchita redonda que pasaba de mano en mano, se aplicaron una aromática unción. Sus retoques terminaron al pasarse algunas telas sueltas de *tapa*` blanca, muy ceñida en la breve cintura, alrededor de las caderas. Así ataviadas no dudaron más, abandonaron la borda y juguetearon por todo el barco. Muchas fueron a proa, y se encaramaron en la barandilla o corrieron al bauprés, mientras que otras se sentaron en el coronamiento o se acostaron en los botes. ¡Qué paisajes para nosotros, célibes marineros! ¿Cómo evadir tamaña tentación? ¿Quién podría pensar en lanzar al mar a estas cándidas criaturas cuando habían nadado millas sólo para recibirnos?

Su apariencia me subyugó: la extrema juventud, la piel bronceada, los rasgos delicados y figuras indescriptiblemente agraciadas, sus piernas de suaves líneas y sus movimientos naturales, parecían tan extraños como bellos.

El "Dolly" había sido capturado; nunca antes un barco había sido tomado por piratas tan enérgicos e irresistibles... Ante esta situación, sólo pudimos rendirnos prisioneros y durante todo el tiempo que permaneciera en la bahía, el Dolly, y toda su tripulación, estaría totalmente a merced de las sirenas.

En la noche de nuestra ubicación definitiva, el puente se iluminó con faroles y esta pintoresca pandilla de sílfides, ataviadas con flores y ropajes de tapa abigarrada, inició un baile de gran elegancia. Estas mujeres sienten pasión por la danza y la gracia y el espíritu salvajes del estilo sobrepasan todo lo bello experimentado por mí hasta entonces. Los distintos bailes de las muchachas marquesinas son de extrema belleza, pero de una desenfadada voluptuosidad que no me atrevo a describir.

Nuestro barco se había rendido a toda especie de juergas y perversiones. No se interpuso la más tenue barrera entre las profanas pasiones de la tripulación y el ilimitado placer de ellas.

Durante toda su estancia prevalecieron el libertinaje más acentuado y la embriaguez más vergonzosa, sólo con breves y ocasionales interrupciones. ¡Ay, pobres salvajes, expuestos a las

influencias de estos ejemplos contaminantes! Ingenuos y confiados, son fácilmente conducidos a toda clase de vicios y la humanidad llora sobre la ruina así infligida sobre ellos por los civilizadores europeos. Tres veces felices son aquellos que, por habitar alguna isla aún no descubierta en medio del océano, no han entrado en contacto nocivo con el hombre blanco.

CAPÌTULO TRES

Últimas operaciones de los franceses en Las Marquesas - Prudente conducta del almirante-Sensación producida por la llegada de extraños - Primer caballo visto por los indígenas - Reflexiones - Miserable subterfugio de los franceses - Digresión sobre Typee - El almirante toma la isla - Enérgica conducta de una dama inglesa.

Fue en el verano de 1842 cuando llegamos a las islas; los franceses habían tomado posesión de las Marquesas desde hacía varias semanas. En ese tiempo habían visitado algunos lugares importantes de este grupo y habían desembarcado unos quinientos soldados en varios puntos. Estos se dedicaron a construir obras o a tomar medidas en previsión de los ataques de los nativos, quienes en cualquier momento irrumpirían en franca hostilidad. Los nativos miraban con mezclados sentimientos de odio y temor a quienes se apropiaron tan arrogantemente de sus costas. Los odiaban; pero el impulso de su rencor era neutralizado por el terror a las baterías flotantes, que mantenían sus mortíferos cañones dirigidos ostentosamente, no a fortificaciones y reductos, sino a ¡un puñado de chozas de bambú, resguardadas por cocoteros! Este contraalmirante Du Petit Thouars era indudablemente un valiente guerrero, pero uno cauteloso. ¡Cuatro fragatas de doble batería y tres corbetas pesadas para amedrentar y someter a un puñado de paganos indefensos! ¡Sesenta y ocho cañones para demoler casas de ramas de cocoteros y cohetes Congreve[13] para incendiar unos cuantos cobertizos para canoas!

En Nukujiva había unos cien soldados estacionados. Vivían en tiendas construidas en las velas viejas y las piezas de repuesto de la escuadra, dentro de los límites de una fortaleza provista de varios cañones de a nueve y rodeada por un foso. Cada dos días los soldados marchaban en fila hacia una elevación cercana y, durante horas, realizaban todo tipo de ejercicios militares, rodeados por grupos de indígenas que observaban el espectáculo con salvaje admiración, como salvaje era el odio hacia los acores de la Vieja Guardia de revista un día de verano en los Campos Elíseos no haría una formación tan perfecta. Los uniformes de los oficiales, resplandecientes con galones y adornos dorados, como si estuvieran especialmente calculados para deslumbrar a los nativos, parecían recién sacados de los baúles parisienses.

La sensación producida por la presencia de extraños no había disminuido a nuestra llegada a las islas. Los nativos seguían agrupándose alrededor del campamento y observaban con la mayor curiosidad todo lo que sucedía ante ellos. La forja de un herrero, situada al abrigo de palmeras cerca de la playa, atraía tanta atención que los centinelas apostados a su alrededor no cesaban de mantener a la curiosa multitud a una distancia prudencial que permitiera a los herreros

[13] *'Cohetes Congreve:* el cohete Congreve, que fue utilizado por las fuerzas británicas durante las guerras napoleónicas, fue creado por el coronel William Congreve, inspirado por el exitoso uso de los cohetes por parte del líder indio Tipu Sultan durante el sitio de Seringapatam. Los cohetes Congreve y otros proyectiles parecidos siguieron usándose en las fuerzas militares europeas y norteamericanas hasta finales del siglo XIX

ejercer su vocación. Pero nada atrajo tanta admiración como el caballo, traído de Valparaíso por el "Achille", uno de los buques de la escuadra. El animal, de notable porte, había sido llevado a tierra y colocado en una cuadra de ramas de cocotero dentro del recinto fortificado. En ocasiones era sacado y, engualdrapado alegremente, era montado por uno de los oficiales a todo galope por la playa de dura arena. Esta actuación no dejaba de proporcionar fuertes aplausos y los nativos manifestaban unánimemente que el Puorki nui (cerdo grande) era el espécimen zoológico más extraordinario que habían visto jamás.

La expedición para ocupar las Marquesas había partido de Brest en la primavera de 1842 y el secreto de su destino sólo era de conocimiento de su comandante. No es de extrañar que los que tramaban esta infracción de los derechos humanos trataran de ocultar su monstruosidad ante los ojos del mundo. Sin embargo, independientemente de su inicua conducta en este y en otros asuntos, los franceses siempre se han vanagloriado de ser la más humana y pulcra de las naciones. No obstante, un alto grado de refinamiento no parece atenuar lo suficiente nuestras malvadas inclinaciones; y si la propia civilización fuera a valorarse por algunos de sus resultados, quizá fuera mejor que esa parte del mundo que llamamos salvaje hubiese permanecido inalterable.

Un ejemplo de los vergonzosos subterfugios que los franceses están prestos a utilizar para encubrir cualquier crueldad que consideren necesaria para someter a los nativos marquesinos, bien merece ser mencionado. Con alguna débil excusa, Mowanna, rey de Nukujiva, a quien los invasores engatusaron en provecho de sus intereses con regalos extravagantes y movían a su antojo como a un simple títere, había sido establecido como legítimo soberano de la isla, el supuesto gobernante por receta de los distintos clanes que quizá por siglos se han tratado entre sí como naciones aisladas. Los desinteresados forasteros realizaron todo el trayecto desde Francia para reinstaurar a este tan lastimado príncipe en las dignidades asumidas por sus antecesores: los franceses están determinados a hacer reconocer este título. Si alguna tribu se negase a reconocer la autoridad de los franceses, desconociendo la corona galonada de Mowanna, que se atenga a las consecuencias de su obstinación. Bajo la protección de un pretexto parecido se cometieron los ultrajes y masacres de Tahití la bella, reina de los Mares del sur.

En estas expediciones bucaneras, el contraalmirante Du Petit Thouars, abandonando el resto de su escuadra en las Marquesas, -que habían estado ocupadas por sus fuerzas durante unos cinco meses-, partió hacia la isla condenada en la fragata "Reine Blanche". A su llegada, como compensación por los supuestos insultos a la bandera de su país, exigió que le entregaran unos veinte o treinta mil dólares, de lo contrario tomaría posesión de la plaza.

La fragata, inmediatamente después de fondear, tensó sus cables, mostró sus cañones, posicionó a sus hombres y quedó a la expectativa en la ensenada circular de Papeete, con su costado perpendicular a la fiel ciudad; mientras sus numerosos cutters, amarrados en orden a un lado, estaban prestos a desembarcar cubiertos por sus baterías. Mantuvo esta actitud beligerante por varios días, durante los cuales se sostuvieron conversaciones informales y la alarma se extendió por toda la isla. Muchos de los tahitianos estaban, en principio, dispuestos a recurrir a las armas y expulsar a los invasores de sus costas; pero al final prevalecieron los consejos más pacíficos y débiles. Pomare[14], la infeliz reina, incapaz de evitar la inminente desgracia, aterrori-

[14] 16 *Pomare,* la infeliz reina: la Reina Pomare IV de Tahití *(1827-1877)* se convirtió en la víctima política de sus rivales misioneros. Habiendo expulsado a dos misioneros franceses instigada por George Pritchard (el cónsul inglés que también era misionero protestante), se vio obligada, en septiembre de *1840* cuando Du Petit Thouars llegó exigiendo reparaciones, a aceptar

zante la-arrogancia del francés insolente, y llevada al máximo de la desesperación; huyó de noche en una canoa hacia Emio.

Durante el pánico que cundió, se produjo un hecho de heroísmo femenino que no puedo dejar de mencionar.

En el recinto de la mansión del conocido cónsul misionero Pritchard, entonces de visita en Londres, la bandera consular de Gran Bretaña ondeó como de costumbre ese día en una alta asta erguida a unas pocas yardas de la playa y a la vista de la fragata. Una mañana un oficial, al frente de una partida de hombres, se presentó ante el pórtico de la residencia del señor Pritchard y preguntó en un inglés entrecortado por la señora, su esposa. La patrona pronto acudió al llamado y el amable francés hizo una de sus mejores reverencias, y jugueteando graciosamente con los cordones que danzaban en su pecho, explicó con palabras corteses el objetivo de su misión:

-El almirante desearía arriar la bandera (esperaba que fuera cosa hecha) y sus hombres están listos para hacerlo,

-Dígale a su amo, el pirata -ripostó la enérgica inglesa señalando al mástil que si desea bajar esa bandera tendrá que venir a hacerlo él mismo; no permitiré que nadie más lo haga.

Luego la dama se inclinó con altivez y entró a la casa. Cuando el desconcertado oficial se retiraba lentamente, alzó la vista a la bandera y se percató que el cordón que la izaba en su sitio, iba desde la punta del mástil, atravesaba el césped y terminaba en una ventana abierta en lo alto de la mansión donde estaba sentada tejiendo tranquilamente la dama con la cual había acabado de conversar. ¿Arriarían la bandera? La señora Pritchard considera que no; y el contraalmirante Du Petit Thouars es de la misma opinión.

CAPÌTULO CUATRO

Situación a bordo - Contenido de la despensa - *Duración de los* viajes por los *Mares del Sur - Relato de* un marinero *en fuga* - Determinación *de* abandonar la nave - La bahía *de* Nukujiva - Los taiples - Su valle *invadido por Porter - Reflexiones* - La cañada *de* Tior - Entrevista del *viejo rey con el* almirante *francés.*

Nuestro barco no había pasado muchos días en la bahía de Nukujiva cuando llegué a la convicción de que debía abandonarlo. Que mis motivos por decidirme a dar este paso eran numerosos e importantes, puede deducirse del hecho de que preferí arriesgar mi suerte entre los salvajes de la isla que soportar otro viaje a bordo del "Dolly". Usando el laconismo categórico de los marinos, había decidido "huir". Ahora bien, como por lo general a esta palabra se le adjudica una connotación no muy halagüeña para quien la pronuncia, me corresponde, por amor propio, brindar alguna explicación sobre mi conducta.

Cuando subí a bordo del "Dolly", por supuesto firmé el reglamento del barco, el cual me comprometía voluntaria y legalmente a servir en determinado cargo durante el viaje; y, consideraciones especiales aparte, estaba dispuesto a cumplir con el acuerdo. Pero como en todo contrato, si una de las partes incumple con las obligaciones del pacto, ¿no está la otra eximida

---

un protectorado francés. Por último Tahití se convirtió en una colonia francesa cuando su hijo Pomare V, abdicó en *1880.*

virtualmente de su responsabilidad? ¿Quién se atreve a afirmar lo contrario?

Establecido este principio, entonces, permítame aplicarlo al caso en cuestión. En innumerables ocasiones no sólo las condiciones tácitas, sino las enunciadas *en el* reglamento fueron violadas por parte del barco en que serví. El régimen a bordo era tiránico; los enfermos fueron descuidados de forma inhumana; las provisiones repartidas parcamente en raciones escasas; y sus viajes fueron irracionalmente prolongados. El capitán fue el autor de estos abusos; era inútil pensar que los remediaría ni que cambiaría su conducta, la cual era en extremo arbitraria y violenta. Su rápida respuesta a todas las quejas y protestas era... el cabo de un espeque, administrado tan convincentemente como para silenciar a la parte aquejada.

¿A quién podíamos acudir en desagravio? Habíamos dejado la ley y la igualdad al otro lado del Cabo de Hornos; y por desgracia, con muy pocas excepciones, nuestra tripulación estaba compuesta por un grupo de mezquinos y miserables, divididos entre sí, y unidos sólo para resistir sin remilgos la implacable tiranía del capitán. Hubiera sido una locura que dos o tres del grupo, sin ayuda del resto, intentasen enfrentarse a este malvado tratamiento. Sólo habrían atraído sobre ellos la venganza particular de este "Señor del Tablón" y habrían sometido a sus compañeros a mayores dificultades.

Pero, después de todo, estas cosas podían soportarse si hubiéramos tenido la esperanza de ser separados rápidamente de ellas por el lógico término de nuestra servidumbre. ¡Pero qué triste futuro nos esperaba en este lugar! La longevidad de los viejos balleneros por el Cabo es proverbial, extendidos con frecuencia a un período de más de cuatro o cinco años.

Algunos jóvenes barbilampiños quienes, forzados por las influencias del capitán Marryat y los tiempos difíciles[15], embarcan en Nantucket para una excursión de placer por el Pacífico, y cuyas ansiosas madres les suministran botes de leche para la ocasión, a menudo regresan convertidos en respetables hombres maduros.

30

Los mismos preparativos para una de estas expediciones bastan para amedrentarlo a uno. Como el barco no lleva carga, sus bodegas se llenan de provisiones para consumo propio. Los armadores, que fungen como proveedores para el viaje, abastecen la despensa con gran abundancia. Porciones escogidas de cerdo y res, cortadas según cálculos científicos de cada parte del animal, y de todas las formas y tamaños concebibles, se salan, embalan y almacenan en barriles; y adoptan después una interminable variedad en sus distintos grados de dureza y en las peculiaridades de su salinidad. El agua también, decantada en fuertes toneles de seis barriles, se reparte a razón de dos pintas diarias por persona de a bordo; le sigue un amplio surtido de pan de mar, previamente reducido a un estado de petrificación con vistas a preservarlo tanto del deterioro como de su consumo en modo normal, suministrado para nutrición y disfrute gastronómico de la tripulación.

Pero sin referirnos a la calidad de estos artículos de consumo de los marineros, la abundancia con que se suben a bordo de un ballenero resulta casi increíble. En ocasiones, cuando tenemos la oportunidad de entrar en la bodega y se ven las sucesivas hileras de toneles y barriles,

[15] *"Las influencias del capitán Marryat y los tiempos difíciles:* Las novelas de aventuras de Frederick Marryat *(1792-1848)* indudablemente dieron un tono romántico a *los* veleros; y esto, en una época de depresión y desempleo (los años *1830),* condujo a muchos jóvenes norteamericanos de la clase media, como Dana y Melville, a pasar algún tiempo en el mar. La novela más popular de Marryat fue, y sigue siendo, Mr. Midshipman Easy *(1836).*

cuyo contenido está destinado a consumirse en su debido momento, el corazón salta dentro del pecho.

Aunque en general, un barco que no ha tenido la suerte de toparse con las ballenas continua su recorrido de búsqueda hasta que apenas le quedan las provisiones suficientes para regresar; entonces da la vuelta en silencio y hace el mejor de sus viajes para sus amigos. Aún existen casos en que incluso este obstáculo natural para la continuación del viaje es salvado por capitanes testarudos que, tras negociar los frutos del trabajo agotador de sus tripulaciones por un nuevo suministro de provisiones en algún puerto de Chile o Perú, reinician la búsqueda desde cero con incesante celo y perseverancia. De nada sirve que los armadores del barco le pidan en cartas urgentes que regrese, puesto que todo parece indicar que el viaje seguirá siendo infructuoso. ¡No señor! El ha hecho una promesa: llenar el barco con buen aceite de ballena o no volver jamás a aguas norteamericanas.

Escuché una vez de un ballenero que, después de muchos años de ausencia, le dieron por perdido. Lo último que se sabía de él era un enigmático reporte de que había tocado algunas de las inestables islas del lejano Pacífico, cuyos excéntricos desplazamientos se registran cuidadosamente en cada nueva edición de las cartas del Mar del Sur. Después de un largo intervalo, sin embargo, se dijo que el "Perseverancia" -ése era su nombre se encontraba en algún lugar cerca de los confines de la tierra, navegando tan bien como siempre, con sus velas todas remendadas y acolchadas con hilos de soga, sus palos sujetados con viejas duelas de barril y sus jercias anudadas y empalmadas por todos lados. Su tripulación estaba compuesta por unos veinte venerables lobos de mar con aspecto decrépito de pensionista de Greenwich'[16] que apenas podían andar por cubierta. Los cabos de todas las cuerdas corredizas, excepto las drizas de señalización y las de acarreo de popa, se movían mediante pastecas y terminaban en el cabrestante o el molinete, de modo que ni un sólo cordel se braceaba o fijaba sin ayuda de una máquina.

Su casco estaba incrustado de percebes que lo cubrían por completo. Tres tiburones cariñosos seguían su estela y todos los días se acercaban para engullir el contenido de la cubeta del cocinero, que este lanzaba especialmente hacia ellos. Un gran cardumen de bonitos y albacoras siempre les hacía compañía.

Este fue el relato que escuché sobre ese barco y su recuerdo siempre me obsesionó; no supe qué le sucedió en definitiva; seguramente nunca regresó a su puerto de origen y supongo que aún sigue navegando por los océanos del mundo.

Habiéndome referido tanto a la duración acostumbrada de estos viajes, y habiendo informado que el nuestro había acabado de comenzar, pues sólo hemos navegado quince meses y ya esto se considera un atraso, el lector se percatará de que había poco que alentara continuar la marcha, especialmente cuando siempre supuse que haríamos un viaje desgraciado y hasta ahora nuestros presentimientos estaban justificados.

Aquí debo aclarar, para ser franco, que aunque han pasado más de tres años desde que abandoné el barco, éste sigue navegando por el Pacífico, pues hace pocos días leí una noticia en los periódicos que decía que había tocado las Islas Sandwich antes de dirigirse a las costas del Japón.

Pero regresemos a mi narración. Ante estas circunstancias, y sin otra opción si permanecía a bordo del "Dolly", decidí abandonarlo; por supuesto que era ignominioso huir secretamente de

[16] *"De pensionista de Greenwich:* persona recluida en el Hospital de Greenwich para marineros jubilados, que fuera fundado en 1705 y cerrado en 1873. Los pensionistas de Greenwich eran la contrapartida marina de los pensionistas de Chelsea

aquellos que me habían ultrajado y maltratado; ¿pero cómo evitarlo si era mi única alternativa? Ya resuelto, traté de obtener toda la información que pude relacionada con la isla y sus habitantes para conformar mi plan de fuga. A continuación expondré el resultado de mis indagaciones para que se comprenda mejor la narración que sigue.

La bahía de Nukujiva, donde nos encontrábamos, es una extensión de agua no muy diferente en su forma al espacio abarcado por una herradura. Tiene, quizá, nueve millas de circunferencia. Se entra a ella desde el mar por un estrecho canal, flanqueado por dos islotes gemelos que irónicamente se alzan hasta unos quinientos pies. Desde ellos la costa se retira a ambos lados y describe un profundo semicírculo.

Desde la orilla, la tierra asciende uniformemente hacia todos lados con cuestas y pendientes verdes hasta que, desde colinas de suaves laderas y elevaciones moderadas, sube gradualmente para formar majestuosas y altas montañas cuyos azules contornos se extienden por todos lados hasta perderse a la vista. El bello aspecto de la costa es realzado por profundas y románticas cañadas que descienden hasta ella casi a igual distancia unas de otras, saliendo aparentemente desde un mismo centro, y sus extremos superiores se pierden bajo la sombra de las montañas. Al final de estos pequeños valles corren ríos cristalinos, asumiendo aquí y allá la forma de finas cascadas, perdiéndose invisibles hasta reaparecer cayendo en ruidosas cataratas y deslizarse suavemente hasta el mar.

Las casas de los nativos, construidas de bambú amarillo, artísticamente tejido en rejilla y cubiertas con las largas hojas de la palma, están diseminadas con irregularidad por estos valles bajo la sombra de los cocoteros.

Nada supera el imponente paisaje que ofrece esta bahía. Vista desde nuestro barco en el centro de la rada, parece un gran anfiteatro en ruinas; y las profundas cañadas que arrugan sus flancos, abarrotadas de enredaderas, parecen enormes grietas ocasionadas por la erosión del tiempo. Muchas veces cuando me encontraba absorto admirando esta belleza, sentí pena de que un paisaje tan encantador estuviera oculto para el mundo en estos lejanos mares y casi nunca satisfacieran los ojos de delicados amantes de la naturaleza.

Además de esta bahía, las costas de la isla están interrumpidas por otras grandes radas hacia las cuales descienden anchos y verdes valles. Habitados por igual número de tribus salvajes que, aunque hablan dialectos afines de una lengua común y se rigen por leyes iguales y profesan la misma religión, desde tiempos inmemoriales libran entre sí guerras heredadas de sus antepasados. Las montañas intermedias, por lo general de dos o tres mil pies sobre el nivel del mar, definen geográficament$_{e}$ los territorios de cada una de estas tribus rivales, que nunca violan sus fronteras, salvo en expediciones de guerra o saqueo. Colindantes con esta bahía de Nukujiva y sólo separado de esta por las montañas que se observan desde la rada, está el adorable valle de Japar, cuyos habitantes disfrutan de las más amistosas relaciones con los de Nukujiva. Al otro lado de Japar, y muy cerca de éste, está el gran valle de los temibles taipis, enemigo$_{s}$ implacables de estas tribus.

Estos afamados guerreros parecen inspirar un terror indescriptible en los demás nativos. El sólo hecho de nombrarlos los atemoriza: la palabra "typee" en el dialecto marquesino significa devorador de carne humana. Resulta singular que este nombre se les asigne a ellos exclusivamente, porque los nativos de todo este grupo de islas son caníbales incorregibles. Quizás hayan sido bautizados así por la ferocidad característica de este clan, así como para trasladarles con ello un estigma especial.

Los taipis disfrutan de una notoriedad prodigiosa en todas las islas. Los nativos de Nukujiva a menudo contaron con mímica sus terribles hazañas a la tripulación de nuestra nave y

mostraban las cicatrices de las heridas recibidas en los desesperados enfrentamientos con ellos. Cuando nos encontrábamos en tierra trataban de atemorizarnos señalando a uno de ellos y diciendo "typee", pero manifestaban no poca sorpresa cuando no sobresaltábamos ante tan terrible anuncio. También era muy gracioso ver con qué honestidad negaban toda inclinación caníbal de su parte, mientras denunciaban a sus enemigos -los taipis- de ser inveterados degustadores de la carne humana; pero más adelante tendré oportunidad de referirme a esta peculiaridad.

Aun cuando estaba convencido de que los habitantes de esta bahía eran antropófagos tan redomados como los de las demás tribus de la isla, no pude dejar de sentir una repugnancia especial y más incondicional hacia los susodichos taipis. Incluso antes de visitar las Marquesas había escuchado de hombres que habían tocado el grupo de islas en viajes anteriores, algunos relatos repugnantes relacionados con estos salvajes; en mi mente permanecía fresca la historia del capitán del "Katherine"[17], quien solo unos meses antes, aventurándose imprudentemente a entrar en esta bahía en un bote con el objetivo de comerciar, fue capturado por los nativos, introducido en el valle y sólo fue salvado de una cruel muerte gracias a la intervención de una joven que facilitó su fuga nocturna por la playa de Nukujiva.

También había oído hablar de un barco inglés que, después de un agotador viaje hace muchos años, trató de entrar en la bahía de Nukujiva y al llegar a dos o tres millas de la costa fue recibido por una gran canoa llena de nativos, que se ofrecieron para indicarles el camino hacia su lugar de destino. El capitán, desconocedor de los asentamientos de la isla, accedió alegremente a la proposición y el barco siguió a la canoa. Fue conducido con presteza a una bella ensenada y tiró anclas en esas aguas bajo las sombras de la prominente costa. Esa misma noche los pérfidos taipis, que lo habían conducido hasta la fatal bahía, subieron en tropel en centenares al condenado barco y a una señal asesinaron a todos los tripulantes.

Nunca olvidaré la observación de uno de los nuestros a medida que pasábamos lentamente por la entrada de la bahía en nuestro camino hacia Nukujiva. Cuando admirábamos por la borda los verdes cabos, Ned, señalando en dirección al traicionero valle, exclamó:

¡Ahí, mismo está Typee! ¡Oh, caníbales sanguinarios, qué banquete harían de nosotros si decidimos desembarcar!, pero dicen que no les gusta la carne de marino, es demasiado salada. ¿Eh, compañeros, les gustaría que los mandaran a tierra?

No me pasó por la mente -pues temblé ante la pregunta que en sólo unas semanas yo estaría cautivo realmente en ese mismo valle.

Los franceses, aunque ya habían celebrado las ceremonias de izar la bandera en todas las plazas principales del grupo, aún no habían visitado la bahía de Typee, previendo una fiera resistencia de parte de los salvajes de esos lugares, la cual por el momento al menos deseaban evitar. Quizás estuvieran influidos a adoptar esta política desacostumbrada por el recuerdo del beligerante recibimiento ofrecido por los taipis al capitán Porter en 1814, cuando ese valiente y experto oficial intentó subyugar al clan sólo para satisfacer el odio mortal profesado por sus aliados los nukujivas y los japares.

En esa ocasión, según me contaron, un destacamento importante de marinos y marineros

[17] *"El capitán del "Katherine":* en 1840 el capitán Brown del barco ballenero "Katherine" se vio envuelto en un combate con *los* taipis y durante un tiempo de *su* vida estuvo en peligro cuando *lo* mantuvieron cautivo temporalmente. Melville dio un toque romántico al incidente; al *parecer* Brown se escapó no gracias a "la intervención de una muchacha", sino a la ayuda de un joven español que había sido adoptado por una tribu vecina y se convirtió en tabú para todas las tribus de Nukujiva.

de la fragata "Essex", acompañados como mínimo por dos mil guerreros de Japar y Nukujiva, desembarcaron en botes y canoas en la playa de la bahía y después de penetrar cierta distancia en el valle, enfrentaron la más tenaz resistencia de sus habitantes. Con valentía, aunque con muchas pérdidas, los taipis defendieron cada pulgada de tierra y después de dura pelea obligaron a sus agresores a abandonar sus empeños de conquista.

Los invasores, en su retirada hacia el mar, despecharon su rechazo prendiendo fuego a toda casa o templo que encontraron a su paso; una larga fila de ruinas humeantes desfiguró el otrora reluciente regazo del valle y reveló a sus paganos habitantes el espíritu que reinaba en los pechos de los soldados cristianos. ¿Quién puede preguntarse por qué los taipis odian tanto a los extranjeros después de tales atrocidades injustificadas?

Así es como aquellos que llamamos "salvajes" se ganaron ese calificativo. Cuando los habitantes de alguna isla solitaria divisan por primera vez la "gran canoa" de los europeos deslizándose por las azules aguas hacia sus costas, corren en turba a la playa y esperan con los brazos abiertos para abrazar a los extranjeros. ¡Abrazo mortal! Acogen en su seno a las víboras cuya mordida está destinada a envenenar todas sus alegrías; y el sentimiento instintivo de amor en sus pechos pronto se transforma en el odio más amargo.

Las atrocidades perpetradas en los Mares del Sur a algunos de los inofensivos isleños son casi increíbles. Estos atropellos no se conocen en muchos de nuestros hogares; suceden en los confines de la tierra; se hacen con apuro y no hay nadie que los revele. Pero sí existen muchos barquitos mercantes que han navegado por el Pacífico, cuyo rastro de isla en isla puede seguirse por una serie de robos, secuestros y asesinatos a sangre fría y cuya iniquidad puede bastar para hundir sus culpables maderos en el fondo del océano.

En ocasiones nos llegan vagos recuentos de estos sucesos y los catalogamos fríamente de erróneos, impropios, innecesariamente severos y peligrosos para las tripulaciones de otros barcos. Cuánto cambia nuestro tono cuando leemos la elaborada descripción de la masacre de la tripulación del "Hobomak" a manos de los fijis; cuánto simpatizamos con las infelices víctimas y con qué horror miramos a los diabólicos paganos que, después de todo, solamente vengaban las injustificadas heridas recibidas. Sólo respiramos revancha y equipamos buques armados que atravesarían miles de millas para ejecutar el castigo sumarísimo a los transgresores. Al llegar a su destino, incendiaron, mataron y destruyeron cumpliendo las instrucciones escritas y alejándose del escenario de la devastación, invocaron a todo el mundo cristiano a aplaudir su valentía y justicia.

¡Cuántas veces se aplica incorrectamente el término "salva*jes"!* Nadie que realmente lo merezca ha sido descubierto por navegantes o viajeros. Han encontrado a paganos y bárbaros a quienes, por las horribles crueldades, han desesperado y convertido en salvajes. Puede afirmarse sin temor a equivocarse que en todos los casos de ultrajes cometidos por los polinesios, los europeos en algún momento u otro han sido los agresores y que la cruel y sangrienta disposición de algunos isleños se debe principalmente a la influencia de esos ejemplos.

Pero regresemos. Debido a la hostilidad existente entre las distintas tribus que mencioné, los espacios montañosos que separan sus respectivos territorios están deshabitados; *los* nativos invariablemente viven en las profundidades de los valles con vistas a resguardarse de las incursiones depredadoras de sus enemigos, que con frecuencia acechan sus fronteras prestos a cercenar a cualquier rezagado o a descender sobre los residentes de algún paraje aislado. Varias veces me topé con personas muy ancianas que por esta causa nunca han sobrepasado las fronteras de su valle natal; algunos ni siquiera han subido media montaña **en** toda su vida y quienes, por consiguiente, no tienen idea de cómo es la otra parte de la isla, cuyo perímetro quizá no alcance

las sesenta millas. El reducido espacio en que algunos de estos clanes pasan sus días resulta casi increíble.

La cañada del Tior servirá como ilustración de este hecho. La parte habitada no tiene más de cuatro millas de largo y varía en ancho de media milla a menos de un cuarto de milla. Los rocosos farallones revestidos de enredaderas a un lado, ascienden casi perpendicularmente desde la base hasta una altura como mínimo de mil quinientos pies; mientras que al cruzar el valle --en fuerte contraste con la escena opuesta- se alzan verdes elevaciones formando una tras otra florecientes terrazas. Rodeado por estas estupendas barreras, el valle estaría totalmente aislado del resto del mundo, salvo por su acceso marítimo por un extremo y desde un estrecho desfiladero por el otro.

Nunca se borrará la impronta que produjo en mi mente esta cañada, cuando la visité por vez primera.

Había llegado a Nukujiva por mar en el bote de la nave y cuando entramos en la bahía de Tior el sol estaba en su cenit. El calor era intenso y habíamos navegado con la suave marejada pues había poco viento. El sol había descargado toda su furia sobre nosotros; y para colmo no nos habíamos abastecido de agua para este corto viaje. Por lo tanto, con el calor y la sed, *me* impacienté tanto por tocar tierra que antes de llegar me paré en la proa del bote listo a saltar, impulsado por tres o cuatro fuertes remazos, fui a caer en medio de un grupo de jóvenes salvajes que estaban preparados a darnos una calurosa bienvenida; y con ellos tras de mí, gritando como diablillos, corrí en terreno abierto cerca del mar y me lancé como un clavadista a la sombra del primer cocotero que encontré.

¡Qué sensación tan agradable sentí! Me creí flotar en algún medio nuevo, a la vez que a mis oídos llegaban todo tipo de sonidos de líquido chorreante y borboteante. La gente puede decir lo que desee sobre las refrescantes influencias de un baño de agua fría, pero cuando mi cuerpo transpire mándenme a los baños de sombra de Tior, bajo los cocoteros, y en medio de la fresca y deliciosa atmósfera que los rodea.

¿Cómo poder describir la escena que tenía ante mis ojos y que disfrutaba desde este verde nicho? La estrecha cañada con sus abruptos y cercanos lados adyacentes tapizados de enredaderas, arqueada encima por un calado de ramas entrelazadas, casi oculta a la vista por masas de verde follaje, parecía desde donde yo estaba un inmenso emparrado que revela su interior al ojo humano, mientras que al yo avanzar se ampliaba gradualmente hasta mostrar el valle más adorable que el hombre haya visto.

También sucedió que el mismo día en que me encontraba en Tior, el almirante francés, asistido por todos los botes de su escuadra, partió personalmente de Nukujiva para tomar posesión oficial de la plaza. Se quedó en el valle un par de horas, durante las cuales sostuvo una ceremoniosa entrevista con el rey.

El patriarca-soberano de Tior era un hombre de edad muy avanzada; pero aunque la edad había encorvado su forma y lo había tornado casi decrépito, su gigantesca figura mantenía toda la magnitud y la grandeza originales de su apariencia. Caminaba con lentitud y evidente pena, ayudando sus pasos vacilantes con una pesada lanza de guerra en una de sus manos y asistido por un grupo de jefes barbicanos, sobre uno de los cuales se apoyaba en ocasiones. El almirante se acercó con la cabeza descubierta y la mano extendida, mientras que el viejo rey lo saludó con un impresionante movimiento de su lanza. Un instante después se pararon uno al lado del otro, estos dos extremos de la escala social: el educado y espléndido francés y el pobre salvaje tatuado. Ambos eran altos y nobles; pero en otros aspectos el contraste era sorprendente. Du Petit Thouars exhibía sobre su persona todos los accesorios que denotan su rango. Llevaba una levita de

almirante muy adornada, un sombrero galonado y en el pecho una serie de medallas y condecoraciones; mientras que el sencillo isleño, salvo un insignificante taparrabos de tela sobre la cadera, mostraba toda la desnudez que le dio la naturaleza.

Y a qué inconmensurable distancia, pensé yo, están separados estos dos seres uno del otro. Uno muestra el resultado de largos siglos de civilización y refinamiento progresivos, que ha convertido gradualmente a la simple criatura en la semblanza de todo lo elevado y grande; mientras que el otro, después del mismo lapso, no ha adelantado un paso en la carrera del mejoramiento. "Sin embargo, después de todo -y me cito yo mismo- siendo tan insensible a las miles de necesidades y despojados de los cuidados agobiantes ¿no es el salvaje el más feliz de los dos?" Estos fueron los pensamientos que embargaron mi mente mientras miraba el novedoso espectáculo que tenía ante mí. Era en verdad impresionante y poco probable de olvidar. Incluso ahora recuerdo con vívida definición cada rasgo de esa escena. Los tonos de sombra en que se efectuó la entrevista... la espléndida vegetación tropical que los rodeaba... la pintoresca muchedumbre de soldados y nativos entremezclados... e incluso el amarillo racimo de plátanos que entonces sostenía en mi mano y del cual a veces comía mientras estaba enfrascado en las anteriores reflexiones filosóficas.

CAPIIUIO CINCO

Consideraciones anteriores al intento de fuga - Toby, un compañero de viaje dispuesto a compartir la aventura - Última noche a bordo.

Habiendo resuelto incondicionalmente abandonar la nave y obtenida toda la información concerniente a la bahía que me fue posible de acuerdo con las circunstancias, repasé deliberadamente en la mente todo plan de fuga admisible, determinado a actuar con toda cautela en un intento cuyo fracaso enfrentaría las consecuencias más desagradables. La idea de ser apresado y regresado al barco era tan inexplicablemente repulsiva que estaba determinado a no proceder con precipitación ni imprudencia.

Sabia que nuestro respetable capitán, que sentía una preocupación tan paternal por el bienestar de su tripulación, no aceptarla gustosamente que uno de sus mejores hombres enfrentase los peligros de un viaje entre los nativos de una isla salvaje; y yo estaba seguro de que cuando desapareciera, su ansiedad paterna lo impulsaría a ofrecer, como recompensa, metros y metros de tela estampada de bellos colores por mi captura. Incluso podría apreciar mis servicios con el valor de un mosquete, en cuyo caso era completamente seguro que toda la población de la bahía se pondría en el acto tras de mí, incitada por la perspectiva de tan magnificente botín.

Averiguado el hecho mencionado antes de que los nativos como medida de precaución viven agrupados en las profundidades de los valles y evitan vagar por las partes más elevadas de la costa, salvo obligados por alguna expedición de guerra o saqueo, llegué a la conclusión de que si lograba pasar inadvertido por las montañas, podría fácilmente permanecer allí manteniéndome con las frutas que encontrase por el camino hasta la partida del barco, cuyos sucesos advertiría de inmediato por la posición ventajosa que me permitiría observar todo el puerto.

La idea me agradó. Parecía mezclar buena parte de sentido práctico con el considerable regocijo interno, pues cuanto placer sentiría al ver allá abajo el detestable barcucho desde una altura de mil pies y contrastar el verde escenario que me rodeara con el recuerdo de sus estrechos

pasillos y sombríos camarotes... Ah, era realmente refrescante el sólo pensarlo; y a continuación me imaginé sentado bajo un cocotero en la cima de la montaña, con un racimo de plátanos al alcance de la mano, criticando sus evoluciones náuticas a su salida por la bahía.

Por supuesto, había un desagradable inconveniente a toda esta felicidad: la posibilidad de caer en manos de una partida de sanguinarios taipis cuyo apetito estimulado quizá por el aire de regiones tan altas, podría impulsarlos a devorarme. Debo confesar que ésta era la parte más desagradable de todo el asunto.

Imagine que a una partida de estos salvajes gastrónomos les pasara por la mente hacer un festivo banquete con un pobre diablo que no tendría medio de huir o defensa alguna; pero no había escapatoria. Estaba dispuesto a correr algunos riesgos con el propósito de lograr mis objetivos y contaba mucho con mi capacidad de eludir a estos caníbales merodeadores entre los muchos escondrijos suministrados por las montañas. Además, las probabilidades eran diez a uno a favor de que ninguno ellos subiera hasta esas alturas.

Había decidido no comunicar mi plan de abandonar el barco a ninguno de mis compañeros y mucho menos invitar a alguien a que me acompañase en la huída. Sin embargo, una noche, mientras estaba en cubierta reflexionando sobe los distintos planes de fuga, vi a uno de ellos apoyado en la borda, absorto en profunda meditación. Era un muchacho de aproximadamente mi misma edad por quien sentía simpatía; y Toby [20], nombre por el cual lo conocíamos pues era renuente a revelarnos el verdadero era el candidato perfecto para acompañarme por ser ágil, despierto Y servicial, de intrépida valentía y peculiarmente franco y audaz al expresar sus sentimientos. En más de una ocasión lo saqué de apuros por esta causa; y no sé si fue por esto o por cierta afinidad de sentimientos que siempre había mostrado inclinación por mi compañía. Habíamos hecho muchas guardias juntos, pasábamos las aburridas horas hablando, cantando o haciendo cuentos, mezclado con una buena cantidad de maldiciones por el difícil destino que teníamos por delante.

Toby, al igual que yo, se había desenvuelto evidentemente en otro tipo de vida y su conversación a veces lo delataba, aunque siempre trató de disimularlo. Era uno de esos aventureros que a veces uno se encuentra en la mar, que no revelan su verdadero origen, nunca hablan de su pasado y vagan por el mundo como perseguidos por algún hado misterioso imposible de eludir.

Incluso en la apariencia de Toby había algo que me inclinaba hacia él, pues mientras la mayor parte de la tripulación era grosera tanto física como mentalmente, Toby estaba dotado de una figura notablemente atrayente. Ataviado con su marinera azul y pantalón de dril, era bien parecido, particularmente pequeño y delgado, con miembros muy flexibles. El color de su piel, oscura por naturaleza, se había acentuado más por la exposición al sol del trópico y los negros mechones de su cabellera tapaban sus sienes dando un tono más oscuro a sus grandes ojos. Era un ser extraño y voluntarioso, caprichoso, inestable y melancólico... en ocasiones incluso taciturno. Tenía un temperamento agudo y colérico que, cuando estallaba, lo transportaba a un estado que rozaba el delirio.

Resulta curioso el poder que una persona violenta ejerce sobre espíritus más débiles. He visto a un hombre fornido, no falto de normal valentía, acobardarse virtualmente ante los accesos de cólera de este delgado mozalbete. Pero estos paroxismos eran muy esporádicos y en ellos mi generoso compañero vertía la bilis que individuos de temperamento más apacible eliminaban a través de un continuo mal humor por enojos triviales.

Nadie vio nunca reír a Toby. Quiero decir con el franco abandono de la hilaridad a carcajadas. Es cierto que sonreía a veces; y había en él buena parte de humor seco y sarcástico

que revelaba aún más la imperturbable gravedad de su carácter.

Ultimamente había notado que la melancolía de Toby aumentaba; desde nuestra llegada a las islas le vi con frecuencia mirar pensativo hacia la costa, mientras el resto de la tripulación se divertía en la bodega. Sabía que detestaba el barco y pensé que si se le presentaba la oportunidad de escapar, la aprovecharía de inmediato.

Pero este intento resultaba tan peligroso en el lugar en que estábamos que me consideré el único individuo a bordo suficientemente arrojado para pensar en ello. En esto, sin embargo, estaba equivocado.

Cuando vi a Toby inclinado en la borda, como ya dije, absorto en sus pensamientos, pensé en seguida que el tema de sus meditaciones podría coincidir con el mío. Y si así era, pensé, ¿no es él, de todos mis compañeros de viaje, al que escogería como socio de mis planes? ¿Y por qué no iba a tener a mi lado a un camarada que compartiera los peligros y aliviara las dificultades de esta empresa? Tal vez me viera forzado a ocultarme en las montañas durante semanas, en cuyo caso, ¿no sería un consuelo poder contar con un compañero?

Estos pensamientos pasaron vertiginosos por mi mente y me pregunté por qué no había pensado antes en ello. Pero aún no era demasiado tarde. Una palmadita en el hombro sirvió para sacar a Toby de sus pensamientos; descubrí que estaba maduro para esta aventura y unas cuantas palabras bastaron para llegar a un entendimiento mutuo. En menos de una hora habíamos tocado los asuntos preliminares y habíamos decidido nuestro plan de acción. Luego ratificamos nuestro compromiso con un afectuoso apretón de manos y para no levantar sospechas nos fuimos a nuestras respectivas hamacas a pasar nuestra última noche a bordo del "Dolly".

Al día siguiente, la guardia de estribor, a la cual pertenecíamos los dos, tendría licencia de ir a tierra y aprovechando esta oportunidad acordamos que tan pronto como nos fuera posible nos apartaríamos del resto del grupo sin despertar sospechas y nos dirigiríamos sin demora hacia las montañas. Vistas desde el barco, sus cumbres parecían inalcanzables, pero acá y allá inclinadas colinas se extendían casi hasta tocar el mar, apuntalando las elevadas alturas a que estaban conectadas y formando esos radiantes valles que ya mencioné. Una de estas crestas nos pareció más accesible que las demás, convencidos de que nos conduciría a las otras montañas más alejadas. Con esto en mente, observamos cuidadosamente su ubicación y características desde la nave, para que cuando estuviéramos en tierra no se nos perdiera.

Nuestras intenciones principales eran ocultamos hasta la partida del barco; después aventuramos a la recepción que nos dieran los nativos de Nukujiva; y luego permanecer en la isla tanto tiempo como nuestra estancia resultara agradable hasta abandonarla en la primera ocasión favorable que se presentara.

CAPÌTULO SEIS

Una muestra de la oratoria náutica - Críticas de los marineros - Día de asueto para la guardia de estribor - Fuga a las montañas.

Temprano en la mañana la guardia de estribor formó en cubierta y nuestro honorable capitán, parado en el puente sobre los camarotes, inició su arenga de la siguiente manera:

-Bien, muchachos, como justamente hace seis meses que navegamos y casi hemos terminado nuestra labor en puerto, supongo que querrán ir a tierra. Bueno, lo que quiero decir es

que hoy les daré licencia, por lo que prepárense tan pronto como deseen y váyanse; pero entiéndanlo bien, les doy permiso porque creo que gruñirían como cualquier cañón viejo si no lo hiciera; al mismo tiempo, si quieren mi consejo, cada hijito de mamá debería quedarse a bordo y quitarse del camino de los caníbales. Diez a uno, muchachos, si van a tierra, se meterán en un lío infernal y ése será su fin; pues si esos bandidos tatuados los sorprenden adentrados un poco en el valle, los ensartarán... de eso pueden estar seguros. Muchos hombres blancos pisaron estas tierras y nunca más se supo de ellos. Por ejemplo, el de la vieja "Dido", que fondeó aquí hace unos dos años y envió una partida de pase; no se supo de ellos durante semanas. Los nativos juraron desconocer su paradero y sólo tres regresaron al barco, uno de ellos desfigurado para siempre, pues los malditos salvajes le tatuaron una ancha herida en el rostro. Pero es inútil contarles esto, porque estoy seguro que no dejarán de ir; luego les diré que no me culpen si los nativos se los comen. Sin embargo, puede que tengan oportunidad de escapar si no se alejan del campamento francés y regresan al barco antes del anochecer. Tengan esto presente si se les olvida lo demás que les he dicho. Arriba, márchense: anden en pareja y ármense; y estén atentos a cualquier llamado. A dos campanadas el bote descenderá para transportarlos; ¡y que El Señor se apiade de ustedes!

Distintas fueron las emociones reflejadas en los rostros de la guardia de estribor mientras escuchábamos este discurso; pero al terminar se produjo un movimiento general hacia el castillo de proa y pronto todos estábamos preparándonos para el asueto anunciado por el patrón. Durante los preparativos, su arenga se comentó en tonos no muy ortodoxos; y uno de la partida, después de llamarle mentiroso, hijo de cocinero, que envidiaba las pocas horas de libertad de un compañero, exclamó con una promesa:

-Pero no me arruinarás mi permiso, viejo loco, ni con todas tus jarcias; iría a tierra aunque todas las piedras de la playa fueran carbones ardientes y todo árbol pincho de asar y los caníbales me esperaran para cocinarme.

Este sentimiento fue general y decidimos que a pesar de los gruñidos del capitán, haríamos de este un día glorioso.

Pero Toby y yo teníamos otro asunto en juego y aprovechamos la confusión que siempre reina en los preparativos de una tripulación que se dispone ir a tierra, para conferenciar y completar nuestros acuerdos. Como nuestro objetivo era escapar a las montañas tan rápido como fuera posible, decidimos no agobiarnos con atavíos innecesarios; y por consiguiente, mientras el resto se arreglaba con la idea de sobresalir, nosotros nos limitamos a ponernos unos fuertes pantalones de marinero, unos buenos escarpines y gruesos jerseys con un sombrero de paja para completar nuestro equipo.

Cuando nuestros compañeros se extrañaron por nuestra actitud, Toby exclamó con su seriedad acostumbrada que los demás podían hacer lo que quisieran, pero que él conservaba sus ropas de gala para tierras americanas[18], donde el nudo del pañuelo de un marinero tenía su significado; pero que por un montón de nativos impulsivos no tenía por qué esmerarse e incluso estaba dispuesto a estar entre ellos en cueros. Los hombres rieron considerándolo una de sus extrañas ideas y nadie sospechó.

Puede parecer extraño que nos comportáramos así con los compañeros de nuestra misma guardia; pero entre nosotros había algunos que, si hubieran tenido la más leve sospecha de

[18] *Tierras* americanas: territorio continental de la América española, y en especial, incluso después de su independencia, las colonias españolas que bordean el Caribe. Cartagena, Portobello y Veracruz eran los puertos principales de las tierras americanas

nuestros planes, lo habrían comunicado de inmediato al capitán a cambio de alguna mezquina recompensa.

Tan pronto como se escucharon las dos campanadas, los hombres de pase fueron llamados a abordar el bote. Me retrasé un momento en el castillo de proa para echar un vistazo de despedida a ese escenario tan familiar y cuando me dispuse a subir a cubierta mis ojos se fijaron en la cesta de pan y la fuente de carne que contenía los restos de nuestra última comida. Aunque no pensé antes proveerme alimento alguno para nuestra expedición, pues contaba totalmente con las frutas de la isla para mantenernos por todos los lugares que fuéramos, no pude resistir los deseos de tomar algunas de, las reliquias que tenía ante mi para hacer una merienda. Así tomé dos puñados de esos pedacitos de galletas duras y partidas que llaman generalmente "anclas de guardiamarina" y las lancé al fondo de mi jersey; en el mismo simple receptáculo donde había guardado varias libras de tabaco y unas yardas de tela de algodón, artículos con los cuales pensaba comprar la buena voluntad de los nativos, tan pronto estuviéramos entre ellos al marcharse el barco.

Esta última adición a mi inventario ocasionó una considerable protuberancia hacia delante, que moderé un poco moviendo los trozos de pan por mi cintura y distribuyendo los tacos de tabaco entre los pliegues de la pieza.

Apenas había terminado esta faena cuando una docena de voces mencionaron mi nombre y salí a cubierta, donde vi a toda la guardia sobre el bote, impaciente por partir. Salté la borda y me senté junto a los demás en la popa, mientras que los pobres hombres de la guardia de babor, accionaron sus remos y empezaron a transportarnos a la costa.

Estábamos en la temporada de lluvias de las islas y los nativos habían presagiado casi toda la mañana uno de esos aguaceros que en esta época se producen con tanta frecuencia. Las grandes gotas empezaron a borbotear en el agua poco después que abandonamos el barco y al momento de desembarcar llovía a cántaros. Buscamos abrigo en una inmensa casa de canoas que se erguía junto a la playa y esperamos a que amainaran las Primeras ráfagas de la tormenta.

Sin embargo, la lluvia continuó sin cesar; y el monóton$_o$ repiqueteo sobre nuestras cabezas empezó a ejercer un efecto soporífero en los hombres, quienes, reclinándose aquí y allá sobre grandes canoas de guerra, después de conversar un rato se durmieron.

Esta era la oportunidad que esperábamos, y Toby y yo la aprovechamos sin tardar escabulléndonos de la casa de canoas y metiéndonos en las profundiades de un espeso palmar que estaba detrás del cobertizo. Luego de diez minutos de rápido andar llegamos a un claro desde donde pudimos divisar la colina por la cual pretendíamos subir borrosamente perfilada a través de la lluvia tropical, distante de nosotros, como esperábamos, más de una milla. La línea recta hacia ella pasaba por una parte poblada de la bahía y, como deseábamos eludir a los nativos y garantizar una tranquila retirada a las montañas, decidimos dar un rodeo atravesando una extensa espesura para evitar acercarnos a ellos.

El fuerte chubasco que aún caía sin cesar facilitó nuestra empresa ya que obligaba a los isleños a mantenerse en sus hogares y evitaba cualquier encuentro casual con ellos. Nuestros gruesos jerseys pronto estuvieron completamente empapados y su peso, unido al de los artículos que habíamos ocultado en ellos, impidieron un poco nuestro avance; pero no podíamos detenernos porque en cualquier instante los salvajes podrían sorprendernos y forzarnos desde el inicio a renunciar a nuestra empresa.

Desde que abandonamos la casa de canoas apenas habíamos intercambiado palabra entre nosotros; pero al llegar a un segundo claro del bosque y divisar de nuevo la colina delante de nosotros, tomé a Toby por un brazo y señalando el repecho hasta la altura que yacía detrás, dije

quedamente:

-Bueno, Toby, ni una sola palabra, ni una mirada atrás hasta que estemos en la cima de aquella montaña. No demoremos más, avancemos cuanto podamos y en unas horas podremos reír a carcajadas. Tú eres más ligero y ágil, ve delante que yo te sigo.

-Está bien, hermano -respondió Toby-. Andemos rápido; sólo tenemos que mantenernos juntos, eso es todo.

Y al decir esto, con el salto de un joven corzo, venció un arroyuelo que atravesaba nuestro camino y avanzó con paso rápido.

Cuando llegamos al pie de la colina, nos detuvo una gran masa de altas cañas amarillas, que crecían espesas una al lado de la otra y tan firmes y duras como varillas de acero; y observamos, para desilusión nuestra, que se extendían hasta la mitad de la elevación que pensábamos ascender.

Por un momento tratamos de buscar una ruta más viable; sin embargo, comprobamos que no teníamos otro remedio que atravesar esta espesura de juncos de todas formas. Cambiamos nuestro orden de marcha pues yo era el más pesado y tomé la cabeza con vistas a abrirnos paso a través de este obstáculo, mientras Toby pasó a la retaguardia.

Dos o tres veces intenté penetrar la espesura y a fuerza de ciencia y paciencia pudimos adelantar algo; pero ante lo difícil de la labor, abandoné el intento con desespero.

Colérico por haber encontrado un obstáculo que no habíamos previsto, me lancé desesperadamente contra él, aplastando contra el suelo las cañas que tocaban mi cuerpo y, reincorporándome, repetía la acción con igual efecto. Veinte minutos después de este ejercicio excesivo estaba casi extenuado, pero nos adentró algo en la espesura; cuando Toby, que cosechaba el fruto de mi obra siguiéndome de cerca, me propuso cambiar de turno y pasar a la delantera con vistas a dar una tregua a mis esfuerzos. Sin embargo, con su esbelta figura no progresó mucho y me vi obligado a retomar mi puesto anterior.

Seguimos bregando, nuestros cuerpos transpiraban a borbotones, nuestros miembros se arañaban y laceraban por las cañas rotas, cuando de pronto cesó de llover y la atmósfera en torno a nosotros se hizo más pesada y sofocante de lo que uno puede imaginar. Los elásticos juncos se recuperaban con rapidez de la presión temporal de nuestros cuerpos y volvían a su posición inicial: se cerraban tras nosotros a medida que avanzábamos, evitando la circulación del aire que antes nos llegaba. Además, su gran altura nos tapaba totalmente la vista de los objetos circundantes y nunca supimos si avanzábamos en la dirección correcta.

Fatigado por el esfuerzo prolongado y jadeando casi sin aire para respirar, me sentí totalmente incapaz de dar un paso. Me subí las mangas del jersey y exprimí el jugo que contenían en mi boca, pero las pocas gotas que logré extraer no me proporcionaron alivio y me dejé caer por un momento con obstinada apatía, de la cual fui sacado por Toby, quien había diseñado un plan para librarnos de la red en que estábamos atrapados.

Repartió golpes a diestro y siniestro con un cuchillo, cercenando las cañas a uno y otro lado, como un segador, y pronto hizo un claro a nuestro alrededor. Esta escena me reanimó y con mi propio cuchillo, corté y talé sin compasión. Pero ¡ay! mientras más avanzábamos más espesa y alta, y al parecer más interminable se tornaba la maleza.

Empecé a pensar que estábamos bien atrapados y casi me convencí de que sin un par de alas nunca escaparíamos de esta agotadora labor; cuando inesperadamente discerní un rayo de luz entre las cañas a mi derecha y, después de comunicar la alegre noticia a Toby, ambos nos llenamos de nuevos bríos y nos abrimos paso rápidamente hacia allí hasta encontrarnos libres de perplejidades y muy cerca de la ansiada colina. Luego de descansar unos minutos, comenzamos

nuestro ascenso y después de una subida algo fatigosa nos encontramos cerca de su cima. No obstante, en lugar de caminar a lo largo de esta colina, donde estaríamos expuestos a la vista de los nativos del valle, y en un lugar donde podrían interceptamos fácilmente si se lo proponían, avanzamos cautelosamente por una de sus cuestas, arrastrándonos de manos y rodillas y ocultos por la hierba por la cual nos deslizábamos, muy parecidos a un par de serpientes. Después de emplear una hora en este incómodo modo de locomoción, nos incorporamos y proseguimos nuestro camino valientemente por la cresta de la colina.

Esta saliente estribación de las altas montañas que rodeaban la bahía se alzaba en ángulo agudo desde los valles que estaban en su base y presentaba, con la excepción de algunas abruptas pendientes, la apariencia de un gran plano inclinado, deslizándose hasta el mar desde las alturas en la distancia. La habíamos ascendido casi por donde comenzaba y desde su punto más bajo, y ahora podíamos ver con gran nitidez el camino a las montañas a lo largo de su estrecha cresta, la cual estaba cubierta por un suave césped y en muchas partes tenía sólo unos pies de ancho.

Toby y yo, pletóricos de alegría por el éxito que hasta el momento asistía nuestra empresa y reconfortados por la refrescante atmósfera que respirábamos, caminamos con rapidez y el mejor ánimo a lo largo de la colina, cuando de pronto desde los valles que se encontraban abajo a ambos lados de nosotros escuchamos los lejanos gritos de los nativos, que acababan de descubrirnos y hasta quienes se revelaron perfectamente nuestras figuras, dibujadas en franco relieve contra el cielo.

Lanzando una mirada al valle, vimos a sus salvajes habitantes correr de un lugar a otro al parecer bajo la influencia de alguna repentina alarma y a nuestra vista parecían ligeramente mayores que pigmeos; mientras que sus blancas viviendas de techos de ramas, reducidas por la distancia, parecían miniaturas. Mirar a los isleños desde aquellas alturas nos proporcionó la sensación de seguridad confiando en que, si emprendían nuestra persecución, resultaría infructuosa por la ventaja que teníamos sobre ellos, a menos que se aventuraran a seguirnos a las montañas, a donde sabíamos que no nos seguirían.

No obstante, decidimos aprovechar al máximo esta ventaja y donde las condiciones del terreno lo permitieron, corrimos rápidamente a lo largo de la cima de la colina hasta que nos detuvo un escarpado despeñadero que al principio pareció interponer una barrera real a nuestro avance ulterior. Sin embargo, a fuerza de mucho bregar y arriesgando el pescuezo, salvamos el obstáculo y continuamos nuestra fuga con incansable celeridad.

Habíamos abandonado la playa temprano en la mañana y después de un ascenso ininterrumpido y en ocasiones difícil y peligroso, durante el cual no volteamos la vista hacia el mar ni una sola vez, nos encontramos a unas tres horas antes del anochecer en la cima de lo que parecía la montaña más alta de la isla, un inmenso peñasco colgante formado por rocas basálticas y rodeado de plantas parásitas. Debimos estar a más de tres mil pies sobre el nivel del mar y el panorama que vimos desde esta altura era magnífico.

La solitaria bahía de Nukujiva, salpicada aquí y allá con los puntos formados por los negros cascos de los barcos que conformaban la escuadra francesa, reposaba en la base de una cadena circular de elevaciones, cuyas verdes laderas, perforadas por profundas cañadas o diversificadas por sonrientes valles, formaban en conjunto el más bello paisaje que haya visto jamás; y así viviera cien años, nunca olvidaría la profunda admiración que entonces experimenté.

CAPÍTULO SIETE

El otro lado de la montaña - Decepción - Inventario de los artículos traídos del barco - División de la existencia de pan - Apariencia del interior de la isla - Un descubrimiento - Un desfiladero y sus cascadas - Una noche insomne - otros descubrimientos - Mi indisposición - Un paisaje marquesino.

Mi curiosidad no era poca, respecto a lo que encontraríamos al otro lado de las montañas; y supuse, junto con Toby, que inmediatamente después de ganar las alturas veríamos las grandes bahías de Japar y Typee reposando a nuestros pies hacia un lado, de la misma manera en que la de Nukujiva se extendía en las profundidades del otro. Pero en esto pos equivocamos. En lugar de encontrar que la otra ladera de la montaña que ascendimos se deslizara en dirección opuesta hacia anchos y espaciosos valles, la tierra mantuvo su elevación general, sólo Interrumpid$_a$ por una serie de cerros y valles interiores que se extendían delante de nosotros hasta el horizonte, con sus cuestas abruptas cubiertas de alegre verdor, y ondulando aquí y allá el follaje de macizos de tierra boscosa; en las cuales, sin embargo, no demos ninguno de aquellos árboles con cuya fruta habíamos tetado con tanta seguridad.

Este fue un descubrimiento muy inesperado que prometía desbordar, todos nuestros planes, pues no podíamos pensar en descender la montaña por Nukujiva en busca de alimentos. Si por este motivo fuéramos inducidos a desandar nuestro camino, no serían pocas las probabilidades de encontramos con los nativos, en cuyo caso, si no nos hacían daño, seguramente nos conducirían al barco a cambio de una recompensa de calicó y baratijas que sin duda nuestro capitán les daría como premio por nuestra captura.

¿Qué hacer entonces? El "Dolly" no partiría quizás hasta después de diez días y ¿cómo íbamos a mantenemos durante todo ese tiempo? Me arrepentí amargamente de nuestra imprudencia de no abastecernos de una buena cantidad de galletas, cosa que no hubiera sido difícil. Abrumado recordé el escaso puñado de pan que guardé en la pechera de mi jersey y sentí deseos de saber qué cantidad había soportado el fuerte ascenso de la montaña. Propuse a Toby examinar juntos los distintos artículos que habíamos traído del barco. Con este propósito nos sentamos en la hierba y fue curioso ver con qué buen juicio mi compañero había llenado su pieza de ropa -que recalco estaba tan llena como la mía- y le pedí que empezara a voltear su contenido.

Luego de introducir una mano en el fondo de este espacioso receptáculo, sacó primero a la luz aproximadamente una libra de tabacos, aún agrupados en su forma original, con su parte exterior cubierta toda de blandos mendrugos de pan. Empapados y goteando, tenían la apariencia de haber sido extraídos del fondo del mar. Pero presté poca atención a sustancia de tan poco valor para nosotros en la situación en que nos encontrábamos tan pronto como me percaté de los indicios que confirmaron la previsión de Toby de proveerse de un suministro de alimento para la expedición.

Le pregunté ansioso qué cantidad había traído mientras revolvía el interior de su jersey; extrajo un puñadito de algo tan suave, pulposo y descolorido que por unos instantes se sorprendió tanto como yo preguntándose de qué modo compuesto tan vil había llegado a su jersey. Sólo puedo describirlo como una mezcla de pan mojado y pedazos de tabaco, transformados en una masa por la acción del sudor y la lluvia. Pero con todo lo repugnante que pudiera parecer, ahora lo considero un tesoro incalculable y procedí con gran cuidado a trasladar su pastosa masa a una gran hoja que arranqué de un arbusto que estaba a mi lado. Toby me informó que esa mañana

había colocado dos galletas en el jersey para comérselas si sentía deseos durante nuestra fuga. Ahora habían sido reducidas a la equívoca sustancia que yo acababa de colocar en la hoja.

Otra búsqueda dentro del jersey trajo a la vista unas cuatro o cinco yardas de calicó estampado, cuyo gracioso dibujo estaba algo desfigurado por las manchas amarillas del tabaco con el cual había estado en contacto. Al sacar esta tela lentamente pulgada a pulgada, Toby me recordó a un prestidigitador realizando el nú**mero de** la tira interminable. El siguiente artículo era pequeño: la “bolsita" de marinero, que contiene aguja, hilo y otros utensilios de costura; le siguieron un juego de afeitar y dos o tres pedazos de tabaco para mascar, pescados del ahora vacío receptáculo. Después de inspeccionar estos artículos, saqué los pocos que yo había traído.

Como puede preverse del estado de los comestibles de mi compañero, los míos estaban en condiciones deplorables y reducidos a una cantidad que no hubieran formado media docena de bocados para un hombre hambriento no muy inclinado a fumar tabaco y mucho menos comerlo. Unos cuantos pedazos de pan, una o dos yardas de tela blanca de algodón y varias libras de tabaco torcido de primera calidad, eran todo lo que poseía.

Unimos toda la existencia de artículos varios en un bulto compacto, el cual según acordamos llevaríamos por tumos. Pero los tristes restos de las galletas no se consumirían de inmediato: las precarias circunstancias en que estábamos hicieron considerarlos algo de que probablemente dependería el futuro de nuestra aventura. Después de un breve debate, en el cual expresamos nuestra resolución de no bajar a la bahía hasta la partida del barco, sugerí a mi compañero que, a pesar de la escasa cantidad de pan, debíamos dividirla en seis partes iguales que serían cada una nuestra ración de un día. Asintió a mi proposición por lo que me quité el pañuelo de seda del cuello y cortándolo en media docena de trozos, procedimos a hacer un reparto equitativo.

Al principio Toby, con un grado de delicadeza excesiva queme `pareció impropia de acuerdo con las circunstancias, empezó a sacar las diminutas partículas de tabaco de entre la mezcla esponjosa; pero le increpé que con ello se reduciría considerablemente la cantidad.

Dividida la masa, descubrimos que la ración de un día para los dos casi cabía en una cuchara. Envolvimos cada parte por separado en el pedazo de seda que le correspondía y formamos con ellas un pequeño paquete, que entregué, con solemnes peticiones de fidelidad, a la custodia de Toby.

Decidimos ayunar el resto del día, pues nos habíamos reforzado con el desayuno matutino; y volviendo a incorporarnos, buscamos dónde guarecernos de la noche que, por la apariencia del cielo, prometía ser oscura y tempestuosa.

No había cerca de nosotros lugar alguno que respondiera a nuestros propósitos y, de espalda a Nukujiva, empezamos a explorar terreno desconocido al otro lado de la montaña.

En esta dirección hasta donde alcanza la vista, no había señal de vida ni algo que denotara incluso la estancia temporal de un hombre. Todo el paisaje parecía un lugar solitario imperturbable; el interior de la isla al parecer no había sido habitado desde los albores de la creación; y según avanzamos por esta soledad, nuestras voces sonaban raras en nuestros oídos, como si las palabras humanas nunca antes hubieran perturbado el espantoso silencio del lugar, interrumpido sólo por el suave murmullo de lejanos saltos de agua.

Sin embargo, nuestra decepción por no haber encontrado las distintas frutas que pensábamos disfrutar durante nuestra estancia en estos salvajes parajes, se compensó por el consuelo de que por esta misma circunstancia estaríamos menos expuestos al encuentro casual con las tribus indígenas que, como sabíamos, siempre habitan bajo las sombras de aquellos árboles que les proveen de alimentos.

Vagamos sin rumbo, buscando ansiosamente en cada arbusto que pasábamos hasta que, cuando logramos ascender una de las tantas colinas que interrumpían el terreno, vi en la hierba frente a mí algo que parecía un camino trillado, el cual al parecer corría a lo largo de la colina y descendía con ella en un profundo desfiladero aproximadamente a media milla de donde estábamos.

Robinson Crusoe no se sorprendió más ante la huella en la arena que nosotros ante este inesperado descubrimiento. Mi primer impulso fue retroceder lo más rápido posible y encaminar nuestros pasos en otra dirección; pero la curiosidad por ver a donde conducía aquella senda nos impulsó a seguirla. Continuamos; el camino se hacía más visible a medida que caminábamos hasta que nos llevó al borde del barranco, donde terminaba abruptamente.

-Entonces -dijo Toby mirando hacia el abismo-, todos los que vienen por este camino saltan aquí, ¿no?

-No -respondí-; creo que de algún modo bajan sin tener que saltar; ¿tú qué crees, lo intentamos?

-Y en nombre de las cavernas y las madrigueras, ¿qué esperas encontrar en el fondo de ese abismo sino romperte el pescuezo? Está más oscuro que la bodega de nuestro barco y el rugido de esas cascadas allá abajo te hará estallar el cerebro.

-Oh, no, Toby -exclamé riendo-; allá abajo hay algo; está claro, de lo contrario no habría camino, y estoy resuelto a saber qué es.

-Te diré una cosa, amigo -observó Toby con rapidez-, si vas a meter las narices en todo lo que despierte tu curiosidad, pronto recibirás un golpe en la cabeza; con toda seguridad tropezará con una partida de salvajes en medio de tus descubrimientos y dudo mucho que ese acontecimiento te sea de particular agrado. Oye mi consejo de una vez y "subamos al bote y busquemos nuevos derroteros"; además, se está haciendo tarde y tenemos que "recalar" en algún lugar para pasar la noche.

-Eso mismo estoy tratando de hacer -respondí-; y estoy pensando que este barranco nos servirá para ello; pues es espacioso, apartado, con buen suministro de agua y puede protegemos del mal tiempo.

-Sí, y del sueño también; nos afectará la garganta y nos dará reumatismo -gritó Toby con evidente desagrado.

-Muy bien, entonces, muchacho, en vista de que no me acompañarás, aquí voy yo solo. Te veré en la mañana.

Y avanzando por el borde del precipicio donde estábamos parados, empecé a descender por las enredadas raíces que colgaban en las gritas de la roca, como había previsto, Toby, a pesar de sus anteriores protestas, siguió mi ejemplo y descendió de un lado a otro con la rapidez de una ardilla; pronto me pasó y llegó al fondo antes de que yo hiciera dos tercios del descenso.

La vista que ahora nos saludaba siempre quedaría grabada en mi mente. Cinco espumosos riachuelos que corrían por sus respectivos cauces, crecidos y turbios por las recientes lluvias, se unían en una cascada de casi ochenta pies y caían con salvaje estruendo en un profundo y negro pozo encerrado por las sombrías rocas y de aquí en masa compacta se deslizaba por un escarpado cañón que parecía penetrar en las entrañas de la tierra. Al frente, vastas raíces de árboles colgaban de los flancos del barranco, goteando humedad y temblando por las vibraciones producidas por la cascada. Ya atardecía y la débil luz que llegaba hasta las cavernas y profundidades boscosas acentuaron su extraña apariencia, recordándonos que en breve tiempo estaríamos en medio de una oscuridad absoluta.

Después de satisfacer mi curiosidad con esta escena maravillosa, me pregunté por qué el

camino que seguimos nos había conducido a un lugar tan singular y comencé a sospechar que era obra de los isleños. Esta conclusión resultó agradable pues redujo nuestro temor de encontrarnos accidentalmente con ellos y pensé que quizás no encontraríamos un escondite más seguro que el lugar donde habíamos ido a parar por cuestiones del azar. Toby estuvo de acuerdo conmigo en mirar el asunto desde esta perspectiva y Comenzamos de inmediato a reunir las ramas de árboles que había alrededor con vistas a construir un refugio temporal para pasar la noche. Nos vimos obligados a construirlo cerca de la catarata, pues la corriente de agua llegaba casi hasta las paredes del desfiladero. Empleamos los pocos momentos de luz que nos quedaban en cubrir nuestra cabaña con una planta de grandes hojas lanceoladas que crecía en las grietas del barranco. Nuestra cabaña, si así podía llamársele, estaba compuesta de seis y ocho de las ramas más rectas que pudimos hallar, colocadas oblicuamente contra la abrupta pared de piedra, con un extremo inferior a menos de un pie del agua. En el espacio cubierto de esta manera entramos a gatas y reposamos nuestros agotados cuerpos lo mejor que pudimos.

¡Nunca olvidaré esa horrible noche! Del pobre Toby no pude obtener ni una sola palabra. Hubiera sido un consuelo haber escuchado su voz, pero no paró de temblar toda la santa noche como un hombre con convulsiones, sus rodillas pegadas a la barbilla y la espalda contra la sudorosa roca. Durante esta miserable noche parecía que no había nada más que completara nuestra total desdicha. La lluvia descendía con tal fuerza que nuestro pobre refugio resultó una burla. En vano intenté evadir los incesantes chorros que caían sobre mí; cuando protegía una parte se exponía otra y el agua hallaba continuamente una abertura por la cual filtrarse para empapamos.

He resistido muchos chaparrones durante mi vida y en general no les di mucha importancia; pero los horrores acumulados aquella noche, la mortífera frialdad del lugar, la espantosa oscuridad y lo lamentable de nuestra desesperada situación, casi llegaron a abatirme.

Nadie dudará que madrugamos al día *siguiente: en* cuanto vi *el* resplandor más tenue parecido a la luz del día, sacudí a mi compañero por el hombro y le dije que estaba amaneciendo. El pobre Toby alzó la cabeza y después de una breve pausa expresó con su fuerte voz:

-Entonces, compañero, mis neblineros se averiaron pues veo más oscuridad con los ojos abiertos que con ellos cerrados.

-¡Tonterías -exclamé-; aún no estás despierto!

-¡Despierto! -rugió Toby con furia-. ¡Despierto! ¿Estás insinuando que pude dormir, no es así? Es un insulto suponer que se pueda dormir en un lugar infernal como éste.

Cuando terminé de pedir disculpas a mi amigo por haber malinterpretado su silencio, aumentó la claridad del día y salimos de nuestra guarida. La lluvia había cesado, pero todo alrededor nuestro goteaba humedad. Nos quitamos la ropa mojada y la exprimimos todo lo que pudimos. Tratamos de aumentar la circulación de nuestras entumecidas piernas frotándolas vigorosamente con las manos; y después de asearnos con el agua de la corriente y ponemos las ropas húmedas, pensamos que sería aconsejable romper nuestro prolongado ayuno, pues hacía veinticuatro horas que probábamos bocado.

Con este propósito sacamos nuestra ración del día y después de sentarnos sobre una roca desprendida, comenzamos a analizar nuestra comida. Primero la cortamos en dos partes iguales y luego de envolver una de ellas y reservarla para la cena, dividimos el resto de nuevo en dos partes y echamos a suerte quién escogería primero. Podía haber colocado el pedazo que me tocó en la yema de un dedo; no obstante, tuve el cuidado de que pasaran diez minutos entre mi primer mendrugo y el último. Qué buen adagio ese de "con hambre no hay mal bocado". Esta minúscula porción de comida tenía un sabor que en otras circunstancias hubiera sido imposible impartir al

Librodot

más delicado manjar. Un copioso sorbo del agua cristalina que corría a nuestros pies sirvió para completar esta comida y luego nos incorporamos sensiblemente refrescados y preparados para lo que se nos pudiera avecinar.

Examinamos cuidadosamente el abismo donde habíamos pernoctado. Atravesamos el río y en la otra orilla descubrí las pruebas de que el lugar había sido visitado por alguien poco antes de nuestra llegada. Otros hallazgos nos convencieron de que era frecuentado con regularidad y según concluimos por las huellas encontradas, con el propósito de obtener una cierta raíz con la que los nativos hacían un ungüento.

Estos descubrimientos nos impulsaron a abandonar un lugar que no nos había inducido a permanecer en él, salvo la posibilidad 'de sentirnos seguro; y después de buscar un modo de ascender de nuevo a regiones más altas, al fin hallamos un posible camino de ascenso por la roca. Media hora de intensa labor nos llevó a la cima del mismo desfiladero que habíamos descendido la noche anterior.

Ahora le propuse a Toby que en vez de dar vueltas por la isla, expuestos a ser descubiertos a cada instante, debíamos elegir un lugar para instalarnos durante el tiempo que durase el alimento, construir una choza cómoda y ser todo lo prudentes y circunspectos posible. Mi compañero asintió a todo lo que le dije y nos dispusimos a cumplir nuestro plan.

Después de explorar sin éxito una cañada cercana, cruzamos varias colinas que ya describí antes y hacia el mediodía ascendimos una larga e inclinada cuesta, pero aún sin haber descubierto un sitio que se ajustara a nuestros propósitos. Nubes bajas y oscuras presagiaban tormenta y nos apresuramos a buscar abrigo en un grupo de espesos arbustos, donde parecía terminar nuestro prolongado ascenso. Nos tiramos al abrigo de los arbustos y halando la alta hierba que crecía alrededor, nos cubrimos completamente para esperar la lluvia.

Sin embargo, ésta no llegó tan rápido como esperábamos y muchos minutos antes mi compañero se rindió de sueño; no pasó mucho para que yo cayera en ese mismo estado de feliz olvido. En ese preciso momento se presentó la lluvia con una fuerza que desvaneció todo intento de sueño. Aunque estábamos protegidos de alguna manera, pronto nuestras ropas estuvieron tan húmedas como siempre; después de todo el trabajo que nos tomó secarlas, esto era irritante; pero no había remedio, por lo que recomiendo a todo joven viajero que abandone un barco en románticas islas durante la época de lluvias que se provea de un buen paraguas.

Después de aproximadamente una hora, cesó de llover. Mi compañero no dejó de dormir ni un instante o al menos eso me pareció; y ahora que todo había pasado no tuve el valor de despertarlo. Yo estaba acostado sobre la espalda, totalmente rodeado de plantas, las hojas goteaban sobre mí, las piernas escondidas entre la hierba; no pude evitar comparar nuestra situación con la de los pequeños habitantes del bosque. ¡Pobres criaturas!.. Ahora me explico por qué su constitución se deshace ante las penurias a que están expuestos.

Durante la hora o dos que pasamos al abrigo de los arbustos, empecé a sentir síntomas que de inmediato atribuí a nuestra situación de la noche anterior. Escalofríos y fiebre alta se repetían a intervalos, mientras una de mis piernas estaba tan hinchada y me dolía tanto que incluso sospeché que había sido mordido por algún reptil venenoso, habitante compatible con el abismo del cual habíamos acabado de salir. A propósito, debo destacar aquí -cosa que aprendí después- que todas las islas de la Polinesia, junto con Irlanda, disfrutan el privilegio de estar exentas de la presencia de serpientes venenosas, aunque si Saint Patrick[*] alguna vez las visitó, es algo que no tengo la intención de averiguar.

[*] Saint *Patrick:* Santo patrón de Irlanda.

Librodot

Como la sensación de enfermedad aumentaba en mí, cambié de posición; no deseando perturbar a mi aletargado camarada, me aparté de su lado dos o tres yardas. Moví fortuitamente una rama y de pronto se reveló ante mi vista una escena que incluso ahora recuerdo con toda la viveza de la primera vez. Creo que si se me presenta una visión de los jardines del Edén, mi embeleso no sería mucho mayor.

Desde el sitio en que me encontraba, paralizado por la sorpresa y el encanto, miré hacia abajo al seno de un valle, el cual se perdía en prolongadas ondulaciones hasta las azules aguas que se divisaban a lo lejos. En medio de esta escena, a mitad de camino en dirección al mar, apareciendo aquí y allá en medio del follaje, podían observarse las casas de techos de palma de sus habitantes, relucientes bajo el sol que las había blanqueado hasta deslumbrar. El valle tenía más de tres leguas de largo y aproximadamente una milla en su parte más ancha.

Cada lado aparecía rodeado de escarpadas y verdes cuestas que, uniéndose en el lugar donde me encontraba, formaban una terminación abrupta y semicircular de peñascos y precipicios de cientos de pies de altura cubiertos de hierba, sobre los cuales se vertían innumerables saltos de agua de distinta altura. Pero la máxima belleza del panorama era su general verdor; y en esto consiste, pienso yo, el encanto característico de todo el paisaje polinesio. En todas partes debajo de mí, desde la base del precipicio sobre cuya cima había estado reposando inconsciente de todo, la superficie del valle presentaba un compacto follaje diseminado con tal profusión que resultaba imposible determinar las distintas especies de árboles que lo componían.

Sin embargo, quizá no haya otro aspecto de esta escena más impresionante que las silentes cascadas, cuyos finos hilos de agua, después de saltar desde los altos farallones, se pierden entre la rica vegetación del valle.

Sobre todo el panorama reinaba el más profundo silencio, que Casi temí quebrantar pues, como en los jardines encantados de los cuentos de hadas, una sola sílaba podría romper el hechizo. Durante largo rato, olvidándome de lo que pudiera ocurrirme, así como & la presencia de mi adormecido compañero, me quedé admirando lo que tenía frente a mí, casi incapaz de comprender por qué medios me había convertido tan repentinamente en espectador de aquella escena maravillosa.

CAPITULO OCHO

Una cuestión *importante ¿Typee o Japar?* - *A la caza de* un ganso salvaje - Mis sufrimientos - Situación *desesperada* - *Una* noche en un *barranco* - *El* desayuno - *Feliz* idea *de Toby* - *Viaje* hacia *el valle.*

Recuperado de mi asombro ante la bella escena que tenía ante mí, desperté a Toby y le informé sobre mi descubrimiento. Juntos nos acercamos al borde del precipicio y la admiración de mi compañero no fue diferente a la mía. Un poco de reflexión, sin embargo, disminuyó nuestra sorpresa de haber llegado tan inesperadamente a esta cañada, pues los grandes valles de Japar y Typee, al quedar de este lado de Nukujiva y extenderse considerablemente desde el mar hacia el interior, necesariamente debían estar por aquí.

La interrogante ahora era ante cuál de estos dos lugares estábamos nosotros. Toby insistía que ante la residencia de los japares y yo que el valle estaba habitado por sus enemigos, los fieros taipis. Por supuesto que yo no estaba totalmente convencido con mis propios argumentos, pero la propuesta de Toby de descender sin pensarlo más y disfrutar de la hospitalidad de sus ocupantes

me pareció confiar demasiado en una simple suposición, a lo cual decidí oponerme hasta convencernos con pruebas de que podíamos proceder.

Nuestra decisión era de importancia vital, pues los nativos de Japar no sólo estaban en paz con los de Nukujiva, sino que compartían con ellos las más amistosas relaciones; además, gozaban de buena reputación por amables y humanos, lo cual nos hacía esperar de ellos, si no un cordial recibimiento, por lo menos un lugar de estancia durante el corto período que permaneciéramos en su territorio.

Por otra parte, el solo nombre de Taipi provocó pánico en mi corazón, lo cual no traté de disimular. Pensar que nos lanzaríamos voluntariamente a las manos de esos crueles salvajes, me pareció un acto de franca locura; y casi pensé lo mismo de la idea de aventurarnos a bajar al valle, con la incertidumbre de cuál de estas dos tribus lo habitaban. No dudamos que estuviera habitado por una de las dos, pues conocíamos que residían por estos lares, aunque nuestra información no aclaraba más.

Mi compañero, no obstante, incapaz de resistirse a la tentación de un abundante suministro de alimentos y otros medios de disfrute que provocaba el lugar, siguió aferrado a su impensada idea del asunto, insensible ante todos mis razonamientos. Cuando le recordé que nos era imposible decidir con certeza y le hice hincapié sobre la horrible suerte que nos depararía descender irreflexivamente al valle y descubrir demasiado tarde el error que habíamos cometido, replicó detallándome todas las penurias que estábamos pasando en el presente y los sufrimientos que padeceríamos si permanecíamos allí.

Deseoso de cambiar el tema de nuestra conversación, si era posible -pues vi que sería en vano tratar de convencerlo- dirigí su atención a una larga y despoblada porción de tierra que, deslizándose de las montañas del interior, descendía hasta el valle que teníamos delante. Le sugerí que detrás de esa cresta podía haber un valle amplio y deshabitado, con abundantes frutas deliciosas de todas clases, pues había oído que se repetían por toda la isla y le propuse que debíamos intentar llegar a él. Si lo que esperábamos era cierto, de inmediato buscaríamos refugio y permaneceríamos allí el tiempo que deseáramos.

Accedió a mi sugerencia y empezamos a estudiar el terreno que teníamos ante nosotros con vistas a determinar cuál era la mejor ruta que debíamos tomar; pero la perspectiva era única, pues se nos interponían escarpadas crestas, separadas por sombríos barrancos, que se extendían en línea paralela perpendiculares a nuestro rumbo. Tendríamos que vencer todos estos obstáculos antes de poder llegar a nuestro destino.

¡Un viaje agotador! Sin embargo, decidimos emprenderlo, aunque, por mi parte, me consideré poco preparado para enfrentar las fatigas que nos sobrevendrían, pues no cesaban mis temblores y ardores a causa de los escalofríos y la fiebre. No sé cómo describirte que en poco tiempo podría satisfacerla para consuelo de mi alma.

Al fin alcanzamos la cima de la segunda elevación, la más alta de las que he descrito hasta ahora entre las que se extienden en línea paralela entre nosotros y el valle a que deseábamos llegar. Dominaba la vista de toda la extensión intermedia; y desanimado como estaba por otras circunstancias esta vista me sumió en la más profunda desesperación. Sólo había oscuros y horripilantes desfiladeros, separados por agudas y perpendiculares cordilleras que se perdían en el horizonte. Si hubiéramos podido saltar de una a otra de estas profundidades pero estrechas hendiduras, fácilmente habríamos vencido la distancia; pero teníamos que descender al fondo de cada abismo y escalar una y otra vez las eminencias que teníamos delante. Hasta Toby, aun cuando no padecía tanto como yo, se estremeció ante el efecto desalentador del panorama.

Pero no lo contemplamos por mucho tiempo debido a mi impaciencia por llegar hasta las

aguas del torrente que corría debajo. Con una despreocupación por el peligro que no puedo recordar sin estremecerme, nos lanzamos a las profundidades del barranco, interrumpiendo su salvaje silencio con los ecos producidos por los fragmentos de roca que a cada momento desgarrábamos, sin importamos la inseguridad de nuestro paso ni si las débiles raíces de juncos a que nos asíamos podían soportar nuestro peso por un momento o si cederían al tocarlos. Por mi parte, apenas sabía si estaba cayendo libremente desde las alturas o si la terrible rapidez con que descendía era un acto voluntario.

En pocos minutos llegamos al fondo y arrodillado sobre un pequeño lecho de sudorosas rocas, me incliné sobre la corriente. ¡Qué deliciosa sensación experimenté ahora! Me detuve un segundo para concentrar todas mis capacidades de disfrute y sumergí los labios en el cristalino elemento que tenía ante mí. Si las manzanas de Sodoma[19] se volvieran cenizas en mi boca, no hubiera sentido mayor repulsión: cada gota del fresco líquido pareció congelar cada gota de sangre de mis venas; la fiebre que había estado quemando mi cuerpo se tornó al instante en violentos escalofríos que me sacudieron como descargas eléctricas, mientras el sudor producido por los últimos esfuerzos violentos se congeló en heladas gotas sobre mi frente. La sed desapareció realmente y aborrecí el agua. Me incorporé y ver esas húmedas rocas rezumando humedad por cada una de sus grietas y el oscuro torrente corriendo por su tenebroso cauce, revivieron los fríos estremecimientos en mi temblorosa figura, y sentí un deseo incontrolable de ascender hasta los reconfortantes rayos de sol que antes me obligaron a bajar al barranco.

Después de dos horas de peligroso ascenso llegamos a la cumbre de otra elevación y apenas podía creer que habíamos cruzado el oscuro y profundo abismo que ahora quedaba tras nosotros. De nuevo miramos el panorama dominado por la altura, pero era tan deprimente como el anterior. Pensé que en nuestra situación actual nos sería imposible vencer todos los obstáculos que tendríamos por delante y renuncié a toda esperanza de llegar al valle que quedaba más allá de estos impedimentos; mientras que a la vez no podía concebir plan alguno que nos librara de las dificultades en las que estábamos inmersos.

Nunca me pasó por la mente la más remota idea de regresar a Nukujiva, a menos que estuviéramos seguros de la partida de nuestro barco, y en realidad era difícil lograrlo, separados como estábamos de la bahía por una distancia incalculable y también dudosos de si recordaríamos el camino de regreso debido a nuestro último vagar. Además, resultaba insoportable pensar en desandar lo recorrido y considerar infructuosos todos nuestros penosos esfuerzos.

Cuando un hombre está en dificultades no existe nada más penoso para él que pensar en retroceder siquiera un ápice: una vuelta sistemática sobre el camino ya trillado; y especialmente si ama la aventura, puesto que existe la remota esperanza de ser privado de vencer otras incitantes dificultades.

Fue este sentimiento lo que nos impulsó a descender el otro lado de la elevación que habíamos acabado de subir, aunque nos hubiera sido imposible explicar el objeto exacto de este impulso.

Sin intercambiar palabra sobre el asunto, Toby y yo renunciamos al unísono al plan que nos había aventurado tan lejos, percibiendo mutuamente en nuestros rostros esa expresión de desaliento más expresiva que las palabras.

Llegamos juntos, casi al final de este día agotador, a la cavidad del tercer desfiladero, totalmente incapaces de realizar un esfuerzo más, hasta recuperar en algún grado la fuerza con la

[19] La legendaria Fruta del Mar Muerto, espléndida por fuera, pero que se convertía en cenizas al morderla

ayuda de alimento y reposo.

Nos sentamos en el lugar menos incómodo que encontramos y Toby extrajo de la pechera de su jersey el paquete sagrado. En silencio compartimos la minúscula porción de comida que había quedado del desayuno y sin proponemos ni una sola vez violar la santidad de nuestra promesa respecto a la cantidad restante, nos incorporamos y nos dispusimos a construir algún refugio que pudiera proveernos del sueño que tanto necesitábamos.

Por suerte este lugar se adaptaba más a nuestros propósitos que el anterior, donde habíamos pasado la víspera esa horrible noche. Quitamos los altos juncos del pequeño pero casi plano pedazo de tierra y los tejimos en forma de cesta para hacer una choza, la cual cubrimos con gran cantidad de hojas enormes de un árbol que crecía cerca. Las esparcimos por todos lados, dejando sólo una pequeña abertura que escasamente nos permitía entrar arrastrándonos en el refugio que de esta manera habíamos construido.

Estos huecos en las profundidades, aunque protegidos de los vientos que atacaban las cumbres de las elevadas crestas, son húmedos y fríos en grado imposible de prever en este clima; y desprovistos de otro abrigo que nuestros jerseys de lana y finos pantalones de dril para resistir la temperatura del lugar, nos esmeramos al máximo para que nuestra habitación por esa noche fuera todo lo cómoda posible. Por consiguiente, además de lo que ya habíamos hecho, reunimos todas las hojas que tuvimos a nuestro alcance y las apilamos sobre nuestra pequeña choza, a la cual entramos, arrastrando tras nosotros una reserva de hojas sobre las cuales acostamos.

Esa noche nada me impidió, ni siquiera el dolor que sentía, dormir plácidamente. Dormí en dos o tres intervalos, mientras Toby estaba tumbado a mi lado como un tronco o como si estuviera envuelto entre dos sábanas de holanda. Por suerte no llovió, lo cual nos evitó las molestias que nos hubiera ocasionado un chaparrón.

Por la mañana me despertó la sonora voz de mi compañero haciéndome vibrar los tímpanos, instándome a levantar. Salí a rastras de nuestro lecho de hojas y me sorprendí al ver lo que un buen descanso nocturno había producido en su apariencia. Estaba tan alegre y vivaz como un avecilla y mitigaba la intensidad de su apetito matutino mascando la suave corteza de una fina ramita que sostenía en la mano, acción que me conminó a imitar como antídoto admirable contra los estragos del hambre.

Por mi parte, aunque me sentía corporalmente más reconfortado que la noche anterior, no me atreví a mirar la pierna que me había dolido violenta e intermitente durante las últimas veinticuatro horas, sin experimentar una sensación de alarma que en vano intenté borrar, No queriendo perturbar la fluidez anímica de mi compañero, logré ahogar las quejas que de otro modo habría ventilado e instándolo alegremente a acelerar nuestro banquete, me dispuse a asearme *en el* arroyo. Después de hecho esto, comímos, o mejor absorbimos, mediante un extraño proceso de succión, nuestras respectivas raciones nutritivas y luego empezamos a discutir qué pasos debíamos seguir.

-¿Qué vamos a hacer? -pregunté yo algo apesadumbrado.

-¡Bajar al mismo valle que descubrimos ayer! -replicó Toby con una rapidez y fuerza de voz que casi me hizo sospechar que había devorado a escondidas la mitad de un buey en algunas de las espesuras circundantes-. ¿Qué otra cosa nos queda por hacer? Porque seguramente nos moriremos de hambre si nos quedamos aquí; y en cuanto a tus temores de esos taipis, confía en mí, son tonterías. Es imposible que los habitantes del bello lugar que vimos sean otra cosa que buenas personas; y si tú eliges morirte de hambre en una de estas cuevas mojadas, yo prefiero arriesgarme a bajar al valle y enfrentar las consecuencias.

-¿Y quién nos va a llevar hasta allá -pregunté- aun si decidimos hacer lo que propones?

Librodot

¿Vamos a subir y bajar todos esos precipicios que cruzamos ayer hasta llegar al lugar de donde partimos y luego vamos a saltar desde el peñasco hasta el valle?

-Es cierto; no pensé en eso -respondió Toby-. Los dos flancos del valle parecen estar rodeados por precipicios ¿verdad?

-Sí -contesté-, tan erizados como los costados de un barco de guerra, pero su altura multiplicada por cien.

Mi compañero hundió la cabeza en el pecho y quedó pensativo por un momento. De pronto se incorporó de un salto, con sus ojos relucientes por ese brillo de inteligencia que indica la presencia de alguna idea deslumbrante.

-¡Sí, sí! -exclamó-. Todos los ríos corren en la misma dirección y necesariamente tienen que pasar por el valle antes de ir a parar al mar; todo lo que tenemos que hacer es seguir la corriente y tarde o temprano llegaremos al valle.

-Tienes razón, Toby -le respondí-, tienes mucha razón; puede llevarnos hasta allá y rápido; porque mira el grado de inclinación con que corre el agua.

-Así es -expresó explosivamente mi compañero, con un exceso de regocijo ante mi confirmación de su teoría-; así es, y es tan recto como un arpón. Partamos enseguida; vamos olvídate de todas esas ideas de los taipis y ¡que viva el valle de los Japar!

-Más te vale que sea Japar, querido amigo; ruega al cielo no equivocarte -indiqué con un movimiento de cabeza.

-¡Que así sea todo eso y mucho más! -gritó Toby ya corriendo-; pero es Japar, no puede ser otra cosa. Un valle tan bello... esos bosques de árboles de pan... los cocoteros... esas espesuras de arbustos de guayaba... ¡Ah, compañero! No te quedes atrás; por todas las frutas deliciosas del país, me muero por estar entre ellas. Vamos, vamos, apúrate, avívate, olvídate de las piedras, quítalas de tu camino a patadas, como yo, y mañana, camarada, te lo prometo, viviremos como reyes. Vamos.

Y diciendo esto, corrió a lo largo del barranco como un demente, olvidándose de mi incapacidad de seguirle el paso. En pocos minutos, sin embargo, después de aminorar la exaltación de su ánimo y detenerse un momento, me permitió darle alcance.

CAPÍTULO NUEVE

Peligroso recorrido por el barranco - Descenso al valle.

-La intrépida seguridad de Toby era contagiosa y empecé a considerar el lado Japar de la cuestión. Sin embargo, no pude vencer cierta sensación trepidante mientras avanzamos por estos sombríos parajes. Nuestro avance, al principio relativamente fácil, se hizo cada vez más difícil. El fondo del barranco estaba cubierto por fragmentos de rocas que habían caído de las alturas y ofrecían innumerables obstáculos a la rápida corriente, que se agitaba y rizaba para salvarlos, formando a intervalos pequeños saltos de agua que caían en profundos pozos o que salpicaban violentamente sobre montones de piedra.

Por la estrechez de la garganta y lo escarpado de sus paredes, no hubo otra forma de avanzar que vadeando el río, tropezando a cada instante con los obstáculos ocultos bajo la superficie o contra las gigantescas raíces de los árboles. Pero la mayor dificultad que encontramos fue un cúmulo de ramas torcidas que, proyectándose casi horizontalmente de las paredes del abismo, se enroscaban en fantásticas trenzas casi hasta la orilla del río, impidiéndonos el paso, salvo por los bajos arcos que formaban. Para pasar por debajo de estos,

nos vimos obligados a caminar a gatas deslizándonos sobre las piedras mojadas, o penetrando en profundas lenguas con una penumbra que apenas permitía guiarnos. En ocasiones nos golpeábamos la cabeza con alguna rama; y cuando imprudentemente nos deteníamos a pasamos la mano por la parte dolorida, caíamos a lo largo entre las afiladas puntas, cortándonos y magullándonos, mientras las despiadadas aguas empujaban nuestros abatidos cuerpos. Belzoni[20] arrastrándose por los pasadizos subterráneos de las catacumbas egipcias, no encontró tantas dificultades como las que ahora teníamos ante nosotros. Sin embargo, luchamos resueltamente contra ellas sabiendo bien que nuestra única esperanza era avanzar.

Al ponerse el sol hicimos un alto en un sitio en el cual nos dispusimos a pasar la noche. Allí construimos una choza muy parecida a la anterior, entramos en ella y nos propusimos olvidar nuestros sufrimientos. Mi compañero, creo, durmió como un lirón; pero al amanecer, cuando salimos de nuestra cobija, me sentí casi incapaz de realizar movimiento alguno. Toby me prescribió como remedio para mi dolencia el contenido de uno de nuestros paquetitos de seda, para tomar de inmediato en una sola dosis. Sin embargo, por mucho que insistió no accedí a esta clase de tratamiento médico; por lo que compartimos nuestra acostumbrada porción y luego, en silencio, reanudamos el viaje. Ya era el cuarto día desde que salimos de Nukujiva y los retortijones por el hambre eran agudos y dolorosos. Estábamos obligados a apaciguarlos mascando la corteza tierna de raíces y ramitas que, aun cuando no nos alimentaban, al menos eran dulces y agradables al paladar.

Nuestro avance a lo largo del cauce fue irremediablemente lento y al mediodía habíamos adelantado menos de una milla. Fue en esta parte del día que el ruido de las cascadas, que habíamos escuchado levemente durante la mañana, llegó a nosotros con más nitidez; y no pasó mucho para vernos detenidos por un precipicio rocoso de casi cien pies de profundidad, que se extendía de un lado a otro del canal y sobre el cual saltaba ininterrumpida la salvaje corriente. A cada lado, las paredes del barranco presentaban sus bordes sobresalientes y debajo la cascada, lo cual no nos dejaba otro medio de evitar la catarata que bordearla.

-¿Qué vamos a hacer, Toby? -dije yo.

-Bien -replicó él-, como no podemos regresar, supongo que tendremos que continuar.

-Muy cierto, querido Toby; ¿pero cómo te propones lograrlo?

-Saltando, ya que no hay otro camino -respondió sin titubear mi compañero-. Es la forma más rápida de bajar, pero como tú no estás en condiciones, buscaremos otra.

Y después de decir esto se arrastró con cuidado adelante y atisbó por encima hacia el abismo, mientras yo me preguntaba de qué forma posible venceríamos este insuperable obstáculo. Tan pronto como mi compañero terminó su investigación, inquirí ansioso por el resultado.

-El resultado de mis observaciones... ¿eso quieres saber? - comenzó deliberadamente Toby con una de sus extrañas poses-. Pues bien, el resultado de mis observaciones se sabrá de inmediato. En el presente no es seguro cuál de nuestros dos pescuezos tendrá el honor de partirse primero; pero cien a uno puede ser una buena apuesta a favor del que salte primero.

-Entonces es algo imposible ¿no? -pregunté deprimido.

-No, camarada, todo lo contrario; es lo más fácil que hay en la vida. Lo único molesto es

[20] *Belzoni... las* catacumbas egipcias: Giovanni Battista Belzoni (1778-1823) fue un precursor en la exploración de las tumbas egipcias y un coleccionista rapaz que trabajó con poco sentido de la disciplina académica o de la propiedad arqueológica, pero cuyo Travels *in Egypt fue* lectura regular entre los años de mediados del siglo XIX. 72

el tipo de tratamiento que puedan recibir nuestras infelices piernas cuando toquen el fondo, y qué tipo de viaje nos depare después el camino. Por lo pronto, sígueme y te mostraré la única posibilidad que tenemos.

Después de decir esto, me llevó al borde de la catarata y señaló a lo largo de la pared del barranco hacia una serie de raíces de curiosa apariencia, de unas tres o cuatro pulgadas de espesor y varios pies de largo que, después de retorcerse entre las grietas de la roca, caían perpendicularmente balanceándose en el aire, colgando sobre el abismo como si fueran oscuros carámbanos. Abarcaban casi toda la superficie a un lado del desfiladero, el más bajo incluso tocaba el agua. Muchos estaban cubiertos por musgos y estaban podridos con sus extremos partidos; y los más cercanos al salto estaban resbaladizos por la humedad.

El desesperado plan de Toby era entregarnos a aquellas raíces de traicionera apariencia para deslizarnos de una a otra hasta ganar el fondo.

-¿Estás dispuesto a aventurarte? -preguntó Toby, mirándome con franqueza, pero sin decir una palabra sobre la factibilidad de su plan.

-Sí -fue mi respuesta; pues comprendí que era nuestro único recurso si queríamos proseguir; y en cuanto a regresar, todas las ideas en ese sentido desde hacía tiempo las había eliminado.

Después que confirmé mi aprobación, Toby, sin pronunciar palabra, reptó por la mojada laja hasta que llegó a un punto donde pudo alcanzar una de las raíces colgantes más largas; la sacudió y ésta se estremeció y cuando la soltó, vibró en el aire conio un grueso alambre bien tensado. Satisfecho por su escrutinio, mi ligero compañero se colgó ágilmente de ella enroscando sus piernas a la usanza marinera, y se deslizó unos ocho o diez pies, donde su peso produjo un movimiento parecido al de un péndulo. No podía aventurarse a seguir descendiendo, por lo que sosteniéndose de una mano, con la otra sacudió una a una otras raíces más delgadas que tenía a su alrededor y al fin encontró una que consideró confiable, se trasladó a ella y prosiguió su descenso.

Hasta ahí todo estaba bien; pero yo no pude evitar comparar mi estructura más pesada y condición incapacitante con su ágil figura y extraordinaria vivacidad; pero no había otro remedio y en menos de un minuto, me balanceaba directamente sobre su cabeza. Tan pronto como sus ojos tomados hacia arriba le permitieron verme por un instante, exclamó en su acostumbrado tono firme, pues el peligro no parecía intimidarlo en lo más mínimo.

-Compañero, hágame la gentileza de no caer hasta que me haya quitado de su camino.

Y entonces, balanceándose más hacia un lado, continuó descendiendo. Entretanto yo me trasladé cautelosamente de la raíz por la que me deslizaba a otras dos cercanas, prefiriendo dos cuerdas para mi arco mejor que una y teniendo cuidado de comprobar su fortaleza antes de confiarles mi peso.

Al llegar al final de la segunda etapa de este viaje vertical y al sacudir las largas raíces que tenía a mi alrededor, para consternación mía, se partieron una tras otra como boca de cañon y cayeron fragmentadas hasta chocar contra la pared del abismo salpicando agua en su caída final.

A medida que las traicioneras raíces cedían una tras otra a la presión de mi brazo y caían en el torrente, mi corazón se hundió dentro de mí. Las ramas de las que estaba suspendido se balanceaba de un lado a otro en el aire y esperaba que en cualquier momento se partieran en dos... Horrorizado por la horrible suerte que me amenazaba, traté de alcanzar frenéticamente la única raíz larga que me quedaba cerca, pero fue en vano: no pude llegar a pesar de que mis dedos estaban a pocas pulgadas de ella. Una y otra vez intenté asirla, hasta que al final, enloquecido por lo apremiante de mi situación, oscilé con violencia 3olpeando con mi pie la pared' de piedra y

cuando más cerca estuve de la raíz me aferré con desesperación y me pasé a ella. Vibró con violencia por el peso repentino, pero por suerte no cedió.

Mis sentidos se nublaron al pensar en el espantoso riesgo que había corrido e involuntariamente cerré los ojos para borrar de mi vista las profundidades que tenía debajo. Por un instante me sentí seguro y expresé una devota jaculatoria para dar gracias por haberme salvado.

-¡Muy bien hecho! -gritó Toby desde abajo-; eres más ágil de lo que pensaba... te vi saltando allá arriba de una rais a otra como una ardilla. Pero como te has desviado un poco, te aconsejo que continúes.

-Sí, sí, Toby, todo a su tiempo: dos o tres raíces fabulosas como esta y estaré contigo.

El resto de mi descenso resultó comparativamente fácil; las raíces abundaron más y en uno o dos sitios los salientes de las rocas me ayudaron mucho. En pocos segundos estuve parado al lado de mi compañero.

Reemplazando un fuerte bastón por el que había desechado en la cima del precipicio, continuamos nuestro camino a lo largo del lecho del barranco. Pronto nos saludó un ruido delante de nosotros que aumentó paulatinamente a medida que el sonido de la catarata que dejamos atrás se desvanecía en nuestros oídos.

-¡Otro precipicio, Toby!

-Muy bien, podemos bajarlos, ¡adelante!

Realmente nada parecía deprimir o intimidar a este intrépido individuo. Taipis o Niágaras, estaba dispuesto a enfrentar a unos como a otros y no pude evitar felicitarme mil veces por contar con un compañero así en una empresa como ésta.

Luego de una hora de penoso avance llegamos al borde de otra cascada, aún más elevada que la anterior y flanqueada arriba y abajo por las mismas escarpadas masas de roca que presentaban, sin embargo, estrechas salientes irregulares con escasa tierra en la cual crecía una serie de árboles y arbustos, cuyo marcado verdor contrastaba espléndidamente con las espumosas aguas que caían entre ellos.

Toby, que invariablemente actuaba como explorador, inició el reconocimiento. A su regreso me informo que las salientes de roca a nuestra derecha nos permitirían llegar con poco riesgo al pie de la catarata. En consecuencia, abandonando el cauce del río en el mismo punto en que descendía estrepitosamente, empezamos a deslizarnos por estas salientes hasta llegar a unos pocos pies de otra que se inclinaba hacia abajo en un ángulo más pronunciado y sobre la cual, ayudándonos mutuamente, logramos posarnos sanos y salvos. Nos deslizamos con cautela por ella, sosteniéndonos de las raíces desnudas de los arbustos que se asían a cada grieta. A medida que continuamos, el estrecho paso se hizo más angosto aun para apoyar los pies, hasta que de pronto, cuando llegamos a una esquina de la pared de piedra donde esperábamos se ensancharía, vimos consternados que una o dos yardas más abajo terminaba abruptamente en un lugar que no teníamos esperanza de vencer.

Toby, como siempre, iba delante y esperé en silencio que me dijera qué proponía para salir de este nuevo atolladero. Después de varios minutos durante los cuales mi compañero no había pronunciado palabra alguna, exclamé:

-Bueno, muchacho, ¿qué haremos ahora?

Respondió tranquilamente que lo mejor que podíamos hacer en un aprieto como éste era salir de él lo antes posible.

-Sí, querido Toby, pero dime ¿cómo vamos a salir de él? -Algo como esto...

Así contestó y al mismo tiempo, para horror mío, se dejó caer hacia un lado de la roca y,

Librodot

como pensé entonces, sólo por fortuna fue a parar a las anchas ramas de un tipo de palmera que, con sus fuertes raíces penetrando en una saliente, curvaba su tronco hacia arriba en el aire, y presentaba una espesa masa de follaje a unos veinte pies del lugar donde nos habíamos estancado. Involuntariamente quedé sin aliento ante la expectativa de ver la figura de mi compañero, sostenido por un instante entre las ramas del árbol, hundirse y caer hasta llegar al fondo. Sin embargo, para mi sorpresa y regocijo, se recuperó y desenredando sus piernas de las ramas fracturadas, atisbó desde su lecho frondoso y gritó con fuerza:

-¡Vamos, ánimo! ¡No hay otra alternativa!

Tras esto se lanzó por entre el follaje y, deslizándose por el tronco, en un instante estaba parado como mínimo a cincuenta pies debajo de mí, sobre el ancho rellano de piedra de donde salía la palma por la cual había descendido.

Cuánto hubiera dado en ese momento por haber estado a su lado. La acción que había realizado parecía casi un milagro y apenas pude dar crédito a lo que habían visto mis ojos cuando observé la distancia que un acto valeroso había puesto entre nosotros.

El "¡vamos!" animoso de Toby volvió a escucharse en mis oídos y temiendo perder toda confianza en mí mismo si seguía pensando en el paso que iba a dar, miré una vez más para asegurarme de la ubicación relativa del árbol respecto a mi posición. Luego, cerrando los ojos y pronunciando un ruego incomprensible, me deslicé hacia el vacío y después de un instante de apnea caí de un golpe sobre la palma; sus ramas crujieron y se rompieron con mi peso, me hundí cada vez más entre ellas hasta que me detuvo el entrar en contacto con su fuerte tronco.

En pocos segundos estaba parado en la base del árbol tocándome por todos lados para calcular las heridas que había recibido. Para sorpresa mía, los únicos efectos de mi acción fueron algunas contusiones leves demasiado insignificantes para preocuparse por ellas. El resto de nuestro descenso se realizó sin dificultades y media hora después de volver al barranco, habíamos compartido nuestras raciones vespertinas, construido nuestra choza como de costumbre y cobijado para pasar la noche.

A la mañana siguiente, a pesar de nuestra debilidad y la agonía del hambre que ahora padecíamos, aunque ninguno de los dos lo confesamos, proseguimos penosamente por el deprimente y aún difícil y riesgoso paso, estimulados por la esperanza de que pronto divisaríamos el anhelado valle; y al anochecer, el rugir de una catarata que por algún tiempo venía sonando como un grave y profundo bajo al compás de saltos más pequeños, irrumpió en nuestros oídos en tonos más vibrantes y confirmándonos su proximidad.

Esa noche llegamos al borde de un precipicio, sobre el cual la negra corriente saltaba en una caída final de trescientos pies. La caída vertical terminaba en la región que tanto habíamos procurado. A cada lado del salto, dos elevados picos perpendiculares reforzaban los lados del enorme peñasco y se proyectaban hacia el mar de follaje que ondulaba en el valle, y una serie de iguales prominencias formaban un semicírculo a un extremo del valle. Un grueso arco de árboles colgaba del mismo borde de la cascada, permitiendo el paso de las aguas a través de una abertura abovedada, lo cual imponía un raro y pintoresco toque a la escena.

El valle estaba ahora ante nosotros; pero en lugar de ser conducidos a su alegre seno por el gradual descenso del profundo barranco y el río que habíamos seguido, todos nuestros esfuerzos parecían haber sido inútiles ante este abrupto final. Pero a pesar de estar muy decepcionados, no nos amilanamos.

Como se acercaba el ocaso decidimos pasar la noche donde estábamos y a la mañana siguiente, reconfortados por el sueño y por comer de un bocado toda nuestra existencia de alimentos, trataríamos de bajar al valle o perecer en el intento.

Nos acostamos en un lugar que de sólo recordarlo me hace temblar. Una meseta de roca que se proyectaba sobre el precipicio a un lado de la corriente, mojada por la pulverización del agua, sostenía un enorme tronco de árbol que debía haber llegado allí por alguna violenta subida del agua. Estaba en posición oblicua, con un extremo descansando sobre la roca y el otro apoyado en el borde del barranco. Contra él pusimos en declive una serie de ramas medio deterioradas que estaban por los alrededores y, cubriéndolo todo con palos y hojas, esperamos la luz de la mañana debajo de la protección que pudimos proveernos.

Durante toda esa noche el continuo rugir de la catarata, el horrible silbar del viento en los árboles, el golpeteo de la lluvia y la oscuridad total, afectaron mi ánimo como nunca antes. Empapado, famélico y aterido hasta la médula por la humedad del lugar y medio desquiciado por el dolor que sufría, me encogí temeroso en la tierra bajo esta multiplicación de reveses y me entregué a horribles presentimientos de futuros males. Mi compañero, cuyo ánimo al fin se había quebrado, apenas pronunció una palabra durante toda la noche.

Luego de esperar el alba, nos levantamos de nuestro miserable jergón, estirando las endurecidas articulaciones; y después de comer todo lo que quedaba de alimento, preparamos el inicio de la última etapa de este viaje.

No contaré nuevamente las veces que estuvimos a punto de perecer ni las temibles dificultades que nos encontramos antes de poder llegar al seno del valle. Como ya describí en escenas similares, baste decir que al final, después de tribulaciones y peligros increíbles, llegamos sanos y salvos a la entrada *de ese* magnífico valle que cinco días atrás había saltado a mi vista de modo tan repentino y nos vimos prácticamente a la sombra de los mismos peñascos desde cuyas cumbres habíamos admirado aquel panorama.

CAPÍTULO DIEZ

La entrada al valle - Avance cauteloso - Un camino - *Frutas* - Descubrimiento *de dos* nativos - Su singular conducta - *Acerca*miento a las *partes* habitadas *del valle* - Reacción ante nuestra presencia - Recibimiento en la casa de *uno de* los nativos.

El primer pensamiento que nos asaltó fue ¿cómo obtener la fruta que estábamos convencidos debía crecer por las cercanías?

¿Typee o Japar? ¿Una horripilante muerte a manos de los más fieros caníbales o un cálido recibimiento de una raza de salvajes más amables? ¿Cuál de las dos? Pero ya era demasiado tarde para debatir la incertidumbre que pronto se resolvería.

La parte del valle donde nos encontrábamos parecía totalmente deshabitada. Una espesura casi impenetrable se extendía de un lado a otro sin mostrar una sola planta que ofreciera el alimento que confiadamente esperábamos; y con ese objetivo seguimos el curso del río, escudriñando de un lado a otro a medida que atravesábamos la espesa selva.

Mi compañero, a cuyas sugerencias de descender al valle había cedido, ahora que actuábamos en consecuencia, comenzó a manifestar un grado de cautela que no esperé de él. Propuso que si hallábamos un suministro adecuado de frutas, debíamos permanecer en esta parte de la isla al parecer no frecuentada, donde correríamos menos riesgo de ser sorprendidos por sus habitantes, fueren quienes fueren, hasta estar lo suficientemente recuperados para reanudar el viaje. Cuando tuviéramos los alimentos que necesitábamos, fácilmente podríamos regresar a la bahía de Nukujiva después de pasado el tiempo suficiente que garantizase la partida de nuestro barco.

Librodot

Rechacé enérgicamente esta propuesta por plausible, pues las dificultades del camino serían casi infranqueables debido a nuestro desconocimiento de las características generales del país y recordé a mi compañero las penurias que ya habíamos encontrado en nuestro indeciso vagar. En una palabra, respondí que si habíamos creído aconsejable bajar al valle, teníamos que enfrentar las consecuencias, cualesquiera que estas fuesen; especialmente porque estaba convencido de que no teníamos otra alternativa que acudir a los nativos de inmediato, y arriesgamos resueltamente al recibimiento que nos prodigaran; y que en cuanto a mí, necesitaba descanso y cobija y mientras no los tuviera, me era totalmente imposible enfrentar sufrimientos como los padecidos en los últimos días. Ante la justeza de estas observaciones, Toby asintió un poco a regañadientes.

Nos sorprendimos de que, después de adentramos tanto en el valle, continuáramos rodeados por la misma selva impenetrable; y pensando que aunque a lo largo de las márgenes del río habría espesura por algún tiempo, si nos adentrábamos más hallaríamos campo abierto. Le dije a Toby que mirara bien a un lado que yo atendería al otro para ver si descubríamos algún claro entre los arbustos, y **en** especial para tratar de divisar la más leve apariencia de un camino o cualquier otra cosa que pudiera indicarnos la cercanía de los isleños.

No me olvido de aquellas furtivas y ansiosas miradas que dirigimos a las sombras borrosas. Tampoco olvido con qué aprehensión proseguimos, ignorantes del momento en que podía saludamos la jabalina de algún salvaje emboscado. Por fin mi compañero hizo una pausa y me señaló una estrecha abertura en el follaje. Nos introdujimos por ella y pronto nos llevó a un camino bien trillado hasta un espacio relativamente abierto, en cuyo final divisamos un conjunto de árboles, cuyo nombre nativo es annui, de deliciosa fruta.

¡Qué carrera! Yo, cojeaba por la tierra como un viejo decrépito y Toby corría hacia delante como un galgo. Con rapidez despojó un árbol de sus dos o tres frutas, pero para decepción nuestra resultaron estar muy deterioradas; los pájaros las habían descascarado parcialmente y sus centros estaban medio devorados. Sin embargo, las engullimos sin pensarlo dos veces y no hay ambrosía que supiera más deliciosa.

Miramos a nuestro alrededor indecisos hacia donde dirigir nuestros pasos, pues el camino que habíamos seguido hasta aquí parecía perderse en la nada. Al final decidimos entrar en una arboleda cercana y cuando habíamos avanzado unas pocas varas, precisamente en sus bordes, recogí un delgado brote del árbol del pan totalmente tierno con la suave corteza desgarrada. Aún destilaba humedad y parecía que acababan de tirarlo. No dije una palabra, sólo lo pasé a Toby, quien se sobresaltó ante esta innegable evidencia de la cercanía de los salvajes.

La vegetación se hizo ahora más espesa. A unos pasos más adelante había un pequeño manojo de las mismas ramas atado con una tira de corteza. ¿Podría haberlo abandonado allí algún nativo solitario que, alarmado al vernos, corrió a avisar de nuestra presencia a sus semejantes? ¿Typee o Japar? Pero ya era demasiado tarde para retroceder, por lo que continuamos lentamente; mi compañero lanzaba miradas ardientes de un lado a otro por entre los árboles hasta que de pronto lo vi enroscarse como si lo hubiera mordido una víbora. Hincándose de rodillas, me hizo señas con una mano para que aguardara, mientras con la otra apartó unas hojas y miró incisivo alguna cosa.

Haciendo caso omiso a su señal, me acerqué con rapidez a su lado y divisé dos figuras parcialmente ocultas por el denso follaje; estaban paradas juntas y totalmente inmóviles. Debían habernos visto antes y se retiraron a las profundidades de la selva para evitar que los viéramos.

Mi mente no dudó un instante. Dejé caer mi bastón, rasgué el paquete de cosas que había traído del barco y desenrollé la tela de algodón; sosteniéndola con una mano, arranqué con la otra

una ramita de los arbustos que tenía a mi lado, y diciéndole a Toby que siguiera mi ejemplo, salí de la espesura y avancé unos pasos, meneando la rama en señal de paz hacia las agazapadas figuras que tenía ante mí.

Eran una muchacha y un muchacho, apuestos y graciosos, y totalmente desnudos, salvo por una leve faja de corteza, del cual pendía en lados opuestos dos de las rojizas hojas del árbol del pan. Un brazo del muchacho, medio oculto a la vista por los sueltos mechones de ella, estaba sobre los hombros de la joven, mientras que el otro sostenía una de las manos de ella; y así permanecieron juntos, con sus cabezas inclinadas hacia delante atentos al más leve ruido que hacíamos en nuestro avance y con un pie puesto adelante, como preparados para huir de nuestra presencia.

A medida que nos acercamos su alarma aumentó evidentemente. Temerosos de que huyeran de nosotros en cualquier momento, me detuve y les hice señas de que avanzaran y recibieran el regalo que les extendía, pero no lo hicieron; entonces pronuncié algunas palabras de su idioma que conocía, con la escasa esperanza de que me entendieran, pero con la intención de demostrarles que no habíamos caído allí del cielo. Esto pareció despertar cierta confianza en ellos, por lo que me acerqué aun más presentándoles la tela con una mano y sosteniendo la rama con la otra, aunque ellos retrocedían. Al final nos permitieron acercamos tanto que pudimos lanzarle la tela por encima de los hombros, dándoles a entender que era para ellos y gracias a un sinnúmero de gestos para hacerles comprender que sentíamos el mayor respeto hacia ellos.

La temerosa pareja ya no se alejaba y nosotros nos esforzamos por que entendieran lo que deseábamos. Al hacerlo, Toby realizó toda una serie de ilustraciones mímicas; abrió la boca de oreja a oreja, se introdujo los dedos en la garganta, rechinó los dientes y movió los ojos en círculos, hasta que realmente creí que las pobres criaturas nos habían tomado por una pareja de caníbales blancos que harían un banquete de ellos. Sin embargo, aunque nos entendieron, no mostraron disposición alguna de mitigar nuestras necesidades. A esta altura, empezó a llover con violencia y les indicamos que nos condujeran a algún lugar donde guarecemos. A esta solicitud sí parecieron dispuestos a acceder, pero nada evidenció con mayor fuerza el temor con que nos miraban que la forma en que, mientras caminaban delante de nosotros, se volvían continuamente hacia atrás para vigilar todo movimiento que hiciéramos e incluso nuestras propias miradas.

-¿Typee o Japar, Toby? -pregunté mientras caminábamos detrás de ellos.

-Japar, por supuesto -respondió con una muestra de confianza que intentaba ocultar sus dudas.

-Pronto lo sabremos -exclamé.

En ese mismo momento me acerqué a nuestros guías y pronunciando los dos nombres en modo interrogante señalando la parte más baja del valle, me dispuse a decidir la cuestión en el acto. Repitieron una y otra vez las palabras después de mí, pero sin dar énfasis peculiar alguno a ninguna de las dos, lo cual me desconcertó por completo y me impidió comprenderlos. Una pareja de jóvenes más astutos que los encontrados por nosotros en esta ocasión particular, probablemente no se encontarían en el camino otros viajeros.

Cada vez más curiosos de conocer nuestro destino, lancé ahora en forma de pregunta las palabras *japar y* mortarki, esta última equivalente a "bueno". Los dos nativos intercambiaron miradas peculiares al oír esto y se mostraron sorprendidos; pero al repetirles la pregunta y después de alguna consulta entre ellos, para gran regocijo de Toby, respondieron afirmativamente. Toby llegó ahora al éxtasis, especialmente cuando los jóvenes salvajes repitieron su respuesta con gran energía, como deseosos de demostrarnos que estando entre japares, debíamos considerarnos perfectamente seguros.

Librodot

Aunque me asaltaron algunas dudas, fingí gran deleite con Toby al escuchar este anuncio, mientras que mi compañero irrumpió con una pantomima de rechazo hacia los taipis y un inconmensurable amor por el valle particular en que estábamos. Nuestros guías no dejaron de mirarse preocupados uno al otro como no pudiendo explicarse nuestra conducta.

Apuraron el paso *y los* seguimos, cuando repentinamente lanzaron un extraño *grito, el cual recibió* respuesta *del otro lado de la* arboleda que atravesábamos y en un segundo entramos en un claro a cuyo extremo se divisaba una choza larga y baja y frente a ella varias jóvenes. Tan pronto nos vieron, huyeron gritando salvajemente hacia las malezas aledañas como asombrados cervatillos. Unos momentos después todo el valle retumbó con un salvaje alboroto y los nativos corrieron hacia nosotros provenientes de todos lados.

Si un ejército invasor hubiera irrumpido en su territorio no hubiera levantado tanto alboroto. Pronto nos vimos rodeados por una densa multitud y su ansioso deseo de vemos, casi nos impidió avanzar; una cantidad igual rodeó a los jóvenes guías que, con sorprendente volubilidad, parecían explicar las circunstancias en que nos habían encontrado. Cada palabra de la explicación pareció redoblar la sorpresa de los isleños, que nos miraban inquisidores.

Al fin llegamos a una edificación de bambú grande y agraciada y mediante señas se nos dijo que entráramos; los nativos nos abrieron paso. Entramos sin ceremonias y dejamos caer nuestros cuerpos exhaustos sobre las esteras que cubrían el piso. En un instante toda la vivienda se llenó de gente, mientras que los que no pudieron entrar nos miraban por entre las cañas.

Ya era de noche y con la escasa luz sólo pudimos discernir los primitivos rostros a nuestro alrededor relucientes de salvaje curiosidad y asombro; las formas desnudas y las extremidades tatuadas de fornidos guerreros, y aquí y allá las esbeltas figuras de jóvenes muchachas, todos enfrascados en una perfecta tormenta de palabras relacionadas por supuesto con nosotros, mientras nuestros guías no cesaban de responder las innumerables preguntas que les hacían. Nada puede exceder la brusca gesticulación de esta gente cuando conversan y en esta ocasión dieron rienda suelta a toda su vivacidad natural gritando y danzando en un modo que llegó a intimidamos.

Cerca de donde estábamos tendidos, puestos en cuclillas había unos ocho o diez jefes de noble apariencia, pues eso resultaron ser, quienes, más reservados que el resto, nos observaban con gran atención, lo cual perturbó no poco nuestra ecuanimidad. Uno de ellos en particular, que parecía ser el superior en rango, sentado frente a mí, me miraba de forma tan severa que me hizo estremecer. Ni una sola vez movió los labios, sino que mantuvo su rígida expresión mirando siempre al frente. Nunca antes fui objeto de observación tan obsesiva y extraña; una mirada inexpresiva, pero que parecía estar leyendo mis pensamientos.

Luego de este escrutinio que me alteró los nervios, tomé un poco de tabaco de mi jersey y se lo ofrecí con la intención de distraerle y lograr una buena impresión. En silencio rechazó el regalo y, sin pronunciar palabra, me indicó que volviera a guardarlo.

En mis relaciones anteriores con los nativos de Nukujiva y Tior había descubierto que regalar un pedazo de tabaco significaba ganarse sus servicios. ¿Era este acto del *jefe* una muestra de su enemistad? ¿Typee o Japar?, me pregunté. Quedé perplejo cuando en ese mismo momento el ser que tenía ante mí formuló esa misma pregunta.

Me volví a Toby y la vacilante luz de una vela nativa me mostró su pálido rostro ante aquella interrogante fatídica. Callé por un momento y, no sé por qué impulso, respondí:

Typee.

La pétrea figura respondió con un movimiento afirmativo y murmuró: -*¿Mortarki?*

-*¡Mortarki!* -añadí sin vacilar-. *¡Typee mortarki!*

¡Qué cambio! Las sombrías figuras que nos rodeaban empezaron a saltar, aplaudir y gritar una y otra vez las talismánicas sílabas que parecían haber sellado el asunto.

Cuando la agitación decreció, el jefe principal de nuevo en cuclillas frente a mí y con repentina rabia, comenzó una filípica que según pude entender por la repetición de la palabra *japar,* parecía dirigida hacia los nativos del valle vecino. A todas estas denuncias asentimos Toby y yo, mientras encomiábamos el carácter guerrero de los taipis. Por supuesto, nuestros panegíricos eran algo lacónicos, consistentes en la reiteración de ese nombre unido al efectivo adjetivo *mortarki*. Pero esto bastaba y sirvió para conciliar la buena voluntad de los nativos; nuestra afinidad con sus sentimientos en este sentido inspiró más la tendencia hacia la amistad que cualquier otra cosa que hubiera sucedido.

Al fin la ira del jefe se evaporó y en pocos segundos volvió a su placidez anterior. Con la mano en el pecho me dio a entender que se llamaba Mehevi y a cambio, preguntó mi nombre. Vacilé un instante, pensando que le sería difícil pronunciarlo. Luego con la mejor intención de mis gestos le hice conocer que me llamaba Tom. Sin embargo, la elección no fue la mejor: el jefe no pudo repetirla. "Tommo", "Tomma", "Tomme", cualquier cosa menos Tom a secas. Como insistía en adicionarle una sílaba más al nombre, llegué a un acuerdo con él en cuanto a "Tomo" y por ese nombre me llamaron durante todo el tiempo que permanecí en el valle. El mismo proceso siguió con Toby, cuyo melifluo nombre les resultó más fácil de pronunciar.

Un intercambio de nombres equivale a la ratificación de buena voluntad y amistad entre esta gente sencilla; y conocedores del hecho, nos complació que se produjera.

Reclinados en nuestras esteras, dimos un tipo de recepción admitiendo a sucesivos grupos de nativos, quienes se nos presentaron pronunciando sus nombres respectivos y se retiraban de buen humor al recibir los nuestros a cambio. Durante esta ceremonia prevaleció el mayor regocijo, casi todas las presentaciones de parte de los isleños eran seguidas por un refrescante ataque de risas que me llevó a creer que algunos de ellos se divertían inocentemente a expensas nuestras otorgándose una serie de títulos absurdos, cuyo sentido humorístico desconocíamos por completo.

Esta presentación nos llevó una hora; luego, al disminuir la concurrencia, me dirigí a Mehevi y le di a entender que necesitábamos comer y dormir. En seguida el atento jefe dijo unas palabras a un nativo, que desapareció y regresó al rato con una jícara de poi-poi y dos o tres cocos desprovistos de sus fibras y con la cáscara parcialmente abierta. En el acto llevamos a la boca una de estas copas naturales y en un segundo la despojamos del refrescante líquido que contenía. Luego pusieron ante nosotros los poi-poi y a pesar de nuestro apetito, me detuve a pensar de qué forma comerlo.

Este renglón fundamental de la alimentación de los marquesinos se confecciona con el fruto del árbol del pan. Se asemeja en su textura a nuestra goma de encuardernar libros, de color amarillo, y un poco ácido al gusto.

Así era ese plato, cuyos méritos ahora discutiría. Lo miré desilusionado por un momento e incapaz de continuar la ceremonia, introduje la mano en la blanda masa y para estrépito de los nativos, la extraje llena de *poi-poi,* el cual se adhirió a mis dedos produciendo largos hilos pegajosos. Su consistencia es tan compacta que al llevarme la mano llena a la boca casi levanto la jícara de la estera. Esta exhibición de torpeza -en la cual, en su turno, Toby me hizo compañía- dislocó de risas incontrolables a todos los espectadores.

Tan pronto como disminuyó la diversión, Mehevi, solicitando nuestra atención, hundió el dedo índice de su diestra en el plato y dándole un rápido y magistral giro lo cubrió uniformemente con el preparado. Con un segundo movimiento singular evitó que el poi-*poi*

Librodot

cayera al piso y se lo llevó a la boca, donde lo introdujo y lo sacó totalmente libre de la sustancia pegajosa. Esta exhibición tenía la evidente intención de instruirnos; por lo que ensayé de nuevo según los principios inculcados, pero sin mucho éxito.

Sin embargo, un hombre hambriento hace poco caso a los modales convencionales, mucho menos en una isla del Pacífico, por lo que Toby y yo dispusimos del plato a nuestro antojo embarrándonos toda la cara con el compuesto aglutinante y embadurnándonos las manos casi hasta el brazo. Este plato no es en modo alguno desagradable al paladar europeo, aunque al principio la forma de comerlo sí podría serlo. Por mi parte, después de unos días me acostumbré a su sabor peculiar y llegó a gustarme.

Aquel fue el primer plato; le siguieron otros, algunos realmente deliciosos. Terminamos nuestro banquete bebiendo el agua de dos cocos tiernos, luego nos deleitamos con el dulce aroma del tabaco, inhalado de una artística pipa que pasaba de mano en mano.

Durante la comida, los nativos nos observaron con gran curiosidad siguiendo todos nuestros movimientos y pareciendo descubrir abundantes motivos de comentario ulterior. Su sorpresa llegó al clímax cuando comenzamos a quitarnos la incómoda ropa empapada de lluvia. Escudriñaron nuestras blancas extremidades y parecían incapaces de explicarse el contraste que hacían con el color moreno de nuestra tez, bronceada por los seis meses de exposición al sol tropical. Tocaban nuestra piel del mismo modo que un comerciante valora una espléndida pieza de satín; algunos incluso llegaron a olernos en su curiosidad.

Este comportamiento singular me hizo pensar que nunca antes habían visto a un hombre blanco, pero luego de reflexionar me convencí de que no podía ser así y una razón más acorde con esta conducta fluyó en mi mente.

Asustados por las horribles historias que cuentan de sus habitantes, los barcos nunca tocan esta bahía, mientras que sus hostiles relaciones con las tribus de los valles vecinos impiden a los taipis visitar las partes de la isla donde ocasionalmente atracan las naves. Sin embargo, de cuando en cuando algún intrépido capitán llega a las costas de la bahía con dos o tres botes armados y acompañados de intérpretes. Los nativos que vi cerca del mar descubren a los extranjeros mucho antes de que estos llegan a sus aguas y, conocedores del propósito de su visita, proclaman a gritos la noticia. Mediante una especie de telégrafo oral, las noticias llegan a lo más intrincado del valle en un lapso inconcebiblemente breve, haciendo que casi toda la población de la zona se traslade a la playa cargando toda clase de frutas. El intérprete, que es invariablemente un *kanaka tabú*[21], salta a la orilla con las mercancías de intercambio, mientras los botes armados, con los remos preparados y cada hombre en su sitio, permanece fuera del rompiente con la proa hacia el mar, listo a zarpar ante el menor inconveniente. Concluido el trueque, uno de los botes se acerca bajo la protección de los mosquetes de los otros, reúne la fruta con rapidez y los visitantes se retiran precipitadamente de lo que consideran con acierto un entorno peligroso.

Los contactos con los europeos son tan limitados que no es de extrañar que los habitantes del valle manifiesten tanta curiosidad hacia nosotros, mucho más por las singulares circunstancias en que aparecimos ante ellos. No tengo la menor duda de que éramos los primeros blancos que se habían adentrado tanto en su territorio, o al menos los primeros que habían venido del lado opuesto del valle. Lo que nos trajo allí tenía que parecer un rotundo misterio para ellos y debido a

[21] Kannaka: en el sentido estricto del término, Kannaka *o* kanaka significa habitante de las Islas Sandwich, proveniente de la palabra hawaiana que quiere decir "hombre"; sin embargo, durante el siglo XIX, se aplicó indiscriminadamente a cualquier isleño de *los* Mares del Sur.

Librodot

nuestro desconocimiento del idioma, nos resultó imposible explicárselos. En respuesta a las preguntas que la elocuencia de sus gestos evidenciaba, sólo pudimos contestar que procedíamos de Nukujiva, un lugar, recuérdese bien, con el cual estaban en guerra. El conocimiento de este hecho pareció alterar su ánimo y preguntaron:

-*¿Nukujiva mortarki?*

A lo cual respondimos naturalmente con la negativa más enérgica.

Luego nos hicieron miles de preguntas más, de las cuales sólo pudimos entender que tenían algo que ver con los recientes movimientos de las tropas francesas, contra las cuales parecían albergar el odio más temible. Estaban tan deseosos de obtener información en este sentido que aún al vernos incapaces de contestarlas, siguieron abrumándonos a preguntas. A veces acertábamos alguna idea aislada del significado de la interrogante y tratamos por todos los medios posibles de comunicarles lo que deseaban conocer. Entonces su alegría y agradecimiento eran desbordantes y redoblaban sus esfuerzos por comprendemos. Pero todo era en vano; al final nos miraron desesperados, como si fuésemos poseedores de una valiosísima información; aunque no sabían cómo llegar a ella.

Después de un rato, el grupo que nos rodeaba se dispersó gradualmente y hacia la medianoche nos dejaron (conjeturamos) con quienes parecían ser los ocupantes permanentes de aquella choza. Estos individuos nos ofrecieron esteras limpias para dormir, nos cubrieron con varios lienzos de *tapa* y luego de apagar las luces que ardían, se recostaron a nuestro lado. Después de una corta e insulsa conversación, nos dormimos.

Capítulo once

Reflexiones *nocturnas* - Visitantes matutinos - *Un guerrero con* sus atuendos - Un *escolapio salvaje* - *Práctica de* la curación -Sirviente personal - Descripción de una vivienda del *valle* - *Retrato de* sus habitantes.

Diversos y contradictorios fueron los pensamientos que me obsesionaron durante las horas de silencio que siguieron a los eventos narrados en el capítulo anterior. Toby, agotado por las fatigas del día, roncaba sonoramente a mi lado; pero el dolor que yo sentía no me permitió dormir y permanecí despierto con las preocupaciones de nuestra situación. ¿Sería posible que, después de todas las vicisitudes pasadas, estuviéramos en el valle de los temibles taipis y a merced de sus habitantes, una feroz tribu de salvajes?

¿Typee o Japar? Me estremecí cuando comprendí que ya no había lugar a duda; y que, fuera de toda esperanza de fuga, estábamos en las mismas circunstancias de cuya sola mención había huido despavorido días atrás. ¿Cuál sería nuestro miserable destino? Realmente aún no nos habían tratado con violencia; no. Habían sido amables y hospitalarios con nosotros. ¿Pero qué confianza podría tenerse de las volubles pasiones albergadas en el corazón de los salvajes? Su inconstancia y traición eran conocidas. ¿No sería que detrás de esta agradable apariencia, los isleños esconden algún plan macabro y que su amistoso recibimiento sería sólo la antesala de alguna horrible catástrofe? ¡Con qué intensidad estos pensamientos asaltaron mi mente mientras permanecí recostado en mi estera rodeado por las tenues figuras de aquellos a quienes tanto temía!

Por la excitación de estos horribles pensamientos dormité intranquilo, y al despertar, en medio de una terrible pesadilla, observé a un grupo curioso de nativos inclinados sobre mí.

Librodot

La luz del día era fuerte y la casa estaba casi llena de muchachas alegremente adornadas con flores, quienes me observaron levantarme con sus rostros llenos de infantil curiosidad y deleite. Después de despertar a Toby, se sentaron en las esteras a nuestro alrededor y dieron rienda suelta a esos gestos indagadores que desde tiempo inmemorial se ha atribuido al sexo débil.

Como estas incautas criaturas no estaban acompañadas de ninguna celosa ama, su proceder fue del todo informal y exento de limitaciones artificiales. Larga y minuciosa fue la investigación a que nos sometieron y tan ruidoso su alboroto que me sentí infinitamente avergonzado; y Toby se ofendió inconmensurablement$_e$ por aquella familiaridad.

Estas vivaces jóvenes eran a la vez maravillosamente amables y humanas, espantaban los insectos que ocasionalmente se posaban en nuestras cejas, nos ofrecieron golosinas y se compadecieron por mi aflicción. Pero a pesar de toda su dulzura, mis sentimientos de su delicadeza se estremecieron pues admití que habían sobrepasado los límites normales del decoro femenino.

Habiéndose divertido cuanto quisieron, nuestras jóvenes visitantes se retiraron, cediendo su lugar a grupos sucesivos de jóvenes del otro sexo, quienes siguieron visitándonos hasta muy cerca del mediodía; para entonces no me quedaba duda de que la mayoría de los habitantes del valle habían venido a contemplar nuestra blanca apariencia.

Por fin, cuando las visitas comenzaron a disminuir, un soberbio guerrero inclinó las altas plumas de su gorro para pasar por la baja puerta y entró a la casa. De inmediato me percaté de que era algún personaje distinguido, pues los nativos lo miraron con la mayor deferencia y le abrieron paso a medida que se acercaba. Su aspecto era imponente. La espléndida y larga cola de plumas de aves tropicales, mezcladas apretadamente con el llamativo plumaje del gallo, estaba dispuesta en un gran semicírculo sobre su cabeza, y sus extremos iban sujetos a una corona de cuentas que le cubría la frente. Alrededor del cuello llevaba varios collares enormes de colmillos de jabalí, pulidos como el marfil y dispuestos de tal forma que los más grandes y largos caían sobre su ancho pecho. Incrustados en las amplias aberturas de sus orejas había dos pequeños y afinados dientes de ballena, con la raíz hacia delante y tapada con hojas recién recolectadas; y el otro extremo tallado con extrañas imágenes y figuras. Estas joyas salvajes, adornadas de esta manera en su extremo abierto, y estrechándose y curvándose detrás de la oreja, se asemejaban un poco a un par de cornucopias.

La cintura del guerrero estaba ceñida con pesados pliegues de oscura tapa, que colgaba delante y detrás grupos de borlas, mientras que tobilleras y brazaletes de trenzas de cabellos humanos completaban su único atuendo. En su mano derecha asía una ancha lanza bellamente tallada de casi quince pies de largo, hecha de madera brillante, de afilada punta y el otro extremo aplanado como un remo. Colgando oblicuo de su cinturón había una pipa muy decorada; con la caña pintada de rojo y a su alrededor, así como del extremo en forma de ídolo, se enroscaban delgadas tiras de fina tapa.

Pero lo más destacado en la apariencia del espléndido guerrero era el elaborado tatuaje de sus extremidades. Todas las líneas, curvas y figuras imaginables delineaban todo su cuerpo y en su grotesca variedad e infinita profusión sólo pude compararlas con las agolpadas agrupaciones de patrones pintorescos vistos en ocasiones en las valijas piezas de encaje. El más sencillo y notable de estos ornamentos decoraba el rostro del nativo. Dos listas anchas tatuadas, partiendo del centro de su cabeza rapada, zurcaban sus ojos -incluso los párpados- hasta poco más abajo de la oreja, donde se unían con otra lista que caía en línea recta a lo largo de las comisuras de los

labios y formaban la base de un triángulo. El guerrero, por la excelencia de sus proporciones físicas, podría considerarse realmente parte de la nobleza de la tierra y las líneas dibujadas en su rostro posiblemente denotaban su alto rango.

Este personaje, luego de entrar en la casa, se sentó a cierta distancia de Toby y de mí, mientras el resto de los salvajes nos miraban alternativamente, como en espera de algo que no llegaba. Mirando al jefe con atención, pensé que su aspecto me era familiar. Tan pronto como giró su rostro hacia mí y vi de nuevo sus extraordinarios adornos enfrenté la extraña mirada que me había escudriñado la noche anterior; a pesar de la alteración de su apariencia, reconocí entonces al noble Mehevi. Al dirigirme a él, avanzó al instante de la manera más cordial y me saludó amablemente, pareciendo disfrutar el efecto que su barbárico atuendo había producido en mí.

Decidí, en lo posible, ganarme la buena voluntad de este individuo, pues percibí que era un hombre de gran autoridad en la tribu, y uno que podría ejercer una fuerte influencia en nuestra suerte futura. En mi empeño no fui rechazado; pues nada puede sobrepasar la amistad que manifestó hacia mi compañero y hacia mí. Extendió sus largas piernas a nuestro lado y se esforzó por hacernos comprender toda la extensión de los amistosos sentimientos por los que había actuado así. La casi insuperable dificultad de comunicarnos nuestras ideas mortificó al jefe. Mostró gran deseo de enseñamos las costumbres y peculiaridades de los apartados parajes que habíamos atravesado al que con frecuencia se refirió con el nombre de Manika.

Pero lo que por sobre todas las cosas atrajo su atención fue los últimos movimientos de los franni como llamaba a los franceses, en la cercana bahía de Nukujiva. Este parecía ser un tema interminable para él, del cual no temía interrogamos. Toda la información que le dimos al respecto fue que habíamos visto seis barcos de guerra fondeados en la bahía enemiga cuando la abandonamos. Al conocer la noticia, Mehevi, con la ayuda de sus dedos, realizó un prolongado cálculo matemático, como estimando la cantidad de franceses en la escuadra.

Sólo después de utilizar esta forma de cálculo notó mi pierna inflamada. La examinó de inmediato con la mayor atención y ordenó a un muchacho llevar algún mensaje.

Después de unos minutos, el mensajero volvió a entrar en la casa con un anciano que podría haberse tomado por el mismísimo Hipócrates[22]. Su cabeza era tan calva como la cáscara de un coco, fruto que precisamente se asemejaba a él en textura y color, mientras una larga barba argentina caía casi hasta su taparrabos de corteza de árbol. En torno a sus sienes tenía una venda de hojas trenzadas del Omoo, presionada muy cerca de las cejas para proteger su débil vista de los rayos del sol. Sus torpes pasos se apoyaban en un largo palo parecido a la vara con que los magos aparecen en escena y en la otra mano portaba un gran abanico de las verdes hojas del cocotero. Una gran bata de *tapa,* anudada sobre el hombro, colgaba ampliamente cubriendo su encorvada figura y realzaba su aspecto venerable.

Mehevi, luego de saludar al anciano, le pidió que se sentara entre nosotros y descubriendo mi pierna, le instó a examinarla. El médico nos miró a Toby y a mí e inició su labor. Después de observar diligentemente el miembro enfermo, empezó a tocarlo; y suponiendo al parecer que probablemente la infección lo había dejado insensible, empezó a pincharlo y golpearlo de tal manera que rugí del dolor. Pensando que no necesitaba a alguien para darme pellizcos y apretones, me esforcé por resistir esta especie de tratamiento médico. Pero no era fácil librarse de

[22] Hipócrates, que se destacó en los siglos V y IV a. C., era el médico griego considerado comúnmente como el padre de la medicina moderna, y es muy poco probable que hubiera sentido simpatía por los métodos principalmente chamanísticos de los curanderos marquesinos, como el descrito por Melville.

las garras del viejo curandero, se aferraba a la infeliz pierna como si fuera algo largamente ansiado por él; y murmurando algún tipo de encantamiento, continuó su trabajo llevándolo a tal extremo que me dejó casi sin sentido; mientras Mehevi, basado en el mismo principio que lleva a una madre afectiva a sostener a su hijo a la silla del dentista, me agarraba con todas sus fuerzas estimulando el dolor con esta tortura.

Casi frenético de la rabia y el dolor, grité como un poseído[23], mientras Toby se esforzaba vanamente mediante todas las posturas concebibles con signos y gestos para disuadir a los nativos. Ver a mi compañero solidario con mis sufrimientos esforzarse por poner fin a mis angustias, me hizo pensar que era la propia encarnación del sordo-mudo. Si mi torturador cedió ante las súplicas de Toby o por cansancio propio, no lo sé; pero de pronto dejó de manipularme y al mismo tiempo el jefe me soltó. Caí hacia atrás exhausto y sin aliento por la agonía sufrida.

Mi infortunada pierna simulaba ahora un bistec después de ser golpeado antes de su cocción. Mi médico, recuperado de las fatigas de su labor, como si estuviera ansioso de remediar el dolor a que me había sometido, sacó ahora unas hierbas de una bolsita que llevaba suspendida de la cintura y humedeciéndolas en agua, las aplicó a las partes inflamadas, inclinándose sobre ellas a la vez y susurrando un rezo o conversando confidencialmente con algún demonio imaginario situado dentro de mi pantorrilla. Luego me vendaron la pierna con hojas y, gracias a Dios, cesaron las hostilidades y pude descansar.

Poco después Mehevi se levantó para salir, pero antes habló autoritariamente a uno de los nativos a quien se dirigió como Kori-Kori; y de lo poco que pude comprender, me lo señaló como el hombre cuya tarea principal en lo adelante sería atender mi persona. No estoy seguro si lo comprendí todo desde el principio, pero la conducta subsiguiente de mi confiado sirviente personal me aseguró plenamente que tenía que haber sido así.

Sólo pude sorprenderme de la forma en que el jefe se dirigió a mí en esa ocasión, hablándome durante quince minutos como mínimo tan calmadamente como si yo pudiera entender todas las palabras que pronunció. Noté esta peculiaridad luego reiteradamente en muchos isleños más.

Mehevi y el médico partieron y nos dejaron solos al anochecer con diez o doce nativos, quienes para entonces estaba seguro componían el núcleo familiar que compartíamos Toby y yo. Como la vivienda a la que nos introdujeron fue mi morada permanente mientras permanecí en el valle y como necesariamente intimé con sus ocupantes, comenzaré por describirlos. Esta descripción es válida también para casi todas las demás viviendas del valle y proporcionará una idea general de los nativos.

A un lado del valle y a la mitad de una cuesta algo abrupta y ondulante, con la más rica vegetación, se habían colocado grandes piedras alineadas hasta una altura de casi ocho pies y dispuestas de manera que su superficie corresponda con la forma de la vivienda que se le construye encima. Un estrecho espacio, sin embargo, se reserva delante de la vivienda sobre la pila de piedras, el cual, rodeado de una balaustrada de cañas, daba la apariencia de un pórtico, (llamado por los nativos "pai-paí"). La estructura de la casa se hacía de largos palos de bambú erguidos verticalmente y asegurados a intervalos por troncos transversales de la ligera madera del habiscus[24], atados con tiras de corteza. La parte trasera de la vivienda -construida con sucesivas

[23] *poseído* bedlamita: Melville usa el término *bedlamita,* un demente, por asociación con el antiguo hospital de Londres para enfermos mentales, St. Mary of Bethlehem, aplicado en los días de Melville indiscriminadamente a los asilos de locos a ambos lados del Atlántico.

[24] El autor debe referirse al *Hibiscus* liliáceus *o* damajagua

ramas de cocotero imbricadas, con sus largas hojas entretejidas- se inclina levemente por la vertical y se extiende desde el borde superior del pai-pai hasta unos veinte pies de su superficie; desde donde el techo -cubierto con las largas ramas de la palma- cae oblicuamente hasta unos cinco pies del piso, sobresaliendo su alero por delante de la casa. Esta se construye de cañas ligeras y elegantes, en un tipo de rejilla abierta bellamente adornada con diferentes enredaderas que sirven para unir las distintas partes. Los lados de la casa tienen una construcción similar; presentan tres aberturas para la circulación del aire, pero protegidas de la lluvia.

La longitud de esta pintoresca edificación sería de unas doce yardas, mientras que su ancho no excede los doce pies. Su exterior, con sus costados de juncos trenzados como cables, me recordaba una inmensa pajarera.

Inclinándose un poco, puede pasarse por una estrecha puerta; y ante uno, al entrar, se ven dos troncos de cocotero perfectamente rectos y lisos que se extienden a todo lo largo de la vivienda; uno de ellos situado contra la parte posterior de la casa y el otro paralelo al primero a unas dos yardas de separación, entre ellos se extienden montones de esteras de alegres colores y variados dibujos. Estas esteras constituyen el lugar común de reposo y diversión de los nativos, muy a la usanza de los divanes de los países orientales. En ellos dormían durante la noche y se reclinaban plácidamente durante gran parte del día. El resto del piso presentaba sólo la superficie brillosa de grandes piedras que componían el pai-pai.

Del caballete de la casa colgaban una serie de grandes paquetes envueltos en tela gruesa; algunos de los cuales contenían las vestimentas de las festividades y otros artículos de uso personal guardados con gran estima. El acceso a ellos era por medio de una soga que pasaba sobre el caballete y asía por un extremo el paquete, mientras que del otro, asegurado a una pared de la vivienda, éste podía bajarse o subirse a voluntad.

Contra la pared posterior de la casa yacían ordenadas graciosamente lanzas y jabalinas, así como otros implementos de guerra. Fuera de la habitación y construido sobre el área abierta frente a ella, había un pequeño cobertizo utilizado como despensa y en el cual se almacenaban distintos artículos de uso doméstico. A unas cuantas yardas del pai-pai había una gran nave de ramas de cocotero, donde se realizaba el acto de la preparación del *poi-poí,* así como todas las faenas culinarias.

Así era la casa y sus alrededores; y como ya se habrá podido apreciar era imposible idear una vivienda más cómoda y apropiada para el clima y la gente de este lugar. Era fresca, ventilada, escrupulosamente limpia y libre de la humedad y las impurezas de la tierra.

Ahora describamos a sus ocupantes; y otorgo a mi fiel sirviente Kori-Kori el honor de ser el primero. Como su carácter se evidenciará gradualmente durante el transcurso de mi narración, por ahora me limitaré a describir su apariencia personal. Kori-Kori, aunque era el más dedicado y bueno de los sirvientes del mundo, tenía una apariencia espantosa.

Aparentaba unos veinticinco años de edad y aproximadamente seis pies de estatura; era robusto y esbelto y de un aspecto extraordinario. Su cabeza había sido cuidadosamente rapada salvo por dos círculos del tamaño de una moneda de un dólar, cerca de la fontanela posterior, donde el cabello permitido crecer hasta un largo sorprendente, se enroscaba hacia arriba en dos nudos prominentes, que daban la apariencia de un par de cuernos. Su barba, arrancada de raíz en las partes circundantes, caía en largos pendientes, dos de los cuales partían de debajo de los labios e igual número colgaban desde su barbilla.

Kori-Kori, con el propósito de mejorar la obra de la naturaleza e impulsado quizá por el deseo de añadir su toque a la comprometedora expresión de su rostro, había creído apropiado embellecer su cara tatuándole tres anchas listas longitudinales que, como carreteras rectas que

Librodot

desafían todos los obstáculos, cruzaban por su nariz descendiendo por la depresión de los ojos e incluso llegaban hasta la boca. Cada una zurcaba toda su cara; una se extendía desde sus ojos, otra cruzaba cerca de la nariz y la tercera pasaba por sus labios de una oreja a la otra. Su rostro, cubierto de esta forma por aquellos tatuajes, siempre me recordaban esos infelices que a veces observé mirando sentimentalmente hacia afuera desde las rejas de cualquier prisión; mientras que todo el cuerpo de mi salvaje sirviente, cubierto con representaciones de aves y peces, así como de una variedad de las criaturas más deleznables, me sugerían la idea de un museo pictórico de historia natural o un ejemplar ilustrado del *Goldsmith's* Animal Nature.

Pero realmente me parece insensible de mi parte hablar así del pobre nativo, cuando quizá le deba a sus más incesantes atenciones la propia existencia que hoy disfruto.

Kori-Kori, no es mi intención heriros en lo que digo respecto a vuestros ornamentos exteriores; pero resultaron un tanto curiosos a mi vista desacostumbrada y por tanto me dilato en describiros. Pero subestimar u olvidar vuestros fieles servicios es algo de lo que nunca me culparán, incluso en los momentos más frívolos de mi existencia.

El padre de mi cercano seguidor era un nativo de gigantescas proporciones que había poseído en alguna ocasión una fuerza física prodigiosa; pero la elevada figura ahora cedía al paso del tiempo, aunque parece que los estragos de las enfermedades nunca dañaron al guerrero. Marheyo -ese era su nombre- parecía haberse retirado de toda participación activa en los asuntos del valle, nunca o casi nunca acompañaba a los nativos en sus distintas expediciones y empleaba la mayor parte de su tiempo en levantar un pequeño cobertizo frente a su casa, a lo cual había dedicado unos cuatro meses, sin grandes adelantos. Supongo que el anciano ya chocheaba, pues manifestó de distintas maneras las características que denotan esta etapa particular de la vejez.

Recuerdo en particular que tenía un buen par de aretes, fabricados de los dientes de algún monstruo marino, los cuales se quitaba y ponía unas cincuenta veces al día, entrando y saliendo de su pequeña choza en cada ocasión con toda la paciencia imaginable.

Algunas veces después de introducirlos en los orificios de las orejas, tomaba su lanza -que en peso y longitud se parecía a una vara de pescar- y se escondía entre los arbustos vecinos, como al acecho del encuentro enemigo de algún guerrero caníbal. Pero de inmediato volvía a regresar y ocultaba su arma bajo los grandes aleros de la casa y envolviendo cuidadosamente sus bastas joyas en un trozo de tela, continuaría sus actos más pacíficos tan tranquilamente como si no los hubiera interrumpido.

Sin embargo, a pesar de sus excentricidades, Marheyo era un viejo muy paternal y afectuoso y en este respecto se parecía mucho a su hijo Kori-Kori. La madre de este último era la señora de la familia, una destacada ama de casa y una mujer muy trabajadora. Si bien no conocía el arte de hacer jaleas, confituras, flanes, pasteles y otras golosinas conocidas, dominaba perfectamente los misterios de la preparación del amar, el poi-poi y el *kouku* entre otros platos. Era una verdadera mujer trabajadora; iba y venía por la casa como una gran señora ante una visita inesperada; siempre repartiendo tareas a las muchachas, que las perezosas a menudo dejaban de hacer, recostándose en cualquier rincón y revolviendo bultos de *tapa* vieja o dejando caer con estrépito las vasijas. A veces la veía en cuclillas frente a un gran pilón de madera triturando el poi-poi con terrible vehemencia, golpeando con el mazo de piedra como si quisiera romper el mortero en añicos, otras veces, corriendo por el valle en busca de cierto tipo de hoja, usada en algunas de sus recónditas recetas y regresando, sudorosa y agotada, con un bulto de ellas insostenible por cualquier otra mujer común.

A decir verdad, la madre de Kori-Kori era la única persona laboriosa en todo el valle de Typee y no podía ser más activa aun cuando hubiera quedado viuda y desvalida, con una recua

desordenada de hijos pequeños, en la parte más pobre del mundo civilizado. No existía necesidad alguna para el exceso de trabajo realizado por la anciana, pero ella parecía afanarse por un impulso irresistible; sus piernas y brazos se movían de un lado a otro como si dentro de su cuerpo hubiera escondido un motor infatigable que la mantenía en continuo movimiento.

No supongan que por todo esto se comportaba como una fiera o una arpía; tenía el mejor corazón del mundo y me trataba en particular de una manera muy maternal, en ocasiones ponía en mi mano pequeños bocados de alimento selecto, algún exótico plato salvaje de dulce o repostería como una madre mimosa alimentando a un animalito enfermo con frutos agridulces. ¡Con cuánto ardor recuerdo a la buena, querida y afectuosa Tinor!

Además de las personas que he mencionado, en el núcleo y mostrando hacia delante los delicados pétalos que, cerrados, formaban una perfecta esfera parecida a la más pura perla. También llevaba guirnaldas, semejantes a su disposición a las rojas coronas usadas por una princesa inglesa y compuestos por hojas y flores entretejidas, que con frecuencia tapaban sus sientes; a menudo se le veía llevar brazaletes y tobilleras del mismo material. Realmente a las muchachas de la isla les apasionaban las flores y nunca se cansaban de adornar sus cuerpos con ellas; adorable rasgo de su carácter que detallaremos más adelante.

Sin embargo, a mis ojos al menos, Feyawey era indiscutiblemente la mujer más adorable que había en Typee; no obstante mi descripción de su persona en alguna medida servirá para tener una idea de todas las muchachas jóvenes del valle. Luego juzgue usted, amigo lector, la belleza de tales criaturas.

CAPITULO DOCE

Laboriosidad de Korí-Korí - su dedicación - Su dedicación - Un baño en el arroyo - Deseos de refinamiento de las doncellas taipis - Paseo con Mehevi - Una carretera taipi - Los árboles prohibidos - La tierra del Hula-Hula - El tai - Salvajes lacerados por el tiempo - Hospitalidad de Mehevi - Meditación nocturna - Aventuras en la oscuridad - Distinguidos honores a los huéspedes - Extraña procesión y regreso a la casa de Marheyo.

Después que Mehevi salió de la casa, como relaté en el capítulo anterior, Kori-Kori comenzó a realizarlas funciones del puesto que le fuera asignado. Nos brindó distintas clases de comida; y, cual si yo fuera un niño, insistió en alimentarme de su propia mano. Por supuesto que me negué amablemente a seguir este procedimiento, pero todo fue en vano; y depositando un pote de *kouku* ante mí, se lavó las manos en una vasija con agua e introduciendo sus manos en el plato, hizo unas bolas pequeñas con la comida y las puso en mi boca una tras otra. Todas mis protestas contra esta medida sólo provocaron gran algarabía de su parte, la cual me vi obligado a aceptar; y facilitada de esta manera la alimentación, pronto dispuse de la comida. En cuanto a Toby, lo dejaron comer a su modo y usanza.

Luego de la comida, mi asistente dispuso las esteras para dormir y ordenándome acostarme, me cubrió con un gran lienzo de tapa, me lanzó una mirada de aprobación y dijo:

-*Kai-kai,* nai *no,* ¡ah! moi moi mortarki (Comió mucho, ¡ah! dormirá muy bien.)

No quise discutir la filosofía de esta sentencia, pues por las varías noches insomnes pasadas y la disminución del dolor de la pierna, me sentí inclinado a aprovechar la oportunidad que me daban.

Librodot

A la mañana siguiente, al despertar, encontré a Kori-Kori acostado a mi lado, mientras mi compañero yacía al otro lado. Me sentí sensiblemente repuesto después de una noche de sólido reposo y de inmediato accedí a la propuesta de mi ayuda de cámara de que debía asearme, aunque temeroso de realizar ese ejercicio. Sin embargo pronto me vi aliviado de ese temor; pues Kori-Kori, saltando del pai-pa¡ y apoyando su espalda en él, como un hombre dispuesto a cargar un pesado fardo, con vociferaciones y gestos excesivos me dio a entender que me subiera a su grupa que así me llevaría hasta el arroyo que corría a unas doscientas yardas de la casa.

Nuestra aparición en la veranda al frente de la habitación reunió a una *muchedumbre que se quedó observando y* conversando entre sí del modo más animado. Hacían recordar a un grupo *de* holgazanes reunidos a la puerta de cualquier posada de pueblo de campo cuando se saca el equipaje de algún huésped distinguido antes de su partida. Tan pronto como uní las manos sobre el cuello de mi dedicado acompañante y él salió dando saltillos conmigo encima, la muchedumbre -compuesta principalmente de jóvenes de ambos sexos- nos siguió gritando y saltando con infinito regocijo y nos acompañó hasta la ribera del río.

Cuando llegamos, Kori-Kori se introdujo en el agua hasta la cintura, me cargó en brazos y me depositó en una lisa roca negra que sobresalía unas pulgadas sobre la superficie del agua. El anfibio gentío que nos seguía se lanzó al agua tras nosotros y subiéndose encima de unas rocas cubiertas de hierba en donde rompía reiteradamente la corriente, esperó con curiosidad el espectáculo de nuestras abluciones matutinas.

Un poco embarazado por la presencia de muchachas entre la multitud y sintiendo el rubor en mis mejillas por la penosa timidez, hice un cuenco primitivo uniendo ambas manos y me refresqué la cara con el agua; luego, me quité la camisa e inclinándome me lavé de la cabeza a la cintura en el arroyo. Tan pronto como Kori-Kori comprendió por mis movimientos que ese sería todo mi aseo, se mostró completamente perplejo y acercándose apresurado vertió un torrente de palabras en franca desaprobación por mi austeridad, instándome con señales inconfundibles a sumergirme por completo. Tuve que acceder a sus indicaciones; y mi honesto acompañante, mirándome como a un niño obstinado e inexperto a quien debía servir aun a expensas de ofenderlo, me levantó de la roca y suavemente me aseó las piernas. Terminada su tarea y devolviéndome a mi asiento, no pude evitar admirar el paisaje que tenía a mi alrededor.

Desde las verdes superficies de las grandes rocas que habían esparcidas por el lugar, los nativos ahora se dejaban caer al agua lanzándose en clavado y nadando por debajo de la superficie en todas direcciones; las muchachas saltaban dentro del agua dejando ver su desnudez con sus largas trenzas danzando sobre los hombros, sus ojos brillando como gotitas de rocío a los rayos del sol y su alegre risa brotando ante cualquier gracioso incidente.

La tarde del día en que tomé mi primer baño en el valle, recibimos otra visita de Mehevi. El noble salvaje parecía tener el mismo ánimo agradable y modales tan cordiales como antes. Después de quedarse una hora aproximadamente, se levantó de la estera y dirigiéndose a la puerta, invitó a Toby y a mí a acompañarlo. Le mostré mi pierna, pero Mehevi señalando a Kori-Kori eliminó mi objeción; por consiguiente, montado de nuevo a los hombros del fiel ayuda -como el anciano sobre Simbad en el mar-, seguí al jefe.

El aspecto de la ruta que seguíamos me sorprendió más que cualquier otra cosa vista antes por mí, pues me ilustraba la indolencia de los isleños. El camino era evidentemente el más recorrido del valle, varios más convergían a él desde ambos flancos y quizá por varias generaciones había sido la calzada principal del lugar. Sin embargo, cuando me familiaricé más con sus obstáculos, pareció tan difícil de recorrer como la selva. Parte de la avenida bordéaba una abrupta elevación de tierra; su superficie estaba quebrada por frecuentes irregularidades y estaba

llena de grandes piedras sobresalientes, parcialmente tapadas por la caída del follaje de la abundante vegetación. La carretera continuó sinuosa, algunas veces pasando directamente sobre estos obstáculos, otras evadiéndolos; en un momento subimos una repentina prominencia gastada por las pisadas, en otro descendimos en otro lado por una inclinada cañada y cruzamos el pedregoso lecho de un riachuelo. Aquí pasa*mos por las* profundidades *de* un claro *del bosque, ocasionalmente* obligándonos a inclinarnos debajo de grandes ramas horizontales; luego subimos sobre inmensos troncos y palos que se pudrían atravesados en el camino.

Así era la gran carretera de Typee. Después de avanzar cierto tramo Kori-Kori jadeaba y resoplaba por **el** peso de su carga; bajé de su espalda y asiéndome de la larga lanza de Mehevi, apoyé mis pasos por sobre los numerosos obstáculos de la calzada prefiriendo este modo de avance al que, debido a lo difícil del camino, era igualmente penoso para mí como para mi agotado sirviente.

Nuestro viaje terminó pronto, pues luego de escalar una repentina elevación, llegamos abruptamente a nuestro lugar de destino. Quisiera que fuera posible describir con palabras este lugar según lo recuerdo.

Ahí estaban los árboles prohibidos del valle, escenario de muchas fiestas religiosas, de muchos ritos salvajes. Bajo las oscuras sombras de los consagrados árboles del pan reinaba una penumbra solemne, una penumbra eclesiástica. El temible genio de la adoración pagana parecía rondar en silencio el lugar, esparciendo su hechizo sobre todos los objetos que encontrara. Aquí y allá, en las profundidades de estas sombras horribles, semiocultos a la vista por masas de colgante follaje, se alzaban los idolatrados altares de los salvajes, construidos de enormes y pulidos monolitos negros colocados uno sobre otro sin cementar hasta una altura de doce o quince pies y rodeados por un rústico templo abierto, encerrado dentro de una baja valla de cañas y en el cual podía verse, en distintos grados de decadencia, ofrendas de frutas del pan y cocos, así como restos putrefactos de algún sacrificio reciente.

En el centro del bosque estaba el territorio sagrado del "HulaHula", lugar apartado para la celebración del ritual fantástico religioso de este pueblo, compuesto por un gran pai-pai ovalado, culminado a cada extremo por un altar de elevadas terrazas, guardado por filas de horripilantes ídolos de madera y los dos lados restantes flanqueados por hileras de retoños de bambú, cerrándose hacia el interior del cuadrado así formado. Grandes árboles, plantados en el centro de este espacio y proporcionando una amplia sombra sobre él, tenían construidos alrededor de su tronco pequeños estrados, elevados unos pocos pies del piso y con barandas de cañas, formando así muchos púlpitos rústicos desde los cuales los sacerdotes lanzaban sus arengas a los devotos.

Este sacrosanto lugar era defendido de la profanación por los edictos más rectos del tabú omnipresente, que condenaba a la muerte instantánea a toda mujer sacrílega que entrara o tocara sus sagrados recintos o incluso osara pisar la tierra sacramentada por las sombras del santuario.

El acceso al lugar era a través de una entrada arcada, por un lado daba a una serie de cocoteros altísimos, sembrados a intervalos a lo largo de una planicie de unas cien yardas. En el otro extremo de este espacio se veía una edificación de dimensiones considerables reservada como albergue de los sacerdotes y sirvientes religiosos de los árboles.

Cerca había otro edificio impresionante, construido igualmente sobre un pai-paí, y como mínimo de doscientos pies de largo, aunque no más de veinte de ancho. El frontispicio de esta estructura era totalmente abierto y de un lado a otro corría una estrecha veranda, enrejada al borde del pai-pai con una verja de cañas. Su interior presentaba la apariencia de un inmenso salón, con el piso cubierto con distintas capas de esteras, dispuestas entre troncos paralelos de cocoteros seleccionados por ser los más rectos del valle.

Hacia este edificio, bautizado en la lengua nativa con el nombre de "Tai", nos conducía ahora Mehevi. Hasta aquí nos había acompañado un destacamento de nativos de ambos sexos, pero tan pronto como nos acercamos las mujeres se apartaron gradualmente del grupo y paradas a ambos lados, nos abrieron paso. Las despiadadas prohibiciones incluían también este edificio y se aplicaba la misma pena espantosa que garantizaba que el terreno Hula-Hula se mantuviera libre de la contaminación imaginaria de la presencia femenina.

Al entrar en la casa me sorprendió ver seis mosquetes recostados en fila contra una pared de bambú, de cuyos cañones pendían pequeñas bolsas de lona parcialmente llenas de pólvora. Dispuestos alrededor de los mosquetes, como los sables que adornan los mamparos que dividen los camarotes de los barcos de guerra, había una gran variedad de bastas lanzas y remos, jabalinas y garrotes.

-Entonces, éste debe ser el arsenal de la tribu -comenté con Toby.

A medida que avanzamos a lo largo del edificio, nos sorprendió el aspecto de cuatro o cinco ancianos repugnantes, sobre cuyas figuras decrépitas el tiempo y el tatuaje parecen haber borrado todo rasgo humano. Debido a la continua operación de este último proceso, que sólo termina entre los guerreros de la isla, después de que todas las figuras esparcidas por sus extremidades en la juventud se unen (efecto, sin embargo, logrado sólo en los casos de extrema longevidad), los cuerpos de estos hombres tenían un color azul uniforme, asumido gradualmente por el tatuaje a medida que envejece el individuo. Su piel tenía un aspecto escamoso horripilante que, unido a su singular coloración, hacía que sus miembros pareciesen piezas polvorientas de jaspe. Sus cames, en algunas partes, cuelgan en grandes pliegues como la paquidermia de los rinocerontes. Sus cabezas eran completamente calvas y sus caras lampiñas portaban miles de arrugas. Pero la peculiaridad más notable de estos viejos era el aspecto de sus pies; los pulgares, parecidos a los radiantes de un compás de navegación, señalaban a cualquier lugar del horizonte. Esto indudablemente era atribuible al hecho de que durante casi un siglo de existencia, estos dedos nunca habían estado sujetos a ningún tipo de confinamiento artificial y con la edad habían rechazado vecindad alguna, por lo que se mantenían todos abiertos.

Estas criaturas de aspecto repulsivo parecían haber perdido el control de sus extremidades inferiores y se mantenían sentados en el suelo con las piernas cruzadas en estado de estupor. No llamamos su atención, parecían inconscientes de nuestra presencia, mientras Mehevi nos sentó en las esteras y Kori-Kori pronunció alguna jerga ininteligible.

En unos segundos un muchacho entró con un cuenco de poi-poi y para comerme su contenido me vi obligado nuevamente a someterme a la oficiosa intervención de mi infatigable sirviente. Le siguieron otros platos; el jefe manifestaba la más inoportuna hospitalidad forzándonos a participar del banquete y para eliminar todo embarazo de nuestra parte, predicó con el mejor de los ejemplos.

Concluida la comida, se encendió una pipa que pasó de boca en boca y cediendo paso a su influencia soporífera, la quietud del lugar y las penetrantes sombras del anochecer, mi compañero y yo entramos en un estado de somnolencia, mientras el jefe y Kori-Kori parecían dormir a nuestro lado. Desperté de una siesta inquieta alrededor de la medianoche, según supuse; y levantándome parcialmente de la estera, me percaté de que nos rodeaba la mayor oscuridad. Toby aún dormía, pero nuestros otros acompañantes habían desaparecido. El único sonido que rompía el silencio del lugar era la asmática respiración de los ancianos que ya mencioné, quienes reposaban a poca distancia de nosotros. Además de ellos, según pude divisar, no había nadie más en la casa.

Temeroso de algún peligro, desperté a mi camarada y nos enfrascamos en una susurrante

conversación acerca de la inesperada retirada de los nativos, cuando de pronto, en las profundidades del bosque, vimos claramente las incipientes llamas de una hoguera y pocos segundos después se iluminaron los árboles que nos rodeaban, acentuando aún más la penumbra que nos absorbía.

Mientras mirábamos esta vista, oscuras figuras parecieron moverse de un lugar a otro frente a las llamas; otras, danzando y saltando, parecían demonios.

Observando este nuevo fenómeno no con poco estremecimiento, me dirigí a mi compañero:

-¿Qué querrá decir todo esto, Toby?

-Oh, nada -respondió-; preparando la hoguera, supongo.

-¡Hoguera! -exclamé, mientras mi corazón empezó a latir con vehemencia-. ¿Qué hoguera?

-Pues la hoguera donde nos cocinarán, sin duda, ¿qué otra cosa podría alborotar tanto a esos caníbales sino eso?

-Ah, Toby, deja a un lado tus bromas; no es momento para ellas. Algo va a suceder, estoy seguro.

-Bromas, ¿no? -advirtió Toby indignado-. ¿Me oíste acaso bromear? ¿Por qué crees que esos diablos nos han alimentado tan bien estos tres últimos días, a no ser por eso de que tanto temes hablar? Toma por ejemplo a ese Kori-Kori... ¿no te ha estado estofando todo este tiempo con sus malditas papillas de la misma manera en que ceban a los cerdos antes de sacrificarlos? Confía en ello, nos comerán esta misma noche y ahí está el fuego en que nos asarán.

Este lado del asunto era algo que no tenía previsto al mitigar mis temores y temblé de pensar que realmente estábamos a merced de una tribu de antropófagos y que la horrible contingencia aludida por Toby estaba perfectamente dentro de las posibilidades.

-¡Ahí están; te lo dije! ¡Ya vienen por nosotros! -exclamó mi compañero a continuación, a medida que las figuras de cuatro isleños mostraban su perfil contra el fondo iluminado sobre el *paipai,* acercándose hacia nosotros.

Vinieron sin hacer ruido, más bien furtivamente y se deslizaron atravesando la penumbra que nos rodeaba como prestos a saltar sobre algún objeto, temerosos de espantarlo antes de apoderarse de él. ¡Santos cielos! Horribles fueron los pensamientos que me invadieron entonces. Un sudor frío me cubrió la frente y horrorizado esperé mi destino.

De pronto el silencio se rompió por los conocidos timbres de la voz de Mehevi; y por su suave tono, mis temores se disiparon de inmediato.

-*jTommo, Toby; kai kai!* (Comer.)

Había esperado hablamos hasta cerciorarse de que estábamos despiertos, ante lo cual se sorprendió un poco.

-*Kai kai,* ¿no?-dijo Toby con brusquedad-. Bueno, cocínennos primero... ¿Pero qué es esto? -añadió, cuando vio que otro salvaje apareció con un gran plato de madera con algún tipo de carme guisada, según parecía por los olores que esparcía y que depositó a los pies de Mehevi.

-¡Un niño guisado, me atrevería a afirmar! Pero no lo voy a tocar, no importa lo que sea... Bien tonto sería en realidad, despierto aquí en medio de la noche hartándome y estofándome sólo para servir de alimento a una pandilla de caníbales tramposos un día de estos... De eso nada. Veo bien lo que se traen. Estoy resuelto a convertirme en un saco de huesos y pellejo; entonces, si quieren, que me coman. Pero bueno, Tommo, tú tampoco vas a comer eso en la oscuridad, ¿no es cierto? ¿Cómo vas a saber qué cosa es?

-Probándolo, amigo -contesté masticando un pedazo que *Kori*-Kori acababa de poner en

mi boca-; y está delicioso, sabe a ternera.

-¡Un niño guisado, por el alma del capitán Cook! -espetó Toby con sorprendente vehemencia-. ¿Ternera? Pero si no hemos visto ni una sola vaca desde que desembarcamos. Te repito que estás deglutiendo los restos de un japar muerto, estoy tan seguro como de que estás vivo, y no me equivoco.

Fue como un vomitivo. Me dio un vuelco el estómago. Ciertamente, ¿de dónde los demonios encarnados habrían sacado la came? Sin embargo, decidí satisfacer mi apetito a toda costa; y dirigiéndome a Mehevi, le di a entender que trajeran una luz. Cuando llegó, miré ansioso el plato y reconocí los restos mutilados de un cerdito.

-¡Puorki! -exclamó Kori-Kori, mirando complacido el plato; y desde aquel día no he olvidado la designación del puerco en la lengua typee.

A la mañana siguiente, después de alimentados abundantemente de nuevo por el hospitalario Mehevi, Toby y yo nos dispusimos a partir. Pero el jefe nos pidió que pospusiéramos nuestros deseos.

Abo-abí (Esperen, esperen.) -dijo, y en consecuencia volvimos a sentamos mientras, asistido por el celoso Kori-Kori, pareció dar instrucciones a una serie de nativos que estaban fuera de la casa y que estaban ocupados en ciertos preparativos cuya naturaleza no comprendí. Pero no nos dejaron en la ignorancia por mucho tiempo, pues luego de unos segundos, cuando el jefe nos instó a acercarnos, nos percatamos de que había estado dirigiendo una clase de guardia de honor que nos escoltaría de vuelta a la casa de Marheyo.

La procesión estaba encabezada por dos salvajes de aspecto venerable, lanza en mano, en cuyo extremo ondeaba un banderín de *tapa* blanca. Tras ellos iban varios jóvenes, portando vasijas de poi-poi; y a continuación cuatro nativos robustos sosteniendo largos palos de bambú de donde colgaban, como mínimo a veinte pies del suelo, grandes cestas de tiernas frutas del pan. Luego lo seguía una tropa de muchachos cargando racimos de bananas maduras y cestos tejidos de hojas de cocoteros, llenas de cocos tiernos pelados que se asomaban por sobre el verde cesto que los portaba. Al final de la caravana iba un fornido isleño, sosteniendo en su cabeza una bandeja de madera con los restos de nuestro festín de la noche anterior, ocultos bajo una capa de hojas de árbol del pan.

Sorprendido por todo este espectáculo, no pude evitar la risa por su aspecto grotesco y las asociaciones que despertaron en mí. Mehevi, al parecer, quería repletar la despensa del viejo Marheyo, temeroso quizá de que sin esta precaución sus huéspedes no se sintieran tan bien como ellos deseaban.

Tan pronto como bajé del pai-pai, la procesión formó de nuevo encerrándonos en su centro, donde permanecí parte del tiempo cargado por Kori-Kori y a veces aliviándolo de su carga cojeando con la ayuda de una lanza. Cuando partimos en ese orden, los nativos iniciaron un canto recitativo que, con distintas modificaciones, continuaron hasta que llegamos a nuestro destino.

Durante el trayecto, grupos de muchachas salían de entre los cocoteros del camino, se unían a nosotros y nos seguían con gritos de regocijo y disfrute, los cuales casi ahogaban las fuertes notas recitativas. Al acercarnos al domicilio del viejo Marheyo, sus ocupantes salieron a recibimos; y mientras disponían de los regalos de Mehevi, el octogenario guerrero brindó los honores de su mansión con la cálida hospitalidad de un lord inglés cuando hospeda a sus amigos en algún castillo patrimonial.

CAPITULO TRECE

Intento de pedir ayuda a Nukujiva - Peligrosa aventura de Toby en las montañas de Japar - Elocuencia de Kori-Kori.

En medio de estas escenas novelescas pasó una semana casi sin damos cuenta. Los nativos, impulsados por algún poder misterioso, redoblaron sus atenciones un día tras otro. Sus modales para con nosotros resultaron inexplicables. Seguramente, pensé yo, no actuarían así si nos desearan mal. Pero, ¿por qué esta profusión de amables deferencias o qué pensarían que seríamos capaces de darles a cambio?

Estábamos totalmente desorientados. Pero a pesar de los temores que no pude disipar, el horrible carácter imputado a estos taipis parecía ser del todo inmerecido.

-¡Pero si son caníbales! --exclamó Toby en una ocasión en que elogié a la tribu.

-Es cierto -respondí-, pero un grupo de epicúreos más humanos, gentiles y amistosos probablemente no exista en todo el Pacífico.

No obstante el tratamiento recibido, conocía bien la veleidosa disposición de los salvajes como para demostrarme ansioso de salir del valle y ponerme al borde de una temible muerte que, a pesar de todas estas alegres apariencias, podía seguir amenazándonos. Pero a mi intención se interponía un obstáculo. Era inútil pensar en salir de aquel lugar hasta haberme recuperado de la fuerte invalidez que me aquejaba; realmente mi pierna empezó a alarmarme, pues a pesar de las hierbas medicinales de los nativos, seguía de mal en peor. Sus leves aplicaciones, aunque mitigaban el dolor, no eliminaban el trastorno y me convencí de que sin un tratamiento mejor mis sufrimientos serían agudos y crónicos.

¿Pero cómo procurarme mejor tratamiento? Podía obtenerlo fácilmente de los médicos de la flota francesa que probablemente aún estaría fondeada en la bahía de Nukujiva, si pudiera llegar a ellos. ¿Pero cómo hacerlo?

Al final, por la emergencia del caso, le propuse a Toby que tratase de llegar a Nukujiva; y si no podía regresar al valle por agua en uno de los botes de la escuadra para sacarme de allí, que al menos me trajera algún medicamento apropiado y regresara por tierra.

Mi compañero me escuchó en silencio y al principio pareció desagradarle la idea. Lo cierto es que estaba impaciente por huir del valle y deseaba aprovechar la presente actitud de los nativos hacia nosotros para poder escapar antes de que experimentásemos un cambio repentino en su conducta. Como no concebía abandonarme en mi invalidez, me imploró que me animara; me aseguró que pronto mejoraría y que en unos días regresaríamos a Nukujiva.

Además, Toby no resistía la idea de tener que regresar a este peligroso sitio; y en cuanto a la esperanza de persuadir a los franceses a dedicar la tripulación de un bote con el propósito de rescatarme de los taipis, la consideró algo inútil; y con argumentos que no pude refutar, explicó las pocas posibilidades que existían de que ellos provocasen las hostilidades del clan por dicha medida; especialmente, por el hecho de que con vistas a aliviar sus temores, se habían limitado a no visitar esta bahía.

-Incluso si aceptaran -dijo Toby-, provocarían tal conmoción en el valle que los feroces salvajes nos sacrificarían a los dos.

Este hecho era incontestable; sin embargo, me aferré a la idea de que podría lograr la otra parte de mi plan; al fin vencí sus escrúpulos y acordó hacer el intento.

Tan pronto como logramos que los nativos entendieran nuestra intención, se opusieron rotundamente y por un momento casi me desesperé por obtener su consentimiento. Manifestaron

Librodot

la mayor preocupación a la más mínima idea de que uno de nosotros los abandonara. El pesar y la consternación de Kori-Kori en particular fueron infinitos; se sumió en un total paroxismo de gestos dirigidos a comunicarnos no sólo su desprecio por Nukujiva y sus incivilizados habitantes, sino también su asombro de que después de haber conocido a los instruidos taipis, mostráramos el menor deseo de retirarnos, incluso por un tiempo, de esta agradable sociedad.

Sin embargo, hice caso omiso de sus objeciones apelando a mi invalidez, de la cual aseguré a los nativos me recuperaría con rapidez si permitían a Toby ir a buscar los medicamentos que necesitaba.

Se acordó que a la mañana siguiente mi compañero partiría acompañado por uno o dos componentes del núcleo familiar, quienes le indicarían un camino fácil para llegar a la bahía antes de ponerse el sol.

Al despuntar el día siguiente, nuestra habitación bullía en movimiento. Uno de los jóvenes subió a un cocotero cercano y lanzó algunos cocos tiernos que el viejo Marheyo despojó con rapidez de su verde cáscara y amarró a un palo corto. Con ellos Toby aplacaría la sed durante su travesía.

Los preparativos terminaron y emocionado despedí a mi compañero. Me prometió regresar en tres días a lo sumo; e instándome a mantenerme animado durante la espera, dobló por una esquina del pai-pai y pronto se perdió de vista guiado por el viejo Marheyo. Su partida me oprimió el corazón y luego de volver a la vivienda, me tiré desesperado sobre las esteras del piso.

Después de dos horas el viejo regresó y me dio a entender que luego de acompañar a Toby un rato y mostrarle el camino, lo dejó a su suerte.

Ya eran las doce del día, hora en que los nativos suelen dormir; yo estaba rodeado por los cuerpos dormidos y me afectó el extraño silencio reinante. De pronto pensé que había escuchado un grito lejano, como procedente de las profundidades del bosque de cocoteros que se extendía frente a la casa.

Los sonidos se oyeron más altos y cercanos y gradualmente todo el valle rugió por los gritos de los salvajes. Los nativos dormidos a mi alrededor empezaron a levantarse alarmados y corrieron a enterarse de la causa de la conmoción. Kori-Kori, que había sido el primero en levantarse, pronto regresó sin aliento y frenético de excitación. Todo lo que pude entender de sus palabras fue que Toby había sufrido un accidente. Temeroso de alguna horrible calamidad, salí corriendo de la casa y vi a un tumulto de gente que, con sus llantos y lamentaciones, salían del bosque portando en las manos un objeto, causa de todo este pesar. A medida que se acercaron, los hombres redoblaron sus gritos, mientras que las muchachas moviendo sus brazos en alto, exclamaban lastimeramente:

-¡Ruja, auja! ¡Toby mocki moi! (¡Ay, ay! ¡Han matado a Toby!)

Al siguiente momento la multitud abrió paso y mostró el cuerpo aparentemente sin vida de mi compañero, cargado en brazos por dos hombres, la cabeza colgaba inerte contra el pecho del primero. Tenía la cara, el cuello y el pecho cubiertos de sangre, que aún brotaba lentamente de una herida detrás de la sien. En medio de la mayor algarabía y confusión, el cuerpo fue transportado a la casa y depositado sobre una estera. Señalándoles a los nativos que se apartaran y dejaran circular el aire, me incliné ansiosamente sobre Toby y, poniéndole la mano en el pecho, me aseguré de que su corazón aún latía. Lleno de alegría, tomé una vasija de agua y le lancé el contenido a la cara, enjugué la sangre y examiné ansioso la herida. Tenía unas tres pulgadas de largo y después de apartar de ella los cabellos ensangrentados, pude ver claramente el cráneo. De inmediato corté con mi cuchillo los mechones coagulados y lavé toda esa parte de la cabeza varias veces con agua.

Librodot

En pocos segundos Toby revivió, abrió los ojos un instante y los cerró sin pronunciar palabra. Kori-Kori, que había permanecido arrodillado a mi lado, ahora frotaba sus piernas suavemente con las palmas de las manos, mientras una muchacha situada a su cabeza se mantenía abanicándolo y yo seguía humedeciéndole la frente y los labios. Pronto mi pobre camarada mostró señales de reanimación y logré que bebiera unos sorbos de agua.

En la puerta apareció la vieja Tinor sosteniendo en sus manos algunas plantas que había recogido y me indicó por señas que exprimiera su jugo en la herida. Después de hacerlo, pensé que sería mejor dejarlo tranquilo hasta darle tiempo a que recuperara sus facultades. Varias veces abrió los labios, pero temeroso de su condición, permanecí en silencio. En menos de dos o tres horas, sin embargo, ya estaba sentado y recuperado lo suficiente para contarme lo ocurrido.

"Después de salir de casa de Marheyo -explicó-, atravesamos el valle y ascendimos las montañas. Mi guía me informó que detrás de ellas quedaba el valle de Japar, mientras que mi ruta a Nukujiva seguía la cordillera hasta el otro extremo de ese valle. Luego de subir un tramo de la elevación, mi guía se detuvo y me dio a entender que no podía acompañarme más y por señas me explicó que temía acercarse al territorio de los enemigos de su tribu. No obstante, me indicó el camino que debía seguir, que ahora se veía con claridad y despidiéndose descendió apresuradamente la montaña".

"Lleno de regocijo por estar tan cerca de los japares, aceleré el ascenso y pronto estuve en la cima. Terminaba en una aguda punta, desde la cual pude divisar los dos valles enemigos. En este lugar me senté y descansé por un momento, aliviando la sed con los cocos. Pronto continué mi camino a lo largo de la montaña, cuando de repente vi a tres isleños que acababan de partir del valle japar, parados en el camino frente a mí. Estaban armados con pesadas lanzas y uno de ellos tenía aspecto de jefe. Me gritaron algo que no entendí y me instaron a acercarme".

"Sin vacilar en lo más mínimo avancé hacia ellos, y ya me encontraba a unas yardas del primero cuando, señalando irritado el valle de Typee y pronunciando alguna exclamación salvaje, hizo girar en remolino su arma como una centella y en un instante me golpeó y caí al suelo. El golpe me infligió esta herida y perdí el sentido. Tan pronto como lo recuperé vi a los isleños algo alejados y al parecer enfrascados en una violenta discusión relacionada conmigo".

"Mi primer impulso fue huir; pero al tratar de levantarme caí de espaldas y rodé por un precipicio cubierto de hierbas. El hecho pareció hacerme recuperar mis facultades, pues pude incorporarme y me lancé por el camino que acababa de ascender. No tuve necesidad de mirar atrás pues, a juzgar por los gritos que escuché, sabía que mis enemigos me seguían de cerca. Impulsado por los temibles gritos e insensible de la herida recibida (aunque la sangre que brotaba de ella me cubría los ojos casi cegándome), corrí por la ladera de la montaña a la velocidad del viento. En poco tiempo había bajado casi un tercio de la distancia y los salvajes habían dejado de gritar, cuando de pronto un terrible aullido sonó en mis oídos y en ese mismo momento una pesada jabalina pasó por mi lado mientras iba a clavarse temblorosa en un árbol cercano. Le siguió otro grito y una segunda lanza y una tercera atravesaron el aire y ambas penetraron oblicuas en la tierra a unos pies frente a mí. Los individuos lanzaron un grito de rabia y decepción; pero temieron, según supongo, introducirse más en el valle taipi y abandonaron la persecución. Los vi recuperar sus armas y regresar; yo continué mi descenso lo más rápido que pude".

"No pude imaginarme qué había causado este feroz ataque de parte de los japar, a no ser que me vieran subir con Marheyo y que el mero hecho de venir del valle de Taipi fuera suficiente para provocarlos."

"Mientras estuve en peligro casi me olvidé de la herida que había recibido; pero cuando

terminó la caza empezó a dolerme. Había perdido el sombrero en la huida y el sol me ardía en la cabeza desnuda. Sentí náuseas y mareos; pero por miedo a desmayarme antes de recibir ayuda, me sostuve en pie lo mejor que pude y al fin pisé el valle; entonces me desplomé y no supe más hasta que me encontré acostado aquí en estas esteras y tú inclinado sobre mí con la vasija de agua en la mano."

Este fue el relato de Toby acerca de su triste experiencia. Después supe que, por suerte, había caído cerca de un lugar que los nativos frecuentan en busca de leña. Una partida lo vio caer y papilla... Ah, mucho de todo... dando la alarma, lo alzaron; luego de intentar infructuosamente revivirlo en el arroyuelo, lo trajeron corriendo a la casa

Este incidente nubló nuestro futuro. Nos recordó que estábamos rodeados de tribus enemigas, cuyos territorios no podríamos violar para ir a Nukujiva sin enfrentar los efectos de su salvaje resentimiento. Parecía no existir una vía de escape abierta salvo el mar, el cual bañaba las partes más bajas del valle

Nuestros amigos taipis se aprovecharon del reciente desastre produjeron una jaqueca que me ocurrido a Toby para exhortarnos a apreciar debidamente las bondades que disfrutábamos entre ellos, comparando el generoso recibimiento que nos dieron con la animosidad de sus vecinos. Igualmente insistieron en las inclinaciones caníbales de los japares, tema que sabían perfectamente que nos alarmaba; mientras que a la vez rechazaban honestamente cualquier participación en costumbre tan horrible. No dejaron de exhortarnos a admirar la belleza natural de su valle y la prodigiosa abundancia de frutas exóticas que este proporcionaba; sobresaliendo en este aspecto entre todos los valles de los alrededores.

Kori-Kori parecía sentir un deseo tan sincero de metemos en el cerebro los puntos de vista apropiados a este respecto que, asistido en sus intentos con el poco conocimiento del idioma que habíamos adquirido, nos hizo comprender realmente gran parte de lo que había dicho. Con vistas a facilitar nuestro correcto entendimiento de lo que quería decir, al principio resumió sus ideas a la mínima expresión:

-*jJapar kikino noi* -exclamó-, *noi noi, kai kai kannaka! ¡Ah, oule mortarkí!* (Todo lo cual significa: ¡Esos japares son terribles! ¡Devoran a gran cantidad de hombres! ¡Ah, son espantosamente malos!

De esa forma explicó mediante una serie de gestos, durante los cuales salía de la casa señalando con desprecio al valle japar; regresaba corriendo de nuevo con una rapidez que mostraba su temor a perder parte del significado antes de empezar otra idea; y continuaba sus ilustraciones sosteniendo las partes carnosas de mi brazo entre sus dientes, indicando con ese hecho que la gente que vivía en esa dirección sólo me trataría de esa manera.

Cerciorado de que entendimos plenamente este aspecto, prosiguió con otro.

-¡Ah, *Taipí mortarkí!* No¡ no¡ maiori... no¡ no¡ uai... no¡ no¡ poi-poi... ¡Ah, no¡ no¡ kaiki... ¡Ah, no¡, no¡, no¡! (Todo lo cual literalmente interpretado significaría: "¡Ah, Taipi, Este sí es un buen lugar. Les garantizo que no hay peligro de quedarse sin alimentos... hay muchas frutas del pan... mucha agua... mucha papilla... (Ah, mucho de todo... ¡Ah, mucho, mucho, mucho!) Sus palabras estaban acompañadas de un tropel de comentarios en símbolos y gestos necesariamente comprensibles.

Sin embargo, al continuar su arenga, Kori-Kori, en franca emulación con nuestros más cultos oradores, empezó a hablar difusamente de otros asuntos relacionados, haciendo hincapié quizás en las reflexiones morales que sugería el tema; y continuó esta retahila de palabras ininteligibles e imponentes que en realidad me produjeron una jaqueca que me duró todo el día.

CAPÍTULO CATORCE

Gran acontecimiento en el valle - El telégrafo de la isla - Algo sucede a Toby - Feyawey muestra compasión - Reflexiones melancólicas - Misteriosa conducta de los isleños - Devoción de Kori-Kori - Una cama natural - Un lujo - Kori-Kori enciende fuego a la manera taipi.

En pocos días Toby *se* había recuperado de los efectos *de su* aventura con los guerreros japares; la herida de su cabeza sanó con rapidez con el tratamiento vegetal de la buena Tinor. Yo, menos afortunado que mi compañero, aún languidecía de dolor, cuyo origen y naturaleza seguían siendo un misterio. Como estaba totalmente desvinculado del mundo civilizado y sentía la ineficacia de todo lo que los nativos pudieran hacer por mí; y sabiendo también que mientras permaneciese enfermo, me sería imposible abandonar el valle, independientemente de las oportunidades que se pudieran presentar y temeroso de que podríamos ser objetos de algún capricho de parte de los isleños, abandoné toda esperanza de recuperación y fui presa de los pensamientos más tenebrosos. Sobre mí cayó la más profunda decepción, que ni siquiera las amistosas demostraciones de mi compañero, las devotas atenciones de Kori-Kori y todas las influencias apaciguadoras de Feyawey pudieron hacer desaparecer.

Una mañana que yo permanecía aún en las esteras sumido en melancólicos pensamientos sin ver quién me rodeaba, Toby, que se había levantado una hora antes, volvió con mucha prisa y con gran júbilo **me** dijo que me alegrase y animara porque creía, de acuerdo con lo que había oído entre los nativos, que unos botes se acercaban a la bahía.

Esto operó en mí un mágico efecto. La hora de nuestra liberación parecía haber llegado y al levantarme me convencí de que ocurría algo inusitado. La exclamación *"¡Boti!"* se repetía en todas direcciones; a lo lejos se oían gritos, al principio débiles, pero luego crecían acercándose hasta ser comprendidos por un individuo que subido en lo alto de un cocotero cercano, los transmitía a otro palmar y de allí se repitió a otro hasta que la noticia llegó a lo más recóndito del valle. Este era el telégrafo oral de los isleños; por medio del cual la información abreviada podía llegar en cuestión de minutos desde el mar a los sitios más remotos hasta una distancia de ocho o nueve millas. En esta ocasión el correo funcionó activamente y una información era seguida por otra con inconcebible velocidad.

Ahora pareció prevalecer la mayor conmoción. A cada noticia, que los indígenas seguían con gran interés redoblando sus esfuerzos para recoger frutas con vistas a venderlas a los esperados visitantes. Unos quitaban la cáscara a los cocos; otros, subidos a los árboles, arrojaban frutas a sus compañeros, que las entongaban al caer y otros tejían con rápidos movimientos de dedos los cestos para transportar las frutas.

Sucedían otras cosas al mismo tiempo. Por un lado se veía a un fornido guerrero lustrando su lanza con un pedazo de tapa o ajustándose el taparrabos a la cintura; por otro se divisaba una muchacha adornándose con flores como si tuviera en perspectiva alguna conquista; mientras que, al igual que en todos los casos de prisa y confusión en cualquier parte del mundo, unos cuantos individuos corrían de un lugar a otro con sorprendente vigor y perseverancia sin hacer nada y obstaculizando a los demás.

Nunca habíamos visto a los isleños en tal estado de excitación y ajetreo; y la escena evidenció que aquello ocurría solamente en raras ocasiones.

Cuando pensé todo el tiempo que debía esperar antes de que se presentase una

oportunidad similar para escapar lamenté amargamente no poder aprovecharla.

Por la impresión que pude obtener, parecía que los nativos armaron tal alboroto por temor a llegar demasiado tarde a la playa. Enfermo y débil como estaba, me hubiera marchado **de** inmediato con Toby, pero Kori-Kori no sólo se negó a transportarme, sino que manifestó el más incontenible rechazo a que nos alejáramos de la casa. El resto de los salvajes también se opusieron a nuestros deseos y parecieron entristecidos y asombrados ante la honestidad de nuestra petición. Percibí con toda claridad que mientras mi sirviente no parecía limitarme los movimientos, estaba determinado a impedir mi marcha. Me pareció en esta ocasión particular, así como muy a menudo después, que cumplía las órdenes de alguna otra persona, aunque al mismo tiempo, me tenía un vivo afecto.

Toby, que había decidido acompañar a los isleños, si era posible, en cuanto estuvieran dispuestos a partir, y que por ese motivo refrenaba su ansiedad, ahora me hizo ver que era inútil albergar mi esperanza de llegar a la playa a tiempo para aprovechar cualquier oportunidad que se presentase.

-¿No te das cuenta -me dijo- que los propios salvajes temen llegar tarde y que si demostramos demasiada intranquilidad vamos a estropear las posibilidades que tenemos de beneficiarnos de este afortunado evento? Si aparentas estar tranquilo y despreocupado, no levantarás sus sospechas y entonces seguro me dejarán ir con ellos a la playa pensando que sólo voy por curiosidad. Si logro llegar a los botes, les contaré en las condiciones en que te dejé y se pueden tomar medidas para garantizar nuestra fuga.

No quise oponerme a esta posibilidad y como los nativos ya habían terminado sus preparativos, observé con el mayor interés cómo era recibida la intención de Toby. En cuanto entendieron a mi compañero que yo **me** quedaría, no pusieron objeción e incluso la aceptaron con gusto. Su singular conducta en esta ocasión no dejó de extrañarme y cubrió los sucesos siguientes con un misterio adicional.

Los isleños corrieron ahora por el sendero que conduce a la costa. Estreché calurosamente la mano de Toby, **le** di mi sombrero de paja para que se cubriera la herida, ya que él había perdido el suyo. Respondió cordialmente al estrechón de manos y me prometió solemnemente regresar tan pronto como los botes abandonaran la costa; se alejó de mi lado y en un instante desapareció entre los cocoteros.

A pesar de las desagradables reflexiones que embargaron mi mente, me entretuve con la animada vista que tenía ante mis ojos. Uno tras otro, los nativos marcharon por el estrecho sendero cargados de todo tipo de frutas. Allá se veía uno que, después de vanos intentos por persuadir a un arisco cerdo para que cediera a la presión de las cuerdas, al final tuvo que cargar en brazos al perverso animal que luchaba contra el desnudo pecho y chillaba sin parar. Acá iban dos, que a poca distancia se confundirían con los espías hebreos que llevaron a Moisés los enormes racimos de uvas[25] Corrían los dos, separados por un palo a una distancia de *un par de yardas y de) cual colgaba un gran racimo de plátanos* que oscilaba de un lado a otro por los rítmicos saltos que daban. Aquí iba otro, sudando de tanto correr y cargar una serie de cocos y quien, temeroso de retrasarse, no se preocupaba por recoger los que caían de su cesto pareciendo pensar sólo en llegar a su destino sin importarle cuántos cocos llegarían con él.

En poco tiempo el último rezagado desaparecería por el sendero y los débiles gritos de los demás se oyeron cada vez más lejanos. Esta parte del valle quedó casi desierta, Kori-Kori, su

[25] Véase *Números XIII, 17-25*, en que Moisés envía a sus espías a la tierra de Canáan. "Y llegaron al arroyo de Escol, cortaron allí una rama que tenía un racimo de uvas, y entre dos se lo llevaron colgado de un palo

anciano padre y otros viejos decrépitos fueron los únicos que quedaron.

Hacia el anochecer, los isleños empezaron a regresar de la playa en pequeños grupos y, al acercarse a la casa, busqué a mi compañero entre ellos. Pasaron uno tras otro por la casa y él no estaba. Suponiendo que aparecería de un momento a otro con algún miembro de la familia, acallé mis temores y esperé pacientemente verlo llegar en compañía de la bella Feyawey. Al fin vi acercarse a Tinor, seguida por las muchachas y dos jóvenes que por lo general residían en casa de Marheyo; pero mi compañero no venía con ellos y muy alarmado traté de descubrir la causa de su demora.

Mis angustiosas preguntas parecieron embarazar a los nativos. Sus informes eran contradictorios; uno me daba a entender que Toby estaría en seguida con nosotros; otro, que no sabía dónde estaba; mientras un tercero, muy enfadado, me aseguró que se había marchado y no volvería a verle jamás. Entonces creí que con aquellas aseveraciones intentaban ocultarme alguna desgracia insoportable.

Temiendo que le hubiera ocurrido alguna calamidad, busqué a la joven Feyawey para sacarle la verdad.

Esta dulce muchacha desde el principio me había atraído, no sólo por su extraordinaria belleza, sino también por su atractivo rostro singularmente dotado de inteligencia y humildad. De todos los nativos, sólo ella parecía apreciar el efecto que producían en nosotros las circunstancias en que estábamos mi amigo y yo. Al dirigirse a mí, especialmente cuando yo estaba recostado en las esteras angustiado de dolor, había una ternura en sus gestos imposible de obviar y resistir. Siempre que entraba a la casa, la expresión de su rostro indicaba la mayor simpatía por mí; y dirigiéndose al lugar donde yo estaba, con una mano levantada en señal de tristeza, y sus grandes ojos fijos en los míos, murmuraba: "¡Auja, auja, Tommo! y se sentaba apesadumbrada a mi lado.

Su expresión me convenció de que me compadecía profundamente por estar lejos de mi patria y mis amigos y fuera de todo contacto con ellos. Ciertamente, en ocasiones llegué a reconocer que por su mente pasaban dulces pensamientos insospechados en una persona de su condición; parecía saber que existen fuertes ligaduras que nos sujetan a nuestros hogares; que hay hermanos y hermanas ansiosos por vemos regresar, quienes quizá no volverían a vernos jamás.

I Con esta compasiva luz aparecía Feyawey a mis ojos; y depositando toda mi confianza en su candor e inteligencia, recurrí a ella alarmado para saber de mi compañero.

Mis preguntas evidentemente la afligieron. Miró a su alrededor, a uno y otro de los nativos presentes, como si no supiera qué responder. Al fin, cediendo a mi insistencia, venció sus escrúpulos y me dio a entender que Toby se había marchado en los botes que habían visitado la bahía, pero prometió volver al término de tres días. Al principio lo acusé de haberme abandonado pérfidamente; pero al recobrar mi compostura, me reprobé el haberle imputado una acción tan vil y me tranquilizó la seguridad de que había aprovechado la oportunidad de ir a Nukujiva a coordinar lo necesario para sacarme del valle. De cualquier modo, pensé, regresaría con medicamentos y entonces, ya recuperado, no me sería difícil partir.

Consolado de esta manera, me acosté aquella noche más contento que los últimos días. El siguiente pasó sin que los nativos hicieran alusión a Toby deseosos de esquivar este asunto. Esto suscitó mis dudas, pero cuando llegó la noche me felicité que el segundo día hubiese acabado y que al siguiente Toby estaría de nuevo conmigo. Pero el siguiente llegó y pasó sin que mi compañero apareciera.

Bueno, pensé yo, contaría tres días desde la mañana que partió... regresará mañana.

Pero aquel largo día terminó sin que retomase. Incluso entonces no desesperé; pensé que algo lo detendría, que esperaba en Nukujiva la salida de un bote y que en un día o dos le vería de

nuevo. Pero un día tras otro me desilusionaron; y por fin la esperanza me abandonó y fui víctima de la desesperación.

Pensé entristecido que había logrado escapar y ya no le preocupaban las calamidades que podían esperar a su infortunado compañero. Tonto de mi si pensaba que alguien se atrevería por voluntad propia a enfrentarse a los peligros de este valle una vez escapado de él. Se había marchado y me había dejado solo para afrontar todos los peligros que me rodeaban. Así busqué a veces un desesperado consuelo echando la culpa a Toby; mientras que en otras se sumía en los amargos remordimientos por haberme traído la mala suerte con mi propia imprudencia.

En otras ocasiones se me ocurría que después de todo estos traicioneros salvajes se habían encargado de él, de aquí la confusión que produjo en ellos mis preguntas y sus respuestas contradictorias o quizás estaba cautivo en otra parte del valle o, más terrible aún, había encontrado el destino que a mí me hacía temblar. Pero todas estas especulaciones eran vanas, no tenía noticias de Toby; se había marchado para nunca volver.

La conducta de los isleños me pareció inexplicable. Toda *refe*rencia a mi camarada perdido era cuidadosamente eludida y si alguna vez estaban obligados a responder a mis frecuentes preguntas sobre el tema, todos lo denunciaban como un ingrato que me había abandonado para marcharse a un lugar tan vil y detestable como Nukujiva.

Pero cualquiera que fuese su suerte luego de haber partido, los nativos multiplicaron sus amabilidades y atenciones con un grado de deferencia difícil de superar hacia algún visitante celestial. Kori-Kori no dejó un momento de estar a mi lado, si no era para cumplir mis deseos. El fiel sirviente, dos veces al día, aprovechando el fresco de la mañana y la noche, insistía en llevarme al arroyo y **me** bañaba en sus templadas aguas.

Con frecuencia en la noche me llevaba a un sitio particular del arroyo, donde la bella escena producía una benéfica influencia en mi mente. En este lugar las aguas corrían entre bancos cubiertos de césped, plantados con enormes árboles de pan cuyas amplias ramas formaban una especie de bóveda; cerca del arroyo había varias lajas negras. Una de ellas, tenía en su parte superior una cavidad plana que, llena de verdes hojas, formaba una cama admirable.

En este lugar a menudo permanecí horas cubierto con un velo de fina *tapa*, mientras Feyawey, sentada a mi lado y sosteniendo en su mano un abanico tejido con las hojas de una verde rama de cocotero, espantaba los insectos que ocasionalmente se posaban en mi cara; y Kori-Kori, con el propósito de alejar mi melancolía, realizaba miles de payasadas ante nosotros. Cuando mis ojos erraban por esta romántica escena, siempre se detenían en la figura semisumergida de Feyawey que, parada dentro del agua, atrapaba en una pequeña red una especie de marisco diminuto muy gustado por su gente. Algunas veces un grupo venía a sentarse a conversar sobre una *piedra* baja que se encontraba *en medio del arroyo, se* dedicaban a pulir cocos frotándolos con piedra y agua: una operación que pronto los convierte en ligeras y elegantes vasijas para beber, muy parecidas a las copas hechas con carapacho de tortuga.

Pero la sedante influencia del bello escenario y la exhibición de vida humana en un medio tan novedoso y encantador, no fueron mi único consuelo.

Todas las noches las muchachas de la casa se reunían a mi alrededor sobre las esteras y después de apartar a Kori-Kori de mi lado (quien, no obstante, se retiraba sólo un poco y observaba sus movimientos con la mayor atención), me untaban por todo el cuerpo un aceite oloroso extraído de una raíz amarilla previamente triturada entre dos piedras y que en su lengua denominaban *aka.* ¡Y qué refrescantes y agradables son los jugos de la *aka* cuando son aplicados en las piernas por las suaves manos de estas dulces ninfas, cuyos brillantes ojos centellean de bondad! Saludaba con satisfacción la diaria repetición de la lujosa práctica, en la cual olvidaba

todos mis problemas y enterraba por esos instantes todo sentimiento de tristeza.

A veces, con el fresco de la tarde, mi devoto servidor me sacaba al *pai-pai* delante de la casa y, sentándome en su borde, me protegía el cuerpo de los enojosos insectos que en ocasiones revoloteaban en el aire y me tapaba con un gran lienzo de *tapa*. Luego empleaba cerca de veinte minutos en preparar todo para garantizar mi comodidad personal.

Terminados los arreglos, me encendía la pipa y me la daba. Frecuentemente debía hacer fuego con este fin, y como el modo que empleaba era totalmente diferente a lo que había visto u oído, lo describiré.

Un recto y seco palo del *habiscus* algo desgastado de unos seis pies de largo y tres pulgadas de diámetro y un pedazo de madera no mayor de un pie por una pulgada de ancho, es lo que se encuentra invariablemente en todas las casas de Typee, como una caja de cerillas en las cocinas de nuestro país.

El isleño, colocando el palo oblicuamente contra algún objeto con uno de sus extremos formando un ángulo de 45 grados, monta a horcajadas en él como un chiquillo que va a galopar sobre una caña y luego toma el pedazo de madera firmemente con ambas manos a la vez que hace rozar su punta lentamente hacia arriba y abajo a lo largo de unas cuantas pulgadas sobre el palo principal, hasta que hace una ranura en la madera, con un abrupto final en la punta que está más alejada de él, donde todas las partículas creadas por la fricción se acumulan en un montoncito. Al principio Kori-Kori empezó despacio, pero gradualmente aceleró el paso produciendo calor con la fricción, accionando furiosamente el palo a lo largo de la humeante canaleta, moviendo sus manos con impresionante rapidez, transpirando por cada poro de su cuerpo. Al llegar al clímax de su labor, se detiene jadeante con sus ojos casi saliéndose de sus órbitas por el violento ejercicio. Este es el punto crítico de la operación; todos sus esfuerzos anteriores son vanos si no mantiene la rapidez del movimiento hasta que aparece la trabajosa chispa. De pronto se detiene y queda totalmente inmóvil. Sus manos aún retienen el pequeño pedazo de madera que es convulsivamente empujado por la canal hasta el extremo del palo entre el finísimo polvo acumulado allí, como si hubiera ensartado a una culebra que estuviera retorciéndose y luchando por escapar de sus garras. Al siguiente momento una delicada columnilla de humo sube en el aire en espiral, se enciende el aserrín y Kori-Kori, casi sin aliento, desmonta de su cabalgadura.

Esta operación me pareció una de las labores más trabajosas de las realizadas en todo el Typee; y si hubiera conocido mejor su idioma para traducir mis ideas, indudablemente hubiera sugerido a los nativos más influyentes la conveniencia de establecer un grupo de doncellas en el centro del valle con el propósito de mantener vivo el indispensable fuego y así evitar la necesidad de tan grande derroche de energía y humor como en aquellas ocasiones. Sin embargo, hubieran existido algunas dificultades para llevar a vías de hecho este plan.

¡Qué otra prueba muestra este hecho sobre la diferencia existente entre los dos extremos de vida salvaje y civilizada! Un noble taipi puede mantener una familia numerosa y proporcionarle toda la muy respetable educación caníbal con un trabajo y ansiedad infinitamente menor que el dedicado en el sencillo proceso de hacer fuego; mientras que un pobre artesano europeo, que con una cerilla realiza la misma operación en un segundo, llega al agotamiento de su ingenio para conseguir esta comida que los niños de la Polinesia, sin molestar a sus padres, toman de las ramas de cualquier árbol cercano.

CAPÌTULO QUINCE

Amabilidad de *Marheyo y* los demás isleños - *Descripción del árbol* del pan - Distintos *modos de preparar la fruta.*

Todos los habitantes del valle me trataron con gran amabilidad, pero con los de la familia Marheyo, entre los cuales vivía ahora, nada pudo sobrepasar sus empeños por proporcionarme comodidad. Prestaban las mayores atenciones para satisfacer mi paladar. Continuamente me daban de comer y cuando, después de hartarme, rechazaba los alimentos que me ofrecían, parecían pensar que mi apetito necesitaba algún fuerte estimulante para excitar esta actividad.

Con esta idea el viejo Marheyo acostumbraba bajar a la playa al romper el día con el propósito de recoger distintas clases de algas, algunas de las cuales se consideran un lujo en estos parajes. Después de todo un día en estos menesteres, regresaba al anochecer con algunas cortezas de cocos llenas de plantas acuáticas. Al prepararlas demostraba toda la maestría de un cocinero profesional, aunque el principal misterio del asunto consistía en verter agua en cantidades apropiadas sobre el contenido de los cocos.

La primera vez que sometió una de estas ensaladas marinas a mi consideración, pensé naturalmente que cualquier cosa recogida con tanto trabajo debía poseer méritos especiales, pero un bocado fue suficiente; y grande fue la consternación del viejo guerrero al ver la rapidez con que rechacé su epicúreo obsequio.

Cuan cierto es que la rareza de un artículo especial incremente desmesuradamente su valor. En algunas zonas del valle, no sé dónde pero probablemente cerca del mar, las muchachas tenían la costumbre de procurarse pequeñas cantidades de sal; el resultado del trabajo conjunto de un grupo de cinco o seis muchachas no llenaría un dedal. Traían a casa este precioso artículo, envuelto en una gran hoja; y como prueba especial de la estimación que me tenían, extendían una inmensa hoja en el suelo y me invitaban a saborearla.

Por el exagerado valor que le atribuían a este artículo creo realmente que con unos kilos de sal común de Liverpool podría comprarse todo el territorio taipi. Con una pizca de sal en una mano y una cuarta parte del fruto del pan en la otra, el jefe mayor del valle se reiría de todas las delicias de un banquete parisino.

La celebridad del árbol del pan y el importante sitio que ocupa en las prioridades de los taipis me induce a dar con cierto detalle una descripción de esta especie de las distintas variantes de preparación del fruto.

El árbol del pan en su mayor esplendor es grande y elevado, desempeña el mismo papel en el paisaje marquesino que el olmo en Nueva Inglaterra. Este último se le parece algo en altura, la amplia extensión de sus ramas y su venerable e imponente aspecto.

Las hojas del árbol del pan son de gran tamaño y sus bordes están rizados y cortados tan fantásticamente como las de un cuello plisado femenino. Como anualmente cambian las hojas, casi compiten, en la brillante variedad de sus cambiantes tonalidades, con las fugaces sombras del pez dorado moribundo. Los tintes otoñales de nuestros bosques americanos, con toda su magnificencia, no pueden compararse con este árbol.

La hoja, en una de sus etapas, cuando casi todos los colores del prisma se mezclan en su superficie, se convierte a menudo en uno de los soberbios y sorprendentes sombreros de los nativos. La fibra principal que atraviesa todo su largo se abre hasta una distancia conveniente y con los elásticos lados apartados, la cabeza se introduce en ellos con la parte posterior más baja

que la anterior, la cual se dobla con garbo hacia arriba y la parte restante cae lateralmente hasta detrás de la oreja.

La fruta tiene gran parecido en magnitud y aspecto general con una de nuestras cidras comunes, pero sin líneas en su superficie, sino que está toda punteada con pequeñas prominencias cónicas, como los clavos de un portón de una iglesia antigua. La cáscara tiene quizás un octavo de pulgada de espesor; y quitándola cuando el fruto está en su punto de madurez, presenta un bello globo de blanca pulpa que puede comerse en su totalidad, salvo su fino centro, que sale con facilidad.

El fruto del árbol del pan, sin embargo, nunca se come y en realidad no es apropiado hasta que se somete a una forma u otra de cocción.

La más sencilla de cocinarlo, según creo la mejor, consiste en colocar cualquier cantidad de fruta fresca cuando se encuentra en un estado particular de maduración, entre las brasas del mismo modo en que se asa una patata. Después de unos diez o quince minutos, la verde cáscara se oscurece y raja, mostrando entre las ranuras su blanco interior. Tan pronto como se refresca se le cae la cáscara y queda la suave pulpa redonda en toda su pureza y estado más delicioso. Cocida de esta forma tiene un sabor suave y agradable.

Algunas veces después de asadas al fuego, los nativos las apartan de la lumbre bruscamente y las lanzan en un recipiente de agua fría y revuelven hasta hacer una mezcla que denominan *bo-ashou.* Nunca soporté este plato y ciertamente esta preparación no está muy de moda entre los taipis más refinados.

Existe una forma de servir el fruto que lo convierte en un plato digno de un rey. Tan pronto como se retira del fuego, se le quita la cáscara y el corazón, se echa en un mortero de piedra y se tritura con un pilón de la misma materia. Mientras una persona hace esta operación, otra toma un coco y lo abre a la mitad (cosa que dominan a la perfección) y procede a rallar la masa en finas partículas. Esto se hace utilizando la concha de una madreperla atada finamente al extremo de un fuerte palo y cuya parte aguda corta como una sierra. Este palo es a veces una ramificación de un árbol, con dos o tres ramas menores que brotan de un centro como piernas informes y lo mantienen erguido a dos o tres pies del suelo.

El nativo coloca primero un depósito debajo del palo con el propósito de que caigan en él los fragmentos rallados, se monta a horcajadas sobre él como sobre un caballito de juguete y colocando la masa esférica de coco alrededor de los afilados dientes de la concha de madreperla, lo hace girar y la blanca masa cae como nieve dentro del receptáculo. Habiendo obtenido una cantidad conveniente de coco rallado, lo colocan en una bolsa hecha de la fibra en forma de red del cocotero y comprimiéndolo sobre el fruto bien triturado en una vasija de madera, le deja caer una espesa crema lechosa que pronto cubre casi toda la fruta con el delicioso líquido.

Esta preparación se llama *kouku* y es suculenta. El caballito, el mortero y el pilón se guardaban en casa de Marheyo, y Kori-Kori no perdía la ocasión de mostrarme sus habilidades en su uso.

Pero los dos platos más comunes que se hacían con este fruto eran el *amar* y el *poi-poi.*

En cierta época del año, cuando el fruto de los cien bosques del valle madura, y cuelga en racimos de doradas esferas, los isleños se reúnen para la cosecha e inician su recolección en la abundancia que los rodea. Los árboles son liberados de su carga; el fruto, separado de su cáscara y corazón, se reúne en grandes recipientes de madera, donde la pulposa fruta se macera rápidamente con una piedra y se convierte en una masa llamada *tutao* para los nativos. Luego ésta se divide en porciones, se empaqueta y envuelve en hojas y cortezas; se guarda en grandes agujeros hechos en el suelo, de donde puede sacarse según se va necesitando. En estas condi-

Librodot

ciones el tutao dura años y hasta mejora con la edad. Antes de comerse, sin embargo, debe pasar por un proceso adicional: se abre en el suelo un horno primitivo cuyo fondo se cubre de piedras y sobre ellas se enciende un buen fuego. En cuanto se ha alcanzaddo el grado preciso de calor, se quitan las brasas y las piedras se cubren con gruesas capas de hojas sobre las cuales se deposita un paquete de *tutao* y se cubre con otra capa de hojas. Sobre todo ello se echa tierra hasta formar un montón.

El tutao cocido de esa manera se llama amar; la acción del horno lo convierte en una torta color ámbar, un poco ácida pero agradable al gusto.

Mediante otro proceso final, el amar se transforma en poi-poi. Este cambio se hace rápidamente. El amar se coloca en una vasija y se mezcla con agua hasta que adquiere la consistencia del pudín y es entonces que está listo para comerse. De esta manera se consume generalmente el tutao. El modo singular de comerlo ya lo he descrito antes.

Si la fruta del pan no fuera capaz de conservarse durante mucho tiempo, los nativos se verían expuestos al hambre; pues, debido a alguna causa desconocida, los árboles dejan de dar fruto y en estas ocasiones los isleños dependen principalmente de los suministros que hayan almacenado.

Este árbol importante, que raramente se encuentra en las islas Sandwich y sólo de mala calidad, así como en Tahití, no abunda como para ser la fuente principal de alimento, obtiene su máximo esplendor en el excelente clima de las Marquesas, donde crece en gran número y florece con la mayor abundancia.

CAPITULO DIECISEIS

Melancolía - Suceso en *el* Tai - Anécdota *de* Marheyo - Rapado *de la cabeza* de un gue-*rrero.*

Contemplando ahora este período y recordando las innumerables pruebas de amabilidad y respeto que recibí de los nativos del valle, sólo puedo comprender cómo, en medio de circunstancias tan consoladoras, mi mente aún se consumía por tristes presagios y permanecía presa de la más profunda melancolía. Es cierto que las sospechosas circunstancias en que había ocurrido la desaparición de Toby bastaban para suscitar desconfianza hacia los salvajes en cuyo poder estaba, especialmente cuando se unía al hecho de que estos hombres, amables y respetuosos hacia mi persona, eran después de todo una partida de caníbales.

Pero mi principal motivo de ansiedad, el cual envenenaba todo disfrute personal, era la misteriosa enfermedad de mi pierna, que permanecía incurable. Todas las aplicaciones vegetales de Tinor, unidas a las intenciones más severas del viejo curandero y los cuidados afectivos de Kori-Kori, habían fracasado. Casi estaba inválido y el dolor que padecía era irresistible. La incontenible enfermedad no mostraba señales de mejoramiento; todo lo contrario, su violencia crecía por días y amenazaba con resultados fatales, a menos que se empleara algún medio poderoso para contrarrestarla. Parecía como si estuviera destinado a hundirme con esta grave aflicción o, cuando menos, impedirme aprovechar la oportunidad de escapar del valle.

Un incidente que ocurrió, según pude calcular, unas tres semanas después de la desaparición de Toby, me convenció de que los nativos por un motivo u otro interpondrían todos los obstáculos posibles a mi partida.

Librodot

Una mañana se suscitó gran nerviosismo entre la gente vecina a mi casa y pronto descubrí que procedía de una vaga noticia de que se habían visto unos botes acercándose a la bahía. De inmediato todo fue ajetreo y animación. Yo había mejorado un poco y con el espíritu más levantado, accedí a la invitación de Kori-Kori de ir a visitar al jefe Mehevi en el lugar llamado Tai, que como describí antes, estaba en los bosques prohibidos. Este recinto sagrado quedaba a poca distancia de la casa de Marheyo, entre ésta y el mar; el sendero que conducía al mar pasaba directamente por delante del Tai y de aquí bordeaba los bosques.

Estaba yo allí, reposando sobre las esteras dentro del edificio sagrado en compañía de Mehevi y varios jefes más, cuando se escuchó la noticia por primera vez. Sentí un estremecimiento de alegría en todo el cuerpo; quizá Toby vendría en uno de los botes. Me puse de pie de inmediato y mi primer impulso fue correr a la playa sin atender a la distancia que me separaba de ella ni a mi incapacidad. Tan pronto como Mehevi se percató del efecto que el anuncio había provocado en mí y la impaciencia que manifesté por ir a la playa, su rostro asumió la inflexible rigidez que tanto me había preocupado el día de nuestra llegada al valle. Cuando me dispuse a abandonar el Tai, me puso una mano en el hombro y dijo con gravedad:

-*Abo, abo* (Espera, espera.)

Sólo haciendo caso al pensamiento que ocupaba mi mente y sin escuchar sus palabras, pasé delante de él, cuando repentinamente asumió un tono más imperativo y me ordenó:

-¡Moi! (¡Siéntate!)

Aunque extrañado por su actitud, la excitación bajo la cual me encontraba era demasiado fuerte para permitirme obedecer la inesperada orden y seguí cojeando hacia el borde del *pa¡-pa¡* con Kori-Kori halándome por un brazo empeñado en aguantarme, cuando los nativos presentes se pusieron de pie y se alinearon a lo largo del frente de la edificación mientras Mehevi me miraba con severidad y reiteró su mandato aún más duramente.

Fue en ese momento, cuando cincuenta rostros salvajes me miraron, que sentí por primera vez que realmente estaba preso en el valle. Esta convicción se apoderó de mí con fuerza punzante y confirmé mis peores temores. Me percaté de inmediato que era inútil resistir y, descorazonado, volví a sentarme en la estera abandonándome por un momento a la desesperación.

Ahora observé a los nativos, unos tras otro, correr a través del Tai siguiendo la ruta que conducía al mar. Estos salvajes, pensé, quizá pronto entrarían en contacto con algún compatriota mío, que fácilmente podría devolverme la libertad si supiera en las condiciones en que me encontraba, No hay palabras para describir mi abatimiento; y en la amargura de mi alma, maldecí mil veces al pérfido Toby que me había abandonado a mi destrucción. Fue en vano que Kori-Kori intentara obsequiarme con comida, encendiera mi pipa o tratara de llamar mi atención haciendo las payasadas acostumbradas que antes me habían divertido. Estaba totalmente afectado por esta última desgracia que tanto había temido que pasara y nunca tuve el valor de enfrentar.

Absorto en mi pesar, permanecí en el Tai durante unas horas, hasta que gritos a intervalos procedentes de los bosques detrás de la casa anunciaron el regreso de la playa de los nativos.

Nunca pude saber si aquella mañana los botes habían visitado la playa. Los salvajes me aseguraron que no, pero yo me incliné a creer que decepcionándome de esa manera buscaban calmar la violencia de mi abatimiento. Sea como fuera, este incidente demostró con toda claridad que los taipis tenían la intención de mantenerme prisionero. Como aún me trataban con la misma deferencia que antes, no podía explicarme aquella singular conducta. Si los hubiera instruido en los rudimentos de la mecánica o hubiese manifestado disposición de serles útil de algún modo, su conducta tendría un motivo explicable, pero en aquellas condiciones no lo era.

Durante toda mi estancia en la isla, en dos o tres ocasiones los nativos se dirigieron a mí

Librodot

para obtener información superior con que yo contaba; y esto ahora me parece tan extraño que no podría relacionarlo.

Las pocas cosas que habíamos traído de Nukujiva iban envueltas en un pequeño paquete que cargamos con nosotros en nuestro descenso al valle. Este paquete, en la primera noche de nuestra llegada, lo utilicé como almohada, pero a la mañana siguiente, cuando los nativos lo inspeccionaron, observaron su contenido como si fuese una bolsa de diamantes, e insistieron en guardar apropiadamente tesoro tan valioso. Se ató a él una cuerda que se pasó sobre una viga del techo de la casa, se levantó y quedó colgado precisamente sobre las esteras en las que generalmente nos acostábamos. Cuando deseaba algo de él, sencillamente estiraba un dedo a una caña de bambú cercana y desatando la cuerda, bajaba el paquete. Estaba muy a mano y me esmeré por hacerles entender a los nativos mi aprobación de aquel invento. Este paquete contenía principalmente una cuchilla de afeitar en su caja, aguja e hilos, una o dos libras de tabaco y unas cuantas yardas de calicó estampado.

Debí mencionar que poco después de la desaparición de Toby, percatándome de que desconocía el tiempo que pasaría en el valle si lograba escapar de él, y considerando que todo mi guardarropa consistía en una camisa y un par de pantalones, decidí guardar estos vestidos en seguida para preservarlos hasta cuando volviera a estar entre seres civilizados. Por lo tanto me vi obligado a usar el traje taipi, un poco alterado sin embargo debido a mi propio concepto del decoro, y en el cual no tengo duda que parecía un antiguo senador romano envuelto en los pliegos de su toga. Unos lienzos de *tapa* amarilla envolvían mi cintura, descendían hasta los pies como las enaguas de una mujer, sólo que no recurrí a esos voluminosos miriñaques con que nuestras gentiles damas suelen aumentar sus sublimes figuras. Esta fue por lo general mi indumentaria de casa, mientras que cuando salía le añadía una amplia bata del mismo material, que me envolvía por completo y me protegía de los rayos del sol.

Una mañana se me rompió este manto; y para mostrar a los isleños su fácil reparación, bajé mi bulto, extraje el hilo y la aguja y procedí a coser el orificio. Observaron este maravilloso empleo de la ciencia con intensa admiración; y mientras cosía, el viejo Marheyo, uno de los espectadores, repentinamente se golpeó la frente con la palma de la mano, corrió a un rincón de la casa, extrajo un sólido pedazo de tela, que se debió haber procurado hacía tiempo o que había traficado en la playa, y **me** pidió vehementemente que ejercitase un poco de mi arte con ella. Accedí deseoso, aunque ciertamente una aguja tan pequeña como la mía nunca antes había hecho puntadas tan gigantescas en una tela. Terminada la costura, el viejo Marheyo me dio un abrazo paternal; se despojó de su moro (faldón), envolvió el calicó en su cintura y colocándose sus dos pendientes en las orejas, tomó su lanza y salió de la casa como un valiente templario provisto de una nueva y costosa armadura.

Nunca utilicé mi navaja de afeitar durante mi estancia en la isla, sin embargo fue muy admirada por los taipis; y Narmoni, un gran héroe entre ellos, muy preciso en el arreglo cosmético y general de su persona y el individuo más tatuado de todo el valle, pensó que le resultaría de gran ventaja utilizarla en su ya rapada cabeza.

El utensilio que generalmente utilizaban para estos menesteres es un diente de tiburón, tan apropiado para este fin como el tenedor de un solo diente para alzar heno. Narmoni se percató de la ventaja de mi navaja sobre el utensilio indígena, por lo que una mañana me pidió como un favor personal que le volviera a afeitar la cabeza. Le respondí que era muy áspera y no podía utilizarse sin antes afilarla. Para que me entendiera hice los movimientos correspondientes en la palma de mi mano. Narmoni entendió al instante, corrió a la casa y regresó con una piedra tan grande como una rueda de amolar y **me** indicó que lo hiciera. Por supuesto no me quedó otro

Librodot

remedio que poner manos a la obra y comencé a afeitarlo con rapidez. Se quejó y estremeció por el dolor pero, totalmente convencido de mi habilidad, resistió como un mártir.

Aunque nunca vi a Narmoni combatir, después de esta experiencia pondría mi vida en sus manos por su gran valor y firmeza. Antes de empezar la operación, su cabeza estaba cubierta por cabellos cortos y duros, pero una vez concluida se parecía a un campo arado. No obstante, como el jefe expresó la mayor satisfacción por el resultado, fui lo suficientemente sabio de no contradecirlo.

CAPÍTULO DIECISIETE

Mejoría de salud y espíritu - *Alegría de los* taipis - Sus disfrutes *comparados con los* de comunidades más ilustradas - Una escaramuza en la montaña con *los guerreros de Japar.*

Pasaron los días, no había cambio perceptible en la conducta de los isleños hacia mí. Gradualmente perdí la noción de los días de la semana y me hundí insensible en esa apatía que sigue a algún violento ataque de desesperación. Mi pierna sanó repentinamente, la hinchazón desapareció, el dolor disminuyó y tenía todos los motivos para pensar que pronto estaría totalmente recuperado de la enfermedad que tanto me había aquejado.

Tan pronto como fui capaz de pasear por el valle en compañía de los nativos, que me seguían en tropel siempre que me aventuraba a salir de casa, empecé a experimentar una celeridad de pensamientos que me alejó de aquellos terribles presentimientos de los cuales había sido presa. Dondequiera que iba era recibido con la mayor deferencia; me obsequiaban siempre las frutas más deliciosas; me atendían ninfas de negros ojos; y además gozaba de los servicios del leal Kori-Kori y pensé que para una estancia entre antropófagos, no podía haber nada más agradable.

En realidad mis paseos eran limitados. En dirección al mar, no podía ir por prohibición expresa de los salvajes; y luego de dos o tres intentos infructuosos por llegar a él, sólo para satisfacer mi curiosidad, abandoné la idea. Era en vano pensar llegar allí inadvertido, pues los nativos me escoltaban a todos lados y, que yo recuerde, no me dejaron solo ni un instante.

Las verdes y abruptas elevaciones que corrían a lo largo de la parte alta del valle, donde estaba la casa de Marheyo, excluía toda esperanza de fuga por esa zona, aunque hubiera podido escapar de los miles de ojos que me miraban.

Pero estas reflexiones rara vez ocuparon mi mente; me abandonaba al paso de las horas y, si alguna vez me embargaban pensamientos desagradables, los desechaba rápidamente. Cuando admiraba el verde recinto en que me hallaba prisionero, me inclinaba a pensar que estaba en un "valle de ensueños" y que más allá de las montañas sólo había un mundo de ansiedad y preocupaciones.

Al ampliar mis paseos por el valle y familiarizarme con las costumbres de sus habitantes, confieso que, a pesar de las condiciones desventajosas, el salvaje polinesio, rodeado de toda la prolijidad de la naturaleza, disfruta de una existencia infinitamente más feliz que la del autocomplaciente hombre europeo.

El desvalido que tiembla bajo el frío cielo y vive hambriento en la inhospitalaria Tierra del Fuego, ciertamente podría beneficiarse con la civilización, pues ella aliviaría sus necesidades físicas. Pero el indígena voluptuoso, con todos sus deseos satisfechos, a quien la Providencia le

Librodot

ha suministrado abundantemente todas las fuentes de disfrute natural y puro, y a quien no lo aquejan muchos de los males y las penalidades de la vida, ¿qué le reportaría estar a merced de la civilización? Podría "cultivar el intelecto"... "elevar sus pensamientos"... según creo estas son las frases establecidas, ¿pero sería feliz? Dejemos que las sonrientes y populosas islas hawaianas, con sus nativos ahora enfermos, hambreados y moribundos, respondan a esta pregunta. Los misioneros pueden intentar disfrazar el asunto como quieran, pero los hechos son incontrovertibles; y el cristiano más devoto que visite ese grupo de islas con una mente imparcial, se marcharía angustiado preguntándose:

-¡Ay, son estos los frutos de veinticinco años de civilización!

En la etapa primitiva de la sociedad, los disfrutes de la vida, aunque pocos y sencillos, están difundidos y son ilimitados; pero la civilización, con todos los beneficios que reporta, mantiene en reserva miles de males: la gastritis, los celos, las rivalidades sociales, el abandono de la familia y las miles de incomodidades autoinfligidas de la vida sofisticada, que totalizan la creciente miseria de la humanidad, todos estos males son desconocidos en estos pueblos incivilizados.

Pero se argumentará que estos chocantes seres sin principios, son caníbales. Es muy cierto; y resulta un rasgo en contra en su carácter. Pero lo son sólo cuando intentan satisfacer sus deseos de venganza hacia sus enemigos; y me pregunto si el mero hecho de comer came humana en raras ocasiones supera el barbarismo de esa costumbre practicada hasta hace pocos años en la ilustrada Inglaterra, en la que un traidor condenado, quizás un hombre culpable de honradez, patriotismo y otros delitos atroces parecidos, perdía su cabeza cercenada por una enorme hacha, le sacaban las entrañas y la echaban al fuego; mientras su cuerpo descuartizado, con la cabeza sobre un palo, se dejaba pudrir en la plaza pública.

La habilidad desalmada que desplegamos en la invención de todo tipo de máquinas de muerte, la justificación con que libramos nuestras guerras y la miseria y la desolación que les siguen, son suficientes para distinguir al hombre blanco civilizado como el animal más feroz que existe sobre la faz de la tierra.

Su crueldad implacable puede apreciarse en las instituciones de nuestra propia patria. Hay una en particular, adoptada recientemente en uno de los estados de la Unión, que sostiene haber sido dictada con las intenciones más misericordiosas. Con vistas a destruir a nuestros malefactores, el sacar de sus venas gota a gota la sangre que tan cobardemente no derramamos de un solo golpe que pondría punto final a sus sufrimientos, se considera infinitamente preferible al anticuado castigo de la horca, mucho menos angustioso para las víctimas y más acorde con el refinado espíritu de estos tiempos; y sin embargo no alcanzan las palabras para describir los horrores que infligimos a esta pobre gente, a quienes encerramos en las celdas de nuestras cárceles y los condenamos al aislamiento perpetuo en el centro mismo de la civilización.

Pero no es necesario multiplicar los ejemplos de la barbarie civilizada; sobrepasan en mucho la miseria que causan, los crímenes que miramos con tanto aborrecimiento en nuestros semejantes menos ilustrados.

El término "salvaje", en mi opinión, se aplica con frecuencia erróneamente; y cuando pienso en los vicios, las crueldades y las atrocidades de todo tipo que se observan en la corrupta atmósfera de una civilización enferma, me inclino a pensar que en lo tocante a la maldad relativa de las partes correspondientes, cuatro o cinco marquesinos enviados a los Estados Unidos como misioneros proporcionarían tanta utilidad como igual número de norteamericanos enviados a esas islas con el mismo objetivo.

Una vez escuché como ejemplo de la temible depravación de cierta tribu del Pacífico que

en su lengua no había una palabra que expresara la idea de la virtud. La afirmación era infundada; pero si así fuera, podría argumentarse diciendo que su idioma carece casi totalmente de términos que expresen las deliciosas ideas trasladadas por nuestro infinito catálogo de crímenes civilizados.

En este estado de espíritu, todo aquello que se me presentaba en el valle me parecía iluminado con un nuevo significado; y las oportunidades que tuve de observar las costumbres de los nativos, venían a aumentar mis favorables impresiones. Una particularidad que me admiró fue la perpetua hilaridad reinante en todo el valle. Parecía no existir cuidados, tristezas, problemas ni vejaciones en todo el Typee, Las horas pasaban tan alegremente como las parejas de los bailes campesinos.

No había ninguna de las miles de causas de irritación que la inteligencia del hombre civilizado ha creado para amargar su propia felicidad. No había vencimiento de hipotecas, notas de protesta, facturas que pagar, ni deudas de honor en el Typee; no había sastres ni zapateros irracionales pensando perversamente en el dinero, acreedores de ningún tipo, abogados de asaltos y agresión que fomenten la discordia, apoyando a sus clientes en los pleitos para después enfrentarlos implacablemente; no había matrimonios infelices que duermen eternamente en cuartos separados y que ocupan un lugar más en la mesa familiar, ninguna viuda abandonada con sus hijos hambrientos a expensas de la fría caridad del mundo, ningún pordiosero, ni una sola cárcel para deudores, ningún orgulloso despiadado en el Typee; o para resumirlo todo en una palabra, no existía el *dinero.* Esa "causa de todos los males" no se podía encontrar en el valle.

En este aislado lugar de felicidad no había viejas enfadadas, señoras charlatanas, solteronas marchitas, ni damiselas enfermas de amor; ningún solterón amargado, esposos desatentos, jóvenes melancólicos y afligidos ni chiquillos majaderos. Todo era alegría, diversión y buen humor. Las tristezas, la hipocondría y el desaliento se escondían entre las peñas y las cavidades de las rocas.

Se podía ver a un grupo de niños juguetear todo el día sin pelearse o reñir. Esos mismos niños en nuestra tierra no podrían haber jugado juntos una hora sin pegarse y arañarse. También podía verse una reunión de muchachas, sin envidiarse los encantos mutuos, ni desplegar la ridícula afectación de la nobleza, ni moverse dentro de estrechos corsets, como tantas autómatas que conocemos, sino libres y francamente felices y desenvueltas.

Había algunos sitios en aquel soleado valle donde frecuentemente iban a adornarse con guirnaldas de flores. Verlas reclinadas bajo las sombras de una de aquellas bellas arboledas; cubierta la tierra a su alrededor con flores multicolores, dedicadas a tejer collares y coronas, era para pensar que todos los capullos del valle I se habían reunido para rendir tributo festivo a la Flora.

Los hombres jóvenes parecían tener casi siempre algún motivo de diversión y ocupación que les proporcionaba una constante variedad de distracciones. Ya sea pescando, tallando canoas o pulimentando sus ornamentos, nunca mostraban señales de discusión o molestias entre ellos.

En cuanto a los guerreros, estos mantenían una tranquila dignidad en su comportamiento, yendo a veces de casa en casa, donde siempre eran bien recibidos con la atención esperada a tan distinguido huésped. Los ancianos, que había muchos en el valle, permanecían en sus esteras reclinados tranquilamente horas y horas, fumando y conversando con toda la parsimonia de su edad.

Pero la continua felicidad que, según pude juzgar, prevalecía en el valle, procedía principalmente de aquella sensación que Rousseau nos contó que experimentó una vez, o sea, la simple sensación de complacencia de una sana existencia física. Y ciertamente en este particular

los taipis poseen amplias razones para felicitarse a sí mismos, porque las enfermedades eran casi desconocidas para ellos. Durante todo el período de mi estancia sólo vi a un inválido entre ellos; y en su suave piel no se observaban cicatrices ni marcas de enfermedades.

Sin embargo, la tranquilidad general a la que me he referido, fue rota en aquel tiempo por un acontecimiento que probó que los isleños no estaban exentos de aquellas circunstancias que perturban la quietud de las comunidades más civilizadas.

Habiendo permanecido un tiempo considerable en el valle, empecé a sorprenderme de que la violenta hostilidad existente entre sus habitantes y los de la bahía vecina de Japar no se había materializado en un encuentro bélico. Aunque los valientes taipis con frecuencia manifestaban con gestos su inmortal odio contra sus enemigos, así como el disgusto que sentían por sus inclinaciones caníbales; aun cuando contaban las injurias múltiples recibidas de su mano con una paciencia digna de admiración, parecían estar sentados obviando sus ofensas y se refrenaban de tomar represalias. Los japares, ocultos tras sus montañas y casi nunca observados en sus cumbres, no me parecían proporcionar una causa adecuada para esa excesiva animosidad evidenciada hacia ellos por los heroicos residentes de nuestro valle y estuve inclinado a creer que los hechos de sangre atribuidos a ellos habían sido muy exagerados.

Por otra parte, como los gritos de guerra hasta entonces no habían perturbado la serenidad de la tribu, empecé a desconfiar de la veracidad de aquellos reportes que adscribían un carácter tan fiero y beligerante a la nación typee. Seguramente, pensé, estas historias terribles que escuché sobre la ferocidad con que lucha ban, la mortífera intensidad del odio y la diabólica maldad con que tomaban venganza sobre las formas inanimadas de los vencidos, no eran otra cosa que fábulas y debo confesar que experimenté cierta sensación de disgusto al haber equivocado mis suposiciones. Me sentí como un joven que va al teatro en espera de ser emocionado por una tragedia sangrienta y llega casi a derramar lágrimas de decepción al descubrir una cursi comedia.

No pude dejar de pensar que había caído en un pueblo muy difamado y reflexioné mucho acerca de la desventaja de tener mala fama, lo cual en este caso le había dado a una tribu de salvajes, tan pacífica como ovejas, la reputación de una sarta de asesinos.

Sin embargo, los hechos subsiguientes demostraron que me había apresurado un poco al llegar a esa conclusión. Un mediodía, estando en el Tai, me había recostado en las esteras junto a varios jefes y gradualmente caí en la mejor de las siestas cuando fui despertado por un tremendo alboroto, vi a los nativos coger sus armas y correr fuera, mientras que el más poderoso de los jefes, tomando los seis mosquetes que estaban alineados contra la pared de bambú, les siguió y pronto desapareció entre los cocoteros. Estos movimientos fueron acompañados de salvajes gritos entre los que sobresalían "¡Japares, japares!". Los isleños pasaron corriendo el Tai y atravesaron el valle en dirección al territorio Japar. En seguida escuché el sordo disparo de un mosquete proveniente de las colinas cercanas y luego un estallido de voces en la misma dirección. Al oírlo, las mujeres que se hallaban congregadas en las arboledas, irrumpieron en alaridos, como hacen invariablemente en cualquier situación de alarma y excitación con vistas a tranquilizarse y molestar a los contrarios. En esta ocasión particular, el ruido fue tan fuerte y lo continuaron con tanta persistencia que por un momento, si se hubieran hecho cargas de fusilería en las montañas próximas, yo no hubiera podido oír los disparos.

Cuando la conmoción de estas mujeres cesó un poco, seguí escuchando algo que me proprocionara más información. Escuché otro disparo y entonces un segundo griterío en las colinas. Después sobrevino la tranquilidad, la cual duró tanto que llegué a pensar que los ejércitos contendientes habían acordado suspender las hostilidades; entonces se escuchó un tercer disparo, seguido como antes de más gritos. Después de esto, durante casi dos horas no ocurrió nada digno

de comentario, salvo algunos gritos que llegaban desde una ladera cercana resonando como los de un grupo de muchachos perdidos en el bosque.

Durante esta pausa quedé parado en el pórtico del Tai, directamente frente a la montaña de Japar y con nadie a mi lado sino Kori-Kori y los decrépitos ancianos de los que ya hablé. Estos últimos nunca se levantaron de sus esteras y parecían inconscientes de que algo desacostumbrado estuviera sucediendo.

En lo que respecta a Kori-Kori, parecía pensar que estábamos en medio de grandes acontecimientos y trató celosamente de impresionarme con su importancia. A cada ruido que llegaba a nosotros le pedía información, a lo que él me contestaba, cual si estuviera dotado de una segunda visión, con una serie de pantomimas que me indicaban la forma exacta en que los invencibles taipis castigaban en ese preciso momento la insolencia de sus enemigos.

-*Mehevi* janna papi *no¡ Japar* -exclamaba cada cinco minutos, dándome a entender que bajo aquel distinguido capitán los guerreros de su país realizaban prodigios de valentía.

Habiendo oído sólo cuatro disparos de mosquete, pensé que los isleños los usaban de la misma manera que lo hacía la artillería pesada del sultán Solimán en el sitio de Bizancio[26], empleando una o dos horas en cargarlos y dispararlos. Por fin, no escuchándose sonido alguno de las montañas, llegué a la conclusión de que la contienda había terminado de un modo u otro. Y así fue en realidad, pues al rato llegó un mensajero al Taí, jadeante por el esfuerzo, y comunicó la noticia de la gran victoria alcanzada por sus compatriotas:

-*¡Japar pu arva!* ¡Japar pu arua[27]! (Los cobardes huyeron.)

Kori-Kori quedó extasiado y comenzó una apasionad arenga que, por lo que pude entender, quería decir que el resultado concordaba exactamente con sus expectativas y que además intentaba convencerme de que era una empresa totalmente inútil, incluso para un ejército completo, ofrecer batalla contra los irresistibles héroes de nuestro valle. A todo esto asentí, por supuesto, y esperé con interés la llegada de los vencedores, cuya victoria yo temía que no hubiese sido lograda sin pérdidas de su parte.

Pero en esto también me equivoqué; pues Mehevi, al dirigir las operaciones bélicas, se inclinó más a la táctica de Fabio que a la de Bonaparte, reservando sus fuerzas y no exponiendo a sus tropas a riesgos innecesarios. La pérdida total de los vencedores en este obstinado encuentro fue, en muertos, heridos y desaparecidos, un dedo y parte de otro (cuyo propietario lo traía en la mano), un brazo muy contusionado y considerable pérdida de' sangre del muslo de un jefe que había recibido una fea herida por una lanza japar. Lo que el enemigo sufrió no pude descubrirlo, pero supongo que lograron rescatar los cuerpos de sus muertos.

Ese fue el resultado de la batalla según lo que pude observar: y como pareció considerarse un acontecimiento de gran importancia, llegué a la conclusión de que las guerras de los nativos no estaban matizadas por grandes derramamientos de sangre. Luego conocí cómo se

[26] Melville comete aquí un error evidente. El primer sultán otomano Sulemán (Sulemán, el Magnífico) no empezó a reinar hasta sesenta y siete años después de la caída de Bizancio, y la sitiada fue Viena. Los sultanes que dirigieron la última campaña exitosa contra Constantinopla fueron Murad II y Mohammed II.

[27] Mientras Napoleón Bonaparte ganó sus guerras por el éxito obtenido en las batallas campales, el general romano Quinto Fabio Máximo (que murió en 203 a. C.) mantuvo su ejército intacto y obtuvo un modesto éxito hostigando a las fuerzas cartaginesas que habían invadido Italia bajo el mando de Aníbal y por tanto evitó bajas mayores en que hubiera incurrido si tomaba una postura de guerra de posiciones. De aquí el adjetivo "Fabiano", adoptado luego por la Sociedad Fabiana, que abogaba por alcanzar el socialismo mediante la erosión gradual y no por el conflicto revolucionario.

había originado la escaramuza. Cierto número de japares habían sido descubiertos merodeando en la ladera taipi de la montaña no con muy buenas intenciones; se dio la alarma y los invasores, después de alguna resistencia, fueron perseguidos hasta la frontera. ¿pero por qué el intrépido Mehevi no había llevado la guerra a Japar? ¿Por qué no había proseguido su descenso al valle enemigo y había traído algún trofeo de su victoria, algún material para el entretenimiento de los caníbales que, según había oído, terminaba generalmente todo encuentro?

Después de todo yo me inclinaba a creer que aquellos estremecedores festivales ocurrían rara vez entre los isleños si es que, en realidad, alguna vez se producían.

Durante dos o tres días este acontecimiento fue el tema de comentario general; luego la excitación cesó gradualmente y el valle prosiguió su acostumbrada tranquilidad.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Nadando en compañía de las muchachas del valle - Una canoa - Efectos del tabú - Una excursión de placer por la laguna - Bello capricho de Feyawey - Un forastero llega al valle - Su misteriosa conducta - Oratoria nativa - La entrevista - Sus resultados - Partida del forastero.

E1 retorno de la salud y de la paz mental me proporcionó un nuevo interés hacia todo lo que me rodeaba. Traté de pasar el tiempo con los distintos entretenimientos que tenía a mi alcance. Bañarme en compañía de un grupo de muchachas era mi principal diversión. Gozábamos de esta recreación en las aguas de un pequeño lago que formaba el arroyo que cruzaba el valle. Esta adorable porción de agua era casi circular y de trescientas yardas de ancho. Su belleza era indescriptible. Alrededor de sus orillas ondeaban grandes ramas de árboles tropicales, por encima de ellas se alzaban los rectos de troncos de cocoteros, culminando por el penacho de sus graciosas ramas, oscilando en el aire como las plumas de un avestruz.

La gracia y la facilidad con que las muchachas del valle nadaban en el agua y su familiaridad con este elemento resultaban realmente sorprendentes. Algunas veces se les veía deslizarse bajo la superficie aparentemente sin mover piernas ni brazos; luego, poniéndose de lado, revelando sus formas en rápido progreso, se alzaban por un instante en el aire para volver a hundirse en las profundidades y al siguiente momento regresar a la superficie.

Recuerdo que una ocasión en que me encontraba entre un grupo de ninfas, contando vanamente con mi superior fuerza, traté de lanzar a algunas al agua, pero pronto me arrepentiría de mi temeridad: las anfibias criaturas me rodearon como una familia de delfines y tomándome de piernas y brazos, me lanzaron y hundieron en el agua hasta que por los extraños sonidos que retumbaron en mis oídos y por las visiones sobrenaturales que danzaron ante mis ojos, pensé estar en el mundo de los muertos. Mis probabilidades entre ellas eran las de una enorme ballena atacada por todos lados por un banco de peces espada. Cuando al fin me liberaron, se alejaron nadando en todas direcciones riéndose de mis vanos esfuerzos por alcanzarlas.

En el lago no había botes; pero a petición y uso exclusivo mío, algunos jóvenes de la familia de Marheyo, bajo la dirección del infatigable Kori-Kori, trajeron desde el mar una canoa ligera y bellamente tallada. La pusieron en el lago y flotó con la gracia de un cisne. Pero siento decir que produjo un efecto inesperado. Las dulces muchachas, que antes acostumbraban acompañarme en mis incursiones al lago, ahora lo rehuían. El objeto prohibido, resguardado por

los edictos del "tabú" ampliaba su prohibición a las aguas en que yacía.

Durante unos días Kori-Kori, con uno o dos jóvenes más, me acompañaron en mis paseos al lago y mientras yo remaba en mi canoa, ellos nadaban detrás gritando y tratando de alcanzarme. Pero siempre sentí atracción por lo que en el *"Libro de los jóve*nes" se explica como "la compañía de damas inteligentes y virtuosas"; y en ausencia de las sirenas, la diversión se hizo monótona e insípida. Una mañana expresé a mi fiel servidor mis deseos de que las ninfas regresaran. El honesto hombre me miró asombrado por un instante, negó solemnemente con un movimiento de cabeza y murmuró:

-¡Tabú, tabú!

Con ese laconismo me dio a entender que no podía esperar el retorno de las jóvenes hasta que me deshiciera de la canoa. Pero yo me oponía a este procedimiento; no sólo deseaba que la canoa se quedara donde estaba, sino que también quería que la bella Feyawey subiera a ella y me acompañara por el lago. Esta proposición aterrorizó por completo a Kori-Kori. Protestó como de algo demasiado monstruoso de concebir. No sólo chocaba con su sentido de la moral, sino que iba en contra de todos sus preceptos religiosos.

Sin embargo, a pesar de que el "tabú" era una cosa muy delicada, decidí probar su capacidad de enfrentar un ataque. Acudí al jefe Mehevi, quien se esforzó por disuadirme de mi propósito, pero yo no aceptaría una negativa por respuesta; y en consecuencia aumenté el ardor de mi petición. Al final inició una prolongada y, sin duda, ilustre y elocuente exposición de la historia y la naturaleza del "tabú" relacionado con este caso en particular, empleando un conjunto de las palabras más extraordinarias que, por su sorprendente longitud y sonoridad, tengo todos los motivos para creer que tenían un carácter teológico. Pero lo que dijo no me convenció; quizás en parte porque no entendí nada, pero principalmente porque de ninguna manera podía entender por qué una mujer no podía subir a una canoa al igual que un hombre. Por fin se tomó más razonable y convino en que, por el mucho cariño que me profesaba, consultaría con los sacerdotes y vería qué se podía hacer.

Cómo fue que los sacerdotes de Typee conciliaron el asunto con sus conciencias, no lo sé; pero así ocurrió y, a la larga, Feyawey fue eximida de esta parte del tabú. Un hecho así no había ocurrido jamás en el valle, pero ya era hora de que los isleños aprendieran un poco de galantería y creo que el precedente que senté produjo sus beneficios. Era verdaderamente ridículo que criaturas tan adorables tuvieran que bregar en el agua como patos, mientras que un grupo de hombrachos bogaban sobre la superficie montados en sus canoas.

Al día siguiente de la emancipación de Feyawey hicimos un delicioso almuerzo en el lago: la ninfa, Kori-Kori y yo. Mi fiel sirviente trajo de la casa un pote de poi-poi, media docena de cocos, tres pipas y tres ñames y a mí sobre su espalda gran parte del camino. Buena carga, pero Kori-Kori era un hombre fortísimo para su tamaño y de ningún modo perezoso. Pasamos un día magnífico: mi cuidador tomó el remo y nos llevó suavemente a lo largo de la orilla, bajo la sombra de las ramas colgantes. Feyawey y yo nos acostamos en la popa de la canoa, en el mejor sentido del acto, y la delicada ninfa fumaba ocasionalmente de la pipa y exhalaba el suave aroma del tabaco, al cual ella añadía el perfume de su aliento. Extraño como pueda parecer, no hay nada que realce más la belleza de una mujer que el acto de fumar. ¡Cuán cautivadora resulta una dama peruana, balanceándose en su hamaca de hierba tejida, extendida entre dos naranjos, inhalando la fragancia de un buen habano! Pero Feyawey, sosteniendo en su delicada mano olivácea la caña amarilla de su pipa, con sus figuras talladas dejando escapar lánguidamente a cada instante por la boca y la nariz ligeras nubecillas de humo resultaba aún más atractiva.

Así navegamos durante horas, en las que admiré tanto el cálido cielo tropical como las

transparentes profundidades lacustres; y cuando mis ojos, en su paso por este escenario de embrujo, vieron la grotesca figura tatuada de Kori-Kori para ir a parar en la mirada pensativa de Feyawey, pensé que me habían transportado a un cuento de hadas: tan irreal me parecían las cosas.

Esta adorable porción de agua era el sitio más fresco de todo el valle y ahora lo había convertido en un lugar de continuo recreo durante el período más caluroso del día. Uno de sus lados terminaba cerca de una garganta que se ensanchaba gradualmente y se alzaba hasta la cima de las alturas que bordeaban el valle. Los fuertes vientos alisios, chocando contra estas elevaciones, giraban y resoplaban en sus cumbres y en ocasiones descendían por el abrupto precipicio para surcar el valle, erizando a su paso la tranquila superficie del lago.

Otro día, después de remar un rato dejé a Kori-Kori en tierra y llevé la canoa al otro lado del lago. Al hacer girar la canoa, a Feyawey, que me acompañaba, pareció sobrevenirle una feliz idea. Con una exclamación de alegría se despojó de su amplio ropón abrochado sobre el hombro (con el propósito de protegerse del sol) y extendiéndolo como una vela, se puso de pie en la proa de la embarcación con los brazos extendidos. Nosotros los norteamericanos nos vanagloriamos de nuestros rectos y lisos mástiles, pero uno más bello que Feyawey nunca tuvo barco alguno.

En seguida el viento hinchó la tela, las largas trenzas castañas de Feyawey ondearon en el aire y la canoa se deslizó rápidamente sobre el agua y se dirigió como una flecha hacia la orilla. Sentado en la popa, guié su curso con el remo hasta que llegó a la inclinada orilla y Feyawey con un ligero salto pisó tierra; mientras Kori-Kori, que había observado nuestras maniobras admirado, ahora aplaudía transportado y gritaba como un demente. En muchas otras ocasiones repetimos este acto.

Si el lector no se ha percatado todavía de que yo era el más entusiasta admirador de la joven Feyawey, sólo puedo decirle que conoce poco de los asuntos del corazón y no pienso molestarme en ilustrarle sobre ello.

Con la tela que traje del barco le hice un vestido a esta adorable muchacha. Debo confesar que con él ella parecía una cantante de ópera. Las faldas de estas últimas por lo general comienzan por encima del codo, pero la de mi bella isleña empezaba en la cintura y llegaba a una distancia del suelo suficiente para revelar los tobillos más hermosos del universo.

El día que Feyawey se puso por primera vez este vestido fue memorable porque ese día me presentaron a un desconocido. Por la tarde, encontrándome acostado en la casa, escuché un gran alboroto afuera; pero acostumbrado a las casi continuas griterías del valle, no le presté mucha atención hasta que el viejo Marheyo, *corriendo* hacia mí exaltado, me comunicó la sorprendente noti*cia.*

-*Marnu* perni (que interpretado quería decir que un individuo llamado Memu se estaba acercando).

Mi estimado amigo esperaba evidentemente que esta noticia me produjera un gran impacto y por un momento quedó mirándome esperando mi reacción, pero como yo permanecí inconmovible, el anciano salió de nuevo con la misma premura con la que había entrado.

"Marnu, Marnu", pensé yo, nunca había oído ese nombre. Será algún personaje distinguido, supuse por el ruido que hacían los salvajes; las voces se acercaron cada vez más, mientras todos gritaban:

-*¡Marnu! ¡Marnu!*

Pensé que era algún célebre guerrero que aún no había tenido el honor de visitarme y ahora deseaba presentarme sus respetos. Tan vanidoso me había vuelto por la aduladora atención a la que estaba acostumbrado que me sentí medio inclinado a darle una fría acogida a este Marnu

Librodot

en castigo por su negligencia, cuando la excitada multitud se dejó ver convoyando a uno de los especimenes humanos más sorprendentes.

El extraño no podía tener más de veinticinco años y algo más alto de lo normal; si hubiera tenido un milímetro más de estatura, se hubiera roto la simetría de su cuerpo. Sus miembros estaban bellamente formados, mientras que las elegantes líneas de su figura, junto con su barbilla lampiña, le hubieran hecho la personificación de un Apolo polinesio; y en realidad el óvalo de su cara y la regularidad de sus facciones me hicieron recordar un busto de la antigüedad. Pero la tranquilidad del mármol del artista se trocaba en una cálida y vívida expresión sólo vista en los habitantes de los Mares del Sur, uno de los prodigios de la naturaleza. Los copiosos cabellos de Marnu eran oscuros y rizados, y se enroscaban en las sienes y el cuello en anillos pequeños que subían y bajaban en continua danza mientras conversaba. Sus mejillas poseían la suavidad femenina y su cara estaba exenta del más leve tatuaje, aunque el resto del cuerpo estaba todo dibujado de graciosas figuras que, a diferencia del patrón inconexo usual entre los nativos, parecía seguir un diseño general.

El tatuaje de su espalda en particular atrajo mi atención. El artista indudablemente se esmeró en su trabajo. A lo largo de la columna vertebral delineó con precisión el delgado, elevado y rómbico tronco del bello *artu,* del cual salían ramas que, dispuestas alternas, dejaban caer sus hojas bien dibujadas y de elaborada terminación. Realmente este tatuaje fue el mejor ejemplo de Bellas Artes que encontré en el Typee. El extraño, visto por detrás, sugería la idea de una vid enredada a la pared de un jardín. Sobre su pecho, brazos y piernas mostraba un gran número de figuras; sin embargo, cada una parecía tener conexión con el efecto general que debía producir. El tatuaje era de un azul intenso y contrastado con el claro color oliváceo de la piel, producía un efecto singular y hasta elegante. Un ligero taparrabos de tapa blanca, escasamente de dos pulgadas de ancho, pero con amplias borlas que colgaban delante y detrás, componían toda la indumentaria del extraño.

Avanzó rodeado de nativos, portando en un brazo un pequeño rollo de tela indígena y en la otra una larga lanza ricamente decorada. Sus ademanes eran los de un viajero que había llegado a una cómoda etapa de su viaje. A cada momento sonreía a un lado y a otro a los que lo rodeaban y contestaba alegremente a sus incesantes preguntas, produciéndoles un júbilo incontrolable.

Sorprendido por su peculiar aspecto y comportamiento, tan diferente a las cabezas rapadas y los rostros tatuados de los demás nativos, involuntariamente me puse de pie cuando entró a la casa y le brindé asiento en una estera. Pero sin dignarse a aceptar la cortesía ni a reconocer el incontrovertible hecho de mi presencia, el forastero pasó con indiferencia por mi lado y se lanzó en el otro extremo del largo lecho que atravesaba la única habitación de la casa de Marheyo.

Si la señora Primavera, orgullosa de su belleza y poder, es interrumpida por el Invierno en plena temporada, no sentiría mayor indignación que la mía ante este hecho inesperado.

Me sumí en el mayor asombro. La conducta de los salvajes me había preparado a soportar en todos los recién llegados las mismas expresiones extravagantes de curiosidad y atención. Lo singular de su conducta, sin embargo, sólo aumentó mis deseos de descubrir quién era este notable personaje que ahora atraía la atención de todos.

Tinor colocó delante de él un plato de poi-poi, del cual el forastero se deleitó, alternando cada bocado con una rápida exclamación, la cual era acogida y comentada por la gente que llenaba la casa. Cuando observé la sorprendente devoción de los nativos para con él y la retirada temporal de la atención para conmigo, me molesté. La gloria de Tommo cesó, cavilé; y mientras más rápido salga del valle, mejor. Así pensé entonces y esos pensamientos estaban alentados por los gloriosos principios inherentes a toda naturaleza heroica: la fuertemente arraigada

Librodot

determinación de poseer la mayor porción del pastel o tener que irse sin nada.

Marnu, aquel personaje tan atractivo, habiendo satisfecho su apetito e inhalado unas cuantas bocanadas de la pipa que le obsequiaron, inició un discurso que encantó completamente a su auditorio.

De lo poco que pude entender, a pesar de sus animados gestos y la variada expresión de sus gesticulaciones, reflejadas como espejos en los rostros que lo rodeaban, pude descubrir fácilmente el origen de las pasiones que pretendía encender. Por la reiteración de las palabras *Nukujiua y franni* (franceses) y algunas otras conocidas por mí, parecía contar a su auditorio los sucesos ocurridos recientemente en las bahías vecinas. Pero no pude entender cómo llegaron a conocimiento suyo, a menos que viniera directo de Nukujiva, suposición basada en su apariencia de viajero. No obstante, aunque fuera nativo de la región, no podía explicarme aquel amistoso recibimiento de los taipis.

Ciertamente nunca había presenciado una muestra de elocuencia natural como la de Marnu en el transcurso de su oratoria. La gracia de los gestos con que movía su flexible figura, los sorprendentes movimientos de sus brazos desnudos y, sobre todo, el fuego que brillaba en sus ojos, infligían un efecto a las cambiantes inflexiones de su voz, de las cuales se hubiera sentido orgulloso el orador más aclamado. En un momento en que estaba reclinado en la estera apoyado tranquilamente sobre el codo, narró con desenfado las agresiones de los franceses, sus hostiles visitas a las bahías cercanas, enumerándolas por orden: Japar, Puerka, Nukujiva, Tior... y luego, poniéndose de pie y lanzándose hacia delante con las manos como garras y rostro distorsionado de pasión, profirió una sarta de invectivas. Retrocediendo a una posición de mando, exhortó a los taipis a resistir aquellos atropellos recordándoles, con una fiera mirada, que todavía el terror de su nombre los había librado de la agresión; y con tono desdeñoso, habló en términos irónicos de la maravillosa intrepidez de los franceses, quienes, con cinco canoas de guerra y cientos de hombres, no se habían atrevido a atacar a los guerreros del valle.

El efecto producido en el público fue electrizante: todos quedaron mirándolo con los ojos encendidos y las piernas tambaleantes, como si acabaran de escuchar la voz inspirada de un profeta.

Pero parecía que los poderes de Marnu eran tan versátiles como extraordinarios. Tan pronto como terminó su vehemente discurso, volvió a acostarse en la estera y, al elegir a algunos entre la multitud, llamándolos por su nombre de un modo humorístico desconocido por mí, llenó de regocijo a todos los reunidos allí.

Tenía respuesta para todos; y, volviéndose rápidamente de uno a otro, les decía alguna agudeza, lo cual estos seguirían con explosiones de risas. Dirigía sus palabras tanto a hombres como a mujeres. Sólo Dios sabe qué les decía, pero provocaba risas y rubores que trastornaban los ingenuos rostros. Realmente me inclino a creer que Mamu, con su simpática figura y ademanes cautivadores, era el triste seductor de las muchachas más sencillas de la isla.

Durante todo este tiempo no dejó de ignorarme ni por un momento. Parecía que desconocía por completo mi presencia. No hallo explicación para esta actitud tan extraña. Me percaté fácilmente de que era un hombre de mucha influencia entre los isleños, que poseía dones extraordinarios y que estaba dotado de mayores conocimientos que sus semejantes del valle. Por estos motivos temí que si, por una causa u otra, tenía sentimientos poco amistosos hacia mi persona, ejerciera su poderosa influencia para perjudicarme.

Resultaba evidente que no residía en el valle, sin embargo, ¿de dónde había venido? Los taipis estaban rodeados de tribus enemigas, entonces ¿cómo era posible que, perteneciendo a una de ellas, fuera recibido con tanta cordialidad?

La apariencia personal del enigmático forastero sugería otras perplejidades. La cara limpia de tatuajes y su cabeza sin rapar, eran peculiaridades nunca notadas por mí en otras partes de la isla y siempre había oído que se consideraban indispensables en los guerreros marquesinos. En general el asunto era totalmente incomprensible y esperé ansioso por hallarle una solución.

Al fin, por ciertas insinuaciones, sospeché que se estaba refiriendo a mí, aunque parecía cuidadoso de pronunciar mi nombre o mirar hacia donde yo me encontraba. De pronto se levantó de la estera donde había estado reclinado y sin dejar de conversar, se me acercó; sus ojos evitaban los míos y se sentó a menos de una yarda de mí. Apenas me había recuperado de mi sorpresa cuando repentinamente se viró y, con el mejor de los rostros, me extendió su mano derecha amistosamente. Yo, por supuesto, acepté el gentil desafío y, tan pronto como se estrecharon nuestras manos, se inclinó hacia mí y musitó con musicalidad:

-¿Cómo estar usted? ¿Cuánto tiempo en esta bahía? ¿Gusta esta bahía?

Si tres lanzas japares me hubieran atravesado a la vez, no me hubieran paralizado más que el escuchar estas tres preguntas. Por un instante quedé atónito y luego contesté no sé qué; pero tan pronto me repuse, pensé como una flecha que podría obtener alguna información de este individuo respecto a Toby, que sospechaba los nativos me ocultaban. En consecuencia, le pregunté por la desaparición de mi compañero, pero dijo desconocer el asunto. Entonces le pregunté de dónde procedía y me respondió que de Nukujiva. Cuando le expresé mi sorpresa, me miró un momento, como disfrutando mi perplejidad, y con extraña vivacidad, exclamo:

-¡Ah, yo tabú! Voy Nukujiva; voy Tior; voy Typee; voy todas partes... Nadie tocarme... ¡Yo, tabú!

Esta explicación hubiera sido ininteligible si no me hubiera acordado de algo que ya había escuchado acerca de la singular costumbre entre estos isleños. Aunque el país está ocupado por distintas tribus cuya mutua hostilidad casi excluye todo contacto entre ellas, existen casos en que una persona, habiendo ratificado sus relaciones amistosas hacia algún individuo del valle cuyos habitantes están en guerra con el suyo, puede, en circunstancias particulares, aventurarse a entrar impunemente en el territorio de su amigo, donde, en otras circunstancias, sería recibido como a un enemigo. De esta forma se respeta la amistad personal entre ellos y el individuo protegido se considera "tabú" y su persona, hasta cierto punto, se declara sagrada. De este modo el forastero me informó tener acceso a todos los valles de la isla.

Curioso por conocer cómo había aprendido el inglés, le hice la pregunta correspondiente. Al principio, por un motivo u otro, la evadió; pero después me dijo que cuando era niño fue llevado a alta mar por el capitán de un barco de comercio con quien pasó tres años, viviendo parte del tiempo con él en Sidney, Australia; y que, en una segunda visita a la isla, el capitán, a petición suya, le había permitido quedarse entre sus compatriotas. La rapidez natural del salvaje había sido mejorada por su contacto con los hombres blancos y su conocimiento parcial del idioma extranjero le había proporcionado prominencia sobre sus semejantes menos dotados.

Cuando pregunté al ahora afable Marnu el motivo por el cual no se había dirigido a mí con anterioridad, inquirió honestamente qué había pensado yo de su conducta entonces. Le contesté que supuse que fuera un gran jefe o guerrero que ya había visto suficientes blancos y pensaba que no valía la pena reparar en un pobre marinero. Pareció muy satisfecho por la exaltada opinión que me había formado de él y me dio a entender que se había comportado de esa manera a propósito para aumentar mi sorpresa, hasta hallar el momento apropiado de hablarme.

Marnu quiso saber mi versión de cómo me había convertido en un habitante del valle Typee. Cuando le conté las circunstancias en las que Toby y yo habíamos llegado a él, escuchó con vivo interés, pero en cuanto aludí a su ausencia, aún inexplicable, cambió la conversación

como si no quisiera hablar de ello. Realmente parecía que todo lo relacionado con Toby fuera motivo de inquietud y ansiedad para mí. A pesar de las negativas de Mamu de no saber nada, no pude evitar sospechar que me estaba engañando; y esta sospecha revivió aquellos terribles temores respecto a mi propia suerte, que corto tiempo atrás albergaba en mi pecho.

Influido por estas ideas, sentí un fuerte deseo de aprovecharla protección del extraño y regresar con él a Nukujiva. Pero tan pronto como se lo insinué, dijo sin inmutarse que era totalmente imposible, asegurándome que los taipis nunca me dejarían abandonar el valle. Aun cuando lo que dijo confirmó sencillamente la impresión que tenía antes, aumentó mi ansiedad de huir de un cautiverio que, independientemente de lo aceptable o incluso agradable en algunos aspectos, implicaba una suerte marcada por las más temibles contingencias.

No podía concebir que Toby hubiera sido tratado tan bien como yo y que toda la amabilidad de los nativos hubiera terminado con su misteriosa desaparición. ¿No me esperaba la misma suerte, demasiado triste para pensar en ella? Instado por estas reflexiones, insistí en mi petición a Mamu; pero él sólo ripostó con mayor vehemencia la imposibilidad de mi huida y repitió su aseveración anterior de que los taipis no me dejarían partir.

Cuando intenté preguntarle los motivos que les impulsaban a mantenerme prisionero, Mamu asumió de nuevo el tono misterioso que me había atormentado cuando le inquirí sobre la suerte de mi compañero.

Este rechazo aumentó mis augurios incitándome a renovar los intentos, por lo que le pedí que intercediera por mí con los nativos para que consintieran en mi partida. Pareció fuertemente opuesto a esto; pero cediendo al fin a mi insistencia, se dirigió a varios jefes, quienes con el resto de la gente habían estado observándonos durante toda nuestra conversación. Su petición, sin embargo, fue acogida con la más violenta negativa, manifestándose en miradas y gestos airados y un perfecto torrente de palabras apasionadas dirigidas a él y a mí. Marnu, evidentemente arrepentido, desaprobó el resentimiento de la multitud y en pocos momentos logró apaciguar algo los clamores provocados por su petición.

Con el mayor interés esperé la respuesta a sus palabras para saber el efecto que haría su intercesión; y una amarga decepción invadió mi pecho cuando vi la firme determinación de los isleños. Marnu me dijo con evidente alarma en su rostro que aunque lo admitían amistosamente en el valle, no podía entrometerse en sus asuntos, pues entonces le retirarían de inmediato los derechos del "tabú" y si permanecía neutral no tendría que enfrentar las enemistades de la tribu.

En aquel momento Mehevi, que estaba presente, lo interrumpió airado; y por las palabras que pronunció en tono autoritario, evidentemente le mandaba a terminar la conversación conmigo y a retirarse al otro lado de la casa. Marnu en seguida se levantó, indicándome apresurado que no le volviera a dirigir la palabra y, si valoraba en algo mi seguridad, que no insistiera en el tema de mi partida; y, entonces, cumpliendo la orden del jefe reiterada nuevamente, se apartó de mí.

En ese momento percibí, no con poca aprensión, la misma expresión salvaje en los rostros nativos que me había estremecido durante los sucesos del Tai. Sus desconfiadas miradas iban de Marnu a mí, como sospechando del carácter de nuestra conversación en un idioma ininteligible para ellos, lo cual parecía albergar la creencia de que habíamos acordado algo para eludir su vigilancia.

Los rostros de aquella gente revelan maravillosamente las emociones de su alma y las imperfecciones de su lenguaje oral se compensan con la nerviosa elocuencia de sus miradas y gestos; podía descubrir en cada variación de las expresiones de sus caras todas las pasiones que inesperadamente surgían en sus corazones.

-No necesitaba reflexionar para convencerme, por lo que estaba pasando, que no

olvidarían fácilmente la intervención de Mamu; y en consecuencia, esforzándome al máximo por reprimir mis sentimientos, me acerqué a Mehevi en tono de buen humor con vistas a disipar la mala impresión que pudiera haber recibido. Pero el airado jefe no se contentó fácilmente y me rechazó con esa severa expresión que ya expliqué y puso cuidado en que su comportamiento expresará el resentimiento y el desagrado que yo merecía.

Marnu, al otro extremo de la casa, al parecer deseoso de desviar la atención para favorecerme, divertía a la gente con sus excentricidades; pero sus intentos fueron en vano pues no levantaron las risas acostumbradas y se dispuso a marcharse. Nadie se inmutó con su movimiento, por lo que recogiendo su rollo de tapa y su lanza, avanzó hacia el borde del pai-pai, y despidiéndose de todos con un movimiento de mano a la silenciosa multitud, me lanzó una mirada de piedad y reproche y se perdió por el sendero que partía de la casa. Observé su figura perderse en la oscuridad de la selva y me sumí en desesperadas reflexiones.

CAPITULO DIECINUEVE

Reflexiones después de la partida de Marnu - Batalla de tiratacos - Extraño capricho de Marheyo - Confección de la tapa.

Lo aprendido acerca de las intenciones de los salvajes me afligió profundamente.

Marnu, según percibí, era un hombre que por su preparación superior y los conocimientos adquiridos por los sucesos ocurridos en las distintas bahías de la isla, era muy estimado por los habitantes del valle. Lo habían recibido con el mayor respeto y cordial bienvenida. Los nativos atendieron a sus palabras manifestando la mayor gratitud cuando se refería a cada uno de ellos. Sin embargo, unas pocas palabras a mi favor con la intención de librarme de mi cautiverio habían bastado no sólo para desaparecer toda la armonía y buena voluntad, sino que, si creemos en lo que me dijo, incluso había puesto en peligro su seguridad personal.

¡Qué fuertemente arraigada, entonces, debía ser la determinación de los taipis respecto a mí y con qué rapidez mostraban sus extrañas pasiones! Sólo sugerir mi partida había apartado de mí, al menos por el momento, a Mehevi, el más influyente de todos los jefes y quien había mostrado en tantas oportunidades su amistad hacia mí. El resto de los nativos también exhibió su fuerte rechazo a mis deseos y hasta el mismo Kori-Kori parecía compartir la desaprobación general para conmigo.

En vano di vueltas en mi cabeza para encontrarles un motivo, pero no pude descubrirlo.

Sin embargo, cualquiera que fuese, la escena que acababa de presenciar me anunciaba el peligro que corría si chocaba con aquellos espíritus apasionados y caprichosos contra los cuales era inútil, e incluso fatal, luchar. Mi única esperanza era hacer creer a los nativos que estaba de acuerdo con permanecer en el valle y, adoptando una actitud tranquila y alegre, alejar las sospechas que había levantado. Recobrada su confianza, en poco tiempo dejarían de vigilarme y entonces aprovecharía cualquier oportunidad que se presentase para huir. Por consiguiente, decidí sacar el mayor provecho de mi desventaja y resistir resueltamente lo que pudiera sobrevenir. En esta empresa obtuve éxitos inesperados. Cuando se produjo la visita de Marnu, había permanecido en el valle según mis cálculos unos dos meses. Aunque no estaba totalmente recuperado de mi enfermedad, no sufría dolor y podía moverme. En resumen, todo parecía indicar que me recuperaría pronto. Libre de aprensiones desde este punto de vista y resuelto a enfrentar

Librodot

mi futuro, me sumí en los placeres sociales del valle sepultando todas las preocupaciones y recuerdos de mi vida anterior en los salvajes disfrutes que me proporcionaban.

En mi vagar por el valle y conocer mejor el carácter de sus habitantes, me sorprendía cada vez más la alegría que encontraba en todas partes. Las mentes de estos sencillos seres, despreocupados de graves asuntos, eran capaces de disfrutar al máximo en circunstancias que hubieran pasado inadvertidas en comunidades más avanzadas. Todas las alegrías parecían estar formadas de los incidentes más insignificantes del momento; pero estos diminutos sucesos unidos hasta provocar felicidad, casi nunca se experimentan en individuos más ilustrados, cuyos placeres se extraen de fuentes más elevadas aunque extrañas.

Por ejemplo, ¿qué pueblo de mortales intelectuales y refinados se satisfaría en lo más mínimo disparando tacos? Sólo suponer esta posibilidad provocaría su indignación; sin embargo, toda la población de Taipi no hizo otra cosa durante diez días, con diversión infantil y griterías también, por el disfrute que les producía.

Un día me entretuve con un inquieto chiquillo de unos seis años que me perseguía con un palo de bambú de unos tres pies de largo con el cual en ocasiones me molestaba. Quitándole el palo, se me ocurrió hacerle al niño uno de esos fusiles con los que recordaba haber visto jugar a otros niños. Con mi cuchillo corté dos ranuras paralelas de varias pulgadas de largo y cortando por un extremo la elástica tira entre ambas la doblé e introduje su punta por una muesca hecha a propósito. Cualquier objeto pequeño colocado aquí se proyectaría con gran fuerza a través del tubo con sólo liberar la tira fuera de la muesca.

Si hubiera tenido la más remota idea de la sensación que produciría esta pieza, hubiera sacado patente de invención. El muchacho escapó con el aparato, medio loco de contento, y veinte minutos después me vi rodeado de una ruidosa muchedumbre: venerables ancianos barbicanos, responsables cabezas de familia, valien**tes** guerreros, madres, jóvenes, muchachas y niños, todos llevaban en la mano palos de bambú y cada uno pedía ser el primero.

Durante tres o cuatro horas me enfrasqué en la fabricación de tiratacos, pero al final cedí mi buena voluntad e interés en el asunto a un joven de sorprendente habilidad, a quien pronto inicié en el arte de fabricarlos.

El ruido sordo de los tiratacos resonaba por todo el valle.

Duelos, escaramuzas, pequeños combates, y la participación general invadieron el valle. Aquí, en un sendero que conducía a la selva, se caía en una malvada emboscada y uno era punto de fuego de un pelotón de fusileros cuyas piernas tatuadas podían verse a través del follaje. Allá uno era asaltado por la intrépida guarnición de una casa, que dirigía sus cañones de bambú a través de las aberturas que forman las cañas en las paredes. También uno podía ser atacado por un destacamento de francotiradores subidos en lo alto de un *pai-pai.*

Tras el sonido, guayabitas verdes, semillas y bayas volaban en todas direcciones y durante esta peligrosa situación temí que, al igual que el hombre y su toro de latón, yo fuese víctima de mi propia invención. No obstante, como suele suceder con todas las cosas, esta pasó gradualmente, aunque a partir de entonces el sonido de los tiratacos podía escucharse a cualquier hora del día.

Fue precisamente al terminar la guerra de los tiratacos que me divirtió mucho un extraño capricho de Marheyo.

Cuando me marché del barco llevaba un par de zapatos que con el uso que tuvieron, escalando precipicios y deslizándose por los desfiladeros, estaban tan estropeados que no podían usarse; al menos eso hubiera pensado generalmente una persona normal.

Pero las cosas inservibles en un aspecto pueden servir en otro, es decir, si se tiene el

ingenio necesario para lograrlo. Marheyo poseía ese ingenio en grado superlativo y lo probó con el uso que dio a aquellos zapatos desgastados.

Cualquier artículo que me perteneciese, a pesar de lo trivial, parecía sagrado para los nativos; y observé que durante varios días después de ser miembro de aquella casa, mis zapatos estaban donde los había tirado la primera vez. Recordé, sin embargo, que no estaban en su lugar habitual; pero no me preocupé por ello suponiendo que Tinor, como cualquier otra ama de casa, tropezándose con ellos en sus labores domésticas, los había botado de la casa. Pero pronto vi que me había equivocado.

Un día vi a Marheyo merodeando a mi alrededor en inusitada actividad y en tal grado que casi superaba a Kori-Kori en sus funciones. Se ofreció para llevarme a horcajadas al arroyo y cuando me negué, continuó dando vueltas cerca de mí como un viejo perro casero sin amilanarse por mi negativa. No podía suponer de ningún modo qué deseaba el anciano, hasta que de repente, aprovechando la ausencia temporal de la familia, inició una sarta de gestos señalando a mis pies y a un bultico que colgaba de la viga del techo. Al fin tuve una vaga idea de lo quería decirme y le indiqué que bajara el paquete. Cumplió la orden en un instante y desenrollando la pieza de tapa, descubrió ante mis ojos los mismos zapatos que yo creía destrozados.

De inmediato comprendí sus deseos y generosamente le obsequié los zapatos, que ya estaban muy enmohecidos, sin saber para qué diablos los quería.

Aquella misma tarde vi al venerable guerrero acercarse a la casa con paso lento y majestuoso llevando sus pendientes en las orejas, su lanza en la mano y el par de zapatos muy ornamentales colgados del cuello por una tira de corteza oscilando de un lado a otro de su ancho pecho. En el traje de gala del elegante Marheyo, estos pendientes de piel fueron desde entonces el rasgo más sobresaliente.

Pero volvamos a algo más importante. A pesar de que toda la existencia de los habitantes del valle parecía exenta de trabajos, había algunos empleos menores que, aunque ocupaciones más bien entretenidas que laboriosas, contribuían a su comodidad y lujo. Entre ellas, la más importante era la elaboración de la tela indígena llamada tapa y tan conocida, con algunas modificaciones, en todo el archipiélago polinesio. Como se comprenderá, este útil y en ocasiones elegante artículo se confecciona a partir de la corteza de distintos árboles. Pero, como considero que nunca antes se ha descrito su fabricación, explicaré lo que conozco de ella.

En la manufactura de la bella tapa blanca usada generalmente en las Marquesas, la operación preliminar consiste en reunir cierta cantidad de ramas verdes del árbol adecuado. La corteza tierna exterior se arranca y se desecha, quedando al descubierto un delgado material fibroso que se desprende cuidadosamente en tiras y el cual está adherido a la rama. Cuando se ha reunido una cantidad suficiente de la fibra, las distintas tiras se envuelven en una capa de hojas grandes, que los nativos usan precisamente como nosotros usamos el papel de envolver, y que se amarran con varias vueltas de cordel. El paquete así formado se sumerje en el lecho de alguna corriente de agua bajo una piedra pesada para evitar que se escape. Luego de permanecer dos o tres días en este estado, se saca y se seca al aire por breve tiempo, mientras se inspecciona en todas sus partes con vistas a garantizar el efecto de la operación. Este proceso se repite varias *veces* hasta que se obtiene el resultado deseado.

Cuando el material está listo para el proceso ulterior, presenta señales de descomposición incipiente: las fibras se reblandecen y se toman maleables. Las distintas tiras se extienden, una a una, en capas sucesivas sobre alguna superficie plana -por lo general *el* tronco caído *de* un cocotero- y la pila así formada se somete a golpes moderados y pausados con una especie de mazo de madera. El mazo se hace de una madera muy dura parecida al ébano, es de unas doce

Librodot

pulgadas de largo y quizá dos de ancho, con un cabo cilíndrico; en su forma es la contrapartida exacta de nuestros bates de cricket. Las partes planas del implemento están marcadas con unas leves ranuras paralelas, de distintas profundidades en los lados según se aplique en las diversas etapas de la operación. Estas marcas producen listas, parecidas a las del corderoy, en la tela ya terminada. Golpeado de esta manera, el material se convierte en una masa que, humedecida ocasionalmente con agua, se batana a ratos mediante un proceso de maceración, con vistas a obtener el espesor requerido. De esta forma el tejido se hace fácilmente de distintos grados de fortaleza y grosor con el propósito de satisfacer sus numerosos usos.

Terminada la operación que acabo de describir, la tela recién hecha se extiende sobre la hierba para blanquearla y secarla, adquiriendo en seguida una sorprendente blancura. Algunas veces, en las primeras etapas de la fabricación, la materia se impregna de un zumo vegetal que le proporciona una coloración indeleble. A menudo se ve en amarillo o en marrón, pero el gusto sencillo de los pobladores del Typee los lleva a preferir su color natural.

La notable esposa de Kammahammaha, célebre conquistador y rey de las Islas Sandwich[28], acostumbraba a enorgullecerse por sus habilidades en el teñido de la tapa con colores contrastantes dispuestos en figuras regulares; y, en medio de las innovaciones de entonces, se la consideró hacia el final de sus días, como una dama de la escuela antigua, por preferir la tela nacional a la variedad de los tejidos europeos. Pero el arte de estampar la tapa se desconoce en las Islas Marquesas.

En mi paso por el valle, a menudo me atrajo el ruido del mazo que, cuando se emplea en la elaboración de la tela, produce un claro sonido musical a cada golpe de la dura madera, capaz de ser escuchado a grandes distancias. Cuando se unían varios utensilios en la misma operación y cercanos uno del otro, el efecto del sonido en el oído de la persona ubicada a cierta distancia resulta realmente encantador.

CAPÍTULO VEINTE

Historia de un día normal en el valle del Typee - Danzas de las muchachas marquesinas.

Nada puede ser tan uniforme y normal como la vida en el Typee; un día tranquilo de paz y felicidad sigue a otro en suave sucesión; y entre estos incivilizados salvajes, la historia de un día es la historia de una vida. Por consiguiente, describiré con la brevedad que pueda uno de nuestros días en el valle.

Empecemos con la mañana. No éramos muy madrugadores: cuando el sol lanzaba sus dorados rayos sobre las montañas de Japar, me despojaba de la bata de tapa, me envolvía la larga túnica a la cintura y salía afuera con Feyawey, Kori-Kori y el resto de la familia y nos encaminábamos al arroyo. En él encontrábamos a todos los que vivían en esa parte del valle y nos bañabamos juntos. El aire fresco de la mañana y la fría corriente nos avivaban el cuerpo y el espíritu; y luego de media hora en esta recreación, regresábamos a la casa. Tinor y Marheyo recogían por el camino leña para el fuego, algunos muchachos trepaban en busca de cocos, Kori-

[28] Kamehameha (1 782-1819) fue la figura más importante de la historia de Hawai. Soberano de uno de los cuatro reinos de las Islas Sandwich, unió a todo el grupo de islas bajo su dominio hacia 1810 y logró refrenar los intentos de los oficiales navales rusos y los piratas españoles de invadir su país. Bajo su gobierno se desarrolló el comercio de sándalo

Librodot

Kori hacía sus extravagantes travesuras para mi diversión particular, y Feyawey y yo, aunque no de brazos pero a veces tomados de la mano, caminábamos juntos sintiendo amor por todo el mundo y en especial por nosotros mismos.

Pronto llegaba la hora del desayuno. Los isleños son algo asténicos en este sentido: reservan su apetito para un momento posterior del día. Por mi parte, con la ayuda de mi sirviente, que, como ya expliqué, siempre me alimentaba en estas ocasiones, yo comía un poco de poi-poi mezclado con masa de coco en uno de los cuencos de Tinor dedicado exclusivamente a mi uso personal. Una porción asada del fruto del árbol del pan, una torta pequeña *de amar o* una ración de *kouku,* dos o tres bananas o una fruta del maumí, un annoi o alguna otra fruta agradable y nutritiva, servían diariamente para diversificar la comida, la cual terminaba siempre con el líquido de un coco o dos.

Mientras participaba de esta sencilla comida, la familia de la casa Marheyo, al estilo de los antiguos romanos, se reclinaba en grupos sociales sobre el diván de esteras y la digestión se estimulaba con una alegre conversación.

Después de concluido el desayuno, se encendían pipas; y, entre ellas, la especial dedicada a mí, un regalo del noble Mehevi. Los isleños, que sólo fuman una o dos bocanadas a largos intervalos mientras pasan sus pipas continuamente de uno a otro, consideraban algo fantástico que yo fumase sistemáticamente cuatro o cinco pipas seguidas. Cuando ya han circulado dos o tres pipas, se rompe el grupo gradualmente. Marheyo se marcha a la cabaña en perenne construcción y Tinor empieza a inspeccionar sus rollos de tapa o emplea el tiempo en tejer tapices de fibras vegetales. Las muchachas se maquillan con sus olorosos aceites, se peinan o revisan sus curiosas joyas y comparan juntas sus dijes de marfil, hechos de colmillos de jabalí o dientes de ballena. Los jóvenes y guerreros sacan sus lanzas, remos, aparejos, mazas de combate y conchas de guerra y se enfrascan en tallar toda clase de figuras en ellos usando afiladas conchas o pedernal y adornándolos, especialmente las conchas de guerra, con borlas de corteza tejida y mechones de pelo humano. Algunos, inmediatamente después de desayunar, vuelven a reclinarse en las tentadoras esteras para proseguir el descanso de la noche anterior, durmiendo tan pesadamente como si no lo hubieran hecho durante una semana. Otros salen a los bosques con el propósito de reunir frutas o fibras de cortezas y hojas; estas últimas se recopilan continuamente y tienen cientos de usos. Otros más, quizá junto a muchachas, recogen flores o se dirigen al arroyo con pequeñas vasijas para pulirlas en el agua friccionándolas con una piedra lisa. En realidad estos inocentes siempre tenían algo que hacer y no sería fácil enumerar todas sus ocupaciones, o más bien placeres.

Mis mañanas las pasaba de distintas maneras. A veces vagaba de casa en casa, seguro de recibir un cordial recibimiento dondequiera que fuera o de una arboleda a otra, de una sombra a otra en compañía de Kori-Kori y Feyawey, así como de un grupo de alegres holgazanes. Era demasiado indolente para ejercitarme y aceptando una de las muchas invitaciones que continuamente recibía, me echaba sobre las esteras de cualquier casa hospitalaria y me ocupaba plácidamente en observar las labores de los que me rodeaban o incluso en ayudarlos. Cuando me decidía por esto último, la alegría de los isleños no tenía límites y siempre se disputaban el honor de instruirme en cualquier arte particular. Pronto aprendí a confeccionar tapa: trenzaba las fibras tan bien como el mejor de ellos; y una vez, usando mi cuchillo, tallé el mango de una jabalina con tal exquisitez que no tengo dudas de que aún Kamunu, su dueño, la conserva como un raro espécimen de mis habilidades. Al acercarse el mediodía, empezaban a regresar todos los que se habían marchado de la casa; y cuando el sol estaba en su cenit casi no se escuchaba ruido alguno en el valle: a todos los embargaba el sueño.

Librodot

La tranquila siesta nunca se omitía, salvo por el viejo Marheyo, que por su carácter excéntrico no parecía regirse por principios inviolables, sino que actuando acorde con su ánimo del momento, dormía, comía o trabajaba en su cabaña sin preocuparse del tiempo o el lugar. Con frecuencia podía vérsele durmiendo al sol del mediodía o bañándose en el arroyo a medianoche. Una vez lo vi encaramado a ochenta pies del suelo, sobre las ramas de un cocotero, fumando; y a menudo lo observé metido en el agua hasta la cintura, ocupado en arrancarse los escasos pelos de la barba usando conchas como pinzas.

La siesta del mediodía duraba por lo general una hora y media, muchas veces, más; y después que los durmientes se levantaban de las esteras, de nuevo tomaban sus pipas y se disponían a tomar la comida más importante del día.

Yo, sin embargo, como los caballeros del placer, que desayunan en casa y comen en el club, casi invariablemente durante mis intervalos saludables, comía con los jefes célibes del Tai, quienes siempre se alegraban de verme y me brindaban lo mejor de su despensa. Mehevi por lo general me presentaba, entre otras golosinas, un cerdo asado, lo cual, sin duda, hacía sólo para mí.

El Tai es un sitio magnífico. Le hacía bien a mi cuerpo y a mi espíritu. Exento de intrusiones femeninas, no había límite para el júbilo de los guerreros quienes, al igual que los caballeros de Europa después de retirar los manteles y de marcharse las damas, dan rienda suelta a su buen humor.

Luego de pasar gran parte de la tarde en el Tai, generalmente iba, aprovechando el fresco viento vespertino, a navegar por la laguna con Feyawey o a bañarme en las aguas del arroyo con algunos salvajes quienes, a esta hora, siempre merodeaban por allí. Al acercarse la penumbra de la noche, la familia Marheyo volvía a reunirse bajo su techo: se encendían lamparitas, se entonaban cantos curiosos, se narraban historias interminables (en las cuales yo era el más brillante) y toda clase de juegos servían para pasar el tiempo.

Con mucha frecuencia las jóvenes danzaban frente a sus casas a la luz de la luna. Existe una gran variedad de bailes, en los cuales, sin embargo, nunca vi participar a los hombres. Todos consisten en rápidas evoluciones de movimientos traviesos y retozones, en los cuales cada miembro cumple su cometido. En realidad las muchachas marquesinas bailan con todo el cuerpo; no sólo mueven los pies, sino sus brazos, manos, dedos y hasta los ojos parecen bailar en sus rostros.

Las doncellas no usan otra cosa que flores y sus túnicas de gala; y cuando giran en la danza, parecen una bandada de sílfides oliváceas[29] a punto de volar. Con tal gracia mueven sus volátiles figuras, doblan el cuello, alzan sus brazos desnudos, se deslizan, flotan y giran, que excitaban hasta al joven más tranquilo, sosegado y modesto que era yo.

A menos que se realizara una festividad particular, los residentes de la casa de Marheyo se retiraban a sus esteras temprano en la noche, pero no durante toda la noche, pues luego de dormir un rato, se levantaban, volvían a encender las lámparas, tomaban la tercera y última comida del día, en que sólo se comía poi-poi y entonces, después de aspirar una bocanada del narcótico

[29] La alusión es a *La sílfide* de Filippo Taglioni, precursor de los grandes ballets románticos, presentado por primera vez en la Opera de París en 1832 y fue el precursor del ballet *Las sílfides* de Fokine, tan conocido por los amantes del ballet moderno. Poco después de su primera presentación, *La sílfide* fue llevada a los Estados Unidos por Madame Celeste, y en 1839 la bailó en Nueva York la gran Marie Taglioni, seguida de Fanny Ellsler, que levantó un amplio entusiasmo durante su gira por los Estados Unidos en 1840-42. Probablemente fue la danza de Fanny Ellsler la que recordó Melville cuando observaba a las muchachas de Typee, pues ella se ganó la admiración de las personas cultas norteamericana y fue excesivamente alabada por Emerson, Longfellow y Margaret Fuller.

humo de las pipas, se disponían a la gran empresa de la noche: dormir. Entre los marquesinos podría considerarse la gran empresa de la vida, pues pasan gran parte del tiempo en brazos de Somnus[30]. La natural fortaleza de su constitución no se muestra más enfáticamente que por la cantidad de horas que pueden dormir. Para muchos de ellos la vida representa en realidad casi una ininterrumpida siesta placentera.

CAPÍTULO VEINTIUNO

El manantial *de Arva Wai* - Notables restos de* monumentos -Algunas *ideas respec*to a la historia *de* los pai-pai *del valle.*

Casi todos los países cuentan con manantiales de aguas medicinales famosos por sus virtudes curativas. El balneario del Typee está sumido en la más profunda soledad y en raras ocasiones recibe un visitante. Está alejado de toda vivienda, un poco elevado en la montaña, cerca del final del valle; y se llega a él por un sendero sombreado por el más bello follaje y está adornado por un millar de plantas aromáticas.

Las aguas minerales de Arwa Wai[31] brotan de las hendiduras de una roca y, deslizándose por su superficie musgosa, van a caer en chorro pulverizado en un lecho natural de piedras rodeado por césped y flores violetas, tan fresco y bello como lo permite el perenne rocío.

Esta agua es muy estimada por los isleños, algunos de los cuales la consideran una bebida agradable y medicinal; la transportan de la montaña en sus vasijas y la almacenan debajo de montones de hojas en algún escondrijo oscuro cerca de la casa. El viejo Marheyo adoraba las aguas del manantial. De cuando en cuando escapaba a la montaña cargando una gran vasija y, jadeante por el esfuerzo, la traía llena del valioso líquido.

El agua sabía a una decena de cosas desagradables y era lo suficientemente nauseabunda como para haber hecho la fortuna del propietario del balneario si hubiera estado situado en el centro de un país civilizado.

Como no soy científico, no puedo ofrecer un análisis químico del agua. Todo lo que sé sobre ella es que un día Marheyo en presencia mía vertió la última gota que quedaba en su gran vasija y observé en el fondo del depósito un poco de sedimento muy parecido a nuestra arena común. Si siempre está disuelto *en el* agua y es lo que le da su sabor y virtud peculiares, o si su presencia es sólo incidental, no lo puedo asegurar.

Un día, cuando regresaba de este manantial por un camino secundario, observé una escena que me recordó a Stonehenge y las labores arquitectónicas de los druidas[32]

[30] Somn us: divinidad romana que personifica al sueño

[31] Arva Wai: creo que esto podría traducirse por "Aguas Fuertes". Arva es el nombre que se le da a una raíz cuyas propiedades son tanto embriagadoras como medicinales. Wai es el vocablo marquesino para el agua.

[32] La idea de que Stonehenge es obra de los druidas parece tener su origen en el siglo XVII con el anticuario John Aubrey y se popularizó por William Stukely a mediados del XVIII; desde entonces se ha mantenido esta creencia en la mente popular, pero indudablemente es incorrecta. El monumento puede haber desempeñado un papel importante *en el* culto druida de los celtas -aún no conocemos lo suficiente esa religión para afirmarlo-, pero su construcción, que data del período comprendido entre 1800 y 1600 a. C., sin duda fue obra de pueblos más primitivos, pueblos de la primera Edad del Bronce creadores de los grandes megalitos de toda Europa, y que de de Minos: posibilidades que son más románticas, si Melville las hubiera conocido, que su relación con los oscuros druidas.

Al pie de una de las montañas y rodeadas por todas partes por una densa selva, se alzaban, paso a paso, vastas terrazas de piedra hasta una distancia considerable por su ladera. Estas terrazas no deben tener más de cien yardas de largo por veinte de ancho. Su magnitud, no obstante, resulta menos sorprendente que el enorme tamaño de los bloques que las componen. Algunas de las piedras, de forma ovalada, tienen de diez a quince pies de longitud y cinco o seis de espesor. Sus lados son lisos, aunque cuadrados y de una formación muy regular, sin marcas de cincel. Están unidas sin cemento y a ratos se observan grietas entre ellas. La terraza superior y la inferior presentan una construcción singular. Ambas tienen una depresión cuadrangular en su centro, permitiendo que el resto se eleve varios pies por encima de este cuadrado. Entre las piedras han penetrado las raíces de inmensos árboles y sus anchas ramas sobresalen formando una bóveda casi impenetrable al sol. Sobre ellas se enredan una sarta de parras silvestres, en cuyo sinuoso abrazo casi ocultan a muchas de las piedras, mientras que en otros lugares la espesura las cubre por completo. Hay un sendero salvaje que cruza oblicuamente dos de estas terrazas; y la sombra es tan oscura, la vegetación tan densa, que un extraño podría pasar por allí sin percatarse de su existencia.

Estas estructuras tienen todos los indicios de ser muy antiguas y Kori-Kori, que era la autoridad a que recurría en todos los asuntos correspondientes a la investigación científica, me dio a entender que estaban ahí desde la creación del mundo, que los grandes dioses las habían construido y durarían por siempre. La rápida explicación de Kori-Kori y el atribuirles un origen divino, me convencieron de inmediato de que ni él ni el resto de sus coetáneos sabían nada de ellas.

Al mirar este monumento, indudablemente obra de una raza extinta y olvidada[33], sepultada de esta forma en el verde escondrijo de la isla en los confines de la tierra, cuya existencia se desconocía apenas ayer, me sobrevino un sentimiento de espanto más fuerte que si estuviera mirando la majestuosa base de la Pirámide de Keops[34]. No hay descripciones, no hay esculturas, ninguna pista que indique su historia; sólo piedras mudas. ¡Cuántas generaciones de estos magníficos árboles que las cubren habrán crecido, florecido y languidecido!

Estas ruinas sugieren naturalmente muchas reflexiones interesantes. Establecen la época de prosperidad de la isla, una opinión que los teóricos interesados en la creación de los distintos grupos de islas de los Mares del Sur, no siempre se inclinan a dar. Por mi parte, pienso que es probable que seres humanos habitasen los valles de las Marquesas hace tres milenios al igual que lo hacían en las arenas de Egipto. El origen de la isla de Nukujiva no puede imputarse a los corales; pues a pesar de lo infatigables que son, no tendrían la fuerza para apilar una piedra sobre otra a más de tres mil pies por sobre el nivel del mar. El que esta isla pueda haber surgido por la erupción de un volcán submarino es tan posible como cualquier otra cosa. Nadie puede atestiguar lo contrario; y por tanto no diré nada en contra de esta suposición. Ciertamente los geólogos

[33] Las recientes investigaciones arqueológicas han establecido que las construcciones megalíticas de las Marquesas en realidad datan de épocas relativamente recientes (de los últimos 400 años) y fueron erigidas por los pueblos que habitaban la isla cuando Melville llegó a ella. Otros recuentos contemporáneos sugieren que ya se utilizaban a principios del siglo XIX, y Melville parece haber confundido las indicaciones de sus informantes si se imaginó que aquellos otorgaban a razas pasadas el crédito de obras que
de hecho se atribuían a los jefes bien recordados por los polinesios, pueblo altamente consciente de su linaje.

[34] Melville no hablaba, en ese momento, por experiencia propia. Cuando vio por primera vez las Pirámides en su visita a Egipto en 1857, lo sobrecogió el terror -a pesar del experimentado marino que era- cuando miró hacia abajo desde lo alto de la Gran Pirámide. Recuerda a los monumentos egipcios como "algo vasto, indefinido, incomprensible y horroroso

Librodot

afirman que todo el continente americano se formó igualmente por la explosión simultánea de una cadena de Etnas que iba desde el Polo Norte hasta el paralelo del Cabo de Hornos; yo sería el último hombre en el mundo en contradecirlos.

Ya mencioné que las viviendas de los isleños estaban construidas invariablemente sobre bases de piedra, que denominan paipai. Sus dimensiones, sin embargo, así como las piedras que lo componen, son relativamente pequeñas; aunque existen otras construcciones más grandes de similares características que constituyen los morais o cementerios, así como los lugares festivos, en casi todos los valles de la isla. Algunos de estos apilamientos de piedra son tan extensos y grandes que se habrá necesitado cierto grado de labor y habilidad para construirlos, de modo que escasamente puedo creer que fueran hechos por los antecesores de sus actuales moradores. Si así fuera, esta raza lamentablemente habría involucionado en el conocimiento de la mecánica. Sin hablar de su indolencia habitual, ¿cómo gente tan simple habrá podido mover o fijar bloques tan enormes? ¿Y cómo habrán podido tallarlos y conformarlos con sus rudimentarios implementos?

Todos estos pai-pai mayores, como el del terreno del HulaHula en el valle del Typee, llevan la señal incuestionable de la antigüedad; y me inclino a creer que su erección puede adscribirse a la misma raza de hombres que construyeron los restos aún más antiguos que ya describí.

De acuerdo con la explicación de Kori-Kori, el *pai-pai* que sirve de base al terreno de Hula-Hula fue construido hace muchísimas lunas bajo la dirección de Mounu, un gran jefe y guerrero y, como parece, el maestro albañil de los taipis. Fue erigido para la expresa finalidad a que se dedica actualmente en el increíble período de un sol; y se dedicó a los inmortales ídolos de madera mediante un gran festival que duró diez días y diez noches.

Entre los pai-pai más pequeños, que sirven de base a las viviendas de los nativos, nunca vi alguno de reciente construcción. En todas partes del valle existen muchas de estas bases de piedra sin casa encima. Esto es muy conveniente, pues siempre que un isleño emprendedor decide emigrar a unos cientos de yardas de donde nació, todo lo que tiene que hacer para establecerse en otro lugar es seleccionar uno de los muchos pai-paí vacíos y sin más ceremonia levantar su casa de bambú encima.

CAPÍTULO VEINTIDOS

Preparativos para un gran festival en el valle - Extraños manejos en los bosques prohibidos - Monumento de las yacijas - Traje de gala de las doncellas taipis - Salida para el festival.

Desde que empezó a disminuir mi cojera, visité diariamente a Mehevi en el Tai, quien invariablemente me daba la más cordial bienvenida. Siempre me acompañaron en estos paseos Feyawey y el omnipresente Kori-Kori. La primera, tan pronto como nos acercábamos al Tai, lugar tabú para el sexo femenino, se retiraba a una cabaña aledaña como si su delicadeza femenina la inhibiera de acercarse a una habitación considerada un lugar exclusivo para hombres.

Y a decir verdad, así podía considerarse. Aunque era residencia permanente de varios jefes distinguidos y del noble Mehevi en particular, también era en determinadas temporadas el sitio favorito de los alegres, conversadores y ancianos nativos del valle, quienes recurrían a él de la misma manera que personajes similares frecuentan una taberna en los países civilizados. Allí pasaban horas charlando, fumando, comiendo poi-poi o muy ocupados en dormir para bienestar

de sus constituciones.

Este edificio parecía ser el cuartel general del valle, donde se concentraban todos los rumores que rondaban; y verlo lleno de una multitud de nativos, hombres, conversando en grupos animados, mientras otras multitudes entraban y salían continuamente, se hubiera pensado que era una Bolsa salvaje donde se discutía la suba y la caída de las acciones polinesias. Mehevi fungía como señor supremo del lugar; pasaba la mayor parte del tiempo allí; y a menudo cuando, en ciertas horas del día, el lugar estaba desierto salvo por los glaucos centenarios que ya formaban parte del edificio, el propio jefe disfrutaba de su *"otiumcum dígnitate"*[35] sobre las lujosas esteras que cubrían el *suelo.*

Cuando yo entraba, él se levantaba invariablemente y, como un noble que sirve de anfitrión en su mansión, me invitaba a reclinarme donde quisiese gritando *"¡Tamari!"* (Muchacho), para que este apareciera, se retirara al instante y trajera algún plato apetitoso que el *jefe* me obsequiaría. A decir *verdad,* Mehevi se esmeraba en su cocina para honrar mis reiteradas visitas, cuestión que no debe parecer extraña si recordamos que los solteros de todo el mundo son famosos por comer cenas poco excepcionales.

Un día, al acercarme al Tai, observé los preparativos que se estaban haciendo y que denotaban que se acercaba un festival. Algunos de los síntomas me recordaban los ruidos que hacen los pinches de un gran hotel cuando se va a dar un banquete. Los nativos corrían de un lado a otro, enfrascados en distintos menesteres: unos cargaban enormes vasijas de bambú hasta el arroyo para llenarlas de agua, otros perseguían a furiosos cerdos por la selva intentando capturarlos, y otros más preparaban grandes cantidades de poi-poi en profundos recipientes de madera.

Luego de observar estos evidentes indicios por un rato, me atrajo una arboleda vecina debido a un prodigioso alboroto que escuché. Al dirigirme allá, descubrí que se trataba de un enorme cerdo que los nativos mantenían inmóvil en el suelo, mientras que otro nativo fornido, armado de una maza, dirigía infructuosos golpes a la cabeza del animal. Una y otra vez erraba el golpe contra su intranquila víctima, pero resoplando y jadeando del esfuerzo, continuaba su batallar; y después de propinar una cantidad de golpes suficientes para tumbar a una manada de toros, con uno más aplastante lo dejó muerto a sus pies.

Sin dejarle verter una gota de sangre del cuerpo, el animal fue llevado a una hoguera que había sido preparada cerca y cuatro salvajes, sosteniéndolo por las patas, lo pasaron rápidamente por el fuego de un lado a otro. Al instante, el olor de las cerdas quemadas reveló el objeto de este procedimiento. Ya terminada la operación, fue retirado del fuego, separaron sus entrañas como partes selectas y lo lavaron cuidadosamente con agua. Un gran tapiz verde, hecho de las largas hojas de una palmera, ingeniosamente unida con alfileres de bambú, fue extendido en el suelo, y sobre el cual se puso y envolvió el cuerpo para trasladarlo a un horno preparado previamente. Aquí se puso sobre las piedras recalentadas en el fondo y se cubrió con gruesas capas de hojas, todo lo cual se cubrió con un montón de tierra.

Este era el método sumario con que los taipis convierten a los cerdos perversos y rebeldes en las chuletas más suaves y agradables del mundo; un bocado que al tocar la lengua se derrite como la suave sonrisa de los labios de una beldad.

Recomiendo este modo peculiar de cocción a todos los cocineros, carniceros y amas de casa. El infortunado cerdo cuya suerte acabo de contar no fue el único que murió ese día memorable. Muchos tristes gruñidos e implorantes chillidos proclamaron por todo el valle lo que

[35] *otium cum dign itate: ocio con dignidad*

sucedería; y creo firmemente que todos los primogénitos de esa especie perecieron antes de la puesta del sol.

La escena alrededor del Tai estaba ahora más animada. Cerdos y poi-poi se cocinaban en numerosos hornos, los cuales, cubiertos por montoncitos de tierra fresca, parecían grandes hormigueros. Grupos de salvajes machacaban vigorosamente el *poi-poi* con sus mazas de piedra y otros recogían frutos del árbol del pan y cocos en los bosques vecinos; mientras que una excesiva multitud, con vistas a estimular al resto en sus labores, se mantenía a la espera y gritaba sin descanso.

Es una peculiaridad de estos pueblos que, cuando se enfrascan en una labor, siempre armen gran alboroto. Con tan poca frecuencia trabajan que cuando lo hacen parecen decididos a que una acción tan meritoria no deba escapar a la atención de los demás. Si, por ejemplo, tienen la ocasión de trasladar una piedra a corta distancia, que quizá puedan hacerlo dos hombres fornidos, se reúnen muchos a su alrededor y después de larga discusión, la levantan entre todos, cada uno pugnando por aguantarla y transportarla, gritando y jadeando como si hicieran un gran esfuerzo. Verlos así en estas ocasiones, me recuerda a una infinidad de hormigas reunidas empujando a su cueva el cadáver de un insecto.

Después de observar atentamente durante algún tiempo estas demostraciones de júbilo, entré al Tai donde estaba Mehevi, siguiendo complacido la animada escena y en ocasiones impartiendo órdenes. El jefe parecía estar de un buen humor extraordinario y me dio a entender que al día siguiente se producirían grandes acontecimientos en los bosques y también en el Tai; y me pidió que no me los perdiera por nada del mundo. Sin embargo, la conmemoración de qué suceso o en honor de qué distinguido personaje festejaban, lo ignoraba. Mehevi intentó explicarme, pero fracasó lo mismo que cuando trató de iniciarme en los arcanos del tabú. Al abandonar el Tai, Kori-Kori, que como siempre me acompañaba, vio que mi curiosidad quedó insatisfecha y resolvió hacer algo al respecto. Con esto en mente, me llevó por el bosque tabú señalándome una serie de objetos esforzándose por explicármelos con una jerga irrepetible. En especial me condujo a una estructura piramidal extraordinaria de unas tres yardas cuadradas de base y quizá diez pies de altura, recientemente erigida, la cual ocupaba una curiosa posición. Estaba compuesta principalmente de grandes calabazas vacías y algunas cáscaras de coco muy pulidas y se parecía mucho a una pila de cráneos humanos. Mi cicerone comprendió mi asombro ante el salvaje monumento y en seguida me lo explicó. Pero todo fue en vano, y hasta el momento la naturaleza de aquel monumento sigue siendo un misterio para mí. Sin embargo, como desempeñaba un papel destacado en los festivales, pensé bautizarlo en mi mente como "Fiesta de las calabazas".

A la mañana siguiente, me levanté un poco tarde, y encontré a toda la familia Marheyo enfrascada en los preparativos para el festival. El viejo guerrero se arrollaba los dos mechones de pelo gris que le crecían desde la corona de la cabeza; sus pendientes y lanza, todo bien limpio, estaban a su lado, mientras que el par de zapatos viejos colgaban de una caña en la pared de la casa. Los jóvenes estaban ocupados en sus menesteres y las muchachas, incluida Feyawey, se untaban aka, se arreglaban sus largas trenzas y ejecutaban otros deberes de tocador.

Habiendo completado sus preparativos, las muchachas se mostraron ahora en traje de gala, cuyo adorno más importante era un collar de flores blancas, sin tallos y sujetas a una fibra de tapa. Llevaban los adornos correspondientes en las orejas y una corona de guirnaldas en la cabeza. Alrededor de la cintura llevaban una corta falda de blanca tela y algunas de ellas, añadían a esto un manto del mismo género, sujeto en elaborado arco sobre el hombro izquierdo y cayendo a lo largo de la figura en pintorescos pliegues.

Librodot

Ataviada de esta manera, la encantadora Feyawey podía competir con cualquier belleza del mundo.

La gente puede decir lo que quiera respecto a la moda de nuestras señoras. Sus joyas, plumas, sedas y terciopelos, parecerían insignificantes ante la exquisita simplicidad adoptada por las ninfas del valle en aquella fiesta. Me hubiera gustado ver una fila de bellas princesas en la Abadía de Westminster, paradas por un instante frente a este grupo de isleñas; su rigidez, formalidad y afectación comparadas con la gracia natural de estas salvajes. Hubiera sido una muñeca contra la Venus de Médici[36].

Al rato nos dejaron a Kori-Kori y a mí solos en la casa, el resto de los moradores partió hacia los Bosques Prohibidos. Mi sirviente se veía impaciente por seguirlos y estaba tan inquieto por mi tardanza como un caballero que espera, sombrero en mano, por su compañera para salir a cenar. Por fin, cediendo a su impaciencia, partí hacia el Tai. Según pasábamos por las casas que sobresalían de la selva por el camino que transitábamos, observé que estaban totalmente vacías.

Cuando llegamos a la roca con que termina abruptamente el sendero y que nos ocultaba del lugar de la fiesta, grandes gritos y un rumor confuso me aseguraron que se había congregado una gran multitud para la ocasión. Kori-Kori, luego de salvar la elevación, se detuvo por un instante como lo hace un *dandi* a la puerta de un salón de baile con el propósito de darle un toque final a su indumentaria. Durante este breve período se me ocurrió que yo también debía cuidar un poco de mi presencia. Pero como no tenía traje de fiesta, quedé un poco perplejo pensando en cómo adornarme. Sin embargo, como deseaba causar sensación, me propuse lograrlo conociendo que nada gustaba más a los salvajes que verme vestido como ellos; por lo que me quité el largo manto de tapa que acostumbraba echarme sobre los hombros siempre que salía de la casa y me quedé sólo con el faldón que me caía de la cintura a las rodillas.

Mi sagaz asistente agradeció el cumplido que yo hacía a su manera de vestir y comenzó a arreglar los pliegues del único adorno que quedaba sobre mí. Mientras lo hacía, vi a un grupo de muchachas que estaban sentadas sobre el césped rodeadas de montones de flores haciendo guirnaldas. Les indiqué que **me ense**ñaran su obra y en un instante tuve una docena a mi disposición. Puse una alrededor de la especie de sombrero que me había hecho de hojas de palmera y con otras me hice un soberbio cinturón. Terminadas estas operaciones, con el paso lento y digno de un hombre elegante, subí a la roca.

CAPITULO VEINTITRES

La "Fiesta de las calabazas".

Toda la población del valle parecía haberse congregado dentro de los límites de este bosque. A lo lejos podía verse el largo frontispicio del Tai, con su inmenso pórtico repleto de hombres, ataviados con una gran variedad de vestidos fantásticos y vociferando con animadas

[36] La Venus de Medici es la afamada estatua que está en el Museo de los Oficios en Florencia, esculpida para patronos romanos por el artista griego de la escuela neoática. Inspirada en la pérdida Venus de Cnido, constituye una degeneración del gusto del arte de Fidias y los demás escultores atenienses clásicos, pero desde el Renacimiento tardío hasta el siglo XIX cobró gran valor no sólo como obra de arte, sino también como una representación idealizada de la belleza femenina.

gesticulaciones; mientras que el espacio que mediaba entre aquello y el lugar donde me encontraba, estaba animado por grupos de mujeres graciosamente adornadas que bailaban, saltaban y proferían exclamaciones. Tan pronto como me divisaron me dieron gritos de bienvenida y se acercaron bailando y cantando una recitativa indígena. El cambio de mi indumentaria pareció transportarlas de placer y agrupándose a mi lado por todas partes, me acompañaron hasta el Tai. Sin embargo, cuando casi llegamos a él, estas joviales ninfas detuvieron su carrera y apartándose a ambos lados, me abrieron paso hasta el atestado edificio.

Cuando ya estuve sobre el pai-pai, de un vistazo comprobé que los festejos ya habían comenzado.

¡Qué abundancia proliferaba en todas partes! El festín de Warwick[37], de carne y cerveza a sus partidarios, fue pobre comparado con el del noble Mehevi. A lo largo del pórtico del Tai estaban alineados los recipientes tallados como canoas de veinte pies de largo repletos de fresco poi-poi y protegidos del sol por las anchas hojas del banano. A intervalos se veían montones de verdes frutas del pan apiladas en forma de pirámide semejantes a las balas de cañón en un arsenal. Insertadas en los intersticios de las enormes piedras que formaban el pai-pai estaban largas ramificaciones de árboles, de cuyas ramas, y protegidos del sol por el follaje, había colgados innumerables paquetes con la carne de los abundantes puercos sacrificados cubiertos de hojas y dispuestos de esta manera para hacerlos más accesibles a la multitud. Apoyados en la valla del pórtico se veía una gran cantidad de gruesos bambúes cerrados por un extremo y cada uno con cuatro o cinco galones de agua del arroyo.

Así preparado el banquete, sólo restaba que todos se sirvieran a su gusto. Apenas pasado un segundo, las ramificaciones transplantadas que mencioné antes fueron despojadas de los frutos que nunca habían producido. Las vasijas volvían a llenarse del inmenso recipiente de poi-poi y multitud de fogatas se encendieron en torno del Tai con el propósito de tostar la fruta del pan.

Dentro del propio edificio se producía una escena de lo más extraordinaria. El inmenso espacio cubierto de esteras que estaba entre las líneas paralelas de troncos de cocoteros que se extendían como mínimo a doscientos pies a todo lo largo de la casa, estaba ocupado por las figuras reclinadas de jefes y guerreros que comían a paso acelerado o disfrutaban de la calma de la vida polinesia bajo los sedantes humos del tabaco. Fumaban grandes pipas hechas de la dura cáscara de pequeños cocos curiosamente tallados con extraños dibujos paganos. Pasaban de una boca a la otra de los fumadores, quienes tomando dos o tres bocanadas, las pasaban a sus vecinos; en ocasiones estirándose indolentemente sobre el cuerpo de algún otro dormido de tanto comer.

El tabaco usado por los taipis era suave y aromático; como siempre lo vi en hojas y los nativos parecían tener un buen suministro de ellas, llegué a la conclusión de que tenía que ser un producto del valle. Ciertamente Kori-Kori me dio a entender que así era; pero nunca vi una planta de tabaco en la isla.

En Nukujiva y creo que en los demás valles, la planta es muy escasa y se obtiene sólo en pequeñas cantidades por mediación de los extranjeros; por lo que fumar resulta un gran lujo entre los habitantes de estos lugares. No puedo adivinar cómo los taipis estaban tan bien pertrechados de él. Los considero demasiado indolentes para dedicar alguna atención a su cultivo; y en

[37] Richard Neville, Conde de Warwick (1428-71) se ganó el nombre de "hacedor de reyes" debido a sus actividades e intrigas en las Guerras de las Rosas; la referencia a él sugiere que antes de escribir *Typee*, Melville había leído *The Last* of the *Barons de* Lytton, publicada en 1843.

Librodot

realidad, según mis observaciones, ni una pizca de suelo está cultivada a no ser por el sol y la lluvia. La planta del tabaco, sin embargo, como la caña de azúcar, podría crecer silvestre en algún sitio remoto del valle.

Había mucha gente en el Taí para quienes el tabaco no significaba un estímulo suficiente y por consiguiente habían recurrido al arva[38] como agente más poderoso para producir el efecto deseado.

El arua es una raíz muy difundida en los Mares del Sur y de la cual se extrae un zumo cuyos efectos sobre el sistema al principio son estimulantes en grado moderado; pero pronto relaja los músculos y ejerciendo su influencia narcótica, induce al sueño. En el valle esta bebida se prepara por lo general de la siguiente manera: unos seis muchachos sentados en círculo alrededor de un recipiente vacío tienen a su lado cierta cantidad de arva picada en pedazos. Una vasija de agua se pasa entre ellos y luego de enjuagarse la boca emprenden su faena. Su tarea consiste sencillamente en masticar profusamente la raíz de arva y lanzar un bocado tras otro en el susodicho recipiente. Después de obtenida la cantidad suficiente se vierte agua sobre esa masa y se revuelve con el dedo índice de la mano derecha. El preparado está listo para su uso. El arva tiene propiedades medicinales.

En las Islas Sandwich se ha utilizado con éxito en el tratamiento de la escrofulosis y para combatir los estragos de una enfermedad cuya aparición los habitantes enfermos deben a los benefactores extranjeros. Pero los residentes del valle del Typee, aún exentos de estas afecciones, generalmente emplean el *arva* como un disfrute social y la vasija del líquido circula entre ellos como la botella entre nosotros.

Mehevi, a quien le agradó mucho el cambio de mi indumentaria, me dio una cordial bienvenida. Me había reservado la mejor porción de kouku, conocedor de mi predilección por ese plato; y también me había seleccionado tres o cuatro cocos frescos, varias frutas del pan asadas y un magnífico racimo de bananas. De inmediato pusieron los obsequios ante mí, pero Kori-Kori no consideró el banquete suficiente hasta que me trajo uno de los paquetes de cerdo envueltos en hojas, el cual, a pesar de la extraña manera en que fue preparado, tenía un sabor excelente y estaba sorprendentemente dulce y suave.

El cerdo no es un artículo común entre la gente de las Marquesas, por consiguiente prestan poca atención a su cría. Los cerdos pueden vagar libremente por los bosques, donde obtienen gran parte de su sustento de los cocos que continuamente caen de lo alto de los árboles. Pero sólo luego de infinita labor y dificultad el hambriento animal puede perforar la corteza y la dura cáscara hasta llegar a la masa. Con frecuencia me deleitaba viendo a uno de ellos, después de mordisquear el coco con los dientes infructuosamente durante largo tiempo, arremeter contra él con violencia. Luego lo lanzaba con el hocico, volvía a embestirlo golpeándolo a un lado, se detenía como preguntándose a dónde había ido a parar y repetía toda la operación. De esta forma los cocos recorrían la mitad del valle.

El segundo día de la "Fiesta de las calabazas" fue aún más ruidoso que el primero. Las pieles de innumerables carneros parecían retumbar bajo los golpes de un ejército de músicos. Despertado por el ruido, me levanté y encontré a toda la familia atareada en los preparativos para partir. Curioso por descubrir qué extraños acontecimientos anunciaban estos nuevos sonidos y

[38] arva: comúnmente conocida como kaua

deseoso de ver los instrumentos que producían tal ruido, los acompañé tan pronto como estuvieron listos para partir hacia los Bosques Prohibidos.

El espacio relativamente abierto que se extendía desde el Tai hasta la roca, que según mencioné servía de entrada al lugar, estaba, junto con el propio edificio, desierto de hombres; todo ese espacio estaba lleno de mujeres que gritaban y bailaban bajo la influencia de algún extraño interés.

Me sorprendió la apariencia de cuatro o cinco ancianas que, en toda su desnudez, con sus brazos extendidos a ambos lados y manteniéndose perfectamente erguidas, saltaban con rigidez en el aire como estacas que salían a la superficie después de ser lanzadas al agua. Conservaban la extrema seriedad de su rostro y continuaban sus movimientos extraordinarios sin descansar un instante. No parecían llamar la atención de quienes las rodeaban, pero debo confesar sinceramente que en cuanto a mí, las miré pertinazmente.

Deseoso de comprender el significado de esta rara diversión, le pregunté a Kori-Kori; ese instruido taipi me explicó en seguida todo el asunto. Pero de sus palabras sólo entendí que las mujeres que saltaban frente a mí eran viudas desconsoladas, cuyos compañeros habían muerto en combate hacía muchas lunas; y quienes, en todo festival, daban prueba patente de sus calamidades en esta forma. Era evidente que Kori-Kori consideraba éste un motivo más que suficiente para costumbre tan indecorosa; pero debo decir que a mí no me satisfacía como a ellos.

Dejemos a estas afligidas mujeres y pasemos al terreno del Hula-Hula. En este gran cuadrado pareció reunirse toda la población del valle y el espectáculo que presentaban era realmente sorprendente. Bajo los techos de bambú que se inclinaban hasta el interior del cuadrado estaban reclinados los principales jefes y guerreros, mientras que una confusa muchedumbre descansaba bajo los enormes árboles que extendían sobre ellos sus majestuosas bóvedas. Sobre las terrazas de los gigantescos altares y en cada extremo había depositados cocos y frutas del pan, grandes rollos de tapa, manojos de bananas maduras, mameyes, dorados frutos del árbol artu y cerdos asados dentro de grandes recipientes de madera graciosamente decorados con hojas frescas, mientras que muchas armas se apilaban en confusos montones delante de los terribles ídolos. Frutas de varias clases colgaban también de palos clavados en el suelo a lo largo de la terraza inferior en ambos altares. En su base había dos filas paralelas de pesados tambores como mínimo de quince pies de altura, hechos de los troncos huecos de inmensos árboles. Su extremo superior estaba tapado por la piel de tiburones y su superficie llevaba talladas cuidadosamente distintas figuras y objetos pintorescos. A intervalos regulares estaban rodeados de una especie de cinta de varios colores y tiras de tapa. Detrás de estos instrumentos se construyeron pequeñas plataformas que sostenían a un grupo de jóvenes que, al golpear con violencia el cuero de los tambores con la palma de las manos, producían aquellos estruendos que me habían despertado aquella mañana. Pasados pocos minutos, estos intérpretes musicales bajaban de un salto hasta la multitud y su puesto era ocupado de inmediato por otros. De esta manera se mantenía un ruido incesante que hubiera sobresaltado al mismísimo pandemonium[39]

Exactamente en el centro del cuadrado estaban clavados perpendicularmente en el suelo, más de un centenar de finas estacas recién cortadas, despojadas de su corteza y adornadas con un

[39] *Pandemonium:* literalmente "todos los demonios" y lo opuesto de panteón (todos los dioses), en este caso alude a los versos de Milton: En Pandemonium, la gran capital de Satanás y sus iguales... *(El* paraíso *perdido*, 1, 756-57)

ondulante pedazo de *tapa* blanca, que servían de postes a una cerca de cañas. En vano traté de descubrir la finalidad de dicha cerca.

Otro rasgo interesante de la función fue la interpretada por un grupo de ancianos que estaban sentados con las piernas cruzadas en pequeños púlpitos alrededor de los troncos de los inmensos árboles que crecían en el centro del recinto. Estos venerables personajes, que supongo eran sacerdotes, entonaban ininterrumpidamente un monótono canto parcialmente ahogado por el rugir de los tambores. En la mano derecha sostenían un abanico de hojas tejidas con un pesado mango de madera negra que no cesaban de mover.

Sin embargo, nadie parecía prestar atención alguna a los viejos ni a los músicos; los individuos que formaban la muchedumbre presente estaban absortos en cantar y reír entre sí, fumar, beber arca y comer. Si consideramos la atención que atraía o el bienestar que producía la orquesta, bien podría haber cesado su prodigioso rugir.

En vano pregunté a Kori-Kori y a otros nativos el significado de aquellos extraños acontecimientos; todas sus explicaciones se redujeron a una serie de galimatías y toscas gesticulaciones que me hicieron abandonar desesperado el intento. Los tambores repiquetearon, los sacerdotes cantaron y la multitud festejó y vociferó hasta que se puso el sol, hasta que la muchedumbre se dispersó y los Bosques Prohibidos retomaron a su tranquilidad y reposo. Al día siguiente la misma escena se repitió hasta la noche, hora en que terminó este extraño festival.

CAPITULO VEINTICUATRO

Ideas sugeridas por *la Fiesta de* las calabazas - Inexactitud *de* ciertas publicaciones sobre las islas - Un motivo - Estado *descui*dado *de* paganismo en *el* valle - Efigie *de* un *guerrero muerto* - Una superstición singular - El sacerdote Kolori y el dios Moa Artua - *Sorprendente* práctica religiosa - Un santuario *deteriorado* - Kori-Kori y el *ídolo* - *Deducción*

Aunque mis intentos por conocer el origen de la Fiesta de las calabazas fue infructuoso, no obstante para mí estaba claro que tenía principalmente, si no completamente, un carácter religioso. Sin embargo, como ceremonia religiosa no se correspondía en modo alguno con las horribles descripciones de la adoración polinesia que me había llegado de algunas publicaciones y especialmente de aquellas narraciones de las islas evangelizadas que los misioneros nos obsequiaron. Si el carácter sagrado de estas personas no hiciera incuestionable la pureza de sus intenciones, realmente tendría que suponer que habían exagerado las maldades del paganismo con el propósito de engrandecer los méritos de su propia labor desinteresada.

En cierta obra que por coincidencia trata sobre las "Islas Washington o Marquesas del Norte", leí acerca de la frecuente inmolación de víctimas humanas sobre los altares de sus dioses, culpando positiva y reiteradamente a sus habitantes. Esa misma obra también proporciona un recuento minucioso de su religión - enumera gran parte de sus supersticiones- y da a conocer la denominación particular de las numerosas órdenes del sacerdocio. Casi podría imaginar, de la larga lista brindada de primados, obispos, arzodiáconos, prebendados y otros eclesiásticos inferiores caníbales, que la orden sacerdotal sobrepasaba en número al resto de la población y que los pobres nativos tenían más sacerdotes que los habitantes de los Estados Pontificios. Estas

narraciones también han sido calculadas para dejar en el lector la impresión de que diariamente se cocinan y sirven víctimas humanas en los altares, que las crueldades paganas de cada descripción aún siguen practicándose, y que estos paganos ignorantes están en un estado de extrema desdicha debido a la magnitud de su superstición. Sin embargo, obsérvese que toda esta información la proporciona un hombre que, según sus propias palabras, estuvo sólo en una de las islas y permaneció allí solamente dos semanas, durmiendo todas las noches a bordo del barco y haciendo breves incursiones a tierra durante el día acompañado por un pelotón armado.

Pues bien, todo lo que puedo decir es que en mis excursiones por el valle de Typee, nunca vi ninguna de las atrocidades mencionadas. Si en las Islas Marquesas se practica alguna de ellas, indudablemente las hubiera conocido luego de vivir durante meses con una tribu de salvajes totalmente en su estado primitivo original y considerados los más feroces de los Mares del Sur.

El hecho es que existe gran cantidad de disparates en algunos de los relatos que tenemos de hombres científicos respecto a las instituciones religiosas de la Polinesia. Estos instruidos turistas generalmente obtienen gran parte de su información de viajeros por los Mares del Sur retirados y domesticados entre las tribus bárbaras del Pacífico. Cualquier fulano, que desde hace mucho se acostumbró a los barcos y a enrollar gruesas sogas en el castillo de proa, funge invariablemente como guía de la isla en que se estableció, y habiendo aprendido varias decenas de palabras indígenas, cree conocer todo lo referente al pueblo que las habla. Un deseo natural de hacerse notar ante los ojos de los extranjeros le induce a proclamar más conocimientos de los que posee acerca de esos asuntos. En respuesta a las incesantes preguntas, comunica no sólo lo que sabe, sino También lo que no sabe, y si aún carece de información adicional, no escatima en inventarla. La avidez con que se registran sus anécdotas exacerba su vanidad, y la credulidad de su auditorio aumenta sus poderes de inventar. Conoce exactamente la clase de información que desean y la proporciona sin recato.

Este no es un caso imaginario; conocí a varios individuos como el descrito y presencié dos o tres de sus conversaciones con los extranjeros.

Ahora bien, cuando el viajero científico llega a casa con su recopilación de maravillas intenta, quizá, brindar una descripción de alguno de los extraños pueblos que visitó. En lugar de presentarlos como una comunidad de ociosos salvajes que viven una vida alegre, inocente y relajada, inicia una narración muy instruida y circunstancial sobre ciertas supersticiones y prácticas indescriptibles acerca de algo que desconoce tanto como los propios isleños. Habiendo tenido poco tiempo y escasamente la oportunidad de conocer sus costumbres, pretende describirlas en un estilo casual y fortuito; y si el libro producido de esa manera fuera traducido al idioma del pueblo al cual supone se refiere, les parecería tan maravilloso a ellos como lo es al público norteamericano, y mucho más improbable.

Por mi parte, confieso sinceramente la más completa incapacidad de satisfacer cualquier curiosidad que pueda sentirse respecto a la teología del valle. Dudo que los propios habitantes puedan hacerlo. Son demasiado perezosos o demasiado sensitivos para preocuparse por las cuestiones abstractas de la creencia religiosa. Durante el tiempo que estuve entre ellos, nunca sostuvieron sínodos ni concilios para establecer los principios de su fe. Pareció prevalecer una libertad de conciencia ilimitada. Los que deseaban podían tener una fe implícita en un dios determinado de larga nariz y gruesos brazos informes cruzados; mientras que otros adoraban una imagen que, por no tener parangón en el cielo o en la tierra, apenas puede llamársele un ídolo. Como los isleños siempre mantuvieron discreción respecto a mi opinión personal acerca de la religión, pensé que sería muy inapropiado de mi parte entrometerme en la suya.

Pero, aunque mi conocimiento de la fe religiosa de los taipis era muy limitado, me

interesó mucho una de sus prácticas supersticiosas que llegué a conocer.

En uno de los apartados lugares del valle, a un tiro de piedra del lago de Feyawey -pues así bauticé el escenario de nuestra navegación a vela en la isla- y casi ocultos por unas palmeras que se alineaban a ambos lados del arroyo que movían sus verdes brazos como saludando a todo el que pasaba, estaba el mausoleo de un jefe guerrero muerto. Al igual que todos los otros edificios de importancia, este se levantaba sobre un pequeño poi-poi, el cual, por su gran altura, resultaba llamativo. Una ligera cubierta de hojas de palmera blanqueada colgaba sobre él como una bóveda aislada, pero al acercarse se veía que estaba soportado por cuatro finas columnas de bambú a cada esquina poco más altas que un hombre. Un claro de algunas yardas rodeaba el pai-pai y estaba limitado por cuatro troncos de cocotero inclinados sobre grandes bloques de piedra. Era un lugar sagrado. El signo del tabú estaba representado en la forma de un místico rollo de *tapa* blanca, suspendida de una cuerda torcida del mismo género desde lo alto de una fina estaca clavada dentro del recinto.[*] La santidad de aquel lugar parecía no haber sido violada nunca. Había un silencio sepulcral y la callada soledad resultaba bella y conmovedora. Las suaves sombras de las altas palmeras -aún las veo- se inclinaban sobre el templete como protegiéndolo del sol.

Al acercarse uno a este lugar se podía ver desde todos lados la efigie del jefe muerto, sentado a la popa de una canoa colocada sobre una base a unas pulgadas por encima del pai-pai. La canoa tenía unos siete pies de largo; estaba hecha de una madera de color oscuro, bellamente tallada y adornada en muchos sitios con cintas de colores con conchas incrustadas y un cinturón de estas mismas conchas la rodeaba por completo. El cuerpo de la figura, cualquiera que haya sido el material con que fue hecho, estaba cubierto por una gruesa tela que revelaba sólo las manos y la cabeza, esta última hábilmente tallada en madera y rodeada por una soberbia corona de plumas. Estas plumas, con las suaves brisas que llegan a este apartado lugar, no estaban un momento quietas, sino agitándose sobre la frente del guerrero. Las largas hojas de palmera bajaban hasta la tumba y a través de ellas podía verse al jefe bogando con el remo entre sus manos, inclinado hacia adelante como deseoso de apresurar su viaje. Contemplándolo para siempre, cara a cara, había una calavera humana en la punta de la proa de la canoa. La cabeza espectral, que miraba a popa, parecía burlarse de la actitud impaciente del guerrero.

Cuando visité por primera vez este sitio singular, Kori-Kori me contó, o al menos eso entendí, que el jefe bregaba hacia el reino del olvido -el paraíso polinesio- donde a cada momento los árboles del pan dejaban caer sus frutos maduros al suelo y donde no tienen fin los cocoteros y platanares: allí se descansa toda la eternidad sobre esteras más delicadas que las del Typee, y todos los días los cuerpos se bañan en ríos de leche de coco. En esa tierra de felicidad había gran cantidad de plumas, marfiles, dientes de ballena y jabalíes, mucho mejores que todos los brillantes pendientes y los alegres tejidos de los hombres blancos; y, lo mejor de todo, suficientes mujeres mucho más adorables que las hijas de la tierra.

-Un lugar encantador -dijo Kori-Kori-; pero claro, después *de todo no tan encantador como Typee.*

¿No querrías entonces acompañar al guerrero?, le pregunté. Oh, no. El era muy feliz donde estaba, pero suponía que tarde o temprano iría en su propia canoa.

Creo que a este respecto comprendí claramente a Rori-kori Pero había una expresión y un gesto singulares que usó entonces, cuyo significado quise comprender. Me inclino a creer que debió ser un proverbio que usó, pues después lo escuché repetir las mismas palabras en distintas

[*] El blanco parece ser el color sagrado en las Islas Marquesas

ocasiones en lo que me pareció tener un sentido similar. En realidad, Kori-Kori usaba una gran variedad de oraciones cortas y altisonantes con las que frecuentemente acentuaba su oratoria y las pronunciaba con un aire que daba a entender llanamente que, en su opinión, sentenciaban el asunto que se estuviera discutiendo.

¿Podría entonces ser que, cuando le pregunté si deseaba ir a este paraíso de fruta del pan, cocos y mujeres que describía, respondió diciendo algo equivalente a nuestro viejo adagio: "Más vale pájaro en mano que ciento volando"? Si era así, Kori-Kori era un hombre sensible y discreto y no puedo dejar de admirar su perspicacia.

Siempre que en mis paseos por el valle estuve cerca del mausoleo del jefe, fui a visitarlo. El lugar me producía un encanto especial; no sé por qué, pero así era. Cuando me apoyaba en la valla y miraba la extraña efigie, observando el movimiento de su penacho por la misma brisa que en graves tonos se escuchaba suspirar entre las altas palmeras, me gustaba creer en la fantástica superstición de los isleños, y casi podía pensar que el ceñudo guerrero se trasladaba al cielo. En este estado de ánimo, cuando me marchaba, le decía: "¡Adelante! ¡Buen viaje!" Sí, reme valiente guerrero a la tierra de los espíritus. Con el ojo material no avanzas, pero con el ojo de la fe, veo a su canoa adherirse a las fuertes olas que van a morir en las pacíficas playas del Paraíso.

Esta extraña superstición da otra prueba del hecho de que independientemente de la ignorancia del hombre, aún siente en sus adentros a su espíritu inmortal aventurarse ansioso hacia un futuro desconocido.

Aunque las teorías religiosas de las islas me fueran totalmente desconocidas, su operación práctica y cotidiana no podía ocultarse. Con frecuencia pasé por los templetes que reposan bajo las sombras de los bosques tabúes y observé las ofrendas: frutas mohosas extendidas sobre un tosco altar o colgando en cestas medio rotas alrededor de alguna imagen rústica, presencié los festivales, diariamente vi los sonrientes ídolos alineados en la tierra del Hula-Hula, y a menudo acostumbraba encontrarme con los que consideré sacerdotes. Pero los templos me parecían abandonados a la soledad; los festivales no habían sido sino una jovial reunión de la tribu; los ídolos eran tan inofensivos como cualquier pedazo de madera y los sacerdotes eran los hombres más alegres del valle.

En realidad los asuntos religiosos en Typee estaban bastante relegados: todos ellos influían muy poco sobre los despreocupados indígenas; y en la celebración de muchos de sus ritos, parecían buscar una especie de distracción infantil.

Una prueba curiosa de ello se dio en una importante ceremonia en que a menudo vi participar a Mehevi y a varios jefes y guerreros más, pero ni a una sola mujer.

Entre los que consideré los sacerdotes del valle, había uno en particular que me atraía con frecuencia y a quien no pude evitar ver como el líder de la orden. Era un hombre de noble aspecto, en la plenitud de su edad y de un benigno semblante. La autoridad de este hombre, cuyo nombre era Kolori, parecía influir en la "Fiesta de las calabazas"; su complaciente e impecable fisonomía, los caracteres místicos tatuados en su pecho, y sobre todo la mitra que frecuentemente llevaba en vez de sombrero, consistente en una rama de cocotero puesta verticalmente sobre la frente y las hojas recogidas tras las orejas, debía ser la autoridad suprema de Typee. Kolori era una especie de caballero templario, un soldado sacerdote; pues a menudo vestía los atuendos de un guerrero marquesino y siempre portaba una larga lanza que, en lugar de terminar en una pala en su extremo inferior como es la costumbre general en estas armas, estaba curvada formando una pequeña imagen atroz. Este instrumento, sin embargo, quizá sea un emblema de su doble función. Con un extremo atravesaría a sus enemigos en combate; y con el otro, como un báculo pastoral, mantendría en orden su rebaño espiritual. Pero esto no es todo lo que tengo que decir

sobre Kolori. Su gracia marcial a menudo le hacía llevar lo que me pareció la mitad de una maza de guerra rota. Estaba envuelta con tiras de tapa blanca, y la parte superior, que intentaba representar una cabeza humana, estaba adornada con una cinta escarlata de una tela europea. No hacía falta fijarse mucho para descubrir que este extraño objeto se reverenciaba como a un dios. Al lado de las grandes imágenes que servían de centinelas sobre los altares del terreno de Hula-Hula, parecía un pigmeo en harapos. Pero en todo el mundo las apariencias engañan. Los hombres pequeños a veces son muy fuertes y los harapos en ocasiones ocultan grandes pretensiones. De hecho, esta pequeña imagen era el dios "por excelencia" de la isla; predominando sobre todos los ídolos de madera que parecían tan lúgubres y horribles. Su nombre era Moa Artua[40]. Y en honor a Moa Artua y para entretenimiento de los que creían en él, se celebró la ceremonia que les contaré.

Mehevi y los jefes del Tai acababan de despertar de su siesta.

No había asuntos de qué tratar; y habiendo comido dos o tres desayunos en el curso de la mañana, los magnates del valle no tenían deseos de comer. ¿Cómo ocuparían sus ratos de ocio? Fumaron, charlaron y al fin uno de ellos le hizo una proposición al grupo que accedió gustoso. Salió de la casa, saltó del pai-pai y desapareció entre los cocoteros. No pasó mucho para verlo regresar con Kolori, con el dios Moa Artua en sus brazos y sosteniendo en una mano una pequeña cubeta en forma de canoa. El sacerdote balanceaba su carga como si fuera un niño llorón al que pretendiera hacer callar. Entró en el Tai y se sentó en las esteras con la compostura de un prestidigitador a punto de realizar su acto; y con los jefes a su alrededor, comenzó su ceremonia.

Ante todo propinó a Moa Artua un cariñoso abrazo dejándolo sobre su pecho y por último le susurró algo al oído; sus espectadores esperaron ansiosos una respuesta. Pero el dios niño es sordo o mudo, quizá las dos cosas, pues nunca pronuncia palabra alguna. Al final Kolori habló un poco más alto, y enfureciéndose, le espetó lo que tenía que decirle y le gritó. Me recordó a una persona colérica que, luego de intentar en vano comunicarle un secreto a un sordo, se enfada y le grita aunque todos le escuchen. Sin embargo, Moa Artua siguió tan callado como siempre; y Kolori, perdiendo la paciencia, le lanzó un puñetazo por sobre la cabeza, lo despojó de las telas rojas y blanca y lo metió desnudo dentro de su cubeta, ocultándolo a la vista de los demás. A su actitud todos los presentes aplaudieron fuertemente y dieron su aprobación pronunciando el adjetivo mortarki con gran énfasis. Kolori, sin embargo, deseoso de que su conducta encontrara buena acogida, preguntó a todos los individuos por separado si en aquellas circunstancias no había hecho lo correcto castigando a Moa Artua. La respuesta invariable fue Ea, ea (Sí, sí), repetida una y otra vez de tal manera que acallaría los escrúpulos de los más conscientes. Después de un rato, Kolori sacó de nuevo su muñeco y, envolviéndolo en las telas roja y blanca, lo acarició y regañó alternativamente. Terminado de arreglar, le habo de nuevo en alta voz. Ahora el grupo mostró el mayor interés; mientras el sacerdote sostuvo a Moa Artua a su oído y repitió lo que el dios le comunicaba confidencialmente. Algunas de las noticias parecieron alegrar extraordinariamente a los del grupo, pues uno aplaudió agitado, otro lanzó un grito de alegría y un tercero se levantó y saltó por todos lados como un demente.

Nunca pude saber qué diablos decía Moa Artua a Kolori en estas ocasiones; pero no pude evitar pensar que aquel demostraba muy poca originalidad al hacer las revelaciones que le obligaban, y que en principio no quiso revelar. Tampoco puedo presumir de saber si el sacerdote interpretaba verdaderamente lo que él creía que la divinidad le decía o si era culpable de un vil

[40] La palabra ardua, además de otros significados, se usa en casi todos los dialectos polinesios como designación general de los dioses

embuste. De todas maneras, todo lo que se transmitía del dios a los presentes parecía tener por lo general un carácter de cumplido; un hecho que ilustra la sagacidad de Kolori o de otro modo la conducta contemporizadora de esta poco utilizada deidad.

Moa Artua no tuvo más que decir y su portador volvió a acariciarlo. Sin embargo, pronto fue interrumpido por una pregunta hecha al dios por uno de los guerreros. Kolori se lo llevó de nuevo al oído y después de escucharlo atentamente, fungió de nuevo de intermediario. Una multitud de preguntas pasaron de unos al otro; los primeros quedaron muy satisfechos y el dios regresó a su pesebre y todos se unieron en un canto dirigido por Kolori. Terminada la ceremonia, los jefes se pusieron de pie riendo y el señor arzobispo, luego de charlar un rato absorbiendo una o dos bocanadas de una pipa de tabaco, se metió la canoa bajo el brazo y se marchó con ella.

Todo el procedimiento me había parecido una bandada de niños jugando a las muñecas y las casitas.

Para un chiquillo de apenas diez pulgadas de alto y sin las ventajas que indudablemente tenía antes, Moa Artua era en realidad un muchacho precoz si es cierto que decía todo lo que le atribuían; pero no puedo adivinar por qué motivo este diablillo, regañado, adulado y golpeado, era más estimado que los personajes ancianos y dignos de los Bosques Tabúes. Sin embargo, Mehevi y otros jefes de incuestionable veracidad -sin hablar del propio primado-, me aseguraron una y otra vez que Moa Artua era la deidad tutelar del Typee y debía honrársele más que a todo un batallón de ídolos torpes de los terrenos del Hula-Hula. Kori-Kori, quien parecía haber dedicado gran atención a los estudios teológicos, pues conocía los nombres de todas las efigies del valle y con frecuencia me los repetía, también albergaba ideas muy vastas sobre el carácter y las pretensiones de Moa Artua. En una ocasión me dio a entender, con un gesto inconfundible, que si él (Moa Artua) lo quería, podía hacer crecer un cocotero en su cabeza (de Kori-Kori); y que para el dios lo más fácil de la vida sería introducirse toda la isla de Nukujiva en la boca y hundirse en el fondo del mar junto con ella.

Pero hablando en serio apenas pude entender la religión del valle. No hubo nada que asombrara más al ilustre Cook, durante sus relaciones con los isleños de los Mares del Sur, que sus ritos sagrados. Aunque este príncipe de los navegantes estaba asistido por intérpretes durante el transcurso de sus investigaciones, aún francamente reconoce que no pudo obtener siquiera una visión clara del secreto de la fe de estos. Una afirmación similar fue hecha por otros eminentes navegantes: Carteret, Byron, Kotzebue y Vancouverar[41]

Por mi parte, aunque casi no pasó un día de los que viví en la isla que no presenciara alguna ceremonia religiosa, fue como ver a un grupo de masones haciéndose señales secretas; lo veía todo, pero no entendía nada.

En resumen, me inclino a creer que los isleños del Pacífico no poseen ideas fijas y definidas sobre el tema de la religión. Pienso que el propio Kolori quedaría completamente perplejo si se le pidiera que explicase las normas de su fe y pronunciase el credo por el cual esperaba ser salvado. Realmente los taipis, según denuncian sus acciones, no están sometidos a leyes humanas ni divinas, salvo el archimisterioso tabú. Las "conciencias independientes" del valle no eran censuradas por jefes, sacerdotes, ídolos ni diablos. En cuando a los ídolos menos

[41] al *Byron,* Kotzebue y Vancouver: George Anson, Lord Byron: *Voyage of H. M. S. Blonde to* the Sandwich Islands, in *the Years 1824-1825,* Londres, 1826; Otto von Kotzebue: *A New Voyage of Discovery* Round the *World, 1823-1826,* (2 vols., Londres, 1830); George Vancouver: A *Voyage of Discovery* to the North *Pacific* Ocean and Round the *World...* in the *Years 1790, 1791,* 1792, *1793,* 1794, *and 1795...,* (3vois., Londres, 1798).

Librodot

agraciados, estos recibían más golpes que súplicas. No tengo dudas de que algunos parecían tan inflexibles y estaban tan rectos por temor a mirar a un lado o a otro y ofender a alguien. El hecho era que tenían que mantenerse "bien derechos" o atenerse a las consecuencias. Sus adeptos eran unos inconstantes e irreverentes paganos capaces de tumbarlos, romperlos en pedazos y hacer una fogata con sus maderas en el mismo altar con vistas a asar las ofrendas de frutas del pan y comérselas.

La poca reverencia que esas divinidades tenían entre los nativos se evidenció ante mí convincentemente en una ocasión. Paseaba con Kori-Kori por la parte más espesa de los bosques cuando divisé una imagen de aspecto curioso de unos seis pies de alto, que originalmente había sido colocada frente a un bajo pai-pai, rodeado por un ruinoso templo de bambú, pero habiéndose fatigado y debilitado por esta postura, ahora estaba inclinada contra él. El ídolo estaba parcialmente oculto por el follaje de un árbol cercano cuyas tupidas ramas caían sobre la pila de piedras como para protegerlo de la ruina que lo amenazaba. La propia imagen sólo era un tronco de forma grotesca y tallado a semejanza de un hombre desnudo con los brazos cruzados sobre la cabeza, sus mandíbulas bien abiertas y sus gruesas piernas deformes y arqueadas. Estaba muy deteriorado. Su parte inferior estaba cubierta de un moho sedoso y brillante. Delgadas briznas de hierba sobresalían de la boca distendida y ocultaban las líneas de la cabeza y los brazos. Su adoración había envejecido literalmente. Todos sus puntos prominentes estaban golpeados y maltratados o totalmente podridos. Había perdido la nariz y por el aspecto general de la cabeza, podría suponerse que la deidad, desesperada por el abandono de sus adeptos, había intentado destrozársela contra los árboles aledaños.

Me acerqué a inspeccionar más detalladamente este extraño objeto de idolatría, pero me detuvieron reverentemente a una distancia de dos o tres pasos los prejuicios religiosos de mi sirviente. Sin embargo, tan pronto como Kori-Kori se percató de que conducía una de mis investigaciones científicas, para mi asombro, saltó a un lado del ídolo y, separándolo de las piedras en que descansaba, lo devolvió a su posición erguida. Pero la divinidad había perdido por completo la fuerza de sus piernas y cuando Kori-Kori estaba tratando de mantenerla derecha apoyándola con una estaca contra el pai-pai, **el** monstruo cayó pesadamente al suelo y se hubiera roto el cuello infaliblemente de no ser porque Kori-Kori evitó su caída providencialmente recibiendo todo el peso en su cansada espalda. Nunca vi al honesto sujeto tan airado. Se incorporó furioso, tomó la estaca y empezó a golpear a la pobre imagen; haciendo pausas para hablarle del modo más violento como culpándola por el accidente. Sofocada un tanto su indignación, hizo girar el ídolo para que lo examinara por todos lados. Estoy seguro de que yo nunca me hubiera permitido tales libertades con el dios y me sorprendió la impiedad de Kori-Kori.

Esta anécdota habla por sí sola. Cuando uno de los nativos de orden inferior puede mostrar este desprecio por un venerable y decrépito Dios de los Bosques, puede imaginarse fácilmente el grado de religión de la población en general. En realidad, considero a los taipis una generación perezosa. Están sumidos en una apatía religiosa y necesitan una renovación espiritual. Una larga prosperidad de frutas del pan y cocos los ha hecho negligentes en el cumplimiento de sus más elevados deberes. La carcoma de los maderos se ha difundido entre los ídolos... las frutas de sus altares hieden... los propios templos necesitan reparación... el tatuado clero es demasiado indolente y holgazán... y su rebaño anda extraviado.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Información general reunida en el festival - *Belleza personal* de los taipis - Su superioridad *sobre* los habitantes *de* otras islas - Diversidad de tez - Cosmético y ungüento vegetal - Testimonio de los *viajeros sobre la* extraordinaria *belleza de* las marquesinas - Pocas pruebas de relaciones con *seres* civilizados - Un *mosquete deteriorado* - Primitiva simplicidad de gobierno - *Realeza de* Mehevi.

Aunque en el reciente festival no pude obtener información sobre muchos temas interesantes que habían excitado mi curiosidad, esa importante celebración dejó en mí suficiente material para enriquecer mi conocimiento general de los habitantes de estas islas.

Me interesó especialmente la fortaleza física y la belleza que mostraban, su gran superioridad en estos aspectos sobre los moradores de la vecina bahía de Nukujiva, y los singulares contrastes mostrados entre ellos en las distintas tonalidades de su piel.

En la belleza de sus formas superaban todo lo que había visto antes. Ni una sola deformidad natural se observaba entre los salvajes. A veces veía entre los hombres algunas cicatrices de las heridas recibidas en combate; y en muy raras ocasiones la pérdida de un dedo, un ojo o un brazo por la misma causa. Con estas excepciones, todos los individuos parecían libres de estos defectos que a veces estropean el efecto de una figura de otra manera perfecta. Pero su perfección física no consistía meramente en estar exentos de estos males; casi todos los individuos podrían tomarse por modelos de escultor.

Cuando recuerdo que estos isleños no resaltan su belleza con vestidos, sino que aparecían en toda su sencilla desnudez, no puedo evitar compararlos con las finas damas y caballeros que pasean sus figuras nada excepcionales por nuestras frecuentadas alamedas. Desprovistos de los hábiles artificios del modisto y presentados en la ropa del Edén, ¡qué triste conjunto de pajes con hombreras, patas largas y cuellos de jirafa, parecían los hombres civilizados! Sus rellenos trajes cortados a la medida no les beneficiarían en nada y el efecto sería realmente deplorable.

Nada de la apariencia de los isleños me sorprendió más que la blancura de sus dientes. Los novelistas siempre comparan la dentadura de sus heroínas con el marfil; pero me atreverla a decir que los dientes de los taipis son mucho más bellos que el mismísimo marfil. Las mandíbulas de los barbicanos más viejos estaban mejor provistas que la de la mayoría de los jóvenes de los países civilizados; mientras que los dientes de los nativos jóvenes y de mediana edad, por su pureza y blancura, realmente deslumbraban. La maravillosa blancura de los dientes deben atribuirse al régimen casi vegetariano de estos pueblos y a la ininterrumpida salud de su modo de vida natural.

Los hombres, casi en todos los casos, tienen gran estatura, casi nunca de menos de seis pies, mientras que las mujeres son extraordinariamente diminutas. El primer período de la vida, en que el cuerpo alcanza su madurez en este generoso clima tropical, también merece ser mencionado. Una niña, no mayor de trece años, que en otros aspectos podía considerarse una criatura, se le veía con su hijo en brazos; mientras que muchachos, que bajo otros cielos serían escolares, aquí eran responsables padres de familia.

Al entrar en el valle del Typee por primera vez me sorprendió la gran diferencia entre sus habitantes y los de la bahía que había dejado. En el sitio anterior no quedé muy bien impresionado por el sector masculino de la población; aunque las mujeres, exceptuando algunos tristes casos, me habían maravillado. Observé que incluso las escasas relaciones de los europeos

con los nativos de Nukujiva habían dejado sus huellas en ellos. Una de las calamidades más espantosas contra las cuales brega la humanidad había comenzado a hacer sus estragos y, como siempre lo ha hecho entre los isleños de los Mares del Sur, había revelado sus peores síntomas. De estos, así como de toda influencia extranjera, estaban exentos los aún incólumes moradores del Valle del Typee; y ojalá sigan así por mucho tiempo. Es mejor para ellos seguir siendo felices e inocentes paganos y bárbaros como ahora que, como los infelices habitantes de las Islas Sandwich, disfrutar del simple nombre de cristianos sin experimentar ninguna de las operaciones vitales de la verdadera religión; mientras que, al mismo tiempo, son víctimas de los peores vicios y males de la vida civilizada. Sin embargo, a pesar de estas consideraciones, me inclino a creer que existe una diferencia radical entre las dos tribus, si no son razas distintas. A aquellos que sólo han tocado la bahía de Nukujiva sin visitar otras partes de la isla, les parecerá casi increíble las diferencias que presentan los distintos clanes que habitan una isla tan pequeña. Pero la tradicional hostilidad que ha existido entre ellas durante siglos, lo explica.

No obstante, es difícil atribuir una causa adecuada a la infinita variedad de colores de piel que vi en el Valle del Taipi. Durante el festival, observé a varias muchachas cuya tez era tan blanca como la de cualquier dama sajona; la única diferencia era un ligero matiz dorado. Esta blancura de la piel, aunque en cierto grado perfecta mente natural, es en parte el resultado de un proceso artificial y una constante protección de los rayos del sol. El zumo del *papa*, raíz abundante al norte del valle, se usa mucho como cosmético, con el cual muchas mujeres se cubren diariamente todo el cuerpo. Su uso habitual blanquea y embellece la tez. Las muchachas que recurren a este método para realzar sus encantos, nunca se exponen a los rayos del sol; una norma que, no obstante, no ocasiona muchos inconvenientes pues en el valle existen pocos lugares que no estén cubiertos por la sombra de las ramas de los árboles, de modo que se puede ir directamente de una casa a otra sin ver la propia sombra de uno en el suelo.

El zumo del *papa* debe quedar sobre la piel durante varias horas; es de un color verde claro y, por consiguiente, con el tiempo imparte a la piel un color similar. Por lo tanto, nada puede ser más singular que el aspecto de estas señoritas casi desnudas luego de la aplicación del cosmético. Cuando *se ve a* una de ellas, uno imagina que está viendo una fruta sin madurar; y que, en lugar de vivir siempre a la sombra, debe ponerse al sol.

Todos los isleños tienen la costumbre de untarse alguna crema en el cuerpo; las mujeres prefieren *el aker y los* hombres usan el aceite de coco. A Mehevi le encantaba untarse toda la piel con este producto. En ocasiones se le veía con todo el cuerpo empapado con el oloroso aceite, como si hubiera acabado de salir de una tina de jabón o de haberse metido en un baño de cera. Quizás a este motivo, unido a sus frecuentes baños y a su extrema pulcritud, pueda atribuirse en gran medida la maravillosa pureza y suavidad de la piel de los nativos en general.

El color que prevalecía entre las mujeres del valle era aceitunado claro, del que Feyawey presentaba el más bello ejemplo. Otras eran más oscuras; mientras que muchas tenían un color realmente dorado y otras moreno. Acorde con lo que mucho se ha dicho en esta narración, tengo que acotar aquí que Mendaña, su descubridor, en su informe sobre las Marquesas, describió a los nativos como bellezas excepcionales y los comparó con los pueblos de Europa meridional. La primera de las islas descubiertas por Mendaña fue La Magdalena, que no está muy distante de Nukujiva; y sus habitantes se parecen en todos los aspectos a los demás del archipiélago. Figueroa, el cronista de los viajes de Mendaña, cuenta que la mañana que divisaron tierra, cuando los españoles se acercaron a la playa, salieron a recibirles en desorden unas setenta canoas y al mismo tiempo muchos de sus habitantes (mujeres, supongo) fueron nadando hacia los barcos. Añade que "físicamente eran casi blancos, de buena estatura y bellamente formados; y en sus

rostros y cuerpos había delineadas figuras de peces y otros dibujos". Luego el cronista sigue diciendo: "Vinieron, entre otros, dos muchachos remando en su canoa, con los ojos fijos en el barco; tenían bellos rostros y la más animada expresión; eran tan atractivos que el piloto mayor Quirós afirmó que nada le había causado más pena en su vida que dejar perdidas a estas dos criaturas en ese país"[42] Han pasado más de dos siglos desde que se escribió el pasaje anterior; y ahora me parece, cuando lo leo, tan fresco y cierto como si hubiera sido escrito ayer. Los isleños siguen siendo los mismos y en el valle del Typee vi jóvenes cuyos "bellos rostros" y "animada expresión" prometedora hay que verlos para creerlos. Cook, en el recuento de sus viajes, menciona a los marquesinos como los isleños más espléndidos de los Mares del Sur. Stewart, el capellán del buque norteamericano "Vincennes", en sus *Scenes in the South Seas* expresa, en más de una ocasión, su asombro por la incomparable delicadeza de las mujeres y dice que muchas de las damas de Nukujiva le recordaron forzosamente a las bellezas más célebres de su tierra. Fanning, un marino norteamericano de alguna reputación[43], registra igualmente sus vívidas impresiones del aspecto físico de estos pueblos; y el comodoro David Porter de la fragata estadounidense "Essex" reconoce haber sido impresionado por la belleza de estas mujeres. Su superioridad sobre las demás polinesias no puede dejar de atraer la atención de los que visitan los grupos de islas más importantes del Pacífico. Las voluptuosas tahitianas son las únicas que merecen ser comparadas con ellas; mientras que las trigueñas hawaianas y las fijis de pelo encrespado les son inconmensurablemente inferiores. La distinción característica de los isleños marquesinos que lo estremece a uno de inmediato, son sus rasgos europeos, una particularidad poco observada entre otros pueblos no civilizados. Muchos de sus rostros presentan perfiles clásicamente bellos y en el valle del Typee vi varios que, como el forastero Marnu, eran en todos los aspectos modelos de belleza.

Algunos de los nativos presentes en la "Fiesta de las calabazas" vestían piezas de trajes europeos, pero puestas a su propio gusto. Entre ellas vi las dos telas de algodón que el noble Toby y, yo habíamos regalado a los dos jóvenes que guiaron nuestra entrada al valle. Evidentemente las habían reservado para las ocasiones especiales y en estos días de fiesta servían a las jóvenes que las usaban como un toque de distinción. Los pocos que estaban así adornados y el gran valor que parecían poner a los artículos más comunes y triviales, daban amplias muestras de las limitadas relaciones que sostenían con los barcos que tocaban la isla. Unos pocos pañuelos de algodón de alegre dibujo, atados en el cuello, y hechos caer sobre el hombro y unas tiras de fino calicó envueltas en la cintura, fue todo lo que vi.

En realidad en el valle había pocos artículos de origen europeo. Todo lo que vi, además de los aludidos, fueron los seis mosquetes guardados en el Tai y tres o cuatro implementos de guerra similares colgados en otras casas; algunas bolsas de lona medio llenas de balas y pólvora y media docena de hachuelas con los filos tan mellados que las hacía literalmente inservibles. Estas últimas eran consideradas casi inútiles por los nativos; y varias veces me las presentaron lanzándolas a un lado en señal de disgusto, lo cual manifestaba su desprecio por algo que se tornara inservible tan pronto.

Pero los mosquetes, la pólvora y las balas se guardaban con extraordinaria estimación.

[42] Este pasaje, que se cita como una traducción casi literal del original, lo encontré en un pequeño libro titulado Circumnavigation of the Globe, en el cual aparecen varios fragmentos de la Dalrymple's Historical Collections. No he leído esta última obra, pero se dice que contiene una versión muy correcta en inglés de gran parte de la Historia del viaje de Mendaña del ilustre doctor Christoval Suaverde da Figueroa, publicada en Madrid en 1613. (N. del A.)

[43] Edward Fanning: *Voyages Round the World*, New York, 1833.

Librodot

Los primeros, por su forma y antigüedad, sólo servían para exhibirlos en la vitrina de un anticuario. Recuerdo en particular uno que colgaba del Tai y que Mehevi, suponiendo que yo podía arreglarlo, había puesto en mis manos con ese propósito. Era una de esas pesadas y antiguas piezas inglesas conocidas generalmente por el nombre de "mosquetes de Tower Hill" y, por lo que sé, debió ser abandonado en la isla por Wallace, Carteret, Cook o Vancouver. La culata estaba medio podrida y comida por la carcoma, el cerrojo tan oxidado y tan bien adaptado a su uso manifiesto como un viejo pestillo de puerta, la rosca de los tornillos del gatillo estaba totalmente gastada, mientras que el tambor rozaba con la madera. Esa era el arma que el jefe quería que yo devolviera a su estado original. Como no tenía la práctica de un armero y carecía de las herramientas necesarias, me vi obligado a declararme incapaz de realizar aquella tarea. Al decir esto, Mehevi me miró por un momento como sospechando que yo fuera de una clase inferior de hombres blancos, que después de todo no sabía más que un taipi. Sin embargo, tras una larga explicación, logré hacerle comprender la extrema dificultad de la reparación. Poco satisfecho por mis palabras, se marchó con el viejo mosquete como si no quisiera exponerlo indignamente a ser manipulado por dedos tan incapaces.

Durante el festival no dejé de observar la sencillez de modales, la libertad de toda restricción y, en cierto grado, la igualdad de condiciones manifestadas por los nativos en general. Ninguno asumió una actitud arrogante. Una ligera diferencia en la vestimenta de los jefes los distinguía de los demás nativos. Todos parecían mezclarse libremente y sin reserva alguna, aunque noté que los deseos de un jefe, incluso cuando se pedían en el tono más suave, recibían la misma obediencia inmediata que en otros sitios hubiera necesitado órdenes más autoritarias. No me atrevo a opinar acerca de la autoridad de los jefes sobre el resto de la tribu, pero por lo que vi durante mi estancia en el valle, creo que en lo referente a los asuntos generales no era mucha. Sin embargo, el grado de deferencia mostrado hacia ellos era franco y sostenido; y, como toda autoridad, se trasmite de padre a hijo, no tengo duda de que uno de los efectos de un encumbrado nacimiento aquí, como en otros lugares, es inducir respeto y obediencia.

Las instituciones civiles de las Islas Marquesas parecen ser en este y en otros aspectos directamente lo opuesto de las de los grupos de islas de Tahití y Hawai, donde el poder original del rey y los jefes era mucho más despótico que el de cualquier tirano de los países civilizados. En Tahití se usaba la pena de muerte si un súbdito se acercaba sin autorización a protegerse a la sombra de la casa del rey o si dejaba de mostrar la acostumbrada reverencia cuando los alimentos destinados al rey pasaban por su lado transportado por sus mensajeros. En las Islas Sandwich, Kajumannu[44] la gigantesca viuda del rey -una mujer de unas cuatrocientas libras de peso y de quien se dice todavía vive en Mowi-, acostumbraba, en sus terribles acceso de ira, a alzar del piso a un hombre de tamaño normal que la había ofendido y romperle el espinazo con la rodilla. Por todo lo increíble que parezca, era verdad. Durante una estancia en Lajainaluna -residencia de esta monstruosa Jezabelme asignaron un jorobado que, unos veinte y cinco años atrás, había sufrido la dislocación de una vértebra a manos de la gentil dama.

Los grados peculiares de rango existentes entre los jefes del Typee, no pude determinarlos en todos los casos. Antes de la "Fiesta de las calabazas" no sabía en qué lugar ubicar a Mehevi, pero su activa participación en esa ocasión, me convenció de que no tenía superior entre los

[44] Kajumannu: Kaahumanu, la esposa preferida de Kammahemaha I, fue designada por el rey para que fuera su kujina *no,* o su visir, y después de su *muerte* fungió de regente hasta 1832 cuando, a pesar de las historias que llegaron a Melville de que estaba viva en 1843, ya había fallecido. Tenía más de seis pies de estatura. Su crueldad era temida y comentada, pero su conversión al cristianismo en 1825 modificó en parte su conducta.

habitantes del valle. Noté invariablemente cierto grado de deferencia hacia él en todos con quienes lo vi entrar en contacto; pero cuando recordé que mis paseos habían estado confinados a una parte limitada del valle, y que hacia el mar residían una serie de jefes distinguidos, algunos de los cuales me habían visitado por separado en casa de Marheyo y a quienes, hasta el festival, no había visto en compañía de Mehevi, me sentí inclinado a creer que sus rangos después de todo no podían ser muy altos.

Las fiestas congregaron a todos los guerreros que yo había visto por separado y en grupos en distintas ocasiones y lugares. Entre ellos Mehevi se movía con un aire de superioridad que no podía ser confundido; y al que yo había considerado sólo el hospitalario anfitrión del Tal, y uno de los jefes militares de la tribu, asumió ante mis ojos la dignidad de un rey. Su imponente vestido, no menos que su figura, parecían darle preeminencia sobre el resto. El alto capacete de plumas que llevaba se levantaba sobre todos los demás, y aunque otros estaban adornados de forma parecida, el tamaño y la profusión de sus plumas eran inferiores.

Mehevi era en realidad el jefe más importante, el soberano del valle y la sencillez de las instituciones sociales de ese pueblo no podían probarse mejor que por el hecho de que, después de haber vivido varias semanas en el valle y casi en contacto diario con Mehevi, hubiera ignorado su categoría hasta los festivales... Pero una luz me iluminó: el Tai era el palacio y Mehevi, el rey. Tanto el uno como el otro, debe admitirse, poseían un carácter sencillo y patriarcal y estaban completamente desprovistos de la pompa ceremoniosa que generalmente rodea a la nobleza.

Después de haber hecho este descubrimiento, no me cansé de felicitarme porque Mehevi me hubiera tomado bajo su protección y continuase manteniendo por mí un cálido afecto, a juzgar por las apariencias. En el futuro me propuse rendirle mayor asiduidad, esperando que por su benevolencia pudiera obtener mi libertad.

CAPÍTULO VEINTISEIS

El rey Mehevi - Alusión a su majestad hawaiana - Conducta de Marheyo - Marheyo y Mehevi en ciertos asuntos delicados - Peculiar sistema de matrimonio - Número de habitantes - Uniformidad - Embalsamamiento - Lugar de enterramientos - Ofrendas funerales en Nukujiva - Cantidad de habitantes en Typee - Ubicación de las viviendas - Felicidad disfrutada en el valle - Advertencia - Algunas ideas referentes a la actual condición de los hawaianos - Anécdota sobre la esposa de un misionero - Equipajes de moda en Oahu - Reflexiones.

¡ *El* rey Mehevi! Título rimbombante, pero ¿por qué no dárselo al hombre más prominente del Typee? La causa de los misioneros republicanos en Oahu, que sería registrada *en el Court Journal*, publicado en Honolulu, fue la jugada más trivial de "Su Graciosa Majestad", el rey Kammehammaha III[45] , y "Sus altezas, los príncipes de sangre real". ¿Y quién es "Su

[45] Fue bajo el mandato del rey Kammehammaha que se llevó a cabo la destrucción del antiguo modo de vida polinesio en las Islas Sandwich. Dio al país una constitución en 1840, pero también lo sometió a la influencia de los misioneros y de esta forma pavimentó el camino para la anexión norteamericana de las islas, que se produjo en 1854, año de su muerte. y norteamericanos. Sugieren al lector que las artes y las costumbres de la vida civilizada están refinando con rapidez a los nativos de las Islas Sandwich. Pero que nadie se engañe con estos recuentos. Los jefes se pasean con galoneras doradas y chaquetas de paño, mientras la gran masa del pueblo es casi tan primitiva en su

Librodot

Graciosa Majestad" y cuál es la calidad de su "sangre real"? Su graciosa Majestad es un gordo estúpido y perezoso con aspecto de negro, y con tan poco carácter como autoridad. Ha perdido los rasgos de nobleza de los bárbaros, sin adquirir las gracias redentoras de un ser civilizado; y, aun cuando es miembro de la Hawaiian Temperance Society, es un alcohólico empedernido.

La "sangre real" es un líquido extremadamente espeso y depravado; formado principalmente de pescado crudo, brandy de mala calidad y dulces europeos, y está cargada de una variedad de humores eruptivos que se desarrollan en diversas manchas y pústulas en la augusta cara de "Su Majestad" y los angélicos rostros de los "príncipes y las princesas de sangre real".

Ahora bien, si al divertido títere de un alto magistrado de las Islas Sandwich se le permite llevar el título de rey, ¿por qué no otorgárselo al noble salvaje Mehevi, que es mil veces más digno de llevar este apelativo? ¡Viva por tanto Mehevi, el Rey del Valle de los Caníbales, y larga vida y prosperidad a Su Majestad de Taipi! Qué Dios conserve por muchos años el enemigo absoluto de Nukujiva y los franceses, si una actitud hostil evitará que su adorable reino padezca las inmisericordiosas imposiciones de la civilización del Mar del Sur.

Antes de ver a las Viudas Danzantes, tenía peca idea de que existieran relaciones matrimoniales en el Taipi, y pensaba tanto en una relación platónica cultivada entre los dos sexos como en la solemne unión entre el hombre y la mujer. En realidad, el viejo Marheyo y Tinor parecían tener una suerte de entendimiento nupcial entre sí, pero algunas veces había observado a un anciano de cómico aspecto, todo tatuado, que tenía la audacia de tomarse ciertas libertades con la señora de la casa y también en presencia del viejo guerrero, su esposo, quien los observaba de modo tan natural como si nada ocurriese. Este comportamiento, hasta que descubrimientos subsiguientes me lo aclararon, me sorprendió más que cualquier otra cosa en el Typee.

En cuanto a Mehevi, lo suponía un perfecto solterón, así como a la mayoría de los jefes principales. En cualquier caso, si tenía esposas y familia, debían estar avergonzadas, pues estoy seguro de que no se preocupaba por su hogar. En realidad, Mehevi parecía ser el presidente de un club de solteros que tenía el Tai por lugar de reunión. No tengo duda de que miraban a los niños con horror y sus ideas de la fidelidad del hogar se expresaba en el hecho de que no permitían a nadie alterar los pequeños arreglos que hacían en su confortable domicilio. Sin embargo, sospeché fuertemente que algunos de estos alegres solterones sostenían intrigas amorosas con muchachas de la tribu; aunque no fueran del conocimiento público. Me topé con Mehevi tres o cuatro veces retozando -de una manera no muy digna para un rey- con una de las *muchachas* más bellas del valle. Ella vivía con una anciana y un joven en una casa cercana a la de Marheyo; y aunque parecía una niña, ya tenía un hijo de un año de edad muy parecido a Mehevi, quien indudablemente era su padre. Pero el muchacho no tenía triángulos en la cara (aunque pensándolo bien, los tatuajes no son hereditarios). Mehevi, no obstante, no era la única persona con quien se reía la pequeña Mununai: un joven de quince años, que residía con carácter permanente en su

aspecto como lo era en tiempos de Cook. En el transcurso de los acontecimientos en estas islas, las dos clases se separan más; los jefes diariamente adoptan estilos de vida más lujosos y extravagantes y la gente común está cada vez más desprovista de sus necesidades y las cosas decentes de, la vida. Pero al final ambas llegarán al mismo lugar: los unos se autodestruyen rápidamente por sus indulgencias materiales; y los otros *están siendo* destruidos con igual rapidez por una confusión de trastornos y la necesidad de alimentos nutritivos. Los recursos de los jefes dominantes provienen de los famélicos siervos y cada baratija adicional con que se adornan se compra con los sufrimientos de sus esclavos; por lo que la medida de refinamiento de fruslerías alcanzada por *los* jefes es sólo un índice del estado actual de humillación de cada vez mayor parte de la población.

casa, decididamente gozaba de sus favores. En ocasiones los vi a los dos, al jefe y a él, hacerle el amor al mismo tiempo. ¿Sería posible, pensé, que el valiente guerrero accediera a compartir a la mujer que ama? También este fue un misterio que, junto con otros de la misma clase, recibirían explicación satisfactoria posteriormente.

Durante el segundo día de la Fiesta de las calabazas, Kori-Kori habiendo determinado que yo debía conocer estos asuntos, dirigió mi atención durante el curso de sus explicaciones hacia una peculiaridad que yo había notado con frecuencia entre muchas de las mujeres; principalmente aquellas de edad madura y de aspecto matriarcal. Consistía en tener la mano derecha y el pie izquierdo muy bien tatuados; mientras que el resto del cuerpo estaba inmaculado, salvo labios punteados y leves marcas en los hombros, a las que ya me referí como el único tatuaje llevado por Feyawey, al igual que otras jóvenes de su edad. La mano y el pie adornados, según Kori-Kori, eran prueba de casamiento, del modo que esta institución se conoce entre estos pueblos. Responde ciertamente al mismo propósito del anillo de oro que usan nuestras bellas esposas.

Luego de la explicación de Kori-Kori sobre el tema, fui muy respetuoso con las mujeres así marcadas y nunca me aventuré a la menor galantería con ellas. ¡Una mujer casada! Sabía que no debía ofenderla.

Una ojeada posterior a las peculiares costumbres domésticas de los habitantes del valle alejaron en cierta medida la severidad de mis escrúpulos y me convencí de que me había equivocado. Entre los isleños existe un sistema regular de poligamia, pero del más extraordinario carácter: ¡una pluridad de maridos en vez de mujeres! Y este hecho aislado explica claramente la indulgencia de la población masculina. ¿En qué otra parte del mundo podría existir tal práctica, incluso durante un solo día? Imagínense una revolución en un serrallo turco y su harén formado por hombres barbudos; o una hermosa mujer de nuestro país que pase indiferente al ver a sus numerosos amantes matarse unos a otros ante sus ojos celosos por la desigual distribución de sus encantos... ¡Líbrenos Dios de tales cosas! No somos lo suficiente bondadosos e indulgentes como para admitirlas.

No pude saber qué ceremonia formalizaba el contrato matrimonial, pero me inclino a creer que era muy sencilla. Quizás una simple "proposición", como la llamamos nosotros, podría haber sido seguida de la inmediata alianza nupcial. De todas formas, tengo más de un motivo para creer que los aburridos noviazgos prolongados son desconocidos en el valle del Typee.

Los hombres sobrepasan el número de mujeres. Ocurre lo mismo en muchas de las islas de la Polinesia, contrario a lo que sucede en la mayoría de los países civilizados. Las mujeres son cortejadas y conquistadas a una temprana edad por algún joven de la familia. Esto sin embargo es un simple juego de afectos sin unión formal. Con el tiempo este primer amor se enfría y aparece un segundo pretendiente, ya de más edad, que se lleva a ambos a su casa. Este desinteresado y generoso individuo se casa con la joven pareja -con la muchacha y su joven amante al mismo tiempo- y los tres viven juntos tan armoniosamente como tórtolos. He oído hablar de algunos hombres de países civilizados que contraen matrimonio con su mujer y su numerosa familia, pero no tenía idea de que en ningún sitio los matrimonios incluyeran maridos complementarios. La infidelidad por ambas partes es muy rara. Ningún hombre tiene más de una mujer; y ninguna de estas, de edad madura, tiene menos de dos maridos. Algunas veces tiene tres, pero estos casos no son frecuentes. El vínculo matrimonial, cualquiera que este fuese, no parecía ser indisoluble, pues a veces hay separaciones. Sin embargo, cuando estas se producen, no eran seguidas de ninguna desgracia ni eran provocadas por riñas; por la sencilla razón de que ni la mujer ni el hombre se ven obligados a establecer demanda de divorcio. Como nada se interpone a la separación, el yugo matrimonial, como se conoce entre los taipis, es sencillo y ligero, y la mujer taipi vive una

Librodot

relación cordial y sociable con su esposo. En general, la unión matrimonial parece tener un carácter más distintivo y duradero que en los pueblos bárbaros. Por lo tanto así se evita la promiscuidad de los sexos y la virtud se practica inconscientemente sin necesidad de proclamarla a los cuatro vientos.

El contraste mostrado en este sentido por los marquesinos y en otras islas del Pacífico es digno de destacar. En Tahití se desconocía totalmente el vínculo matrimonial; y la relación de esposa y esposo y de padre e hijo era casi inexistente. La Sociedad Arreory, una de las instituciones más singulares que jamás haya existido en cualquier parte del mundo, propagó el libertinaje universal por toda la isla. La voluptuosidad de estos pueblos duplicó la fuerza destructiva de la enfermedad introducida allí por los barcos de De Bougainville[46], en 1768. Sus visitas fueron como una plaga que los mató por centenares.

No obstante la existencia del matrimonio entre los taipis la sentencia bíblica de "creced y multiplicaos" parece seguirse con cierta indiferencia. Nunca vi esas innumerables familias en la progresión aritmética que se suelen encontrar en nuestro país. Nunca conocí más de dos hijos en una casa y era raro encontrar incluso ese número. Y en la mujer estaba claro que el deseo de maternidad rara vez alteraba la tranquilidad de su alma; y nunca se las veía por el valle con media docena de chiquillos cogidos a sus faldas, o mejor dicho, a la hoja de árbol del pan que usaban.

La tasa de crecimiento de las naciones polinesias es muy pequeña y en algunos lugares aún inmaculados de europeos la natalidad no sobrepasa mucho a la mortalidad; en este caso la demografía permanece casi invariable durante varias generaciones, incluso en aquellas islas que nunca o casi nunca son desoladas por las guerras y entre pueblos en los cuales el delito de infanticidio se desconoce.

Esto parece un designio de la Providencia para evitar la superpoblación de las islas por una raza tan indolente por cultivar la tierra y que, sólo por este motivo, con un considerable aumento de su número, estaría expuesta a la miseria más deplorable. Durante toda mi estancia en el valle de Typee no vi más de diez o doce niños de menos de seis meses y sólo conocí dos nacimientos.

A la flexibilidad del lazo matrimonial debe atribuirse la reciente rápida disminución de la población de las Islas Sandwich y Tahití. Los vicios y enfermedades introducidos entre estos pueblos desgraciados incrementa anualmente la mortalidad normal de las islas, mientras que, por la misma causa, la cantidad de nacimientos originalmente reducida, disminuye proporcionalmente. De esta forma, el avance de los hawaianos y tahitianos hacia la extinción total es acelerado en una clase de relación matemática compuesta.

Ya antes tuve ocasión de señalar que nunca vi señal alguna de un lugar de enterramientos en el valle, circunstancia que atribuí a vivir en un sitio fijo y tener prohibido alejarme mucho hacia el mar. Desde entonces he pensado, sin embargo, en la probabilidad de que los taipis, ya deseosos de quitar de su vista la evidencia de la muerte o ya instados por un sentido de belleza del campo, habrían ubicado su cementerio en algún lugar encantador bajo las sombras de las faldas de las montañas. En Nukujiva, dos o tres grandes paipai cuadrados, llenos de lápidas y encerrados por paredes lisas de piedra y casi ocultos por las entrelazadas ramas de grandes árboles, me fueron señalados como lugares de enterramientos. Los cuerpos, según entendí, eran

[46] Luis Antoine de Bougainville (1729-1811) visitó Tahití en 1767 en un viaje alrededor del mundo la nombró New Cythera. *Su Voyage Autour du Munde* (1771) se publicó en una traducción al inglés en 1772, pero quizá su monumento más duradero sea la bella planta sudamericana, la Bougainvilla, bautizada en su nombre y que desde entonces se ha difundido por la mayoría de los países tropicales y subtropicales.

depositados en toscos panteones bajo lápidas y permanecían allí sin ser exhumados. Aunque nada podía ser más extraño y fúnebre que aquel lugar, donde los altos árboles cubrían con su sombrío manto los rudos bloques de piedra; un forastero que los contemplase no hubiera podido descubrir un lugar de sepulcro.

Durante mi estancia en el valle, como ninguno de sus habitantes fue tan condescendiente de morir y **ser** enterrado con vistas a satisfacer mi curiosidad sobre los ritos funerarios, me tuve que quedar sin conocerlos. Tengo razones para pensar que los taipis, respecto a esto, son iguales que las demás tribus de la isla y relataré una escena que casualmente presencié en Nukujiva.

Había muerto un hombre joven al amanecer en una casa cercana a la playa. Me habían enviado a tierra esa mañana y vi gran parte de los preparativos que estaban haciendo para los funerales. El cadáver, bien envuelto en una tela nueva de *tapa* blanca, fue colocado en un cobertizo abierto de ramas de cocotero, sobre una empalizada de elásticos bambúes ingeniosamente tejidos. Todo esto estaba sustentado a dos pies del suelo por grandes cañas encajadas en la tierra. Dos mujeres de aspecto abatido guardaban el féretro a cada lado cantando y golpeando el aire con grandes abanicos de hierba blanqueados con arcilla. En la casa cercana se había reunido un numeroso grupo y se preparaban distintos comestibles para su consumo. Dos o tres individuos con turbantes de *tapa* y gran cantidad de adornos, parecían ser los maestros de ceremonias. Hacia el mediodía los ritos estaban en su apogeo y los nativos nos dijeron que durarían dos días más. Con excepción de las que lloraban al lado del féretro, todos los demás parecían ahogar el significado de la pérdida con la mayor indulgencia. Las niñas adornadas con sus joyas nativas bailaban; los ancianos cantaban; tos guerreros fumaban y charlaban y parecían divertirse como si estuvieran en una fiesta.

Los isleños conocen el arte de embalsamar y lo practican con tal éxito que los cuerpos de los grandes jefes se conservan con frecuencia durante muchos años en las mismas casas donde fallecieron. Vi tres de estos en mi visita a la bahía de Tior. Uno estaba envuelto en inmensos pliegues de *tapa* con sólo la cara descubierta y colgaba de pie contra una pared de la casa. Los otros tres estaban echados en féretros de bambú en unos templos abiertos y elevados, al parecer consagrados a su memoria. Las cabezas de los enemigos muertos en combate se conservan invariablemente y se cuelgan cual trofeos en la casa del vencedor. Desconozco el procedimiento que utilizan, pero creo que predomina el ahumado. Todos los restos que vi utilizan la apariencia de un jamón suspendido por algún tiempo en una chimenea.

Pero regresemos del mundo de los muertos al de los vivos. El reciente festival había reunido, como pensé, a toda la población del valle y por consiguiente pude hacer algunos cálculos de su cantidad. Considero que había unos dos mil habitantes en Typee; y ningún otro número se ajusta a las dimensiones de esta cañada. El valle tiene unas nueve millas de largo y una de ancho como promedio; las casas están distribuidas en amplios intervalos por toda su extensión, principalmente hacia la cabecera del valle. No existen poblados; las casas están aisladas bajo la sombra de los árboles o a lo largo de las orillas del tortuoso río; sus paredes de bambú dorado y techos de blanca paja formaban un extraordinario contraste con el perpetuo verdor que las rodea. No había caminos de ningún tipo, sólo un laberinto de senderos que atravesaban incansables la espesura.

Los pobladores del Typee no parecen trabajar mucho en ninguna estación del año; con la excepción de encender fuego, casi no vi labor alguna que hiciera sudar la frente. Respecto a trabajar para ganarse el sustento, ese empeño se desconoce. La madre naturaleza sembró el árbol del pan y el banano y en su momento los hace madurar; el ocioso salvaje sólo tiene que estirar el brazo para satisfacer su apetito.

¡Gente desgraciada! Tiemblo cuando pienso en el cambio que unos años producirá en su paraíso; probablemente el momento en que los vicios más destructivos y los peores servicios de la civilización desvanecerán toda la paz y la felicidad del valle, los magnánimos franceses proclamarán al mundo la conversión de las Islas Marquesas al cristianismo, un hecho que el mundo católico considerará un acontecimiento glorioso. ¡Que Dios se apiade de las "Islas del Mar"! La simpatía que la cristiandad siente por ellas en demasiadas oportunidades ha constituido su ruina.

Cuan poco estos pobres isleños comprenden, cuando miran a su alrededor, que gran parte de sus desgracias se originan en ciertas discusiones a la hora del té por la influencia de caballeros de benevolente apariencia y corbatas blancas que predican caridad y de viejas damas de anteojos y jovencitas de soberbios trajes rojos; ellos donan centavos para crear un fondo cuyo objetivo es mejorar la condición espiritual de los polinesios, pero cuya finalidad ha sido casi invariablemente su destrucción gradual.

Civilicen a los salvajes, pero para beneficiarlos, no para perjudicarlos; eliminen el paganismo, pero sin destruir al pagano. El enjambre anglosajón ha extirpado el paganismo de gran parte del territorio norteamericano, pero con él extirpó gran parte de la raza india. La civilización está barriendo gradualmente de la faz de la tierra los rezagos del paganismo y, al mismo tiempo, las diminutas figuras de sus infelices seguidores.

En las islas de la Polinesia se derriban las imágenes, se destruyen los templos y se convierte a los nativos al cristianismo nominal tan pronto aparecen los vicios, las enfermedades y la muerte prematura. Entonces la tierra así despoblada es tomada por las rapaces hordas de ilustres individuos que se establecen dentro de sus fronteras y anuncian clamorosamente la llegada de la Verdad. Aparecen bellas casas, cuidados jardines, verdes céspedes, cúpulas y astas, mientras el pobre salvaje pronto se convierte en un intruso en la tierra de sus antepasados, incluso en la misma choza donde nació. Los frutos espontáneos de la tierra, que Dios en su omnisapiencia había creado para el sustento de los indolentes nativos, son tomados y apropiados inexorablemente por el extranjero, son devorados ante los ojos de los hambrientos habitantes, o son enviados a bordo de los numerosos buques que ahora visitan sus costas.

Cuando estos miserables famélicos son despojados de esta manera de su abastecimiento natural, sus benefactores les ordenan trabajar y ganarse el sustento con el sudor de la frente. Sin embargo, a ningún fino caballero nacido en la opulencia hereditaria hace más daño este trabajo manual que al voluptuoso indio cuando le roban de este modo el regalo del cielo. Acostumbrado a su necesidad, las de indolencia, no soporta el esfuerzo físico; y las enfermedades y los vicios -males de procedencia extranjera- pronto terminan con su miserable existencia.

¿Pero qué importa todo esto? ¡Vean los gloriosos resultados! Las abominaciones del paganismo han cedido paso a los ritos puros de la adoración cristiana; ¡los salvajes ignorantes fueron sustituidos por los refinados europeos! Ahí está Honolulu, la metrópoli de las Islas Sandwich. Una comunidad de desinteresados comerciantes y de devotos heraldos de la Cruz[47] autoexiliados, viven en el mismo lugar que veinte años atrás estaba manchado por la presencia de la idolatría. ¡Buen tema para un elocuente predicador de la Biblia! Tampoco se ha dejado pasar una oportunidad como esta para desplegar la retórica misionera. Pero cuando estos filántropos nos envían sus relucientes recuentos de la mitad de sus labores, ¿por qué su modestia les impide publicar la otra mitad del bien que han labrado? Sólo luego de visitar Honolulu, me percaté del hecho de que la pequeña población de nativos que había quedado, había sido civilizada

[47] El autor se refiere a la cruz roja de la bandera británica.

convirtiéndolos en animales de tiro; y había sido evangelizada convirtiéndolos en bestias de carga. Literalmente les han puesto el freno en la boca y los han enjaezado a los carros de sus instructores espirituales al igual que bestias salvajes.

Entre las muchas muestras similares que presencié, nunca olvidaré a un rollizo personaje muy parecido a una dama. La esposa de un misionero, quien diariamente durante meses daba sus paseos regulares en un cochecito tirado por dos isleños, uno ya canoso y el otro, un travieso mozalbete, ambos tan desnudos como vinieron al mundo con excepción del taparrabos. Este par de bípedos de tiro iba por tierra plana trotando trabajosa y desagradablemente, el joven rezagado todo el tiempo cual bestia sagaz, mientras el viejo halaba todo el peso.

En medio del traqueteo por las calles de la ciudad en este elegante transporte, la dama miraba a su alrededor como cualquier reina en pos de ser coronada. Sin embargo, una repentina elevación y una calle de tierra arenosa, pronto perturbaron su serenidad. Las pequeñas ruedas se hundieron en un suelo poco firme: el viejo halaba y sudaba, mientras el joven retozaba y no ayudaba; el coche no se movió una pulgada. ¿Podría la bondadosa dama, que ha dejado casa y amigos por el bien de las almas de los pobres paganos, pensar un momento en ellos y descender del carro para aliviar un poco al pobre anciano hasta salvar el obstáculo? No señor; ella no. Ni soñarlo. En realidad, ella no pensaba mucho cuando llevaba las vacas a pastar en la vieja granja en Nueva Inglaterra; pero los tiempos han cambiado desde entonces, por lo que se mantiene en su asiento y grita:

¡Juki, juki! (Halen, halen.)

El viejo, temeroso por los gritos, hace un último esfuerzo; y el jovenzuelo finge afanarse pero mira de soslayo a la dama para saber cuándo dejar de fingir. La señora pierde la paciencia: "¡Juki, juki!" y descarga el pesado mango de su gran abanico sobre la cabeza del viejo salvaje; mientras el joven se echa a un lado y queda fuera de su alcance.

-¡Juki, juki! -vuelve a gritar la dama-. ¡Juki tata kannaka!

(Halen con fuerza, hombre.); -pero en vano, y al final tiene que bajar y -triste esfuerzo- ir caminando hasta la cima de la loma.

En la ciudad donde vive este ejemplo de humildad hay una espaciosa y elegante iglesia americana, donde se celebra regularmente el servicio divino. Dos veces cada domingo al final de la misa pueden verse una o dos hileras de coches ubicados frente al edificio con dos escuálidos nativos semidesnudos parados al lado de cada uno en espera de la salida de la congregación para llevar a sus amos a casa.

Para que no surja la más mínima equivocación de lo dicho en este capítulo o en realidad en cualquier otra parte de este libro, permítaseme apuntar aquí que en contra de la causa de las misiones en su carácter abstracto, ningún cristiano puede oponerse en modo alguno: es ciertamente una causa justa y sacrosanta. Pero si su gran finalidad es espiritual, la agencia empleada para cumplir ese objetivo es puramente terrenal; y aunque la meta visible es el logro de mucho bien, esa agencia no obstante puede provocar mucho mal. En resumen, la empresa misionera, independientemente de estar bendecida por el Cielo, está formada por seres humanos; y está sujeta, como todo, a errores y abusos. ¿Y no han llegado los errores y abusos a los lugares más sagrados; no pueden existir misioneros inútiles e incapaces en otras aguas, así como eclesiásticos de igual naturaleza en las nuestras? ¿No podría la inutilidad o la incapacidad de los que asumen funciones apostólicas en islas remotas escapar más fácilmente a la atención del mundo en general que si se manifestara en el centro de una ciudad? Una confianza injustificada en la santidad de sus apóstoles -una propensión a considerarlos incapaces de engañar- y una impaciencia ante la más mínima sospecha de su rectitud como hombres o como cristianos,

siempre han sido carencias prevalecientes en la Iglesia. Tampoco nos preguntamos lo siguiente: al igual que la cristiandad está sujeta a los ataques de enemigos sin principios, nosotros estamos expuestos por naturaleza a todo, así como el mal comportamiento eclesiástico, el germen de la malevolencia o al sentimiento pagano. Sin embargo, ni siquiera esta última reflexión me desviará de expresar con honestidad mis sentimientos.

Al parecer hay algo errado en las operaciones de la práctica de la Misión de las Islas Sandwich. Los que por puros motivos religiosos contribuyen en apoyo de esta empresa, deben asegurarse de que sus donaciones, que fluyen a través de sinuosos canales, lleguen al final a su legítimo objetivo: la conversión de los hawaianos. No alerto esto porque dude de la integridad moral de los que distribuyen los fondos, sino porque sé que no se emplean correctamente. Leer los patéticos recuentos de las penurias de los misioneros y las brillantes descripciones de conversiones y bautismos bajo palmeras, es una cosa; y visitar las Islas Sandwich y ver a los misioneros vivir en pintorescas y bien amuebladas casas de roca coralina, mientras que los miserables nativos cometen todo tipo de inmoralidades a su alrededor, es otra cosa bien distinta.

Para hacer justicia a los misioneros, sin embargo, debo admitir gustosamente que a pesar de los penosos resultados de su mal manejo colectivo de su empresa, y de la falta de piedad vital mostrada por algunos de ellos, aún la deplorable condición actual de las Islas Sandwich no es en modo alguno atribuible totalmente a ellos. La influencia desmoralizante de una población extranjera disoluta y las frecuentes visitas de todo tipo de barcos, han ayudado mucho a aumentar los males mencionados. En una palabra, aquí, como en todos los casos en que la civilización ha sido introducida de cualquier modo entre los llamados salvajes, esa civilización ha difundido sus vicios y se ha negado a conocer sus ventajas.

Como un hombre tan sabio como Shakespeare sentenció que el portador de malas noticias tiene un oficio desventajoso, supongo, por consiguiente, que lo mismo se cumpla conmigo al comunicar a los confiados amigos de la Misión Hawaiana lo revelado en las distintas partes de esta narración. Estoy convencido, sin embargo, que estos planteamientos por naturaleza propia atraerán la atención y beneficiarán en definitiva a la tausa del cristianismo en las Islas Sandwich.

Sólo me queda algo más que agregar relacionado con este tema: las cosas que he mencionado como hechos, seguirán siendo hechos a pesar de lo que los fanáticos o los incrédulos puedan decir o escribir en su contra. Mis reflexiones de estos hechos, sin embargo, pueden no estar exentas de error. Si es así, no pido otra indulgencia que la que pueda concederse a cualquier hombre cuyo objetivo es hacer el bien.

CAPIULO VEINTISIETE

Condición social *y carácter* general de los taipis.

Ya he mencionado que el poder ejercido sobre la gente de Typee por sus jefes era en extremo flexible; y en cuanto a cualquier regla o norma general de conducta por la cual se regía la comunidad en su relación interna, de acuerdo con el alcance de mis observaciones, estoy tentado a decir que no existía ninguna en la isla, salvo el misterioso "tabú" si se le considera como tal. Durante el tiempo que viví entre los taipis nadie fue llevado a juicio por delito público. Según las apariencias no había tribunales penales ni civiles. No había policía municipal que castigara la vagancia y el desorden. En resumen, no había disposiciones legales para el bienestar y la preservación de la sociedad, objetivo ilustre de la legislación civilizada. Sin embargo, todo

marchaba bien en el valle, con una armonía y tranquilidad sin parangón, me aventuraría a asegurar, en las sociedades más selectas, refinadas y pías de los mortales de la cristiandad. ¿Cómo explicar este enigma? ¡Estos isleños eran ateos... salvajes... caníbales! ¿Entonces cómo, sin la ayuda de un derecho establecido, iban a exhibir en grado tan elevado ese orden que es la mayor bendición y el más alto orgullo del estado social?

Podría preguntarse con razón, ¿cómo se gobernaba esta gente? ¿Cómo controlaban sus pasiones en sus relaciones diarias? Debía ser por un principio de honestidad y caridad inherente a ellos.

Parecían estar gobernados por esa clase de derecho tácito del sentido común que, digan lo que digan del desorden innato de la raza humana, tiene grabado sus preceptos en cada pecho. Los grandiosos principios de la virtud y el honor, independientemente de cómo puedan ser distorsionados por códigos arbitrarios, son los mismos en todo el mundo: y donde se cumplen estos principios, las acciones buenas y malas significan lo mismo para la mente incivilizada como para la culta. Es a este sentimiento interior, a esta percepción universalmente difundida de qué *es justo* y *noble*, que debe atribuirse la integridad de las relaciones entre los marquesinos. En las noches más oscuras duermen seguros, con todas las riquezas del mundo a su alrededor, en casas cuyas puertas nunca se cierran con cerrojo. Las inquietantes ideas de robo o asesinato nunca los perturban. Cada isleño reposaba bajo su techo de paja o se sentaba bajo su propio árbol del pan, sin nada que lo molestase o alarmase. No había un candado en el valle, ni nada que respondiese a ese objetivo; sin embargo, no había comunidad de bienes.

Esta larga lanza tan bellamente tallada y pulida pertenece a Wormunu; es mucho más bella que la que el viejo Marheyo estima tanto; es el artículo más valioso de su dueño. No obstante, la he visto recostada a un cocotero y allí la hallaron cuando hizo falta. He aquí un diente de ballena, todo tallado con hábiles instrumentos: es propiedad de Karluna; es el más preciado de los adornos de la dama. Para ella vale mucho más que los rubíes, pero el dije dental está colgado de su cuerda de corteza tejida, en su casa, que está muy intrincada en el valle; con la puerta abierta y todos sus moradores han ido a bañarse al río[48].

Ese es el respeto que se tiene por la "propiedad personal" en el Typee; pero no puedo decir nada sobre la seguridad de la "propiedad de la tierra". Nunca pude saber si el terreno del valle era propiedad de sus habitantes o si estaba parcelado entre cierto número de propietarios a quienes se permite trabajarlo como quisiesen. De cualquier modo, no había en la isla organización agraria alguna y me inclino a creer que los habitantes dejaban todo el valle al cuidado de la naturaleza. Vivirían en él mientras creciesen las plantas y corriera el agua, o hasta que los visitantes franceses, mediante traspaso sumario, se las apropiaran en beneficio propio.

Un día veía a Kori-Kori marchar armado de un largo palo con el que, desde el suelo, tiraba las frutas de las ramas más altas de los árboles y las traía a casa en su cesto de paja. Otro día, veía a un isleño, que residía en una parte alejada del valle, haciendo exactamente lo mismo. En las inclinadas orillas del río hay gran cantidad de bananeros. He visto con frecuencia a una o

[48] La estricta honradez con que los habitantes de casi todas las islas polinesias tratan a sus semejantes contrasta con las inclinaciones al robo que muestran algunos de ellos en sus relaciones con los extranjeros. Tal parecería que, según su peculiar código de moral, el hurto de un hacha o de un clavo fundido de un europeo se considera una acción valerosa. O más bien, podría presumirse, que teniendo en cuenta los saqueos al por mayor que sufren de manos de sus visitantes náuticos, consideran la propiedad de estos últimos un buen objeto de represalia. Esta reflexión, aunque sirve para reconciliar una contradicción aparente en el carácter moral de los isleños, en alguna medida cambiaría esa mala opinión de ellos que el
lector de los viajes por los Mares del Sur es tan propenso a formarse. (N. del A.)

Librodot

dos pandillas de muchachos tomar los grandes racimos dorados y llevárselos a diferentes sitios del valle gritando y jugando en su partida. Ningún viejo gruñón era el propietario de aquel bosquecillo de árboles del pan o de aquellos resplandecientes racimos de plátanos.

Por lo que he dicho se observará que existe una gran diferencia entre "propiedad personal y "propiedad de la tierra" en el valle del Typee. Algunos individuos, por supuesto, tienen más que otros. Por ejemplo, las vigas de la casa de Marheyo se doblan por el peso de muchos rollos de tapa; su largo lecho estaba cubierto por siete esteras unas sobre otras. Afuera, Tinor alineaba en su estantería de bambú -o corno se llame- una buena cantidad de jícaras y vasijas de madera. Sin embargo, la casa vecina a la de Marheyo, al otro lado de la arboleda, ocupada por Roaruga, no estaba tan bien habilitada. En lo alto había sólo tres paquetes medianos, debajo hechos de dos capas de esteras; y las jícadas y vasijas no eran tan numerosas ni tan elegantemente talladas y pintadas. Pero Ruaruga tiene una casa, en realidad no tan bonita, pero sí tan cómoda como la de Marheyo; y supongo que si quisiera competir con el domicilio de su vecino, podría hacerlo sin mucho trabajo. En esto radicaba la diferencia perceptible de la relativa riqueza de los pobladores de Typee.

La civilización no comprende todas las virtudes de la humanidad: ni siquiera posee la mayoría de ellas. Florecen con gran abundancia y logran mayor fuerza entre muchos pueblos bárbaros. La hospitalidad de los árabes salvajes, la valentía de los indios americanos y la fiel amistad de algunas naciones polinesias, superan en mucho las propiedades similares de las cultas comunidades de Europa. Si la verdad y la justicia, y los mejores principios de nuestra naturaleza, no pueden existir sin la presencia de libros de códigos, ¿cómo podremos explicar el estado social de los taipis? Eran tan puros y rectos en todas las relaciones de la vida que al entrar al valle, como yo lo hice, con la impresión más errada sobre su carácter, pronto me llevó a exclamar asombrado: ¿Son estos los fieros salvajes, los sangrientos caníbales de quienes oí aquellos cuentos terribles? Se tratan mejor entre ellos y más humanamente que muchos que leen tratados de virtud y benevolencia, y que repiten noche tras noche esa bella oración pronunciada por primera vez por los labios del divino y bondadoso Jesús. Declaro francamente que luego de pasar varias semanas en ese valle de las Marquesas, me forjé una mejor opinión de la naturaleza humana que la que tenía antes. Pero ¡ay! desde entonces he sido tripulante de un barco de guerra[49], y la perversidad reprimida de quinientos hombres casi ha cambiado todas mis teorías anteriores.

Había un rasgo admirable *en el* carácter general de los taipis que, más que cualquier otro, me produjo admiración: fue la unanimidad de sentimientos que mostraban en cada ocasión. En ellos casi no había diferencias de opiniones de cualquier tipo. Todos pensaban y actuaban al unísono. No concibo que puedan sostener una reunión de debate ni por una sola noche: no habría tema que discutir; y si convocan a un congreso para debatir el estado de la tribu, su sesión sería extraordinariamente breve. Mostraban este espíritu unánime en todas las esferas de la vida; todo se hacía en conjunto y buena comunión. Les daré un ejemplo de este sentimiento fraternal.

Un día, al regresar con Kori-Kori de mis acostumbradas visitas al Tai, pasamos por un pequeño claro en el bosque; a un lado, según me informó mi asistente, se construiría esa tarde una casa de bambú. Por lo menos un centenar de nativos traían los materiales necesarios; algunos cargaban uno o dos palos que formarían los ángulos; otros, finas estacas del *hibiscus,* atadas con hojas de palma para el techo. Todos contribuían en algo; y por la labor unida, aunque fácil e incluso indolente de todos, la construcción se terminó antes del anochecer. Los isleños, mientras

[49] Pero ¡ay! desde entonces he sido tripulante de un barco de guerra: Melville se refiere al servicio que cumplió en el "U.S.S. United States" en 1843-44.

erigían su casa, me recordaron una colonia de castores. En realidad, no eran tan silenciosos y reservados como aquellas maravillosas criaturas, ni tan inteligentes tampoco. A decir verdad, eran algo inclinados a la holgazanería, aunque entre ellos prevalecía la hilaridad; y trabajaban tan unidos y parecían impulsados por tal instinto de amistad, que resultaba un espectáculo digno de disfrutarse.

Ni una sola mujer tomaba parte de la acción; y si la gran consideración que los hombres tienen por el siempre adorable sexo es -como afirman los filósofos- un justo ejemplo del grado de refinamiento de un pueblo, entonces tengo que decir que los taipis constituyen la comunidad más correcta bajo el sol. Excepto las restricciones religiosas del tabú, las mujeres del valle gozaban de la mayor indulgencia. En ningún otro lugar son más apreciadas como contribuyentes de nuestros mayores disfrutes; y en ninguna otra parte conocen más su poder. Muy diferente a las condiciones existentes en muchos pueblos más rudos, donde la mujer tiene que realizar todas las labores mientras sus poco galantes señores y amos se sumen en la indolencia, el sexo débil en el valle del Typee estaba exento de labores fuertes, si así puede catalogarse al que, incluso en un clima tropical, no se transpire ni una sola gota de sudor. Las suaves faenas domésticas, junto con la fabricación de la *tapa*, trenzar esteras y pulir vasijas, eran los únicos trabajos propios de la mujer. E incluso estos se parecían a los agradables pasatiempos que llenan el elegante ocio matutino de las distinguidas señoras de nuestro país. Pero en estas ocupaciones, por ligeras y agradables que fueran, casi nunca participaban las más jóvenes. En verdad estas voluntariosas damiselas eran adversas a todo trabajo útil. Como tantas otras malcriadas beldades, preferían vagar por los bosques, bañarse en el arroyo, bailar, coquetear, gastar toda clase de bromas y pasar sus días en un torbellino de irreflexiva felicidad.

Durante toda mi estancia en la isla nunca presencié una sola riña ni siquiera algo que se asemejara en lo más mínimo a una disputa. Los nativos parecían formar un núcleo familiar, cuyos miembros estaban unidos por fuertes lazos de afecto. El amor de parentesco no se notaba mucho, pues parecía formar parte del amor general; y en un lugar donde todos se trataban como hermanos y hermanas, era realmente difícil decir quién era familia de la misma sangre.

No crea que he exagerado esta descripción. Todo lo contrario. No se puede aducir que la hostilidad de estas tribus hacia los extranjeros y los rencores hereditarios que mantienen contra sus compatriotas del otro lado de la montaña son hechos que contradicen mis palabras. No es así; estas contradicciones aparentes son fáciles de reconciliar. Debido a muchas historias de violencia y maldad, así como los sucesos que han vistos sus ojos, este pueblo ha aprendido a mirar a los blancos con odio. La cruel invasión de su país por Porter[50] sólo les hizo verlos como provocadores; y simpatizo con el sentimiento que lleva al guerrero taipi a vigilar lanza en mano todas las vías de acceso a su valle y a colocarse en la playa, de espaldas a su verde suelo, para mantener a raya al europeo invasor.

Con relación al origen de la enemistad de este clan particular hacia las tribus vecinas, no puedo hablar tan confiadamente. Tampoco diré que sus enemigos sean los agresores ni intentaré dar un paliativo a su conducta. Pero seguramente, si nuestras malas pasiones necesitan una salida, es mucho mejor que sea contra extraños y forasteros y no contra el seno de la comunidad en que vivimos. En muchos países cultos, las contiendas civiles, así como las enemistades domésticas, prevalecen junto con las más atroces guerras con el extranjero. Qué culpa tienen entonces estos

[50] La *cruel* invasión de su país *por Porter:* véase la nota N° 5.

playa, de espaldas a su verde suelo, para mantener a raya al europeo invasor.

isleños que de los tres males, sólo se les pueda imputar uno, y el menos criminal.

El lector podrá suponer que los taipis no están exentos de la culpa de canibalismo; y entonces quizá me acuse de admirar a un pueblo al cual **se le** achaca crimen tan odiado. Pero esta única barbarie de su carácter no es ni la mitad de horrible que como se describe. Según la fantasía popular, los tripulantes de barcos naufragados en costas bárbaras, son devorados vivos cual delicioso bocados por los salvajes habitantes; y los desgraciados viajeros son atraídos hacia sonrientes y traicioneras bahías, son golpeados en la cabeza con mazas de guerra y son servidos sin más condimento. En realidad, estos recuentos son tan horribles e improbables que mucha gente sensible y bien informada no cree en la existencia de caníbales y colocan los libros de viajes que se proponen describirlos en el mismo librero junto a Barba Azul o Jack, el matador de gigantes. Mientras que otros, siguiendo las más extravagantes fantasías, creen firmemente que existe gente en el mundo con gusto tan depravado para preferir infinitamente un solo bocado de came humana a un buen asado de vaca y un pudín de ciruelas. Pero aquí, la Verdad, que ama ser puesta en su justo centro, se encuentra de nuevo en uno de los dos extremos, pues el canibalismo se practica de forma algo moderada entre varias de las tribus salvajes del Pacífico, pero sólo en los cuerpos de sus víctimas enemigas; y a pesar de lo terrible y espantosa que es esta costumbre, e inconmensurablemente despreciada y condenada, sigo afirmando que los que incurren en ella son en otros aspectos personas humanas y virtuosas.

CAPITULO VEINTIOCHO

Grupos *de pesca* - *Forma de distribuir el pescado* - *Banquete de* medianoche - Lám*paras reloj* - Estilo sencillo *de comer* pescado.

No hay un ejemplo que muestre mejor las condiciones sociales de los taipis que la manera en que se realizaban sus partidas de pesca. En cuatro ocasiones durante mi estancia en el valle, los jóvenes se reunieron cuando se acercaba la luna llena y zarparon a estas excursiones. Como por lo general se mantenían ausentes durante cuarenta y ocho horas, creí que salían a alta mar, lejos de la bahía. Los polinesios casi nunca pescan con anzuelo, sino con grandes redes ingeniosamente tejidas de las fibras de la corteza de cierto árbol. En Nukujiva había examinado varias que habían sido expuestas a secar en la playa. Se parecen mucho a nuestras Jábegas y pensé que serían tan duraderas como estas.

Todos los isleños de los Mares del Sur son muy aficionados a la pesca; pero ninguno como los habitantes de Typee. No podía entender, entonces, la escasa frecuencia con que salían a pescar, pues estas partidas se formaban sólo en contadas ocasiones, y eran esperadas con gran interés.

Durante la ausencia, toda la población del lugar bullía y sólo se hablaba de los "peji, *peji"* (peces). Cuando ya era inminente su regreso, se ponía en funcionamiento el telégrafo oral: los habitantes, diseminados a lo largo del valle, subían a rocas y árboles, gritando con alegría pensando en el futuro banquete. Tan pronto como se anunciaba la llegada de la partida, todos los hombres corrían a la playa; aunque algunos permanecían por los alrededores del Tai para disponer la recepción del pescado, el cual era llevado a los Bosques Prohibidos en inmensos paquetes hechos de hojas, suspendidos de un palo cargado en hombros por dos hombres.

Me encontraba en el Tai en una de estas ocasiones y lo que presencié fue de lo más interesante. Después que los paquetes habían llegado, se pusieron en fila bajo la veranda del edificio y se abrieron. Los pescados eran bastante pequeños, generalmente del tamaño de un arenque, y tenían gran variedad de colores. Aproximadamente una octava parte se reservaba para consumo del Tai y el resto se colocaba en numerosos paquetes más pequeños que de inmediato se despachaban en todas direcciones a los lugares más remotos del valle. Al llegar a su destino, se dividían una vez más y se distribuían equitativamente entre las distintas casas de cada distrito particular. El pescado se mantenía en estricto tabú hasta terminada su distribución, que parecía efectuarse del modo más imparcial. Mediante este sistema, todos los hombres, mujeres y niños del valle podían disfrutar al mismo tiempo de esta comida favorita.

Recuerdo una vez que los pescadores regresaron a medianoche; sin embargo, lo impropio de la hora no reprimió la impaciencia de los isleños. Los transportistas salidos del Tai se veían correr en todas direcciones a través de la espesura; cada uno precedido por un niño con una flamante antorcha de ramas secas de cocotero, que al consumirse eran repuestas con las ramas encontradas por el camino. La salvaje llamarada de estas gigantescas antorchas, que alumbraban con deslumbrante brillantez los más recónditos parajes del valle y que se veían mover con rapidez por debajo de las ramas de los árboles, el salvaje grito de los excitados mensajeros anunciando la noticia de su llegada, respondida desde todos lados, y el extraño aspecto de sus cuerpos desnudos, produjeron en mi mente un efecto que nunca olvidaré.

Fue en esta misma ocasión que Kori-Kori me despertó en medio de la noche y, como transportado, me comunicó la noticia que contenía las palabras *"peji pernai"* (Viene el pescado.) Como yo estaba en un sueño reparador y profundo, no pude imaginar por qué esta noticia no podía esperar a la mañana; estuve a punto de propinarle un puñetazo a mi sirviente dejándome llevar por mi enfado, pero luego de pensarlo dos veces, me levanté callado y salí fuera de la casa interesado por la iluminación en movimiento.

Cuando el viejo Marheyo recibió su parte del botín, de inmediato se dispuso al banquete de medianoche: las jícaras de poí-poí casi *se* desbordaban, se asaron frutas del pan tiernas, se cortó una torta *de amar* con un cuchillo de bambú y todo se sirvió en una inmensa hoja de plátano.

Durante el banquete nos alumbramos con varias lámparas indígenas, sostenidas por muchachas. Estas lámparas están hechas con gran ingeniosidad. En el valle abunda una nuez, llamada armor por los taipis, que se parece mucho a nuestra castaña. Se rompe la cáscara y se extrae el contenido. Cierto número de ellas se ata a voluntad en la larga y elástica fibra que atraviesa la rama del cocotero. Algunas de estas lámparas tienen ocho o diez pies de largo; pero gracias a su flexibilidad, uno de sus extremos se enrolla y el otro se enciende. La nuez arde con una llama azulada y el aceite que contiene se quema en unos diez minutos. Al consumirse una, se prende la siguiente y las cenizas de aquella se depositan en una cáscara de coco dispuesta para ese fin. Esta lámpara primitiva necesita una atención continua y debe sostenerse en la mano. La persona empleada en ese menester marca el tiempo transcurrido por el número de nueces consumidas, que se cuentan fácilmente por los pedacitos de *tapa* distribuidos a intervalos regulares en la cuerda.

Siento decir que los habitantes de Typee tenían la costumbre de devorar el pescado de la misma manera que un ser civilizado comería un rábano, sin otra preparación previa. Lo comen crudo; con escamas, espinas, branquias y ventrechas. El pez se sujeta por la cola y se introduce de cabeza en la boca; el animal desaparece tan rápido que al principio uno se imagina que es tragado sin masticar.

¡Pescado crudo! Nunca olvidaré la sensación que experimenté cuando vi por primera vez a mi bella indígena devorar uno. ¡Cielos, Feyawey! ¿Cómo pudiste adoptar costumbre tan vil? Sin embargo, después de pasado el primer choque, el hábito me pareció cada vez menos indignante y pronto me acostumbré a verlo. Que nadie se imagine, sin embargo, que la bella Feyawey deglutía peces de vulgar aspecto; oh, no; con su bella manita tomaría un delicado pececillo dorado y se lo comía con tal elegancia e inocencia como si fuera un bizcocho de Nápoles. Pero después de todo era un pescado crudo y sólo puedo decir que Feyawey lo comía de un modo más delicado que las demás muchachas del valle.

"Donde fueres, haced lo que vieres" fue el proverbio que seguí en Typee. Comí poi-poi igual que ellos, caminé con garbo y reposé en un lecho de innumerables esteras, además de muchas otras cosas acorde con sus hábitos peculiares; pero lo que más me acercó a ellos fue que en varias ocasiones me deleité con el pescado crudo. Gracias a su notable suavidad y pequeña dimensión, la empresa no fue del todo desagradable y luego de algunos intentos, empezaron a gustarme; aunque antes de comerlos los sometía a una pequeña cirugía con mi cuchillo.

CAPITULO VEINTINUEVE

Historia natural del valle - Lagartos dorados - Confianza de los pájaros - Mosquitos - Moscas - Perros - Un gato solitario - El clima - Los cocoteros - Singular modo de trepar a ellos - Un ágil muchacho - Temeridad de los niños - Tu-tu y el cocotero - Las aves del valle.

Pienso que *debo* instruir un poco al lector acerca de la historia natural del valle... ¡Por el conde Buffon y el varón Cuvier! ¿De dónde vinieron esos perros que vi en el Typee?[51] ¡Perros! Más bien ratas lampiñas de lomo moteado y brillante, gruesas ancas y caras desagradables. ¿De dónde podrían haber venido? Estoy firmemente convencido que no eran un producto autóctono de la región. Ciertamente parecían darse cuenta de ser intrusos al mirar avergonzados y ocultarse siempre en algún oscuro rincón. Estaba claro que no se sentían a gusto en el valle, que querían marcharse y regresar al triste país de donde habían venido.

¡Perros malditos! Los detestaba; nada me habría gustado más que los mataran. De hecho, en una ocasión propuse a Mehevi una cruzada canina; pero el benévolo rey no la aprobó. Me escuchó pacientemente y cuando acabé, negó con la cabeza confiándome que eran "tabú".

En cuanto al animal que hizo la fortuna del ex gobernador Whittington[52], nunca olvidaré el mediodía en que me encontraba recostado en la casa, todos dormían profundamente y al alzar la vista, enfrenté la de un enorme y espectral gato negro, sentado erguido en el umbral de la

[51] La arqueología moderna parece haber establecido que el perro, como el cerdo, acompañaron a los primeros emigrantes polinesios que llegaron a las Marquesas. La "especie de lagartos dorados" (un tipo de salamanquesa) parece haber venido en esos primeros barcos como polizonte; como la rata, curiosamente no mencionada por Melville. Georges Louis Leclerc Buffon (1707-1788) y Georges Leopold Cuvier (1769-1832) fueron probablemente los naturalistas más célebres antes del surgimiento de Darwin y la escuela evolucionista, cuyos estudios Cuvier apoyó materialmente para su desarrollo de la ciencia de la paleontología

[52] Ricard Whittington, fallecido en 1423, fue un personaje real de la historia, un comerciante que se enriqueció e hizo abundantes préstamos al rey y de hecho fue tres veces Alcalde de Londres. El gato que hizo su fortuna y la pobre infancia de la cual el gato lo sacó, son igualmente apócrifos y parecen haber tenido su origen en un relato asiático importado por los cruzados en el siglo XIII.

puerta, mirándome con sus temibles órbitas verdes, semejante a uno de los diablillos monstruosos que atormentan a algunos de los santos de Teniers[53]. Soy una de esas personas desgraciadas que se disgustan incontrolablemente por la presencia de estos animales.

Por consiguiente, enemigo nato de los gatos, la inesperada aparición de este en particular me descontroló. Cuando logré recuperarme un poco de la fascinación de su mirada, me levanté; el gato huyó y yo, envalentonado por su huída, salí corriendo de la casa tras él, pero ya había desaparecido. Fue la única vez que vi uno en el valle y no puedo imaginarme cómo llegó allí. Es posible que haya escapado de uno de los barcos atracados en Nukujiva. En vano procuré información de los nativos, pues ninguno lo vio y su aparición sigue siendo un misterio para mí.

Entre los pocos animales que uno encuentra en el Typee, no hubo ninguno que yo mirase con más interés que una especie de lagartos dorados. Medirían unas cinco pulgadas de la cabeza a la cola y estaban bien proporcionados. Muchos de aquellos animales podían verse calentándose al sol sobre los techos de las casas y a todas horas mostraban su brillo cuando jugueteaban entre la hierba o corrían por los altos troncos de los cocoteros. Pero la extraordinaria belleza de estos animales y su vivacidad no eran las únicas cualidades que me atraían de ellos. Eran completamente mansos e insensibles al miedo. Con frecuencia, después de sentarme en el suelo en alguna sombra de un día caluroso, me pasaban por encima. Si apartaba a uno de mi brazo, subiría a mi cabeza; cuando intentaba asustarlo pellizcándole una pata, se viraba y buscaba protección en la misma mano que lo había atacado.

Los pájaros también son muy mansos. Si se veía a uno sobre una rama al alcance de la mano y se avanzaba a él, no huía de inmediato sino que esperaba tranquilamente hasta que casi se le tocaba y entonces levantaba vuelo con lentitud, menos alarmado que deseoso de quitarse del camino. Si la sal no hubiera escaseado tanto en el valle, este era el mejor lugar del mundo para cazar pájaros.

Recuerdo una vez, en una isla desierta de las Galápagos, un pájaro se posó en mi brazo extendido mientras su pareja chillaba desde un árbol cercano. Su mansedumbre, lejos de sorprenderme, como le ocurrió a Selkirksl[54], me produjo un exquisito estremecimiento de satisfacción que no había experimentado antes, y con algo de este mismo placer observé luego a los pájaros y los lagartos del valle como confiaban en la bondad del hombre.

Entre los numerosos perjuicios que los europeos han reportado a algunos nativos de los Mares del Sur está la introducción accidental de ese enemigo de todo reposo y desesperación de los temperamentos calmados: el mosquito. En las Islas Sandwich y en dos o tres islas del grupo de la Sociedad, existen prósperas colonias de estos insectos, que prometen suplantar totalmente a las moscas de las playas aborígenes. Pican, zumban y atormentan todo el año; y, al exasperar incesantemente a los nativos, obstaculizan las labores benevolentes de los misioneros.

Sin embargo, los taipis están completamente exentos de esta molesta visita; pero su lugar está ocupado, por desgracia, por la presencia ocasional de una pequeña especie de mosca que, sin picar, produce no obstante bastantes molestias. La mansedumbre de pájaros y lagartos es nada comparada con la intrepidez de estos insectos. Se posan en las pestañas y se duermen allí si no se

[53] David Teniers, el Joven, (1610-1690), pintor flamenco cuyo verdadero talento era la pintura de género de campesinos y sus fiestas.

[54] Alexander Selkirk (1676-1721), marino escocés, abandonado por cinco años en la isla de Juan Fernández, y quien se convirtiera en prototipo del Robinson Crusoe de Defoe.

Librodot

les espanta, o se meten entre el cabello o en las cavidades de la nariz hasta hacer pensar que están resueltas a explorar hasta el cerebro. En una oportunidad tuve el descuido de bostezar cuando algunas de ellas volaban a mi alrededor. No lo volví a hacer nunca. Casi media docena entraron por la puerta abierta y me caminaron por el cielo de la boca; la sensación fue horrible. Cerré involuntariamente la boca y las pobres criaturas, encerradas en la total oscuridad, tropezaron consternadas con mi paladar y se precipitaron por mi garganta. En definitiva, aunque después abrí la boca caritativamente con vistas a facilitarles la salida a las más rezagadas, ninguna pudo aprovechar la oportunidad.

No hay animales salvajes de ningún tipo en la isla, excepto que se considere como tales a los nativos. Las montañas y el interior presentan a la vista sólo parajes aislados y silenciosos, desprovistos de rugidos de animales de presa y animados por escasas muestras de pequeños seres. No hay reptiles venenosos ni serpientes de ningún tipo en los valles.

Entre un grupo de nativos marquesinos, el clima no es tema de conversación. Casi se puede decir que este no cambia. Es cierto que la estación de lluvia provoca frecuentes chubascos, pero son intermitentes y refrescantes. Cuando un isleño dispuesto a hacer un viaje se levanta de su lecho en la mañana, nunca tiene que mirar al cielo ni comprobar de qué cuadrante sopla el viento. Está siempre seguro de que será "un buen día" y acoge con gusto la perspectiva de algún chaparrón. En las islas nunca se oye la exclamación "día maravilloso" que desde tiempos inmemoriales escuchamos en los Estados Unidos y que aún son tema de animada conversación entre sus ciudadanos. Allí tampoco se producen los excéntricos cambios meteorológicos que nos sorprenden a nosotros en cualquier lado. En el valle de Typee los helados no perderían su popularidad por repentinas nevadas, ni se suspenderían los almuerzos al aire libre debido a inhospitalarias heladas: allí un día sigue a otro en un constante verano brillante y todo el año es un prolongado mes tropical.

Es este clima el que hace florecer los cocoteros. Su valioso fruto, perfeccionado por el rico suelo de las Marquesas, crece en lo alto de una magistral columna de más de cien pies de altura, pareciendo al principio casi inaccesible a los sencillos nativos. Ciertamente el delgado y parejo tronco, sin protuberancia alguna que facilite su ascenso, representa un obstáculo sólo superable por la sorprendente agilidad e ingenio de los isleños. Podría suponerse que su indolencia los conduce pacientemente a esperar el período en que los frutos maduros, se apartan lentamente de sus ramas y caen uno tras otro a la tierra. Así sería de no ser que los frutos tiernos, rodeados de una suave cáscara verde y con su incipiente masa adherida como una membrana a sus paredes y el más delicioso néctar en su interior, es lo que más aprecian. Poseen por lo menos unas veinte voces para expresar las distintas *etapas de* maduración del coco. Muchos de ellos rechazan el fruto salvo en un estado particular de madurez, el cual, por increíble que parezca, creo que conocen con una o dos horas de diferencia. Otros son aún más caprichosos en sus gustos y, después de reunir un montón de cocos de todas las edades y partirlos ingeniosamente, sorben primero de uno y luego de otro con la meticulosidad de un delicado catador de vinos al probar su copa en medio de los polvorientos garrafones de sus distintas cosechas.

Algunos jóvenes, con más flexibilidad que los otros, y quizá con más valor, subían por el tronco de los cocoteros de una forma que me parecía maravillosa; y cuando los miraba sentía la misma perplejidad que un niño contemplando una mosca caminar por el techo de una habitación.

Trataré de explicar la manera en que Mami, un noble jefecito, a menudo realizaba el ascenso sólo para complacerme; pero los preliminares también deben recordarse. Al manifestarle mi deseo de que me bajase algún fruto de un cocotero particular, el gracioso salvaje, cayendo en una actitud de repentina sorpresa, fingía extrañeza por lo absurdo de la petición. Mantenía este

gesto durante un momento, para luego transformar las emociones dibujadas en su rostro en una resignación a mi deseo; y mirando atentamente a la copa del árbol, se paraba en puntas de pie, estiraba el cuello y alzaba los brazos como intentando tomar el fruto desde abajo. Como fracasado por este infantil intento, se tiraba al suelo golpeándose el pecho con simulada desesperación; y, entonces, levantándose de nuevo, echaba la cabeza hacia atrás y alzaba los dos brazos como un escolar que trata de atrapar una pelota. Después de estar así unos momentos en espera de que la fruta le fuera arrojada por algún buen espíritu de la copa del árbol, se volvía en otro acceso de desesperación y se retiraba unas treinta o cuarenta yardas. Aquí permanecía un rato mirando al árbol con la viva imagen del sufrimiento; pero en un instante, recibiendo su inspiración, corría de nuevo hacia él y agarrando con las dos manos el tronco, una más arriba que la otra, presionaba las puntas de los pies contra el árbol, extendiendo sus piernas hasta quedar casi horizontal y su cuerpo doblado en arco; luego, alternando manos y pies, ascendía con gran rapidez y, antes de que uno se diera cuenta, ya había llegado al gran racimo de cocos. Entonces con impetuosa alegría arrojaba el fruto al suelo.

Esta forma de trepar a un árbol sólo es posible cuando su tronco está inclinado considerablemente de la perpendicular. Sin embargo, casi siempre es así; algunos de los troncos más rectos se inclinan en un ángulo de treinta grados.

Los hombres menos activos y muchos de los muchachos del valle tenían otro modo de trepar. Tomaban una ancha y fuerte pieza de corteza y se ataban los extremos a los tobillos, que extendidos quedaban a unas doce pulgadas de separación. Esta limitación facilita el ascenso. La banda, rodeando el tronco proporciona un firme apoyo; mientras los brazos se sujetan al árbol sosteniendo el cuerpo a intervalos regulares, ambos pies se corren casi una yarda en cada ocasión para luego hacer la misma operación con las manos y así sucesivamente. De esta forma he visto a niños pequeños, con cinco años escasos, trepar intrépidamente el delgado tronco del cocotero y colgados a unos quince pies del suelo, recibir los aplausos de sus padres alentándolos a subir más alto.

¿Qué dirían, pensé yo, las nerviosas madres inglesas y norteamericanas al ver por primera vez a sus hijos en semejante alarde de destreza? La nación lacedemonia[55] habría aprobado el acto, pero a damas más modernas el espectáculo les provocaría ataques de histeria.

En la cima de un cocotero, las numerosas ramas que radian en todas direcciones de un centro común, forman una especie de cesto verde y ondulante, entre cuyas hojas se pueden apreciar los cocos agrupados y, en los más pequeños, desde la tierra parecen un racimo de uvas. Recuerdo un muchacho aventurero, Tu-Tu era su nombre, que se había construido una casita de juegos en las pintorescas ramas de un cocotero aledaño a la casa de Marheyo. Acostumbraba pasar horas allí, encaramado en las ramas y gritando de satisfacción cada vez que el viento soplaba del lado de las montañas balanceando la flexible y alta columna sobre la que estaba. Siempre que yo escuchaba la voz musical de Tu-Tu sonando extraña por la altura y lo veía mirándome desde su escondite de hojas, me acordaba de los versos de Dibdin: Hay un dulce querubín sentado en lo alto, cuidando la vida del pobre Jack.

Las aves -alegres y bellos pájaros- vuelan sobre el valle de Typee. Pueden verse posadas en las inmóviles ramas de majestuosos árboles de pan o balanceándose suavemente en las elásticas ramas del omu; saltando sobre los techos de paja de las chozas de bambú; pasando, como espíritus al viento, a través de las sombras de los bosques y a veces descendiendo al seno del valle en largo vuelo desde las montañas. Su plumaje es púrpura y azul, blanco y carmesí,

[55] La nación lacedemonia: Esparta

Librodot

negro y dorado; con picos de todos brillantes los colores: rojo encendido, negro ébano, blanco marfil; y resplandecientes. Vuelan por el aire en tropel; pero un silencio maléfico se cierne sobre ellos... ¡en el valle no se escucha un solo trino!

No sé por qué era, pero al verlos casi siempre los mensajeros de la alegría me oprimían de tristeza. Como en su silenciosa belleza me seguían mientras paseaba o me miraban con ojos curiosos desde el follaje, me llevaron a creer que sabían que miraban a un extraño y se compadecían de mi suerte.

CAPÍTULO TREINTA

Un profesor de arte - Su persecución - Sobre los tatuajes y el tabú - Dos anécdotas que lo ilustran - Reflexiones sobre el dialecto taipi.

En uno de mis paseos con Kori-Kori, al pasar por una espesura, un ruido atrajo mi atención. Cuando entramos en ella, presencié por primera vez cómo se hacía el tatuaje de los isleños.

Vi a un hombre acostado de espalda sobre el suelo y, a pesar de la rigidez de su rostro, era evidente que sufría dolor. Su verdugo estaba inclinado sobre él trabajando increíblemente como un picapedrero con martillo y cincel. En una mano sostenía un delgado palo con un diente de tiburón en la punta, cuyo extremo golpeaba con una pequeña maza rasgando la piel y coloreándola con la tinta en que constantemente lo sumergía. La concha de coco con la tinta yacía sobre el suelo. El preparado es una mezcla de zumos vegetales, cenizas del *armor o* árbol para alumbrarse, conservadas con este propósito. Al lado del salvaje y dispuestos sobre un pedazo de *tapa* había un gran número de negros implementos de hueso y madera que se usan en las distintas etapas de este arte. Algunos eran puntiagudos y cual lápices delicados, se empleaban para dar los toques finales al dibujo o para trabajar las partes más sensibles del cuerpo, como en el caso presente. Otros tenían varias puntas en hilera, parecidos a los dientes de una sierra. Se empleaban en las partes más rudas de la obra y en particular para hacer las líneas rectas. Algunas puntas eran realmente pequeñas figuras talladas que, colocadas sobre la piel, dejaban su indeleble impronta de un martillazo. Observé algunos cuyos mangos hacían una misteriosa curva, quizás para introducirlos por el oído y así tatuar el tímpano. Todo aquello me trajo a la mente el cruel instrumental con mangos de nácar que acompañaba la silla del dentista.

El artista en aquel momento no realizaba un tatuaje nuevo, sino que retocaba los desgastados dibujos de un venerable jefe y por consiguiente sólo estaba reviviendo la obra de alguno de los viejos maestros de la escuela taipi, delineada sobre el lienzo humano que tenía ante él. Trabajaba en los párpados, donde la línea longitudinal, como la que adornaba a Kori-Kori zurcaba el rostro de la víctima.

A pesar de todos los esfuerzos del pobre anciano, los movimientos y contracciones de los músculos de la cara denotaban la exquisita sensibilidad de estos postigos de las ventanas del alma, que ahora se hacía retocar. Pero el artista, de corazón tan duro como el de un cirujano militar, entretenía sus labores con una canción salvaje, y tamborileaba a ratos cual alegre pájaro carpintero.

Estaba tan absorto en su trabajo que no se percató de nuestra presencia hasta que, luego de disfrutar un rato la operación, atraje su atención. Tan pronto como me vio, suponiendo que procuraba sus habilidades, me tomó en un paroxismo de regocijo muy dispuesto a poner manos a

la obra. Sin embargo, cuando le di a entender que había equivocado mis deseos, nada pudo exceder su pena y desencanto. Pero recuperándose, pareció decidido a no aceptar mi negativa y tomando sus instrumentos, los blandió muy cerca de mi cara, realizado una demostración imaginaria de su arte, y estallando a cada momento en exclamaciones de admiración por la belleza de los resultados.

Horrorizado de sólo pensar que me vería marcado de por vida si aquel desgraciado se salía con la suya, me alejé apresurado mientras Kori-Kori, traicionándome, quedó junto a él, instándome a acceder a la ultrajante petición. Con mis reiteradas negativas, el entusiasmado artista enloqueció y lo sobrecogió la pena de perder la oportunidad de sobresalir en su profesión.

La idea de tatuar mi blanca piel le produjo el entusiasmo de un pintor; no dejaba de mirarme la cara y a cada mirada añadía la vehemencia de su ambición. Desconociendo hasta dónde podría llegar, y temblando por el desastre que provocaría en mi cara, traté de desviar de ella su atención y extendiendo un brazo en un ataque de desesperación, le indiqué que comenzara su trabajo. Pero lo rechazó indignado y siguió amagando a mi rostro como si ninguna Otra casa *lo* satisfasciera. Cuando su dedo índice rozó mi cara trazando los límites de las bandas paralelas que la rodearían, me estremecí de pies a cabeza. Por fin, medio loco de terror e indignación, logré safarme de los tres salvajes y huir a casa del viejo Marheyo, perseguido por el indomable artista, que corría tras de mí instrumento en mano. Kori-Kori al fin intercedió y terminó la persecución.

Este incidente me abrió los ojos de un nuevo peligro; y me convenció de que en algún momento inoportuno me desfigurarían el rostro de tal forma que nunca tendría "la cara" de presentarme ante mis compatriotas, aunque tuviera la oportunidad de hacerlo.

Mis temores se incrementaron por el deseo que el rey Mehevi y varios jefes del interior manifestaron respecto a mi tatuaje. El deseo del rey en este sentido me fue comunicado tres días después de mi encuentro casual con Karki, el artista. ¡Cielos, qué de improperios le solté a Karki! Indudablemente había planeado un complot contra mí y mi rostro y no descansaría hasta lograr su diabólico propósito. Varias veces me topé con él en distintas partes del valle e, invariablemente, cuando me veía, corría tras de mí martillo y cincel en mano, blandiéndolos ante mi cara deseoso de comenzar su trabajo. ¡Buena obra de arte hubiera hecho de mí!

Cuando el rey me expresó sus deseos por primera vez, le hice conocer mi total rechazo a la medida y me exalté tanto que sólo pudo mirarme sorprendido. Evidentemente sobrepasó la comprensión de su majestad que un individuo sensible y sobrio pusiera la menor objeción a operación tan embellecedora.

No pasó mucho para que repitiera su sugerencia y al encontrar mi repulsa, mostró síntomas de desagrado ante mi obstinación. En la tercera ocasión que me lo sugirió, comprendí claramente que debía hacer algo al respecto o me arruinarían la cara para siempre.

Por consiguiente, me armé de todo el valor que pude y le comuniqué mi deseo de que me tatuaran los dos brazos desde la muñeca hasta el hombro. Su majestad se sintió muy complacido por esta proposición y yo ya me felicitaba por haber resuelto así el problema, cuando él me indicó que por supuesto la cara sería primero.

Casi llegué a la desesperación; sólo la ruina total de mi "divino rostro", como lo llama el poeta, complacería al inexorable Mehevi y a sus jefes, o más bien, a aquel infernal Karki, pues él era el causante de mi desgracia.

El único consuelo que me quedaba era elegir el tatuaje: tenía la completa libertad de que me pintaran en el rostro tres barras horizontales como las de mi sirviente o tres listas oblicuas; o si, cual verdadero cortesano, escogía el estilo real, me plasmarían un símbolo masónico en el rostro con la forma de un místico triángulo. Sin embargo, no aceptaría ninguno de ellos por

mucho que el rey me dijera que podía elegir el que quisiese. Por vin, al ver mi repugnancia inconquistable, dejó de importunarme.

Pero no fue así con los otros salvajes. No habían pasado veinte y cuatro horas para ser objeto de sus enojosas peticiones, hasta que al fin me hicieron imposible la existencia; los placeres que antes disfrutaba ya no me producían satisfacción y los deseos de escapar del valle volvieron a mí con una fuerza descomunal.

Un hecho que conocí después aumentó mis temores. Todo el proceso del tatuaje estaba relacionado, según descubrí, con su religión y por lo tanto era evidente que estaban resueltos a convertirme.

En la decoración de los jefes parecía necesario utilizarse un dibujo muy elaborado; mientras que los nativos inferiores parecían haber sido pintados indiscriminadamente con una brocha gorda. Recuerdo a uno que se enorgullecía de una gran mancha oblonga en su espalda y que se asemejaba a una ampolla hecha por moscas españolas[56] entre los dos hombros. Otro que encontraba a menudo tenía dos cuadrados regulares en las cuencas de los ojos y éstos miraban muy brillantes a través de estas ventanas cual pareja de diamantes insertados en el ébano.

Aunque estoy convencido de que el tatuaje es una práctica religiosa, nunca pude obtener información alguna de la relación existente entre él y la idolatría supersticiosa de ese pueblo. El aún más importante sistema del "tabú" también resultó inexplicable.

Existe una notable similitud, casi una identidad, entre las instituciones religiosas de la mayoría de las islas polinesias; y en todas existe el misterioso "tabú", restringido en mayor o menor grado. Tan extraño y complejo es este extraordinario sistema en cuanto a sus acuerdos que en distintos casos encontré a individuos que, a pesar de residir durante año en las islas del Pacífico y adquirir un conocimiento considerable de su idioma, no eran capaces de darme una explicación satisfactoria de su funcionamiento. En mi ubicación en el valle del Typee, percibí a todas horas los efectos de esta fuerza controladora sin comprenderla en lo más mínimo. Los efectos eran en realidad extensos y universales; influían tanto en las transacciones más importantes como en las menos importantes de la vida. En una palabra, los salvajes viven en continuo cumplimiento de sus dictados, los cuales guían y controlan todos los actos de su existencia.

Durante varios días después de mi entrada al valle me advertían por lo menos cincuenta veces al día con la talismánica palabra ante alguna grave violación de sus disposiciones, de la cual era inconscientemente culpable. El día posterior a nuestra llegada ocurrió que le pasé un poco de tabaco a Toby por sobre la cabeza de un nativo que estaba sentado entre nosotros. Se levantó de un tirón como mordido por una serpiente a la vez que todo el grupo, manifestando igual grado de horror, gritó al unísono:

-¡Tabú!

Nunca más me comporté con semejantes modales, de hecho prohibidos por los cánones de la buena educación, así como por los mandatos del tabú. Pero no siempre fue tan fácil percatarse de dónde se violaba el espíritu de esta institución. Muchas veces me llamaron la atención, si me permiten la frase, cuando no podía de ningún modo conjeturar qué falta particular había cometido.

Un día paseaba por una parte prohibida del valle y escuché el martilleo musical de unas mazas a poca distancia; tomé un camino que me llevó en unos instantes a una casa donde había

[56] La "mosca española" o cantárida, un preparado de polvo de coleópteros celebrado como afrodisíaco, también se usó por los médicos del siglo XIX para producir ampollas de supuesto valor terapéutico

una media docena de muchachas elaborando la *tapa*. Yo había presenciado con frecuencia la operación y había palpado la corteza en las distintas etapas de su preparación. En esta ocasión las mujeres estaban muy atareadas y luego de verme y hablar alegremente conmigo durante unos instantes, continuaron su labor. Las observé un rato en silencio y tomando al descuido un trozo del material que había en el suelo, empecé inconscientemente a deshacerlo. Entretenido en esto, me dejó perplejo un grito, como el de las escolares a punto de la histeria. Salté con la idea de ver a una partida de japares dispuestos a un nuevo rapto de las sabinas[57], y me encontré frente al grupo de muchachas, que dejando su trabajo se habían parado ante mí con la mirada fija, los pechos hendidos y los dedos señalándome con horror.

Pensando que algún reptil se había ocultado entre las cortezas que tenían en la mano, cauteloso empecé a examinarlas. Mientras lo hacía, las muchachas redoblaron sus gritos. Sus temores llegaron a alarmarme realmente; solté la *tapa* y ya iba a salir corriendo de la casa cuando dejaron de chillar; y, una de ellas, tomándome por el brazo, me señaló a las fibras rotas que yo había dejado caer y me gritó al oído la palabra fatal:

-¡Tabú!

Entonces descubrí que la tela que elaboraban era de una clase especial destinada a usarse en la cabeza de las mujeres; y en todas las etapas de su manufactura se consideraba como un riguroso tabú, que no permitía a los hombres ni siquiera tocarla.

Con frecuencia en mis andanzas por los bosques observé árboles del pan y cocoteros con una corona de hojas trenzadas de modo peculiar en sus troncos. Era la marca del tabú. Los árboles, las frutas y hasta las sombras que proyectaban en el suelo eran sagrados, de la misma forma en que una pipa, que el rey me obsequió, era considerada sagrada por los nativos y no logré que fumaran de ella. Su cazoleta estaba rodeada por una cinta de briznas de hierbas que recordaban las cabezas de moro que a veces se talla en los mangos de nuestros látigos.

Una cinta parecida me puso en la muñeca el propio rey Mehevi, quien, concluida la operación, me dijo: "¡Tabú!" Esto fue poco después de la desaparición de Toby; y si no fuera porque desde el primer momento en que entré al valle los nativos me trataron con igual nobleza, hubiera supuesto que su conducta posterior se debía al hecho de que había recibido esta sagrada vestidura.

Las caprichosas aplicaciones del tabú no son en lo más mínimo su característica más notable: enumerarlas sería imposible. Los cerdos negros, los niños hasta cierta edad, las mujeres en estado interesante, los jóvenes cuando se hacen el tatuaje de la cara, y ciertas partes del valle mientras estuviese lloviendo, se consideraban igualmente protegidos por el tabú.

Presencié una extraña prueba de sus efectos en la bahía de

Tior, de cuya visita hablé al principio de esta narración. En esa oportunidad nuestro valioso capitán formó una partida. El capitán era un cazador empedernido. Cuando navegábamos por el Cabo de Hornos, acostumbraba sentarse en el coronamiento y hacer que, el ayudante cargara continuamente tres o cuatro escopetas con las cuales mataba albatros, palomas del cabo, arrendajos, petreles y otras aves marinas más que pescaban en nuestra estela. Su impiedad molestaba a los marineros y todos atribuimos nuestros cuarenta días de infortunios por esos parajes a la sacrílega matanza de las inofensivas aves.

En Tior mostró la misma indolencia hacia las creencias religiosas de los isleños, como ya la había mostrado por las supersticiones de los marineros. Habiendo oído que había un

[57] Rapto de las sabinas: el legendario rapto de las mujeres de la tribu sabina, que vivía a un lado del Tíber, por parte de los soldados de Rómulo, el igualmente legendario fundador de Roma

considerable número de aves en el valle -descendientes de unos gallos y gallinas abandonados allí accidentalmente por barcos ingleses y los cuales, por ser considerados tabú, volaban de un lado a otro libremente-, decidió violar todas las restricciones y darles muerte. En consecuencia, se proveyó de una formidable escopeta y anunció su desembarco en la playa matando a un noble gallo que cantaba sobre la cima de un árbol cercano lo que sería su propio funeral.

-¡Tabú! -gritaron los atemorizados salvajes.

-¡Al diablo vuestro tabú! -dijo el cazador-. ¡Hablad de tabú a los marineros! -y volvió a disparar su escopeta matando a otra víctima. Al verlo, los nativos echaron a correr por la selva horrorizados por aquel acto.

Toda la tarde en las laderas rocosas del valle retumbaron los disparos y el soberbio plumaje de las aves se rasgaba por el fatal proyectil. Si no hubiera sido porque el almirante francés, con una gran partida, se encontraba entonces por el lugar, no tengo la menor duda de que los nativos, a pesar de su número reducido y disperso, hubieran infligido una venganza sumaria al hombre que ultrajaba de esa forma sus instituciones más sagradas; y aún así, consiguieron enojarlo bastante.

Sediento por el ejercicio, el capitán dirigió sus pasos a un arroyo, pero los salvajes, que lo habían seguido de cerca, percatándose de su objetivo, corrieron hacia él y lo obligaron a marcharse de su orilla: sus labios habrían manchado sus aguas. Quiso entrar a una casa para descansar un rato sobre las esteras; sus moradores se agruparon en tumulto en la puerta y le negaron la entrada. Protestó y conjuró, pero todo fue en vano; los nativos ni se asustaron ni se convencieron y fue obligado por último a reunir a la tripulación del bote y marcharse de lo que llamó el lugar más infernal que jamás había pisado.

Suerte para él y para nosotros que los exasperados tiors no honraran nuestra partida con una lluvia de piedras. Así habían matado, en la vecina isla de Ropo, unas semanas antes y por una causa similar, al capitán y a tres tripulantes del "K..."

No puedo determinar con exactitud qué fuerza impone el tabú. Cuando pienso en las leves diferencias de condición social entre los isleños, las muy limitadas e insignificantes prerrogativas del rey y los jefes, y las holgadas e indefinidas funciones de los sacerdotes, la mayoría de los cuales no se diferenciaban del resto de sus compatriotas, no sé dónde buscar la autoridad que rige a esta poderosa institución. Hoy se impone sobre una cosa y al día siguiente se retira; mientras que en otros casos sus costumbres son perpetuas.

Algunas veces sus restricciones afectan a un solo individuo, otras a una familia y otras a toda la tribu; y en pocos casos no sólo se extienden a todos los clanes de una isla, sino a todos los habitantes de un archipiélago. A modo de ilustración de este último caso podría citar la ley que prohíbe a la mujer subir a una canoa, prohibición que prevalece en todas las Islas Marquesas del Norte.

La propia palabra tabú tiene varias acepciones. A veces la usa un padre con su hijo para ejercer su autoridad paternal y prohibirle hacer algo en particular. Cualquier cosa opuesta a las costumbres ordinarias de los isleños, aunque no expresamente prohibida, se dice que es tabú.

La lengua taipi es difícil de aprender; se parece a los demás dialectos polinesios, con los que muestra un origen común. La repetición de palabras, como lumi lumi, poí-poi, moí moi, es uno de sus rasgos peculiares. Pero otro más enojoso es las diferentes acepciones con que se usa una misma palabra; sus distintos significados tienen cierta relación, lo que complica el asunto. De este modo una simple palabrita está obligada, al igual que un criado de una familia pobre, a realizar toda clase de labores; por ejemplo, una combinación particular de sílabas expresan las ideas de dormir, descansar, reclinarse, sentarse, acostarse y otras cosas parecidas, cuyo

significado particular se expresa mediante una variedad de gestos y la elocuente expresión de la cara.

La complejidad de estos dialectos es otra de sus peculiaridades.

En el Instituto Misionero de Lahainaluna, en Mowee, una de las Islas Sandwich, vi una tabla de un verbo hawaiano conjugado en todos sus tiempos y modos. Cubría la pared de un apartamento de buen tamaño y dudo que el propio Sir William Jonesss[58] hubiera podido dominarlo sin gran dificultad.

.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Extraña costumbre de los isleños - Sus cantos y la peculiaridad de sus voces - Asombro del rey al escuchar una canción - Nueva dignidad conferida al autor - Instrumentos musicales del valle - Admiración de los salvajes al presenciar un combate pugilístico - Natación infantil - Hermosa cabellera de las muchachas - Ungüento para el cabello.

A pesar de todo lo prolijo que he sido, aún debo implorar la paciencia del lector, pues tengo que atar algunos cabos sueltos de cosas que no he mencionado, pero que son curiosas o peculiares de los taipis.

Observé una costumbre singular en la casa de Marheyo que me sorprendía con frecuencia. Todas las noches antes de retirarnos, los moradores de la casa se reunían en sus esteras y en cuclillas, según la costumbre general de estos isleños, iniciaban un canto monótono y triste con el acompañamiento melódico de dos palos medio podridos golpeados suavemente y que cada uno tenía en sus manos. Así pasaban una hora o dos, a veces más. Tendido en la penumbra que envolvía el otro extremo de la casa, no pude evitar observarlos, aunque el espectáculo sólo incitaba una reflexión desagradable. La intermitente luz de la semilla *del armor* sólo mostraba sus perfiles salvajes, sin romper las sombras que les envolvían.

En ocasiones, cuando, luego de caer en un sopor, me despertaba violentamente en medio de estos plañidos, mis ojos miraban a aquel alocado grupo enfrascado en tan extraña ocupación, con los brazos y piernas tatuados desnudos y las cabezas rapadas sentados en círculo; lo cual me hacía creer que estaba viendo a un grupo de brujos elaborando algún temible encantamiento.

Nunca pude descubrir el significado o el objetivo de esta costumbre, si la practicaban por mera diversión o si formaba parte de un ritual religioso, un tipo de oración familiar.

Los sonidos producidos por los nativos en estos casos eran muy singulares; y si no hubiera estado presente, nunca hubiera creído que ruidos tan curiosos pudieran provenir de un ser humano.

Generalmente a los salvajes se les imputa una articulación gutural. Sin embargo, no siempre es así, en especial entre los habitantes del Archipiélago de la Polinesia. La melodía labial de la conversación normal de las muchachas taipis, con una prolongación musical en la sílaba final de cada oración y el corte de algunas palabras con un deje fluido parecido al de los pájaros, resultaba singularmente agradable de escuchar.

[58] Sir William Jones (1746-94) era el decano de los primeros orientalistas, precursor entre los estudiosos de sánscrito de Occidente; fue él quien sugirió primero que el griego y el sánscrito tenían una raíz común y su reputación en el siglo XIX como lingüista fue enorme

Los hombres, sin embargo, no son tan armoniosos al hablar, y cuando se alteran por algo, sufren una clase de paroxismo oral, durante el cual espetan todo tipo de sonidos ásperos con tal fuerza y rapidez que resultan totalmente sorprendentes.

Aunque estos salvajes eran muy aficionados al canto, parecían no tener idea alguna de lo que era cantar, al menos como este arte se practica en otros países.

Nunca olvidaré la primera vez que se me ocurrió tararear una estrofa en presencia del noble Mehevi. Era un pasaje del "Bavarian broom-seller". Su majestad de Typee y toda la corte me miraron sorprendidos, como si yo hubiera desplegado alguna facultad sobrenatural que el Cielo les había negado. El rey quedó encantado al escuchar los versos, pero el estribillo casi le extasió. Me pidió que lo cantara una y otra vez y nada resultó más grotesco que sus vanos intentos por seguir la música y la letra. El salvaje real parecía pensar que retorciendo todas las facciones de su cara podría lograrlo, pero fracasó en su propósito; y al final se dio por vencido y su consuelo fue escucharme repetir los acordes cincuenta veces más.

Antes de que Mehevi hiciera el descubrimiento, no me había percatado de que había un ruiseñor en mí; pero había sido promovido al cargo de juglar de la corte, el cual tuve que desempeñar cada vez que me lo solicitaban.

Además de los palos y los tambores, no existen otros instrumentos musicales entre los taipis, excepto uno que podría denominarse apropiadamente una flauta nasal. Es un poco más lama que un flautín corriente; está hecho de un bello junco escarlata; y tiene cuatro o cinco orificios, con un gran agujero cerca de uno de los extremos, que se coloca justamente debajo de la ventana izquierda de la nariz. La otra ventana se cierra con un movimiento peculiar de los músculos de la cara, el aire se introduce así por el agujero y **el** tubo produce un sonido suave y dulce que varía según se tapan al azar los orificios que presenta. Esta es la diversión favorita de las mujeres, la cual Feyawey dominaba hasta la excelencia. A pesar de parecer un instrumento grosero, en las delicadas y pequeñas manos de Feyawey era uno de los más elegantes que haya visto. Una joven tocando una guitarra colgada a su cuello por un cinto azul de un par de yardas, no resultaría ni la mitad de atractiva.

Mi canto no fue el único medio que utilicé para entretener al rey Mehevi y a sus indolentes súbditos. Nada les producía más placer que verme en un encuentro pugilístico imaginario. Como ninguno de los nativos tuvo el valor suficiente de pararse frente a mí como un hombre y aguantarme unos cuantos golpes, para satisfacción mía y del rey, tenía que pelear por necesidad con un contendiente imaginario a quien invariablemente noqueaba debido a mi superioridad. A veces cuando esta vapuleada sombra se retiraba precipitadamente hacia el grupo de salvajes y yo la seguía corriendo tras ellos y tirando golpes a diestra y siniestra, se dispersaban en todas direcciones, cosa que deleitaba a Mehevi, a los jefes y a ellos mismos.

El noble arte de la autodefensa era considerado por ellos como un don del hombre blanco; y no tengo la menor duda de que imaginaran ejércitos de europeos armados sólo de duros puños y fiera valentía, que formarían en columna y combatirían a puñetazos a la voz de mando.

Un día, en compañía de Kori-Kori, fui al arroyo a nadar y vi a una mujer que estaba sentada sobre una roca en medio de la corriente mirando con el mayor interés los movimientos de algo que a primera vista tomé por una inmensa rana que se divertía en el agua cerca de ella. Atraído por la novedad, me dirigí al lugar donde estaba sentada y casi no pude dar crédito a lo que vi: un bebito de pocos días de nacido que parecía acabar de salir nadando a la superficie luego de nacer en las profundidades. A ratos la orgullosa madre alargaba la mano hacia él y el pequeño, lanzando un grito apagado y pataleando con sus piernitas, subía a la roca y en un

instante se asía al regazo de su madre. Esto se repitió varias veces; el bebito permanecía aproximadamente un minuto en el agua. En una o dos ocasiones hizo muecas por tragar agua y jadeó y tosió como a punto de ahogarse. Entonces la madre lo alzó y por un procedimiento que no necesito mencionar, le obligaba a expulsar el fluido. Durante varias semanas más observé a esta mujer traer a su niño al arroyo todos los días con el fresco de la mañana o la noche para darle un baño. No es de extrañar que los isleños de los Mares del Sur sean una raza tan anfibia cuando son lanzados al agua tan pronto como nacen. Estoy convencido de que nadar es tan natural para un ser humano como para un pato; sin embargo, en los países civilizados cuántas personas capaces mueren, como gatitos, por los accidentes más triviales.

Los largos y brillantes cabellos de las muchachas taipis con frecuencia atraían mi atención. Una bella cabellera es orgullo y admiración de toda mujer. Ya contra el deseo expreso de la Providencia, es enrollado sobre la cabeza como la soga de un barco; ya atado hacia atrás como la cola de un caballo; ya suelto sobre los hombros en rizos naturales, siempre es orgullo de la poseedora y culminación de su adorno.

Las muchachas taipis dedican mucho tiempo a peinarse sus claros y abundantes mechones. Después de tomar un baño, que en ocasiones hacen cinco o seis veces al día, se secan cuidadosamente el cabello y, si nadan en el mar, invariablemente lo lavan con agua dulce y le untan un aceite muy oloroso extraído de la masa del coco. Este aceite se obtiene con abundancia mediante el siguiente procedimiento:

Un gran recipiente de madera con orificios en el fondo se llena de la masa triturada y se pone al sol. La masa exuda una materia oleaginosa que cae en gotas a una ancha jícara colocada debajo de los orificios. Después de recogida una buena cantidad, el aceite pasa por un proceso purificador y se vierte en las pequeñas conchas esféricas del árbol m u. Estas esferas se cierran herméticamente con una resina y la fragancia vegetal de su verde corteza pronto imparte al aceite un olor delicioso. Luego de esperar algunas semanas, la superficie exterior de la esfera se seca y endurece asumiendo un bello color; cuando se abre, su interior presenta dos tercios de un ungüento ocre que esparce el más dulce perfume. Esta elegante esfera olorosa es digna de estar en el tocador de cualquier reina. Sus méritos para el embellecimiento del cabello son innegables: le imparte un brillo extraordinario y la suavidad de la seda.

CAPITULO VEINTIDOS

Temores -Pavoroso *descubrimiento* -Algunas observaciones sobre el canibalismo - *Segundo* combate con los *japares* - *Espectáculo* salvaje - Festín misterioso - *Descubri*mientos *posteriores.*

Desde mi encuentro casual con Karki, el artista, mi vida fue toda un desastre. No pasó un día sin que me persiguiera algún nativo sugiriéndome someterme al odioso tatuaje. Sus importunidades casi me enloquecieron, pues sentí cómo me imponían su voluntad en esta o en cualquier otra cosa que se les metiera en la cabeza. Sin embargo, su conducta hacia mí seguía siendo de amabilidad. Feyawey continuó siento tan simpática, Kori-Kori igual de fiel, y Mehevi, el rey, tan amable y condescendiente como siempre. Ya mi estancia en el valle se había extendido

por tres meses, según mis cálculos; conocía los estrechos límites a los que estaba confinado; y empecé a sentir amargamente el cautiverio en que estaba. No había con quien conversar libremente, nadie a quien comunicar mis pensamientos, nadie con quien compartir mis sufrimientos. Pensé mil veces lo pasajera que sería mi suerte si Toby hubiera estado junto a mí. Pero estaba solo, y pensarlo nada más me hacía estremecer. No obstante, a pesar de mis penas, hice lo imposible por parecer compuesto y alegre, sabiendo bien que si manifestaba intranquilidad o deseos de huir, frustraría mi objetivo.

Fue durante este período de infelicidad anímica que la dolorosa enfermedad que me aquejaba -después de haber desaparecido casi por completo- volvió a presentarse con síntomas más violentos. Esta calamidad adicional llegó a desesperarme; su reaparición confinaba que sin un remedio poderoso era inútil toda esperanza de cura; y cuando pensé que precisamente detrás de las montañas que me rodeaban estaba el remedio médico que necesitaba, y que a pesar de su proximidad, me era imposible alcanzarlo, me invadió la tristeza.

En esta situación desesperada, toda circunstancia que evidenciara la naturaleza salvaje de los seres a cuya merced me encontraba, aumentaba los temores que me consumían. Un hecho ocurrido entonces me afectó poderosamente.

Ya he dicho que de la viga mayor de la casa de Marheyo colgaban una serie de paquetes envueltos en tapa. Había visto muchos de ellos en manos de los nativos y ellos habían examinado su contenido en mi presencia. Pero había tres paquetes suspendidos muy cerca de donde yo dormía que, por su extraña apariencia, a menudo habían atraído mi curiosidad. En varias ocasiones pedi a Kori-Kori que me mostrara su contenido, pero mi sirviente, que casi en todo lo demás había accedido a mis deseos, se negó a complacerme.

Un día, al regresar inesperadamente del Tai, mi llegada pareció producir en los moradores de la casa una gran confusión. Estaban sentados reunidos sobre las esteras y por los cordeles que se extendían del techo al suelo comprendí de inmediato que por un motivo u otro estaban inspeccionando los misteriosos paquetes. La evidente alarma de los salvajes me llenó de terribles sospechas y de un deseo incontrolable de conocer el secreto guardado con tanto celo. A pesar de los empeños de Marheyo y Kori-Kori para detenerme, me abrí paso hasta el centro del círculo y pude ver tres cabezas humanas que otros del grupo envolvían rápidamente en las telas en que se guardaban.

Vi claramente una de las tres. Estaba en perfecto estado de conservación y del rápido vistazo que le eché, parecía haber sido sometida a algún tipo de fumigación que la había desecado, endurecido y momificado. Los dos largos mechones de pelo estaban hechos dos bolas sobre la cabeza en el mismo peinado que el sujeto había usado en vida. Las mejillas hundidas resultaban aún más fantasmagóricas por las hileras de relucientes dientes que sobresalían de los labios mientras que las cuencas de los ojos -llenas de conchitas de madreperlas con un punto negro en el centro- resaltaban su aspecto espantoso.

Dos de las cabezas eran de isleños; pero la tercera ¡horror! Era la de un hombre blanco. Aunque fue retirada de inmediato de mi vista, me dio tiempo para convencerme de que no estaba errado. ¡Santo cielo! qué terribles pensamientos fluyeron a mi mente; al resolver este misterio quizás había resuelto otro, y la suerte de mi compañero perdido podría revelarse en el chocante espectáculo que acababa de presenciar. Quise haber rasgado los lienzos de tapa y satisfacer las horribles dudas que me atormentaban. Pero antes de haberme recuperado de la consternación en que había caído, los paquetes fatales fueron alzados y ya se balanceaban sobre mí. Los nativos me rodearon en tumulto y trataron de convencerme de que lo que acababa de ver era las cabezas de tres guerreros japares muertos en combate. Esta evidente falsedad acrecentó mí alarma y sólo

después de reflexionar que ya había visto los paquetes oscilando en lo alto antes de que Toby desapareciera, fue que pude recobrar mi compostura.

Pero aunque este temor se disipó, había descubierto algo que en mis condiciones mentales actuales me llenó de amargura. Estaba claro que había visto las últimas reliquias de algún desgraciado que había sido masacrado en la playa por los salvajes en una de esas peligrosas aventuras de intercambio que ya describí antes.

Sin embargo, no era sólo el asesinato de un extraño lo que me acongojaba. Me estremecía la idea de la suerte encontrada por su cuerpo inanimado. ¿Me esperaría la misma suerte? ¿Sería mi destino parecer como él, quizá, para ser devorado y mi cabeza conservada como un fúnebre recuerdo? Mi imaginación se desboco en estas horribles especulaciones y sentí que me esperaban los peores males del mundo. Pero cualesquiera que fueran mis preocupaciones, las oculté bien a los salvajes, así como el alcance de mi descubrimiento.

Aunque las garantías que siempre me dieron los taipis de que no comían carne humana nunca me habían convencido, no obstante, el haber convivido con ellos en el valle sin ver pruebas de la existencia de canibalismo, me hicieron pensar que se hacía en raras ocasiones y que no tendría necesidad de presenciarlo durante mi estancia entre ellos; pero, ay, estas esperanzas pronto se desmoronaron.

Es singular que en nuestros recuentos de tribus antropófagas casi nunca tengamos testimonio ocular de la desagradable práctica. La horrible conclusión siempre se había derivado por información de segunda mano de europeos, o por la afirmación de los propios nativos, luego de haberse civilizado en cierto grado. Los polinesios conocen el desprecio que los europeos sienten por esta costumbre, por lo que niegan invariablemente su existencia y, con la habilidad peculiar de los salvajes, logran ocultar sus huellas.

La excesiva indisposición mostrada por los isleños de las Islas Sandwich, incluso hasta nuestros días, de hablar de la suerte fatal corrida por Cook[59], a menudo ha sido destacada. Y han logrado cubrir exitosamente ese acontecimiento con un velo de misterio que hasta hoy, a pesar de todo lo dicho y lo escrito sobre el asunto, aún resulta dudoso si infligieron sobre su cuerpo asesinado la venganza que a veces cobran sobre sus enemigos.

En Karakikova, escenario de la tragedia, una tira de cobre de un barco, clavada en un poste erigido en la tierra, anunciaba al viajero que debajo descansaban los "restos" del gran navegante. Sin embargo, me inclino fuertemente a pensar que no sólo negaron al cuerpo un funeral cristiano, sino que el corazón llevado a Vancouver algún tiempo después de aquello, y que los hawaianos afirmaban vehementemente que era el del capitán Cook, no lo era; y que todo aquello era una infamia que trataban de encajar a los crédulos ingleses.

Pocos años después, vivía en la isla de Mowee (una del grupo de las Sandwich) un viejo jefe que, actuando bajo un deseo morboso de alcanzar notoriedad, se dedicaba entre los residentes extranjeros del lugar a decir que él era la tumba viviente del dedo pulgar del pie del capitán Cook, pues afirmaba que en el festín caníbal que siguió a la muerte del lamentado bretón, esa partícula especial de su cuerpo le había correspondido. Los indignados compatriotas de Cook llegaron a acusarlo en los tribunales locales con un cargo casi equivalente a lo que nosotros llamamos difamación de una persona; pero el viejo persistió en su aseveración y al no presentarse pruebas

[59] *La suerte fatal corrida por Cook:* la brillante carrera de exploración del capitán James Cook llegó a su fin el *14* de febrero de *1779,* cuando resultó muerto en una trifulca con el pueblo de la bahía Kilakekua en las Islas Sandwich. El capitán George Vancouver estuvo en las Islas Sandwich de enero a marzo de *1794 y* las reclamó en nombre de Inglaterra, pero el gobierno de Westminster nunca ratificó su acción.

Librodot

invalidantes, los demandantes perdieron la querella y se estableció la reputación caníbal del acusado. Este resultado fue su fortuna; desde entonces dio audiencias muy rentables a todo viajero curioso para ver al hombre que se había engullido el dedo pulgar del navegante.

Aproximadamente una semana después de mi descubrimiento del contenido de los paquetes misteriosos y encontrándome en el Tai, se escuchó otra alarma; y los nativos, tomando sus armas, salieron a enfrentar una segunda incursión de los invasores japares. Se repitió la misma escena, sólo que en esta ocasión oí como mínimo quince disparos de mosquete provenientes de las montañas durante el tiempo que duró la escaramuza. Una o dos horas después de terminada, los sonoros cantos en el valle anunciaron el regreso de los vencedores. Junto a Kori-Kori esperé su llegada recostado contra la veranda del pai-pai, cuando un tumulto de isleños surgió de las arboledas vecinas dando gritos salvajes. En el centro de ellos marchaban cuatro hombres, uno delante del otro a intervalos regulares de ocho a diez pies con palos de ese largo extendidos de un hombro al otro, a los cuales habían atado con tiras de corteza tres bultos largos y estrechos cuidadosamente envueltos con grandes capas de ramas de palma frescas unidas con brotes de bambú. Aquí y allá sobre estas verdes sábanas podían verse manchas de sangre, mientras que los guerreros que portaban tan horrorosa carga mostraban en sus piernas desnudas las mismas marcas sanguinarias. La cabeza rapada del delantero tenía una profunda herida de cuchillo y la sangre que había manado de ella ya había coagulado a su alrededor. El salvaje parecía hundirse bajo el peso que cargaba. El brilloso tatuaje de su cuerpo estaba cubierto de sangre y tierra; sus ojos henchidos de dolor giraban en sus órbitas y su apariencia general denotaba un sufrimiento y un esfuerzo extraordinarios; no obstante, sostenido por algún fuerte impulso, continuó su avance, mientras la multitud alrededor de él lo estimulaba con vítores salvajes. Los tres hombres restantes tenían marcas de heridas leves en brazos y pechos, las cuales mostraban con ostentación.

Estos cuatro individuos, por ser los más activos en el reciente encuentro, tenían el honor de llevar al Tai los cuerpos de los enemigos muertos. A **esa** conclusión llegué por lo que veían mis ojos y de lo que pude entender por las explicaciones de Kori-Kori.

El rey Mehevi caminaba al lado de estos héroes. En una mano llevaba un mosquete, de cuyo cañón había suspendido una bolsita de pólvora; y en la otra sostenía delante de él una corta jabalina que miraba con fiera exaltación. La había arrebatado a un célebre guerrero japar que había huido ignominiosamente y que fue perseguido hasta más allá de la cima de las montañas.

A corta distancia del Tai el guerrero de la herida en la cabeza, que resultó ser Narmoni, dio dos o tres pasos tambaleantes y cayó desplomado al suelo; pero antes, otro ya había tomado el extremo del palo de su hombro y lo colocó sobre el suyo.

El exaltado grupo de isleños que rodeaba al rey y a los cuerpos enemigos, *se acercó* al punto donde yo me encontraba, blandiendo sus rudos implementos de guerra, muchos de los cuales estaban rotos y golpeados, sin dejar de proferir sus gritos de victoria. Cuando la multitud llegó frente al Tai me dispuse a observar atentamente sus pasos; pero apenas se detuvieron, mi sirviente, que se había alejado por un instante, me tocó por el brazo y me propuso regresar a la casa de Marheyo. Objeté, pero para sorpresa mía Kori-Kori reiteró su petición con vehemencia desacostumbrada. Sin embargo, me negué a seguirlo y retrocedí unos pasos frente a él, pues en su importunidad se me acercaba presionándome, cuando sentí una pesada mano sobre mi hombro y al voltearme, enfrenté la voluminosa figura de Mau-Mau, el jefe tuerto, que acababa de salir de la multitud y había subido por la parte trasera del pa¡-pa¡ donde estábamos nosotros. Su mejilla había sido cercenada por la punta de una lanza y la herida le impartía una expresión aún más temible a su horrible cara tatuada, ya deformada por la pérdida de ojo. El guerrero, sin pronunciar

palabra, señaló con fiereza en dirección a la casa de Marheyo, mientras Kori-Kori me presentó su espalda deseando que lo montara.

Rechacé su ofrecimiento, pero accedí a retirarme desplazándome lentamente por el pórtico y preguntándome la causa de este extraño proceder. Unos pocos minutos me convencieron de que los salvajes iban a celebrar algún rito odioso relacionado con sus costumbres peculiares y para lo cual estaban decididos a prescindir de mi presencia. Bajé del pa¡-pa¡ y, asistido por Kori-Kori, quien en esta oportunidad no mostró su usual conmiseración por mi incapacidad, sino que pareció ansioso para sacarme de allí, me alejé caminando del lugar. Al pasar por la bulliciosa muchedumbre, que para entonces rodeaba completamente el Tai, miré con temible curiosidad los tres paquetes, que depositaban ahora sobre la tierra; pero aunque no tenía duda de su contenido, sus gruesas coberturas no me dejaban detectar realmente la forma de un cuerpo humano.

A la mañana siguiente, poco después del amanecer, los mismos estruendos que me despertaron en el segundo día de la "Fiesta de las calabazas", me aseguraron que los salvajes estaban a punto de festejar, como ya estaba convencido, otra horrible celebración.

Todos los moradores de la casa, excepto Marheyo, su hijo y Tinor, luego de ponerse sus vestidos de gala, partieron en dirección de los Bosques Prohibidos.

Aunque no tenía previsto un cumplimiento de mi solicitud, no obstante, con vistas a comprobar la veracidad de mis sospechas, propuse a Kori-Kori que, acorde con nuestra costumbre matutina, debíamos dar un paseo por el Tai: se negó rotundamente; y cuando insistí, mostró su determinación de evitar mi visita al lugar; y para desviar mi atención, se ofreció a acompañarme al arroyo. Allá fuimos y nos bañamos. Al regresar a la casa, me sorprendí de encontrar a toda la familia reclinada sobre las esteras como era usual, aunque los tambores aún retumbaban en los bosques.

Pasé el resto del día con Kori-Kori y Feyawey, paseando por una parte del valle situada en el lado opuesto al Tai, y cuando siquiera miraba hacia el edificio, aunque estaba oculto a la vista por los árboles y a una distancia de más de una milla, mi asistente aclamaba:

-¡Tabú, tabú!

En las distintas casas donde paramos, encontramos a muchos de sus habitantes reclinados a su gusto o realizando alguna labor ligera, como si nada desacostumbrado estuviera pasando; pero entre ellos no se veía ni a un solo jefe o guerrero. Cuando pregunté a varios por qué no estaban en el Hula-Hula (en el festín), respondieron uniformemente a la pregunta como si no debía dirigirse a ellos, sino a Mehevi, Narmoni, Mau-Mau, Kolor, Womonu y Kalou, nombrando, en su deseo de hacerme entender su significado, a todos los jefes principales.

En resumen, todo reforzaba mis sospechas respecto a la naturaleza del festival que ahora celebraban y que llegaron casi a ser una certeza. En mi estancia en Nukujiva me dijeron con frecuencia que en estos banquetes caníbales nunca estaba presente toda la tribu, sino sólo los jefes y sacerdotes; y todo lo que había observado concordaba con ello.

El sonido de los tambores continuó sin parar todo el día, y golpeándome los oídos me causaron una sensación de horror imposible de describir. Al día siguiente, al no escuchar aquellos ruidos de pesadilla, llegué a la conclusión de que había terminado el inhumano festín; y sintiendo una curiosidad morbosa por descubrir si el Tai tendría alguna evidencia de lo que había sucedido, le propuse a Kori-Kori ir hasta allá. A ello respondió señalando con su dedo al sol naciente y luego al cenit, dando a entender que nuestra visita debía posponerse hasta el mediodía. Poco después de esa hora nos encaminamos a los Bosques Prohibidos y tan pronto como entramos en sus predios, busqué en derredor algún resto de la escena que había durado hasta tan tarde; pero

todo estaba como de costumbre. Al llegar al Tai, encontramos a Mehevi y a unos cuantos jefes reclinados en las esteras, los cuales me recibieron tan amigablemente como siempre. No hicieron alusión alguna a los recientes acontecimientos; y por razones obvias yo tampoco me referí a ellos.

Luego de un rato, me dispuse a partir. Al pasar por el pórtico, antes de bajar del pai-pai, observé una embarcación de madera curiosamente tallada y de gran tamaño, con una cubierta del mismo material encima, que se asemejaba a una pequeña canoa. Estaba rodeada por una baja cerca de bambú a un pie escaso de distancia de la tierra. Como la nave había sido situada allí después de mi última visita, pensé de inmediato que tenía alguna relación con el reciente festival e, impulsado por una curiosidad irreprimible, al pasar junto a ella levanté la cubierta por un extremo al tiempo que los jefes, dándose cuenta de mi objetivo, gritaron:

-¡Tabú, tabú!

Pero bastó una simple mirada; mis ojos vieron los componentes desordenados de un esqueleto humano; los huesos aún estaban húmedos y con partículas de carne colgando aquí y allá...

Kori-Kori, que caminaba delante de mí, atraído por las exclamaciones de los jefes, se viró a tiempo para ver la expresión de horror en mi rostro. Corrió hacia mí señalando a la canoa y exclamando con rapidez:

-¡Puorki, puorki! (Cerdo).

Fingí creerlo y repetí sus palabras varias veces, como de acuerdo con lo que decía. Los otros salvajes, enfadados por mi conducta o para no manifestar su descontento con lo que ya no tenía remedio, no dijeron nada más y abandoné de inmediato el Tai.

Toda esa noche permanecí despierto revolviendo en mi mente la terrible situación en la que me encontraba. Se había producido la última revelación horripilante y toda la realidad se me presentó en la mente con una fuerza nunca antes experimentada por mí.

¿Dónde, pensé desanimado, estará la más remota posibilidad de escape? La única persona que parecía poseer la capacidad de ayudarme era el extraño Marnu; pero ¿regresaría de nuevo al valle? Y si lo hacía, ¿me permitirían comunicarme con él? Tal parecía que me hubieran despojado de toda esperanza y que sólo me quedaba esperar pacientemente cualquier suerte que me aguardara. Mil veces traté de explicarme la misteriosa conducta de los nativos. ¿Con qué objetivo concreto me mantenían cautivo? ¿Con qué propósito me trataban con aparente bondad y no sería eso parte de algún plan macabro? o, si sólo tenían en mente mantenerme prisionero, ¿cómo podría pasar el resto de mis días en este estrecho valle, privado de toda relación con seres civilizados y separado para siempre de mis amigos y mi hogar?

Sólo me quedaba una esperanza. Los franceses tendrían que visitar esta bahía y, si destacaban permanentemente parte de sus tropas *en el* valle, los salvajes no podrían ocultarles por mucho tiempo mi existencia. Pero ¿qué motivos tendría yo para suponer que me dejarían vivir hasta que ocurriera ese acontecimiento, hecho que podría posponerse por miles de motivos diferentes?

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

El forastero regresa al valle - Singular *entrevista con él - Intento de escapar - Fracaso - Melancolía* - Simpatía *de Marheyo.*

-¡Marnu! ¡Marnu perni!

Esos fueron los sonidos de bienvenida que escuché aproximadamente a los diez días de los sucesos que relaté *en el* capítulo anterior. Una vez más se anunciaba con júbilo la llegada del forastero, lo cual produjo en mí un efecto mágico. De nuevo podría conversar con él algún plan, por muy desesperado que fuera, que me sacara de una situación que ahora se había tornado insoportable.

A medida que se acercaba, recordé con recelo el final desalentador de nuestro encuentro anterior y cuando entró a la casa, observé ansioso la recepción que le dieron sus moradores. Para alegría mía, fue recibido con el mayor placer y dirigiéndose a mí, se sentó a mi lado para conversar con los nativos que lo rodearon. Sin embargo, pronto se reveló que en esta ocasión no tenía noticias importantes que comunicar. Le pregunté de dónde venía; y me contestó que procedía de Poiarka, su valle natal, y que tenía la intención de regresar ese mismo día.

Al instante pensé que si podía llegar a ese valle con él, de allí llegaría fácilmente a Nukujiva por agua; y animado por la perspectiva que presentaba este plan, se lo planteé en breves palabras y le pregunté cuál era la mejor forma de lograrlo. Mi corazón dio un vuelco en mi pecho cuando en su inglés intermitente me dijo que no resultaría:

-Kannaka no deja irte a ningún lado -dijo-; tú tabú. ¿Por qué no quieres quedar? Mucho moi-moi (dormir), mucho *kai-kai (co*mer), mucho ju*ijini*i (muchachas). ¡Oh, buen lugar Typee! Supongo no gusta esta bahía... ¿por qué vino? ¿No oído hablar de Typee? Todos los hombres blancos temen Typee, así ninguno vienen.

Estas palabras me desconcertaron al máximo y cuando le relaté de nuevo en qué circunstancias había bajado al valle y traté de ganarme su simpatía hacia mí apelando a las penurias físicas que padecí, me escuchó con impaciencia y me cortó exclamando apasionado:

-No te oír hablar más; porque kannaka enloquecen, matar a tí y a mí. ¿No ves que no quieren que tu hablarme nada? ¿Ves?.. ¡Ah, por qué tú no piensa...? sanas, te matan, te comen, te cuelgan allá arriba como kannaka japar. Ahora escucha y no hablar más. Yo me voy, tú ves camino donde yo voy... ¡Ah! Entonces una noche kannaka moi-moi (duermen), tú corre, tú vas Poiarka. Yo hablo con kanakas poiarka; ellos no te hacen nada. ¡Ah! Entonces yo te llevo en mi canoa a Nukujiva y tú no escapas más de barco.

Con estas palabras, reforzadas por vehementes gesticulaciones imposibles de describir, Marnu se apartó de mi lado y enseguida entabló conversación con uno de los jefes que había entrado a la casa.

Hubiera sido un fracaso intentar continuar una conversación terminada de modo tan brusco por Marnu, quien evidentemente no estaba dispuesto a comprometer su propia seguridad por el más leve intento de salvarme. Pero el plan que me había sugerido me pareció posible de seguir, y decidí ponerlo en práctica a la mayor brevedad posible.

En consecuencia, cuando se levantó para partir, lo acomañé afuera junto con los nativos con vistas a observar cuidadosamente el camino que emprendería para abandonar el valle. Justo antes de saltar del pai-pai, tomó mi mano entre las suyas y mirándome fijo exclamó:

-Ahora tú miras, tú haces lo que dije... ¡ah! entonces irás bien; si no ¡ah! te mueres.

A continuación agitó su lanza despidiéndose de los nativos y siguiendo el camino que

conduce a un desfiladero en las montañas del lado opuesto de Japar, se perdió de vista.

Ante mí tenía una vía de escape, ¿pero cuándo tomarla? Estaba continuamente rodeado de salvajes; no podía ir de una casa a otra sin encontrarme con uno; e incluso a la hora de la siesta, el menor movimiento que hiciese parecía atraer la atención de los que compartían las esteras conmigo. A pesar de estos obstáculos, decidí hacer el intento. Para lograrlo con perspectivas de éxito era necesario contar con dos horas de ventaja antes de que los isleños se percataran de mi ausencia; pues con tanta facilidad se esparcía la alarma por todo el valle y, por supuesto, ellos conocían tan bien los parajes de la selva, que no podía esperar con mi cojera, mi debilidad y mi desconocimiento del camino, que mi huida sería segura, salvo con estas dos horas de ventaja. Asimismo, sólo de noche podría esperar lograr mi objetivo y eso, adoptando la mayor precaución.

La entrada de la casa de Marheyo era a través de una pequeña abertura en su fachada de juncos cruzados. Este paso, por un motivo inconcebible por mí, siempre se cerraba después que los moradores de la casa se retiraban a descansar, rodando una pesada compuerta de más de una docena de tablas de madera. Cuando alguno quería salir, el ruido provocado por esta ruda puerta despertaba a los demás; y en más de una ocasión he señalado que los isleños son tan irritables como los seres más civilizados en circunstancias similares.

Decidí vencer esta dificultad en mi camino de la siguiente manera. Me levantaría osadamente en medio de la noche y deslizando la puerta, saldría de la casa fingiendo que mi objetivo era sólo beber un poco de agua que siempre estaba afuera en una esquina del pai-pai. Al entrar olvidaría cerrarla intencionalmente confiando en que la indolencia de los salvajes no les haría reparar en mi negligencia. Volvería a la estera y esperaría pacientemente a que todos se durmieran de nuevo, para entonces salir a hurtadillas y emprender de inmediato el camino a Poiarka.

La misma noche que siguió a la partida de Marnu procedí a poner en práctica este proyecto. A medianoche, como planeé, me levanté y abrí la compuerta. Los nativos, como había esperado, se despertaron y algunos preguntaron:

-¿Arwer pu aua, Totumo? (¿A dónde vas, Tommo?)

-Wai (Agua) -respondí lacónicamente tomando el cuenco.

Al escuchar mi respuesta se acostaron nuevamente y luego de uno o dos minutos estaba de regreso en mi estera esperando ansioso el resultado de mi experimento.

Uno tras otro, los salvajes parecieron volver a dormirse y regocijado por la quietud reinante ya me iba a levantar de nuevo de la cama, cuando escuché un suave ruido... una silueta oscura se interpuso entre donde yo estaba y la puerta, la colocó en su lugar y, el individuo, quienquiera que fuese, volvió a acostarse. Fue un duro golpe para mí; pero como un nuevo intento esa noche podía despertar la sospecha de los isleños, me vi obligado a dejarlo para la siguiente. Varias veces repetí la maniobra, pero con el mismo éxito anterior. Como mis salidas de la casa eran para calmar la sed, Kori-Kori, sospechando algo, o impulsado por el deseo de complacerme, todas las noches colocó regularmente una vasija de agua a mi lado.

Incluso en estas incómodas circunstancias repetí una y otra vez el intento, pero cuando lo hacía, mi valet se levantaba conmigo decidido a no perderme de vista. Por lo tanto, por el momento, me vi obligado a abandonar la idea de tratar de escapar por este medio.

Poco después de la visita de Mamu, me vi limitado tanto que casi no podía caminar ni con la ayuda de una lanza; y Kori-Kori al igual que antes, se vio obligado a llevarme cargado todos los días al arroyo.

Durante horas y horas en la parte más calurosa del día descansaba en la estera y mientras

los que me rodeaban dormían placenteramente, yo permanecía despierto, sopesaba con tristeza la suerte que ahora parecía imposible de evitar y pensaba en los queridos amigos que estaban a miles de millas de la isla salvaje que me mantenía cautivo, reflexionaba que mi triste destino nunca lo conocerían, y que con pocas esperanzas esperarían mi regreso mucho después que mi inanimado cuerpo se confundiera con el polvo del valle; no pude evitar estremecerme de angustia.

Siempre que la dulce Fayawey y Kori-Kori, acostados ambos a mi lado, me dejaban solo en mi reposo ininterrumpido, miraba con extraño interés los más leves movimientos del excéntrico guerrero. Solo, en la quietud del mediodía tropical, realizaba su callada labor, sentado a la sombra tejiendo las hojas de las ramas del cocotero o enrollando sobre sus rodillas las tiras torcidas de corteza para hacer cordeles con los cuales atar el techo de su choza. Con frecuencia, suspendiendo su labor y notando mi vista melancólica fija en él, levantaba su mano en gesto de expresiva conmiseración para dirigirse hacia mí lentamente, entrar en puntillas de pie, temeroso de molestar a los durmientes y, quitándome el abanico de la mano, se sentaba delante de mí, agitándolo suavemente de un lado a otro mirándome ardientemente a la cara.

Justo delante del pai-pai y dispuestos en triángulo a la entrada de la casa, había tres magníficos árboles del pan. Ahora puedo recordar perfectamente sus finos troncos y las graciosas irregularidades de sus cortezas, en las que mis ojos acostumbraban posarse día tras día en medio de mis solitarias meditaciones. Es extraño cómo objetos inanimados pueden producimos afecto, especialmente en las horas de aflicción. Incluso ahora, en medio de todo el bullicio y la agitación de la orgullosa y activa ciudad en que vivo, la imagen de aquellos tres árboles parecen revivir ante mis ojos como si los estuviera viendo y aún siento el suave placer de contemplar durante horas sus copas ondulando graciosamente por la acción del viento.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

La huida

Ya habían pasado casi tres semanas desde que se produjo la segunda visita de Mamu y más de cuatro meses de mi entrada al valle, cuando un mediodía, reinando el más profundo silencio, Mau-Mau, el jefe tuerto, apareció de pronto en la puerta e inclinándose hacia mí que estaba acostado directamente frente a él, me dijo en voz baja:

-Toby perni ena. (Llegó Toby.)

¡Dios mío! ¡Qué tumulto de emociones me sobrevinieron ante la sorprendente noticia! Insensible al dolor que antes me había distraído, me puse en pie y llamé ansiosamente a Kori-Kori que reposaba a mi lado. Los sorprendidos isleños saltaron de sus lechos; se les comunicó la noticia; y a continuación inicié la marcha hacia el Tai sobre la espalda de Kori-Kori rodeado por los excitados salvajes.

Todo lo que pude entender sobre el particular que Mau-Mau contó a su auditorio mientras avanzábamos era que el compañero perdido había llegado en un bote que acababa de entrar a la bahía. Conocer esto aumentó mi ansiedad por que me llevaran al mar, a menos que alguna circunstancia inesperada evitara nuestro encuentro; pero no accedieron y continuamos viaje hacia

el aposento real. Al acercamos, Mehevi y varios jefes más salieron al pórtico y gritaron que nos acercáramos más.

Cuando lo hicimos, traté de hacerles comprender que iría al mar a encontrarme con Toby. El rey opuso su objeción e indicó a Kori-Kori que entrara al edificio. Era inútil resistirme; y **en** unos instantes me encontré dentro del Tai rodeado por un ruidoso grupo que discutía sobre la reciente noticia. Se repitió mucho el nombre de Toby junto a violentas exclamaciones de sorpresa. Parecían dudar que hubiera llegado y a cada reporte fresco proveniente de la costa, revelaban las más vívidas emociones.

Casi frenético por mantenerme en este estado de suspenso, rogué a Mehevi que me permitiese partir. Hubiera llegado mi compañero o no, tenía el presentimiento de que mi suerte estaba a punto de decidirse. Repetí una y otra vez la petición a Mehevi. Mi miró seria y fijamente, pero al fin cediendo a mi importunidad, accedió a regañadientes a mi solicitud.

Acompañado por unos cincuenta nativos, continué rápidamente el viaje; cambiando a ratos de una espalda a la otra, y alentando a mi portador a apurarse con francas súplicas. Con la premura, no dudé ni un momento de la veracidad de la información. Vivía sólo con la idea dominante de que tenía ante mí la posibilidad de liberarme, si podía vencer la celosa oposición de los salvajes.

Mi prohibición de acercarme al mar durante mi estancia en el valle asociaron en mí la idea de escaparme. Toby también, si realmente me había abandonado voluntariamente, tenía que haber partido por mar; y ahora que me acercaba a él, me surgían esperanzas que nunca había sentido. Resultaba evidente que un bote había entrado en la bahía y no vi motivos para dudar que mi compañero viniera en él. Por lo tanto, cada vez que se elevaba el terreno miraba ansioso alrededor, esperando encontrarlo.

En medio de la muchedumbre excitada, que por sus violentas gesticulaciones y salvajes gritos parecían estar influidos por un entusiasmo tan fuerte como el mío, me transportaron en rápido trote, con frecuencia bajando la cabeza para evitarlas ramas que cruzaban sobre el camino sin dejar de implorar a los que me portaban que aceleraran más el paso.

De esta manera avanzamos unas cuatro o cinco millas, cuando nos recibieron un grupo de unos veinte isleños, que entablaron una animada conversación con los que me acompañaban. Impaciente por la demora ocasionada por esta interrupción, incité al hombre que me cargaba a que siguiera sin sus compañeros, cuando Kori-Kori, que corría a mi lado, me informó con tres miserables palabras que la noticia era falsa:

-Toby ouli perni. (Toby no llegó.)

Sólo Dios sabe cómo, en el estado mental y físico en que me encontraba, pude soportar la agonía que la noticia me había ocasionado; no es que fuera del todo inesperada; pero había confiado en que el hecho no se hubiera conocido antes de llegar a la playa. En seguida preví lo que los salvajes harían: Habían cedido ante mis súplicas sólo para que pudiera dar un buen recibimiento a mi compañero perdido; pero ahora que conocían que no había llegado, me obligarían a regresar.

Mis suposiciones fueron más que acertadas. A pesar de mi resistencia, me llevaron a una casa cercana y me depositaron en las esteras. Poco después varios de los que me habían acompañado desde el Tai, separándose de los demás, se dirigieron al mar. Los que quedaron, entre los que estaban Marheyo, Mau-Mau, Kori-Kori y Tinor, se reunieron fuera de la casa y esperaron a los demás.

Esto me convenció de que algunos forasteros, quizá compatriotas míos, por una causa u otra habían entrado en la bahía. Distraído por la idea de su cercanía e indiferente al dolor que

sufría, no presté atención a la afirmación de los isleños de que no había ningún bote en la bahía y, poniéndome de pie intenté llegar a la puerta. Al instante varios hombres me bloquearon el paso y me ordenaron sentarme. Las feroces miradas de los irritados salvajes me advirtieron que no lograría nada por la fuerza y que sólo mediante súplicas podría lograr mi objetivo.

Guiado por esta idea, me dirigí a Mau-Mau, el único jefe presente a quien veía con frecuencia, y ocultando cuidadosamente mi verdadero plan, traté de hacerle comprender que aún creía que Toby había llegado a la playa y le rogaba que me permitiera ir a recibirlo. A todas sus reiteradas afirmaciones de que no habían visto a mi compañero, fingí no entenderlas a la vez que acompañe mis solicitudes con una elocuencia de gestos que el jefe tuerto pareció no resistir. Realmente me miró como a un hijo caprichoso, a cuyos deseos no tenía el valor de oponerse. Dijo unas palabras a los nativos, los cuales se retiraron al instante de la puerta y pude salir de la casa.

Fuera busqué ansioso a Kori-Kori, pero mi hasta entonces fiel servidor no estaba. Sin querer perder siquiera un instante, ya que cada momento podría ser tan importante, me dirigí a un fornido individuo cercano para que me llevara en su espalda; para mi sorpresa se negó ofendido. Me dirigí a otro con el mismo resultado. Un tercer intento resultó igualmente infructuoso; y me di cuenta qué había inducido a Mau-Mau a conceder mi solicitud y por qué los demás nativos se comportaban de modo tan extraño. Era evidente que el jefe me había dado libertad a que siguiera hacia el mar porque suponía que no dispondría de los medios para lograrlo.

Convencido de su determinación de retenerme cautivo, me desesperé; y casi insensible al dolor, tomé una lanza que estaba colocada contra una pared y apoyándome en ella, tomé el camino aledaño a la casa. Para mi sorpresa, me dejaron solo, todos los nativos permanecieron frente a la casa enfrascados en animada conversación que cada vez se hacía más ruidosa y vehemente, y para mi indescriptible placer, noté que se habían levantado diferencias de opiniones entre ellos; que dos grupos, en breve tiempo, se formarían y por consiguiente, así divididos, había probabilidad de escape.

Antes de haber avanzado unas cien yardas, de nuevo estuve rodeado de salvajes, que aún discutían y parecían que en cualquier momento se entrarían a golpes. En medio de este tumulto, el viejo Marheyo se me acercó y nunca olvidaré la bondadosa expresión de su rostro. Me puso el brazo sobre los hombros y pronunció enfáticamente las únicas dos palabras en inglés que le había enseñado: "Casa" y "Madre". Al instante comprendí lo que quería decirme y le expresé mi agradecimiento. Feyawey y Kori-Kori estaban a su lado, ambos lloraban copiosamente; y el viejo tuvo que repetir su mandato dos veces para que su hijo accediera a obedecerlo y subirme de nuevo a su espalda. El jefe tuerto se opuso, pero fue desobedecido y, según me pareció, por uno de su propio grupo.

Proseguimos la marcha y nunca olvidaré el éxtasis que sentí cuando escuché rugir las olas rompiendo en la playa. Pronto vi el brillo del agua entre los árboles. ¡Oh, la imagen y el sonido gloriosos del océano... con qué alegría te saludé como a un amigo conocido! Para entonces ya se hacían más audibles los gritos de la multitud en la playa y en la confusión de sonidos pensé oír las voces de mis compatriotas.

Cuando llegamos a la arena, lo primero que vi fue un bote ballenero inglés, de popa a la costa, a sólo unas brazas de ella. Estaba tripulado por cinco isleños vestidos con cortas túnicas de calicó. Mi primera impresión fue de que trataban de sacarlo del agua; y que, después de todos mis esfuerzos, había llegado tarde. Mi corazón se hundió dentro de mí; pero cuando agucé la vista me convencí de que el bote se apartaba de la rompiente; y al siguiente instante escuché mi nombre gritado por una voz procedente del centro de la multitud.

Mirando en dirección del sonido vi, para alegría indescriptible mía, la alta figura de

Karakoi, un Kannaka oahu, que había estado con frecuencia a bordo del Dolly, mientras estuvo en Nukujiva. Vestía la verde chaqueta de infantería que le había obsequiado un oficial del Reine Blanche, el buque insignia francés, y que siempre llevaba puesta. Ahora recuerdo que el kannaka me había dicho muchas veces que su persona era considerada tabú en todos los valles de la isla y verlo en un momento así colmó de júbilo mi corazón.

Karakoi estaba parado cerca del borde del agua con un gran rollo de tela de algodón sobre un brazo y dos o tres bolsas de pólvora en una mano, mientras que en la otra asía un mosquete, que parecía ofrecer a los jefes que lo rodeaban. Pero ellos los rechazaron disgustados, con vehementes gestos de que partiera ordenándole hacerlo.

El kannaka, sin embargo, insistía y comprendí en seguida que trataba de comprar mi libertad. Alentado por la idea, le grité que se acercara a mí; pero contestó en un inglés entrecortado que los isleños lo habían amenazado de atravesarlo con sus lanzas si daba un paso. Entonces yo avanzaba aún, rodeado de un gran número de nativos, varios de los cuales tenían su mano puesta sobre mí y más de uno me apuntaba amenazante con su jabalina. No obstante, me di cuenta de que muchos de los menos amistosos conmigo se mostraban indecisos y ansiosos.

Aún mediaban unas treinta yardas entre Karakoi y yo cuando los nativos me impidieron seguir avanzando y me obligaron a sentarme en la arena mientras seguían sujetándome. El tumulto se multiplicó y observé que varios sacerdotes habían llegado a la playa, todos los cuales evidentemente instaban a Mau-Mau y a los demás jefes a evitar mi partida; y desde todos lados gritaban la detestable palabra "¡Runi runi!" que tanto había escuchado ese día. Vi que el kannaka seguía empeñado a mi favor, que discutía osadamente el asunto con los salvajes y se esforzaba por convencerlos mostrándoles la tela y la pólvora y haciendo funcionar el cerrojo del mosquete. Pero todo lo que decía o hacia sólo parecía aumentar los gritos de los que lo rodeaban, quienes parecían dispuestos a lanzarlo al mar.

Cuando recordé el gran valor que esta gente daba a aquellas cosas que les ofrecían a cambio de mi persona y que ahora rechazaban con tanta indignación, vi una nueva prueba de la fija determinación que siempre habían manifestado respecto a mí y, desesperado, y sin prever las consecuencias, reuní todas mis fuerzas y safándome de los que me sujetaban, me puse de pie y corrí hacia Karakoi.

El desesperado intento casi decide mi suerte allí mismo; pues varios de los nativos, temerosos de que me les escapara, lanzaron un grito simultáneo y haciendo retroceder a Karakoi, lo amenazaron con gestos furiosos y lo empujaron al agua. Asustado por su violencia, el pobre hombre, con el agua a la cintura, trató de apaciguarlos; pero al final, temeroso de que lo mataran, hizo ademanes a sus compañeros para que vinieran enseguida a recogerlo.

Fue en este instante de agonía que di por perdidas todas las esperanzas, cuando una nueva discusión se produjo entre los dos grupos que me acompañaron a la costa; se golpearon, se hirieron y corrió la sangre. En el interés suscitado por la refriega, me dejaron solo con Marheyo, Kori-Kori y la pobrecita Feyawey, que se asía a mí sollozando. Vi que era cuestión de "ahora o nunca". Uní las palmas de mis manos, miré implorando a Marheyo y retrocedí hacia la costa ahora desierta. De los ojos del viejo brotaron lágrimas, pero ni él ni Kori-Kori trataron de detenerme y pronto llegué junto al kannaka, que había estado observando ansioso mis movimientos; el bote se acercó cuanto pudo hasta los arrecifes; le di un abrazo de despedida a Feyawey, que parecía muda de pesar y al instante me encontré en el bote, al lado de Karakoi, quien ordenó a los remeros que partiéramos de inmediato. Marheyo y Kori-Kori, y muchas de las mujeres, se lanzaron al agua detrás de nosotros y decidí, como la única señal de gratitud que podía darles, ofrecerles los artículos que se habían traído como precio de mi rescate.

Librodot

Pasé el mosquete a Kori-Kori con un rápido movimiento equivalente a un obsequio; lancé el rollo de tela al viejo Marheyo señalándole a la pobre Feyawey, que se había alejado del agua y se había sentado desconsolada en la arena; tiré las bolsas de pólvora a las muchachas más cercanas, quienes las recibieron ansiosas. La distribución no duró ni diez segundos y antes de terminarla, el bote ya estaba a plena marcha; el kannaka no paró de exclamar la inutilidad de desperdiciar un botín como aquel.

Aunque estaba claro que mis movimientos habían sido vistos por varios nativos, no suspendieron la riña en que se habían metido y sólo después que el bote estuvo a más de cincuenta yardas de la costa, Mau-Mau y otros seis o siete guerreros corrieron al mar y nos lanzaron sus jabalinas. Algunas casi nos rozaron, pero no hirieron a ninguno de los hombres, que remaban con ahínco. Sin embargo, aunque estábamos fuera del alcance de sus lanzas, el avance era lento; el viento soplaba fuerte hacia tierra y la marea no nos favorecía; y vi a Karakoi, que timoneaba el bote, echar muchos vistazos hacia un punto saliente de la bahía el cual teníamos que vadear.

Durante uno o dos minutos después de nuestra partida, los salvajes, formados en grupos diferentes, permanecieron mudos e inmóviles. De pronto el airado jefe mostró con sus gestos la acción que emprendería. Gritó a sus compañeros señalando con su hacha la punta de tierra, se dirigió a toda velocidad en esa dirección y lo siguieron unos treinta nativos, entre ellos algunos sacerdotes, gritando todos "¡Runi, runi!" a toda voz. Evidentemente tenían la intención de nadar desde el saliente e interceptarnos la salida. El viento aumentaba por momentos y soplaba contra nosotros levantando una de esas marejadas donde remar se hace tan difícil. Sin embargo, las probabilidades parecían estar a nuestro favor, pero cuando llegamos a unas cien yardas de la punta, los rápidos salvajes ya se lanzaban al agua y temimos que en cuestión de pocos minutos estaríamos rodeados por los enfurecidos nativos. Si así era, nuestra suerte estaba echada, pues estos salvajes, a diferencia de los débiles nadadores de los países civilizados, son adversarios más temibles en el agua que en la tierra. Fue una prueba de resistencia: nuestros nativos remaban hasta doblar los remos y el grupo de nadadores zurcaba las aguas con gran velocidad a pesar de estar encrespada.

Cuando llegamos a la punta saliente, los salvajes ya se interponían en nuestro paso. Nuestros remeros sacaron sus cuchillos y los pusieron entre sus dientes y yo blandí el ancla del bote. Todos sabíamos que si lograban interceptarnos ejercerían sobre nosotros la práctica que había resultado tan fatal para otras tripulaciones que se habían aventurado en estas aguas. Agarrarían los remos, tomarían la borda haciendo zozobrar la embarcación y no se apiadarían de nosotros.

Luego de algunos momentos angustiosos, identifiqué a Mau-Mau. El atlético isleño, con su hacha entre los dientes, avanzaba tras cada brazada. Era el que estaba más cerca de nosotros y en cualquier momento podría agarrar uno de los remos. Aun entonces sentí horror del acto que iba a cometer, pero no era momento de ser compasivo y ubicando mi objetivo, le arrojé con todas mis fuerzas el ancla. Le golpeó en el pecho y le obligó a hundirse. No tuve tiempo de repetir el golpe, pero lo vi regresar a la superficie detrás del bote y nunca olvidaré la fiera expresión de su rostro.

Sólo otro de los salvajes alcanzó el bote. Se asió de la borda, pero los cuchillos de nuestros remeros cercenaron sus muñecas y tuvo que soltarse. Así pasamos entre ellos sanos y salvos. La violenta excitación que me había mantenido hasta entonces me abandonó y caí desmayado en brazos de Karakoi.

Librodot

Las circunstancias relacionadas con mi inesperada huida pueden relatarse de forma muy breve. El capitán de un barco australiano, necesitando hombres en aquellas lejanas aguas, se detuvo en Nukujiva con vistas a reclutar para su tripulación; pero no enroló ni un solo hombre. Ya el barco iba a partir cuando lo abordó Karakoi, quien le informó al desencantado inglés que un marinero norteamericano estaba detenido por los salvajes en la cercana bahía de Typee; y se ofreció para tratar de liberarlo si le suministraban algunos artículos para traficar. El kannaka había conocido la noticia de labios de Marnu, a quien después de todo, debía mi huida. Aprobada la propuesta, Karakoi, reuniendo a cinco nativos tabúes de Nukujiva, regresó al barco, que en pocas horas partió hacia aquel lugar de la isla y bajaron la vela principal fuera de la entrada de la bahía. El bote ballenero, tripulado por los nativos tabúes, se acercó a la playa mientras el barco esperaba su regreso para partir.

Lo que aconteció después ya fue detallado y poco queda por decir. Al llegar al Julia me subieron por un costado y mi extraña apariencia y extraordinaria aventura ocasionó el más vivo interés. Pusieron la más humana atención a mi relato. Pero yo estaba reducido a tal estado que pasaron tres meses antes de que pudiera recuperar mi salud.

El misterio que envolvió la suerte de mi amigo y compañero Toby, nunca se esclareció. Sigo ignorando lo que le sucedió después de que saliera del valle o de que pereciera en manos de los isleños.

APÉNDICE

El autor de este libro llegó a Tahití el mismo día en que los inicuos propósitos de los franceses se cumplieron al inducir a los jefes nativos subordinados, en ausencia de su reina, a ratificar un mañoso tratado por el cual la destronaban virtualmente. En esa ocasión se utilizaron tanto amenazas como halagos y los cañones de 232 libras que atisbaban a través de las troneras de la fragata fueron los principales argumentos aducidos para acallar los escrúpulos de los isleños más concienzudos.

Sin embargo, esta piratesca toma de Tahití, con toda la aflicción y la desolación que produjo, no ocasionó ni la mitad de la conmoción causada, al menos en los Estados Unidos, por los procedimientos de los ingleses en las Islas Sandwich. Ninguna transacción había sido jamás tan burdamente tergiversada como los sucesos que ocurrieron con la llegada de Lord George Paulet[60] a Oahu. El autor, durante una estancia de cuatro meses, en Honolulu, la metrópoli del grupo, obtuvo la confidencia de un inglés que fue empleado del lord; y grande fue la sorpresa del autor al llegar a Boston, en el otoño de 1844 y leer los relatos distorsionados y las invenciones que produjeron en los Estados Unidos una violenta oleada de indignación contra el inglés. Considera, por tanto, un simple acto de justicia hacia un valeroso oficial plantear brevemente las circunstancias principales relacionadas con el suceso en cuestión.

[60] Lord George Paulet, hijo de la marquesa de Winchester y comandante de H. M. S. "Carysfoot", anexó formalmente las Islas Sandwich en febrero de 1843, debido a las quejas de abusos de parte de los residentes británicos y mantuvo las islas hasta julio, cuando el contraalmirante Richard Thomas, comandante de la escuadra del Pacifico de la Marina Real, llegó en el H. M. S. "Dublin" y restauró la independencia de Hawai. La defensa de Paulet por Melville parece ser justificada, como lo es su ataque contra los misioneros norteamericanos y en particular contra G. P. Juded, un misionero norteamericano, que, con sus asociados, William Richards y R. Armstrong, interfirieron en los asuntos políticos de las Islas Sandwich y prepararon el camino para la anexión estadounidense

No es necesario enumerar todos los abusos que durante algún tiempo anterior a la primavera de 1843 colmaron a los residente británicos, especialmente sobre el capitán Charlton, cónsul general de Su Majestad británica, por parte de las autoridades nativas de las Islas Sandwich. Muy favorecido del imbécil rey de entonces era un tal doctor Judd, un beato aventurero farmacéutico, quien, con otros individuos afines e influyentes, estaba animado por un inveterado desprecio hacia Inglaterra. Los sucesores de una vieja facción de ignorantes e intrigantes metodistas en el consejo de un rey semicivilizado, y expuesta a desacostumbradas dificultades debido a las particularidades de sus relaciones con los estados extranjeros, no se esperaba precisamente que impartiera un tono saludable a la política del gobierno.

Al final los asuntos llegaron a tal extremo, a causa de la inicua y mala administración de sus relaciones, que se hicieron irresistibles los insultos y las injurias hacia el cónsul inglés. El capitán Charlton, a quien injuriosamente se le había prohibido abandonar las islas, se retiró clandestinamente a Valparaíso donde conferenció con el contraalmirante Thomas, comandante en jefe inglés de la estación del Pacífico. Como consecuencia de esta comunicación, Lord George Paulet fue enviado por el almirante en la fragata "Carysfort", a investigar y corregir los supuestos abusos. Al llegar a su destino, envió a tierra a su primer teniente con una carta dirigida al rey, en la cual, acompañada de las mayores cortesías, le solicitaba audiencia. Al mensajero se le negó llegar a Su Majestad y Paulet fue remitido tranquilamente a ver al doctor Judd y le informaron que el farmacéutico estaba investido de plenos poderes para tratar con él. El lord, rechazando esta insolente propuesta, escribió nuevamente al rey, repitiendo su petición anterior; pero fue rechazado de nuevo. Justamente indignado por *este* tratamiento, escribió una tercera misiva en la cual enumeraba los agravios que debían repararse y demandaba el cumplimiento de su requisitoria, so pena de comenzar las hostilidades.

Ahora el gobierno se vio obligado a actuar y se decidió un mañoso rejuego político por parte de los despreciables consejeros del rey para ganarse las simpatías y suscitar la indignación de la cristiandad. Convencieron a Su Majestad a decir al capitán inglés que, como gobernante consciente de su querido pueblo, no podía cumplir las arbitrarias demandas del lord, y por despreciar los horrores de la guerra, le ofreció que aceptara la "cesión provisional" de las islas, sujeto a las negociaciones que estaban pendientes en Londres. Paulet, marino rudo y honesto, confió en la palabra del rey y luego de algunos arreglos preliminares, tomó el mando de los asuntos hawaianos, con el mismo espíritu firme y benevolente que marcaba la disciplina de su fragata, y que le había hecho el ídolo de la tripulación del barco. Pronto se granjeó las simpatías de casi todos los isleños; pero el rey y los jefes, cuyo gobierno feudal sobre la gente común tratan laboriosamente de perpetuar sus consejeros misioneros, vigilaron todos sus pasos con la mayor animosidad. Celosos de su creciente popularidad, e incapaces de refrenarla, se dispusieron a socavar su reputación en el extranjero protestando ostentosamente contra sus actos y apelando, con frases muy orientales, a que el ancho universo observara y se apiadara de sus agravios sin *par*.

Haciendo caso omiso a estos clamores infructuosos, Lord George Paulet se encomendó a la tarea de reconciliar las diferencias existentes entre los residentes extranjeros, deshaciendo sus entuertos, promoviendo sus intereses mercantiles y mejorando, cuanto pudiera, las condiciones de los degradados nativos. Las iniquidades que trajo a la luz y suprimió de inmediato son demasiado numerosas para registrarlas aquí; pero puede mencionarse un ejemplo que dará cierta idea del mal gobierno lamentable a que estaban sometidos estos pobres isleños.

Es bien conocido que las leyes de las Islas Sandwich están sujetas a las alteraciones más caprichosas, que, a través de la confusión de todas las ideas del bien y el mal en las mentes de los

Librodot

nativos, producen los efectos más perniciosos. En ningún caso es más discernible este agravio que en las regulaciones en constante cambio sobre el libertinaje. En un momento las libertades más inocentes entre los sexos son castigadas con multa y prisión; en otro, la revocación de la ley es seguida de la más abierta y desnuda prodigalidad.

Sucedió que en el momento de la llegada de Paulet, las leyes azules de Connecticut[61] ya regían en el país desde hacía tres semanas. En consecuencia, el fuerte de Honolulu se llenó de gran cantidad de muchachas, confinadas en esas tierras cumpliendo penitencia por sus deslices. Paulet, aunque al principio no quiso interferir con las regulaciones que se referían a los nativos solamente, al final, por la frecuencia de algunos reportes, fue inducido a realizar una estricta investigación de la administración interna del general Kekuanoa, gobernador de la isla de Oahu, uno de los pilares de la Iglesia hawaiana y capitán de la plaza. Pronto descubrió que grupos de mujeres empleadas durante el día en labores en beneficio del rey, por la noche eran pasadas subrepticiamente por sobre las murallas del fuerte -que en uno de sus lados da directamente al mar- y eran trasladadas furtivamente a bordo de aquellos barcos que habían concertado el correspondiente convenio con el general. Antes del amanecer regresaban a sus aposentos y su silencio respecto a estas secretas excursiones se compraba con una pequeña parte de los pagos regulares que se ponían en manos de Kekuanoa.

La fuerza con que las leyes concernientes al libertinaje se aplicaron en ese período permitió al general monopolizar en gran medida el detestable tráfico en que participaba y, por consiguiente, grandes cantidades de dinero engrosaron sus arcas, y algunos dicen que las del gobierno también. Realmente es un hecho lamentable que los ingresos principales del gobierno hawaiano provinieran de las multas impuestas por este motivo, o más bien por las licencias sacadas del vicio, cuya prosperidad está vinculada con la del gobierno. Si el pueblo se vuelve honrado, las autoridades se empobrecerán; pero ante lo dicho, no hay temor a tener que preocuparse por esas cosas.

Unos cinco meses después de la fecha de la cesión, la fragata "Dublin", que portaba la insignia del contraalmirante Thomas, entró al puerto de Honolulu. La agitación que su repentina aparición produjo en tierra fue extraordinaria. Tres días después de su llegada, un marinero inglés arrió la bandera con la cruz británica que había ondeado en lo alto del fuerte y de nuevo la insignia hawaiana se izó en la misma asta. En ese instante los largos cañones 42 de Punchbowl Hill hicieron rugir sus gargantas en respuesta triunfante a los truenos de salva de los cinco barcos de guerra que estaban en la bahía; y el rey Kanmajanmaja III, rodeado de un espléndido grupo de oficiales británicos y norteamericanos, desplegó el estandarte real para reunir a miles de sus súbditos, quienes, atraídos por la imponente demostración militar de los extranjeros, se habían agrupado para presenciar la restauración formal de las islas a sus antiguos gobernantes.

El almirante, al aprobar el proceder de su subalterno, había repuesto el mandato de las autoridades; y había eliminado de esta forma la necesidad de seguir actuando bajo la cesión provisional.

El acontecimiento sirvió de ocasión para el desenfrenado regocijo del rey y los jefes principales, quienes con facilidad se ganaron la demostración entusiasta de sus subalternos, al aplazar por cierto tiempo la conocida severidad de las leyes. Se colocaron proclamas reales en

[61] *Las leyes azules de Connecticut: los* gobiernos puritanos de Nueva Inglaterra, durante el período colonial, promulgaron leyes que constituyeron estrictos códigos de conducta personal; las de Connecticut se consideraron como las más severas, pero parece que la rigidez de *su* aplicación puede haber sido exagerada por *los* historiadores post-revolucionarios

inglés y hawaiano en las calles de Honolulu y se pegaron carteles en los poblados más densos del grupo de islas, en los cuales Su Majestad anunciaba a sus activos súbditos el restablecimiento de su trono y les exhortaba a celebrar la ocasión traspasando toda limitación moral, legal y religiosa durante diez días consecutivos, durante los cuales todas las leyes de la tierra se declaraban solemnemente suspendidas.

Quien por casualidad se encontraba en Honolulu durante esos diez días memorables, nunca los olvidará. El espectáculo de orgía general a pleno día, entonces exhibido, supera toda descripción. Los nativos de las islas vecinas llegaban a la ciudad en centenares y las tripulaciones de dos fragatas, liberadas oportunamente como diablos con vistas a incrementar el alboroto pagano, le dio a la coronación el colorido de la escena. Fue una especie de saturnales polinesias. Hechos demasiado atroces de contar se hicieron en plena calle a la luz del día; y algunos de los isleños, cogidos robando a los extranjeros con las manos en la mano, al ser llevados al fuerte por la parte agraviada, eran soltados de inmediato con los objetos robados: Kekuanoa le informaba a los hombres blancos, con una risa sardónica, que las leyes estaban "jampa" (bloqueadas).

La historia de estos diez días revela en sus verdaderas tonalidades el carácter de los habitantes de las Islas Sandwich y constituye un retrato elocuente de los resultados que siguieron a las labores de los misioneros. Liberados de las restricciones de severas leyes penales, los nativos casi al unísono se lanzaron voluntariamente a toda especie de maldades y excesos y, con su absoluto desprecio por toda decencia, mostraron abiertamente que aunque les habían inculcado una aparente sumisión al nuevo orden de cosas, en realidad seguían siendo tan depravados y viciosos como siempre.

Estos fueron los sucesos que produjeron en los Estados Unidos un acceso de indignación tan generalizado contra el vivaz y magnánimo Paulet. No es el primer hombre que, en el intrépido desempeño de su cargo, levanta insensibles clamores de aquellos cuyas estrechas sospechas los enceguece y no pueden valorar debidamente las medidas que las situaciones anormales exigen.

Es casi innecesario añadir que el gabinete británico nunca tuvo idea alguna de apropiarse las islas; y proporciona una reivindicación suficiente de los actos emprendidos por Lord George Paulet, de que no sólo recibió una aprobación ineficaz de su propio gobierno, sino que hasta hoy la gran masa del pueblo hawaiano bendiga su imagen y mire agradecido la época en que su mano liberal y paternal difundió la paz y la felicidad entre ellos.

LA HISTORIA DE TOBY

Una continuación de Typee. Por el autor de esa obra

Nota del autor: el mismo estuvo más de dos años en los Mares del Sur después de escapar del valle, como narró en el último capítulo. Algún tiempo después de regresar a los Estados Unidos se publicó el siguiente relato, aunque se dudara entonces que éste sería el medio de revelar la existencia de Toby, a quien desde hacía mucho se había dado por muerto.

La historia de su huida representa una continuación natural de la aventura y, como tal, se añade a este libro. El propio Toby se la relató al autor hace menos de diez días.

Nueva York, julio de 1846

Librodot

La mañana en que mi camarada me abandonó, como relaté en la narración, se fue acompañado de un gran grupo de nativos, algunos de los cuales llevaban frutas y cerdos para traficar con ellos, pues se había corrido la noticia de que habían llegado algunos botes a la bahía.

A medida que avanzaban por los caminos del valle, iban uniéndoseles más nativos por todos lados, corriendo con animados chillidos por los senderos. Tan excitados estaban que Toby, a pesar de sus ansias por llegar a la playa, tuvo que esforzarse por mantenerse junto a ellos. Retumbando el valle con sus gritos, corrían en rápido trote; los de adelante paraban de cuando en cuando y movían sus armas para apresurar a los demás.

Llegaron a un lugar donde el camino cruzaba uno de los principales ramales del río. Aquí se escuchó un extraño sonido proveniente de la espesura y los isleños se detuvieron. Era Mau-Mau, el jefe tuerto, que había partido antes, y ahora golpeaba su pesada lanza contra la rama hueca de un árbol.

Era un aviso de alarma -pues sólo se escuchaban los gritos de ¡Japar, japar!"-; los guerreros levantaron sus lanzas y las agitaron en el aire; las mujeres y los niños se gritaban unos a otros y recogían piedras del lecho del río. En uno o dos segundos Mau-Mau y dos o tres jefes más salieron corriendo de la espesura y el estrépito se multiplicó por diez.

Ahora, pensó Toby, a guerrear; y como no estaba armado, le pidió a uno de los jóvenes que vivía con Marheyo que le prestara su lanza. Pero se la negó; el joven le dijo en tono burlón que el arma era buena para él (por ser un taipi), pero que un hombre blanco lucharía mejor con los puños.

El alegre humor del joven pareció contagiar a los demás, pues a pesar de sus gritos y gestos bélicos, todos saltaron y rieron como si fuera una de las cosas más graciosas del mundo esperar el vuelo de una o dos andanadas de jabalinas japares que saldrían de la espesura en que aquellos estaban emboscados.

Mientras mi amigo trataba en vano de hallar un significado a esto, un buen número de nativos se separó del resto y corrieron hacia la arboleda que estaba a un lado, los otros quedaron inmóviles, como esperando el resultado. Sin embargo, luego de un rato, Mau-Mau, que avanzaba al frente, les indicó que se acercaran con mucha cautela, lo cual hicieron, casi sin mover una hoja. Así avanzaron agachados durante unos diez o quince minutos, deteniéndose a cada rato para aguzar el oído.

A Toby de ningún modo le agradó estar escondiéndose así; si querían guerra, que empezara de inmediato. Pero todo a su hora - pues en ese mismo momento, mientras avanzaban a tientas por la espesura del bosque, terribles alaridos cayeron sobre ellos desde todos lados, y andanadas de dardos y piedras atravesaron el camino. No se veía a un solo enemigo, y lo que es más sorprendente aún, ningún hombre cayó, a pesar de que las piedras golpeaban las hojas como granizos.

Hubo un momento de pausa, luego los taipis, con salvajes chillidos, se lanzaron al ataque lanza en mano; Toby no se quedaría atrás. Casi a punto de que las piedras le rompieran el cráneo y estimulado por un viejo rencor que les guardaba a los japares, estuvo entre los primeros en lanzarse contra ellos. Al abrirse paso entre los arbustos tratando -como lo hizo- de arrebatarle una lanza a algún jefe joven, de pronto cesaron los gritos de guerra y el bosque adoptó el silencio de la muerte. A continuación, el grupo que los había abandonado tan misteriosamente salió corriendo de detrás de cada árbol y arbusto uniéndose al resto con largas y alegres carcajadas.

Todo había sido un simulacro y Toby, jadeante de agitación, estaba colérico por haber sido objeto de la broma.

Luego resultó que todo el asunto había sido planeado en beneficio suyo, aunque el

objetivo era difícil de precisar. Mi camarada fue el más perjudicado por este juego de muchachos, pues había perdido tanto tiempo, donde cada instante podría ser precioso. Quizá, sin embargo, en parte tenía esa intención; y así se lo hicieron pensar, porque cuando los nativos reanudaron la marcha no estaban tan apurados como antes. Por fin, luego de avanzar cierta distancia en que Toby pensó que nunca llegaría al mar, dos hombres se les acercaron corriendo y todos hicieron un alto, seguido de una ruidosa discusión, durante la cual el nombre de Toby se repetía a menudo. Todo esto acrecentaba su ansiedad por conocer qué sucedía en la playa; pero en vano trató de seguir avanzando, los nativos lo retenían.

En pocos segundos la conferencia terminó y muchos de ellos corrieron por el camino en dirección al océano, el resto rodeó a Toby y le instó a "Moi ", o sea a sentarse y descansar. También lo indujeron a comer, pues colocaron en el suelo varias jícaras de comida, que habían traído con ellos, las abrieron y encendieron pipas de tabaco. Toby refrenó su impaciencia por un momento, pero al final se puso de pie y volvió a correr para marcharse. No obstante, pronto lo alcanzaron y rodearon, pero, sin detenerlo, le permitieron llegar al mar.

Salieron a un espacio abierto de imponente verdor que estaba entre la espesura y el agua y muy cerca de la sombra de la montaña japar, donde se apreciaba un tortuoso camino que entraba en un desfiladero.

Sin embargo, no había señal de bote alguno, sólo un tumulto de hombres y mujeres y alguien en el centro dirigiéndoles la palabra. A medida que mi camarada avanzó, esta persona salió del círculo y resultó conocida. Era un viejo y canoso marinero a quien Toby y yo habíamos visto con frecuencia en Nukujiva, donde vivía una vida independiente en casa de Mowanna, el rey, respondiendo al nombre de "Jimmy". De hecho era el favorito del rey y tenía voz y voto en los consejos del amo y señor. Usaba un sombrero de paja y un tipo de bata matutina de tapa, suficientemente holgada como para dejar ver la estrofa de una canción que llevaba tatuada *en el* pecho y una serie de cortadas fogosas hechas por los artistas nativos en otras partes de su *cuerpo* llevaba una caña de pesar en la mano y una vieja pipa tiznada colgada sobre el pecho.

Este viejo corsario, habiéndose retirado de la vida activa, había residido en Nukujiva por algún tiempo, conocía el idioma y por eso los franceses lo contrataban a menudo como intérprete. También era un chismoso redomado, siempre yendo de su canoa a los barcos en puerto, obsequiando a sus tripulaciones los pequeños bocados de un escándalo de la corte -por ejemplo, la vergonzosa intriga amorosa de Su Majestad con una damisela japar, una bailadora pública en las fiestas- o relatando algún cuento increíble de las Marquesas en general. Recuerdo particularmente el relato que hizo a la tripulación del "Dolly" y que resultó literalmente una patraña sobre dos prodigios naturales que decía existían en la isla. Uno era un viejo monstruo ermitaño que tenía una maravillosa reputación de santidad y de hechicero famoso, que vivía apartado en su madriguera de la montana ocultando al mundo un gran par de cuernos que le salían de las sienes. Independientemente de su reputación de santidad, este horrible personaje era el terror de toda la isla, pues se decía que abandonaba su retiro y salía a la caza de hombres en las noches sin luna. También un tal Paul Pry, al bajar de la montaña, echó un vistazo a esta madriguera y la encontró llena de huesos. En resumen, era un monstruo inaudito.

El otro fenómeno del que Jímmy nos contó fue el hijo menor de un jefe, quien, aunque sólo de diez años recién cumplidos, había sido hecho sacerdote debido a que sus supersticiosos compatriotas lo consideraron especialmente apropiado para practicar el sacerdocio por el hecho de que en su cabeza tenía una cresta parecida a la de un gallo. Pero esto no era todo; pues aún más maravilloso de relatar era que el muchacho, además de su extraña cresta, estaba dotado de voz de gallo y con frecuencia hacía uso de esta peculiaridad.

Pero regresemos a Toby. Cuando vio al viejo bucanero en la playa, corrió hacia él; los nativos lo siguieron y formaron un círculo en torno a ellos.

Después de darle la bienvenida a la costa, Jímmy le contó cómo se había enterado de nuestra huida del barco y que estábamos en territorio taípí. De hecho Mowanna lo había instado a ir a ese valle y después de visitar a sus amigos allí, traernos de regreso, pues Su Alteza estaba muy ansioso de compartir con él la recompensa que habían ofrecido por nuestra captura. El, sin embargo, le aseguró a Toby que había rechazado la oferta indignado.

Todo esto asombró bastante a mi compañero, pues ninguno de nosotros teníamos la menor idea de que hombre blanco alguno hubiera visitado jamás socialmente a los taipis. Pero Jimmy le dijo que así era, aunque casi nunca entraba a la bahía y escasamente se apartaba de la orilla. Uno de los sacerdotes del valle, de una forma u otra relacionado con una vieja divinidad tatuada de Nukujiva, era amigo suyo y por eso él era "tabú".

Además dijo que a veces lo contrataban para ir a la bahía a adquirir frutas destinadas a los barcos anclados en Nukujiva. De hecho, esta era su obligación actual, según dijo, pues acababa de atravesar la montaña proveniente de Japar. Hacia el mediodía siguiente la fruta sería apilada en montones en la playa, listas para que los botes que pensaba traer la recogieran.

Jimmy ahora preguntó a Toby si quería abandonar la isla; si así era, había un barco reclutando hombres en la otra bahía y le gustaría llevarlo con él y verlo abordar el barco ese mismo día.

-No. No puedo abandonar la isla sin mi compañero -dijo Toby-. Lo dejé en el valle porque no le permitieron venir. Vamos a buscarlo ahora.

-¿Pero cómo va él a cruzar la montaña con nosotros -preguntó Jimmy- aun cuando lo traigamos hasta la playa? Mejor, déjalo que se quede hasta mañana y yo lo llevaré a Nukujiva en uno de los botes.

De eso nada -dijo Toby-. Vamos conmigo ahora y traigámoslo a cualquier precio.

Y dejándose llevar por el impulso del momento, intentó correr hacia el valle. Pero apenas se había volteado, una docena de manos lo aguantaron y entonces supo que no podía regresar.

Fue en vano luchar con ellos; no hicieron caso a sus gritos. Herido en el corazón por este rechazo inesperado, Toby ahora suplicó al marinero que fuera a buscarme él solo. Pero Jimmy contestó que a juzgar por el ánimo de los taipis, ellos no se lo permitirían, aunque creía que no le harían daño alguno.

Poco pensaba Toby entonces, como después sospecharía con toda razón, que este mismo Jimmy era un canalla desalmado que, mediante sus mañas, acababa de incitar a los nativos a no permitirle ir en mi búsqueda. Bien debía saber el viejo marinero que los indígenas nunca consentirían que partiéramos los dos; y por lo tanto quería llevarse a Toby con el propósito que luego revelaría. Mi compañero, sin embargo, desconocía todo esto.

Aún luchaba con los isleños cuando Jimmy se le acercó de nuevo y le aconsejó que no los irritase, diciéndole que sólo estaba empeorando las cosas, que si se encolerizaban, no sabría lo que podría pasarles. Al final logró que Toby se sentara en una canoa rota que estaba al lado de un montón de piedras y sobre las cuales había un ruinoso templete sustentado por cuatro remos erectos y el frente estaba parcialmente oculto por una red. Las partidas de pesca se reunían allí cuando regresaban del mar, y colocaban sus ofrendas frente a la imagen sobre la lisa piedra negra. Jimmy dijo que este sitio era un estricto "tabú" y que nadie los molestaría ni se acercaría a ellos si permanecían bajo su sombra. Luego el viejo marinero se alejó y empezó a hablar con mucha franqueza con Mau-Mau y otros jefes, mientras los demás formaron un círculo en tomo al templete, mirando atentamente a Toby y conversando entre ellos sin cesar.

Librodot

Ahora, a pesar de lo que Jimmy acababa de decirle, una anciana se presentó ante mi camarada y se sentó a su lado en la canoa. -¿Taipi mortarki? -preguntó.

-Mortarki no-respondió Toby.

Luego ella le preguntó si iría a Nukujiva y él le contestó afirmativamente con un movimiento de cabeza; y la mujer, con un triste lamento y lágrimas en los ojos, se levantó y se alejó de su lado.

Esta anciana, le diría después el marinero, era la esposa de un viejo rey de un valle pequeño de la isla, que se comunicaba mediante un profundo paso con el país de los taipis. Los habitantes de los dos valles estaban unidos por consanguinidad y llevaban el mismo nombre. La anciana había bajado al valle de Typee el día anterior y ahora estaba acompañada de tres jefes, hijos suyos, que venían a visitar a sus parientes.

Cuando la anciana se alejó, Jimmy se acercó a Toby y le dijo que había hablado todo de nuevo con los nativos y que sólo se podía hacer una cosa. No le permitirían regresar al valle, y los maltratarían a los dos si no se marchaban de inmediato.

-Bueno -dijo, mejor nos vamos a Nukujiva por tierra y mañana traeré a Totumo, como le dicen, por mar; me prometieron traerlo a la playa mañana temprano para no demoramos.

-¡No, no! -dijo Toby desesperado-. ¡No lo voy a dejar así; tenemos que huir juntos!

-Entonces, no hay esperanza para ustedes -respondió el marinero-; te dejo aquí en la playa, te regresarán al valle tan pronto me vaya y ninguno de ustedes dos volverá a ver el mar jamás.

Y juró solemnemente que si Toby se iba a Nukujiva con él ese día, seguro me tendría junto a él a la mañana siguiente.

-¿Pero cómo sabes que lo van a traer a la playa mañana si no lo hicieron hoy? -preguntó Toby.

Pero el marinero tenía sus razones, tan mezcladas con las misteriosas costumbres de los isleños, que no llegó a comprender. Ciertamente, su conducta, en especial el evitar que regresara al valle, le era totalmente incomprensible; y junto a todo lo demás, estaba la amarga sensación de que el viejo marinero, después de todo, podría estar engañándolo. También tenía que pensar en mí, abandonado con los nativos y no muy bien que digamos. Si partía con Jimmy, al menos tendría la esperanza de procurarme algún alivio. Pero los salvajes que habían obrado de forma tan extraña, ¿no me trasladarían a cualquier otro sitio antes de su retorno? E incluso si se quedaba, quizá no lo dejarían regresar al valle donde yo estaba.

Mi pobre camarada estaba perplejo; no sabía qué hacer y su espíritu valeroso ahora no le servía para nada. Ahí estaba, solo, sentado en la canoa rota y los nativos agrupados en círculo a cierta distancia de él mirándolo fijamente.

-Se nos hace tarde -dijo Jimmy parado detrás del grupo-. Nukujiva está lejos y no puedo cruzar territorio japar de noche. Ya sabes cómo es: si vienes conmigo, todo irá bien; si no, depende de ti, ninguno de los dos huirá.

-No hay remedio. Tendré que confiar en ti -exclamó Toby descorazonado-. Y salió de la sombra del pequeño altar y echó una larga mirada al valle.

-Bien, mantente a mi lado -le dijo el marinero-; y vámonos rápido.

Tinor y Feyawey aparecieron en ese momento; la amable anciana se abrazó a las piernas de Toby hecha un mar de lágrimas, mientras que Feyawey, no menos emocionada, balbuceó algunas palabras en el inglés que había aprendido y le mostró tres dedos: los días que le tomaría regresar.

Al fin Jimmy sacó a Toby de la multitud y luego de llamar a un taipi joven que sostenía

un cerdito en sus brazos, los tres se encaminaron hacia la montaña.

-Les dije que regresarías -comentó el viejo riendo cuando empezaron el ascenso-, pero tendrán que esperar mucho tiempo.

Toby miró hacia atrás y vio a los nativos, todos en movimiento: las mujeres movían sus pañuelos de tapa, los hombres agitaban sus lanzas en señal de despedida. Y cuando la última figura entró al bosque con un brazo levantado mostrándole tres dedos, a Toby se le oprimió el corazón. Cuando los nativos al fin habían consentido a que se marchara, debía ser porque algunos de ellos por lo menos, esperaban realmente que regresara pronto; probablemente suponiendo, como les había dicho cuando bajaban del valle, que el único objetivo de su partida era buscar las medicinas que yo necesitaba. Eso mismo debió decirles Jimmy. Y como habían hecho antes, cuando mi compañero emprendió su peligroso viaje a Nukujiva para complacerme, me cuidaron en su ausencia como uno de los dos amigos inseparables: segura garantía de su regreso. Sin embargo, esta es sólo una suposición de mi parte, pues toda su extraña conducta sigue siendo un misterio para mí.

-Verás lo "tabú" que soy -dijo el marinero luego de cierto tiempo en silencio por el camino que conducía a la montaña-. Mau-Mau me regaló este cerdito y el hombre que lo lleva va a atravesar todo Japar e irá hasta Nukujiva con nosotros. Mientras permanezca a mi lado estará a salvo y lo mismo ocurrirá contigo y mañana con Tommo. ¡Anímate! y confía en mí, mañana por la mañana lo verás.

El ascenso a la montaña no fue muy difícil gracias a su cercanía al mar, donde los riscos de las islas son relativamente bajos; el camino también era bueno, por lo que en poco tiempo los tres estuvieron en la cima con ambos valles a sus pies. Las blancas cascadas que marcaban el verde final del valle de Typee fue lo primero que llegó a los ojos de Toby; la casa de Marheyo se distinguía fácilmente al lado de ellas.

A medida que Jimmy lideró el trío a lo largo del risco, Toby observó que el valle Japar no se adentraba tanto en la isla como el de Typee. Esto explica nuestro error de haber penetrado en este último valle.

Pronto estuvo ante ellos un camino para descender la montaña y, siguiéndolo, en breve tiempo estuvieron en el valle de los japares.

-Bueno -dijo Jimmy mientras descendían con rapidez-, nosotros los hombres tabúes tenemos mujeres en todos los puertos y te voy a enseñar las dos que tengo aquí.

Cuando llegaron a la casa donde supuestamente vivía -y que estaba cerca del pie de la montaña en un sombrío rincón entre los árboles-, Jimmy entró y se enfureció al encontrarla vacía: las mujeres habían salido. Sin embargo, pronto aparecieron y, para ser sincero, lo recibieron cálidamente, al igual que a Toby, acerca del cual hicieron muchas preguntas. No obstante, al correrse la noticia de su llegada, y al empezar a reunirse los japares, resultó evidente que la presencia de un extraño blanco entre ellos de ningún modo fue considerado un suceso tan maravilloso como lo fue en el valle vecino.

El viejo marinero ordenó a las mujeres que le prepararan algo de comer pues tenía que estar en Nukujiva antes del anochecer. En consecuencia sirvieron una comida de pescado, fruta del pan y bananas, el trío de hombres comió en las esteras en medio de una numerosa compañía.

Los japares le hicieron multitud de preguntas a Jimmy sobre Toby; y este los miró fijamente ansioso de reconocer al individuo que le había propinado la herida de la cual aún no se había recuperado totalmente. Pero aquel feroz hombre, tan diestro con su lanza, pareció tener la delicadeza de no dejarse ver. Ciertamente verlo no hubiera sido otro móvil para permanecer en el valle - algunos de los holgazanes de mediodía de Japar le habían pedido amablemente a Toby que

Librodot

se quedara unos días con ellos-, amén de los festejos que estaban celebrando. El, sin embargo, declinó la invitación.

Todo este tiempo el joven taipi se pegó a Jimmy como una sombra y aun cuando era tan vivaz como cualquiera de su tribu, ahora estaba tan manso como un cordero; no abrió la boca salvo para comer. Aunque algunos japares lo miraron inquisitivamente, otros fueron más civilizados y parecían deseosos de acompañarlo y mostrarle el valle. Pero el taipi no se dejaría engatusar tan fácil. Es difícil calcular cuántas yardas podría separarse de Jimmy para que el tabú quedara sin efecto, pero probablemente él lo sabía con exactitud.

Por la promesa de un pañuelo rojo de algodón y algo más que mantenía secreto, este pobre hombre había emprendido un viaje engañoso, aunque hasta donde Toby sabía, eso era algo que nunca había sucedido antes.

La bebida de la isla -el arua- fue traída al final de la comida y pasó de mano en mano en una jícara llana.

Ahora mi camarada, sentado en la casa japar, empezó a preocuparse más por haberme dejado; realmente se sintió tan apesadumbrado que manifestó querer regresar al valle y pidió a Jimmy que lo acompañara hasta la montaña. Pero el marinero no lo escuchó y, cambiando la conversación, lo instó a beber arua. Conociendo su poder narcotizante, Toby lo rechazó; pero Jimmy le dijo que lo suavizaría en una mezcla que los inspiraría a continuar por el resto del camino. Al final lo convenció y los efectos de la bebida fueron justamente los pronosticados por el marino; le levantó el ánimo y todas las ideas sombrías desaparecieron. El viejo bucanero empezó a mostrar su verdadero carácter que hasta entonces era insospechado.

-Si te subo a un barco -le dijo- seguro darás algo a un pobre hombre por haberte salvado...

En resumen, antes de marcharse de la casa, hizo que Toby le prometiera cinco pesos españoles si lograba obtener un anticipo del barco en que navegaríamos; Toby, sin embargo, le prometió recompensarle mejor tan pronto me liberara.

Poco tiempo después de esta conversación, emprendieron viaje nuevamente, acompañados por muchos nativos y, adentrándose en el valle, tomaron un camino escarpado que conducía a Nukujiva. Aquí los japares se detuviere i y los miraron subir la montaña, una sarta de bandidos que movían sus lanzas y echaban amenazadoras miradas al pobre taipi, cuyo corazón y pies se aceleraron cuando miró hacia atrás y los vio.

Una vez más en las alturas, el camino corrió a lo largo de varias cimas cubiertas de enormes matorrales. Al fin entraron en un tramo boscoso y aquí se toparon con un grupo de nativos de Nukujiva, bien armados que cargaban montones de palos largos. Jimmy parecía conocerlos muy bien a todos y se detuvo un rato a conversar con ellos sobre los "Ouí, ouí", como llama la gente de Nukujiva a los franceses.

La partida estaba formada por hombres del rey Mowanna, y por orden suya habían reunido los palos en los desfiladeros para sus aliados, los franceses.

Dejando a estos individuos con su carga, Toby y sus acompañantes continuaron viaje. El sol ya descendía por el poniente. Llegaron a los valles de Nukujiva a un lado de la bahía donde las montañas bajan en acantilados hasta el mar. Los barcos de guerra aún estaban anclados en la bahía y cuando Toby los vio, los extraños sucesos ocurridos tan recientemente le parecieron un sueño.

Pronto estuvieron en la playa y llegaron a casa de Jimmy antes de que oscureciera por completo. Aquí este recibió otra bienvenida de sus mujeres de Nukujiva, y, después de tomar leche de coco y poi-poi, subieron a una canoa (junto con el taipi, claro) y remaron hasta un ballenero que estaba fondeado cerca de la costa. Este era el barco que necesitaba brazos. El

Librodot

nuestro había zarpado hacía algún tiempo. El capitán mostró gran placer al ver a Toby, pero por su demacrado aspecto lo consideró incapaz de trabajar. Sin embargo, accedió a embarcarlo a él, y también a su compañero, tan pronto llegase.

Toby rogó con ahínco que le prestaran un bote con hombres armados para ir a Typee a rescatarme a pesar de las promesas de Jimmy. Pero a esto el capitán no accedió, diciéndole que fuera paciente, pues el marinero cumpliría su palabra. Cuando también le pidió los cinco pesos de plata para Jimmy, el capitán se los negó. Pero Toby insistió, ya que comenzaba a pensar que Jimmy era un simple mercenario que no cumpliría lo prometido si no se le pagaba. Por consiguiente, no sólo le dio el dinero, sino que le garantizó repetidamente que tan pronto me subiera a bordo, recibiría una suma mayor.

Antes del amanecer del día siguiente, Jimmy y el taipi partieron en dos de los botes del barco guiados por nativos tabúes. Por supuesto, Toby quiso acompañarlos, pero el marino le dijo que si lo hacía, lo estropearía todo; y por duro que fue, tuvo que quedarse a bordo.

Al atardecer, mientras vigilaba, diviso a los botes que doblaban por la punta de tierra y entraban en la bahía. Aguzó la vista y creyó verme; pero yo no estaba allí. Descendió del mástil casi distraído y se aferró a Jimmy cuando este pisó cubierta y le gritó:

-¿Dónde está Totumo?

El viejo titubeó, pero reponiéndose hizo todo lo posible por calmarlo asegurándole que había sido imposible trasladarme a la playa aquella mañana; arguyendo muchas razones plausibles y repitiendo que a primera hora de la mañana siguiente volvería a aquella bahía en un bote francés y que si no me encontraba en la playa -como esperaba seguramente- entraría al valle y me llevaría de allí costase lo que costase. Sin embargo, se negó de nuevo a que Toby lo acompañase.

Ahora la situación de Toby era por el momento de total dependencia de Jimmy y, por tanto, trató de consolarse con lo que el viejo marinero le decía.

A la mañana siguiente, sin embargo, con satisfacción vio partir el bote francés con Jimmy a bordo "entonces esta noche lo veré", pensó Toby; pero pasaron muchos días interminables antes de que volviera a ver a Totumo. Apenas desapareció el bote, el capitán ordenó levar anclas; estaban a punto de zarpar.

Vanos fueron todos sus gritos y desvaríos... los ignoraron; y cuando se serenó, ya habían izado las velas y el barco se alejaba veloz de la isla.

-¡Oh, cuántas noches de insomnio pasé ¡-me contó al encontrarnos-. Con frecuencia miraba soñando desde mi hamaca y te veía frente a mí recriminándome por haberte abandonado en aquella isla.

Hay algo más que contar: Toby abandonó el barco en Nueva Zelandia y, luego de algunas otras aventuras, llegó a los Estados Unidos casi dos años después de salir de las Marquesas. Siempre pensó que había muerto; y yo también tenía motivos para pensar lo mismo de él; pero un extraño reencuentro nos deparaba el destino, un encuentro que devolvería la paz al corazón de Toby.